CHRISTOPHER
CARTWRIGHT
EL ROBO DE
LA ATLÁNTIDA
UN THRILLER DE SAM REILLY

El Robo de la Atlántida

Por

Christopher Cartwright

Derechos de autor 2024 de Christopher Cartwright

Este libro está protegido por las leyes de propiedad intelectual de Estados Unidos de América. Queda prohibida la reproducción o cualquier otro uso no autorizado del material o las ilustraciones aquí contenidas. Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares, marcas, medios e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Todos los derechos reservados.

Muchas gracias a Cheryl, mi editora, y a Kris, mi lectora beta.

Contenido

Prólogo
Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Capítulo VIII
Capítulo IX
Capítulo X
Capítulo XI
Capítulo XII
Capítulo XIII
Capítulo XIV
Capítulo XV
Capítulo XVI
Capítulo XVII
Capítulo XVIII
Capítulo XIX
Capítulo XX
Capítulo XXI
Capítulo XXII
Capítulo XXIII
Capítulo XXIV
Capítulo XXV
Capítulo XXVI
Capítulo XXVII
Capítulo XXVIII
Capítulo XXIX
Capítulo XXX
Capítulo XXXI
Capítulo XXXII
Capítulo XXXIII

Capítulo XXXIV
Capítulo XXXV
Capítulo XXXVI
Capítulo XXXVII
Capítulo XXXVIII
Capítulo XXXIX
Capítulo XL
Capítulo XLI
Capítulo XLII
Capítulo XLIII
Capítulo XLIV
Capítulo XLV
Capítulo XLVI
Capítulo XLVII
Capítulo XLVIII
Capítulo XLIX
Capítulo L
Capítulo LI
Capítulo LII
Capítulo LIII
Capítulo LIV
Capítulo LV
Capítulo LVI
Capítulo LVII
Capítulo LVIII
Capítulo LIX
Capítulo LX
Capítulo LXI
Capítulo LXII
Capítulo LXIII
Capítulo LXIV
Capítulo LXV
Capítulo LXVI
Capítulo LXVII
Capítulo LXVIII
Capítulo LXIX
Capítulo LXX

Capítulo LXX
Capítulo LXXII
Capítulo LXXIII
Capítulo LXXIV
Capítulo LXXV
Capítulo LXXVI
Capítulo LXXVII
Capítulo LXXVIII
Capítulo LXXIX
Capítulo LXXX
Capítulo LXXXI
Capítulo LXXXII
Capítulo LXXXIII
Capítulo LXXXIV
Capítulo LXXXV
Capítulo LXXXVI

Prólogo

Puesto de Comercio Holandés, 1638.

El árido paisaje invernal era desolador en su belleza. Aunque el sol se acercaba a su cenit, poco podía hacer para impedir que el frío se le clavara en el rostro ajado por la intemperie mientras trabajaba. Albert Olsen llenó la cubeta con otra pala de lodo para luego subir la resbaladiza cresta del banco. Una vez arriba, no tuvo que caminar mucho para verter el contenido por el otro lado.

Desde allí, Olsen pudo ver las demás islas.

Una extraña mezcla de lodo y hielo estaba rodeada por un río cuya desembocadura, parcialmente congelada, parecía tan ancha como un océano durante el deshielo. No es que prestara mucha atención nada de eso mientras volvía a llenar otra cubeta.

Era un trabajo agotador y tedioso, pero había que hacerlo para que los barcos pudieran sobrevivir, pues si no lo hacían, el pequeño asentamiento tampoco.

Así que era necesario construir canales marítimos.

Al principio sólo eran pequeñas zanjas utilizadas para drenar las marismas de modo que la agricultura básica pudiera satisfacer las necesidades del asentamiento, pero la protección de los barcos justificaba el esfuerzo de hacerlas más anchas y profundas para dar cabida a pequeñas embarcaciones, o a barcos en marea alta.

Envuelto en un par de gruesas pieles de animal, gorro de piel y botas, ni siquiera un día de trabajo arduo con la pala servía para mitigar el frío. De ése que te cala hasta los huesos y no cesa hasta bien entrada la primavera. No es que le molestara mucho: había pasado los últimos cuatro inviernos trabajando ahí, para el amo ingeniero. En un año cumpliría con su deber y podría volver a casa.

Vació otra cubeta por la cresta.

Había visto ese panorama durante los últimos cuatro años. Se marcharía tras completar su servicio obligatorio a su amo, Hank Worthington, que había sido contratado para construir grandes cantidades de estructuras y edificios marítimos del gobierno. A la edad de veintidós años, Olsen había ganado suficiente dinero como para poder volver a casa y casarse con Frajia Clausen, la chica de sus sueños de adolescente... si es que ella había cumplido su promesa.

Si es que dejan que me vaya.

Era difícil encontrar trabajadores jóvenes, y el consejo de comerciantes ofrecía enormes recompensas a los que se quedaban. En caso contrario, amenazaban con vastos sufrimientos si alguno se negaba.

Olsen volvió a bajar por la empinada pendiente del canal, que

pronto estaría lleno, deslizándose por sus húmedas y oscuras laderas. Volvió a clavar la pala en la tierra húmeda y continuó como lo había estado haciendo durante las últimas semanas. Trabajaba con un equipo de otros treinta hombres, aunque no sabía por qué le llamaban equipo, ya que el proceso no estaba muy organizado. Cada uno excavaba, transportaba y vertía la tierra por su cuenta.

A su lado trabajaba Félix Brandt.

Aunque, de nuevo, no sabía si ésa era la palabra adecuada. Un hombre mayor, que no tendría menos de cincuenta años y que trabajaba con tanta lentitud que Olsen a veces se preguntaba si tenía ganas de terminar el proyecto.

Olsen continuó el proceso de llenar su cubeta, llevarla por el resbaladizo borde del canal y luego verterla hasta que perdió la cuenta de los viajes que había realizado esa mañana. Irritado, se dio cuenta de que podía contar fácilmente dos o a veces incluso tres viajes, por cada uno que lograba Félix.

Nunca le había caído bien aquel hombre.

No tenía sentido que alguien de su edad quisiera trabajar en un lugar así. No es que se hubiera detenido a pensar qué tipo de trabajo sería adecuado para un anciano como Félix. Después de su última cubeta, Olsen dejó de trabajar el tiempo suficiente para caminar por el dique hasta el borde de la orilla del río y llenar su taza con agua helada.

Cuando el río principal se descongelase, comenzarían de nuevo los ataques.

De eso se trataba; de construir, preparar y proteger apresuradamente el puesto comercial para que pudiera vencer a sus atacantes de nuevo, como había hecho el verano pasado y el anterior. La muralla se había reforzado durante el invierno y los canales se habían alargado para proteger los barcos. Y el asentamiento seguiría venciéndoles, hasta que perdieran, o hasta que alguien descubriera por fin lo que él había aprendido el primer día que llegó a la isla: que es un pantano fangoso, en medio de la nada, de escaso valor.

La ingenuidad le parecía irrisoria. No es que fuera su problema, pronto se marcharía. Bebió otro trago de agua. Estaba tan fría que le escocía la garganta mientras bebía, haciéndole toser.

—Vas más despacio, Albert —Félix dejó caer su cubeta y bajó para reunirse con él en la orilla del río—. ¿Te estás cansando de tan viejo?

—No, sólo estoy esperando a que usted me alcance —respondió.

—Puede que tengas que esperar todo el día y tal vez hasta mañana. Te doblo la edad, ¿sabes?

Y Albert lo sabía bien.

Félix llenó lentamente su bolsa de cuero. Incluso eso, notó Olsen, parecía llevarle un tiempo inusualmente largo. El hombre era lento en

todo lo que hacía. No porque fuera estúpido o incompetente, sino como si simplemente no le viera el sentido a darse ninguna prisa.

El hombre parecía estar esperando su momento.

¿Pero para qué?

Albert se preguntó por qué Brandt, un hombre que aún a su edad tenía la necesidad de trabajar, no había sentido la urgencia de conseguir algo, cualquier cosa, antes de ser incapaz de mantenerse en pie.

—Me han dicho que te vas pronto —dijo Félix mientras se sentaba a la orilla del río a beber agua.

—Sí, cuando el río se descongele, me iré a casa en el viaje más próximo.

—Será difícil con nuestro acuerdo actual obtener pasaje en un barco. Después de todo, nadie parece llevarse muy bien con los demás.

Soy paciente. Encontraré el camino a casa —dijo Albert, sonriendo, sin saber muy bien si estaba siendo reprendido por la forma en que había evitado al hombre.

—¿Por qué quieres volver tan pronto?

—¿Pronto? Ya llevo aquí cinco inviernos. ¿Por qué no querría irme?

—Es una isla tan agradable como cualquier otra. ¿Te espera algo en casa?

Albert respondió antes incluso de considerar por qué aquel extraño anciano estaría interesado.

—Hay una chica. Frajia Clausen, más perfecta que nada ni nadie que haya visto. Y prometió esperarme.

—Eso es muy bonito. Es una razón digna para dejar este lugar —dijo Félix, sonriendo casi de forma condescendiente—. ¿Pero has visto todo lo que este mundo tiene para ofrecer? Hay cosas, me atrevería a decir, mucho más hermosas que esa chica que dices...

Albert recogió su cubeta, dispuesto a volver al canal antes de perder el control y golpear a Félix.

—Si alguna vez usted hubiera conocido a una chica como ella, también estaría seguro de que no es necesario ver todas las cosas bellas que ofrece esta tierra para saber que ella es la más bella.

Félix sonrió de forma untuosa y algo viscosa.

—Por supuesto, por supuesto... Soy un hombre viejo y tonto en asuntos de amor. Te diré lo que puedo hacer por ti...

Albert se detuvo en la cima del dique.

—¿Por mí?

—Soy dueño de un barco y tengo que volver a Ámsterdam el año que viene. Está en el canal norte. En verano yo también tengo que volver a casa. Puedes venir conmigo.

Albert se quedó mirando al viejo inútil, dándose cuenta de repente

de su error. Brandt no era un lento trabajador. Era un rico terrateniente que había pagado la construcción de los canales. Se quedó sin palabras.

—¿Te gustaría? —preguntó Félix.

—Sí señor, muchas gracias, señor. Es usted muy amable.

—Bien. Ahora, ¿terminamos con el canal?

Albert asintió y volvió al canal, dispuesto a continuar. A pesar de que habían empezado a trabajar hacía varias semanas, hoy por fin estaría inundado. En el fondo se veía un pequeño hilo de agua, de unos pocos centímetros de altura, que se había filtrado en el canal, por lo demás seco.

Albert siguió excavando con su nuevo amigo, Félix Brandt. Un ingeniero midió la profundidad para asegurarse de que las embarcaciones que pronto pasarían por el canal tuvieran suficiente agua bajo sus quillas.

El jefe jefe, Hank Worthington, inspeccionó entonces la profundidad del canal y les informó de que habría que excavar un medio metro más antes de poder inundarlo con éxito.

Con un movimiento lento y decidido de su pala, Albert cavó profundo en el centro del canal. El agua llenaba el lugar donde cavaba tan rápido como se removía la tierra húmeda. Continuó, trabajando más duro ahora que sabía quién era realmente su lento e indeseado compañero.

Fue allí donde lo encontró.

Escuchó un sonido extraño, como de metal golpeando metal. Podría haber sido una roca dura, pero el sonido no encajaba. Albert siguió cavando, más por curiosidad que por el deseo de llegar a alguna parte. Su pala la golpeó de nuevo. Fue entonces cuando vio por primera vez su destello: bajo el agua, a medio metro bajo tierra, Albert vio lo que había provocado el ruido. Parecía una extraña mezcla de metal rojo y naranja, pero más brillante, casi como el oro. Desenterró el pequeño artefacto con la punta de la pala hasta que se soltó del asidero de la tierra. Sacándolo, lo lavó rápidamente en el agua fangosa. Brillaba como un extraño tipo de oro. Examinó rápidamente su hallazgo.

Construido como una varilla maciza, medía casi medio metro de largo y no tenía más de cinco centímetros de grosor. En la cabeza del aparato había algo parecido a un telescopio. Sólo que no se veían trozos de cristal. En su lugar, sus afilados ángulos rectangulares giraban de modo que la luz se reflejaba sin ningún propósito aparente. Unas extrañas marcas, completamente extrañas para él, cubrían los lados, dándole un aspecto antiguo. En la base, notó que algo giraba. Tenía doce posiciones diferentes y cada una modificaba ligeramente el

ángulo del metal reflectante de la punta.

Albert sonrió mientras barajaba el artefacto entre sus manos. Parecía pesado, más como un hacha grande que como un cristal ornamentado. Fue la primera vez que se dio cuenta de que era de un extraño color rojo, acabando con su esperanza de que fuera de oro.

De todos modos, me hizo preguntarme... ¿de dónde procede?

Albert se agachó para lavarlo de nuevo. Al otro lado de la colina, Félix se acercaba, tan lento como siempre. Aterrorizado ante la posibilidad de que alguien se lo arrebatara, Albert deslizó el hallazgo en el bolsillo de su enorme chaqueta y siguió cavando, sólo con un poco de esperanza de descubrir otro artefacto similar. Pero no sucedió. Aquella tarde, con la marea alta, el canal se abrió al océano. El agua entró a raudales, eliminando cualquier esperanza de encontrar más tesoros.

Esa noche visitó a su amo, que estaba a bordo del barco de Félix Brandt, preparándose para regresar a Ámsterdam en primavera. El aparejo del Delfland había sido desmontado para el invierno. Incluso sin él, Albert pudo ver que era un gran velero, digno de un terrateniente muy rico. Hank se reunió con él en la cubierta superior.

—Hola, Olsen. ¿En qué puedo ayudarte?

—Siento interrumpirle, señor —parecía avergonzado cuando preguntó—, ¿puedo entrar para que hablemos en privado?

—Por supuesto, chiquillo. Baja y cuéntame qué te ocurre.

Olsen siguió a su amo hasta el interior del barco. Guardado desde que había sido estibado para el invierno, el Delfland aún parecía digno del rey de Holanda. Dentro, el frío era vasto, más parecido a un palacio que a un barco, que a menudo requería el uso de cada rincón. Lo condujo hasta popa, donde se encontraba el camarote del capitán.

Con la seguridad de que su amo era la única persona a bordo del barco, Albert le contó rápidamente sobre el descubrimiento y su preocupación por que alguien pudiera robárselo. Cuando terminó, Hank encendió una enorme vela. Luego sonrió y dijo:

—¿Puedo examinarlo?

—Por supuesto —Albert lo sacó de su bolsillo y se lo entregó.

Llevando la luz de la vela sobre el artefacto metálico, Hank tomó un paño cubierto de un fuerte licor y comenzó a limpiar el metal anaranjado. Reflejaba la luz tan potentemente como cualquier otra pieza de oro que él hubiera visto. Hank pulió el artefacto hasta que quedó reflectante como un espejo. En el lateral de la varilla podía verse una extraña marca. Albert nunca había visto esas figuras en ninguna parte. Hank lo miró, hipnotizado, y se sorprendió al ver los escritos.

—¿Lo ha visto antes? —preguntó Albert.

—No, nunca —respondió Hank, sin dejar de pulir con reverencia.

—Entonces, ¿qué le hizo sorprenderse cuando vio las marcas en su centro? —insistió Albert.

—Se parece mucho a algo que un viejo amigo me mostró una vez, lo encontró en África. Eran bocetos, por supuesto, y claramente no tienen nada que ver con esto... aun así, las marcas tienen muchas similitudes.

—¿Qué tenían de interesante los bocetos de su amigo? —preguntó Albert, curioso.

Hank parecía indeciso, como si no estuviera seguro de hasta dónde contarle. Luego contestó:

—Mi amigo volvió para una segunda expedición a África, pero ni él ni ningún otro miembro de su equipo de veintidós hombres regresó.

—¿Cree que los dos lugares podrían estar conectados? —preguntó Albert, preocupado.

—¿Qué, una vieja ciudad en África y este sitio? —Hank sacudió la cabeza—. Lo dudo mucho.

—Entonces, ¿puede entregárselo a mi prometida? Me quedan otros seis meses de servicio, pero sé que usted volverá el mes que viene por poco tiempo. Confío en usted. ¿Puede llevarlo por mí? —pidió Albert.

—Por supuesto. Si me confías algo tan valioso... —Hank respondió con su voz amable y tranquila, como un padre a un hijo.

—No habría venido si no fuera así —afirmó Albert.

—Entonces claro que lo haré —concluyó Hank.

*

Félix Brandt no podía creer lo que vio al llegar a la colina. ¡Albert Olsen había encontrado la Piedra Arcana!

El joven no tenía ni idea de su propósito, pero hasta un tonto podría reconocer su valor de inmediato, lo que habría hecho que se la mostrara a alguien, y en poco tiempo, cualquiera que la conociera, y que hubiera esperado muchas generaciones para encontrarla, accedería a sus secretos.

No, Olsen era un buen chico, con un futuro brillante, pero había que hacer algo.

Félix salió de su casa al anochecer. Debería haber esperado a que fuera más tarde, pero no podía arriesgarse a que Olsen fuera tan inocente como para mostrársela a alguien. Después de debatir el problema una y otra vez, salió a la calle.

A lo largo del borde rocoso de la calle Pearl, sus pasos resonaron silenciosamente en la noche hasta llegar al final. Allí giró a la derecha y caminó a lo largo del Heere Gracht, donde la luna brillaba con gracia sobre la primera marea alta, que inundaba el canal recién profundizado. Pronto, pensó, los barcos lo rodearán como lo habían

hecho en Ámsterdam.

Al final del canal llegó a la muralla, donde se refugiaban muchos de los trabajadores. No era habitual que un hombre de su origen se dejara ver en un lugar así a primera hora de la tarde, pero como era el hombre más rico del nuevo asentamiento, poco tenía que temer por sus acciones.

Llamó a la puerta. Albert Olsen respondió inmediatamente. Aún llevaba los zapatos puestos y parecía que acababa de llegar a casa.

—Hola, Sr. Brandt —dijo Olsen, cortésmente.

—¿Puedo pasar?

Olsen parecía nervioso.

—Por supuesto. ¿Ocurre algo?

—No, nada. Sólo quería hablar contigo.

La habitación era pequeña, con una cama en un extremo y una chimenea al lado. Había poco más y ningún sitio donde sentarse.

—Siento no tener mucho que ofrecerle, Sr. Brandt —dijo, mientras colocaba una pequeña olla de agua en el fuego—. ¿Le apetece una bebida caliente? Me temo que no tengo ningún sitio donde pueda sentarse.

—No hay ningún problema. No voy a robarte mucho tiempo. Quiero hacerte una pregunta.

—¿A mí? —Olsen parecía confuso, pero Félix se preguntó si también mostraba un poco de miedo.

—Sí, es sobre lo que has encontrado hoy.

Olsen dejó de verter el agua caliente en una taza.

—¿Qué he encontrado hoy?

Félix estudió sus ojos detenidamente. No se encontraron con los suyos y respondieron inmediatamente a su pregunta.

Sí, Albert Olsen está tratando de ocultar algo.

—No pasa nada, Albert. No quiero quitártelo, si es eso lo que te preocupa. Es sólo que tengo una colección de artefactos locales que han sido descubiertos a lo largo de los años, y estoy interesado en uno en particular. He visto varios dibujos de él, y creo que te lo has topado.

Albert guardó silencio, pero tampoco negó su descubrimiento.

Félix sacó un papel enrollado con un dibujo y lo abrió delante de él.

—¿Se parecía a esto?

Albert se quedó mirándolo un momento y dijo:

—Sí, es idéntico. ¿De dónde sacó ese dibujo?

—Me lo dio hace mucho tiempo alguien que lo encontró durante una expedición anterior.

—¿Es valioso?

—Sí, por supuesto. No porque esté hecho de oro ni nada por el

estilo. Pero históricamente, vale una fortuna. Una vez oí que lo describían como la llave de la gran ciudad.

—¿Qué ciudad? El lugar era un pantano antes de que llegáramos.

—Eso no importa —Félix cambió rápidamente de tema. Ya había hablado demasiado de ellos—. ¿Se lo enseñaste a alguien?

—No, claro que no. ¡Algo así parecía que podía valer más que los ahorros de toda mi vida! No quería que nadie me lo robara.

—Por supuesto... hiciste lo correcto —tranquilizó a Albert.

Con un rápido movimiento, Félix deslizó la punta del cuchillo a través del hueco entre las costillas de Albert y se lo clavó en el corazón. Fue la muerte más rápida que se le ocurrió. Toda una vida de entrenamiento y nunca había tenido la necesidad de hacerlo antes.

Albert apenas hizo ruido.

Félix no era un asesino nato y no se complacía en ello. Se quedó mirando la cara del chico. Atónito, se dio cuenta de que no había odio en los ojos de Albert ni dolor, simplemente incredulidad. Félix deseaba más que nada liberar al chico de su angustia.

—Lo siento mucho, Albert, de verdad —dijo Félix—. Pero algunas cosas, me temo, deben permanecer enterradas... para siempre.

*

Hank Worthington observó cómo el quinto poste de señalización se clavaba en el suelo bajo las aguas poco profundas, a doce metros de la orilla del río. Hoy era el primer día del proceso de recuperación de la tierra del mar, para que el hombre que le pagaba el sueldo pudiera construir su mansión en un terreno de primera.

No era una idea totalmente nueva para los holandeses, pero en la periferia del Puesto de Comercio, donde abundaba la tierra, la rentabilidad comparada con el trabajo necesario para llevar a cabo la tarea la hacía parecer descabellada. Hank levantó la vista y oyó el sonido familiar del martillo sobre el acero al clavar el poste de madera en el suelo blando hasta que dio con el lecho de roca. Mañana su equipo comenzaría la ardua labor de rellenar el agua con roca y luego con tierra.

Sacudió la cabeza ante el absurdo.

Construida como un dique, y a modo de fortaleza para proteger la entrada al canal principal, que también había encargado el Sr. Brandt, la ampliación hacia el río le parecía extravagante, incluso a él. Hank era un ingeniero hidráulico de tercera generación, cuya familia había trabajado en varios proyectos hidráulicos en Ámsterdam. Pero esto era diferente.

—Félix Brandt es un tonto —dijo en voz alta.

—Sí, pero uno muy rico —asintió su aprendiz.

—Son de la peor clase —Hank sacó los planos de ingeniería para mostrárselos a su joven aprendiz—. Normalmente, habríamos apoyado

este punto aquí, donde se formaba la orilla natural del río, y luego construido su fortaleza por encima, donde aún pudiera proteger la entrada al canal.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—Porque Félix Brandt fue muy claro: en este lugar, justo aquí. Incluso me llevó en un bote de remos y me mostró con precisión dónde quería que llegara la nueva tierra.

Su aprendiz miró el mapa que representaba las zonas de vertederos.

—¿Quiere mucho terreno nuevo? ¡Es casi un kilómetro cuadrado! Me pregunto por qué no construye más atrás. Aquí la tierra no es escasa ni valiosa...

—En efecto. ¿Por qué? —Hank esperó a que el chico diera una respuesta por sí mismo. Cuando no se le ocurrió ninguna, dijo—: Félix dio la estúpida excusa de que algún día poseería la mayor extensión de aguas profundas de la isla y, por lo tanto, podría controlar su comercio. —Hank esbozó una sonrisa arrogante y continuó—: Pero creo que lo hizo simplemente para demostrar que lo que quiere, lo puede tener.

En el agua, el familiar sonido del martillo sobre el acero continuó mientras comenzaban a clavar el sexto poste en las aguas más profundas.

Los oídos de Hank se agudizaron ante el repentino cambio de resonancia.

El dirigente de ese poste golpeó algo que no era arena, roca o madera. ¿Pero qué?

Desde la orilla, observó cómo los hombres retiraban el poste de madera e intentaban volver a colocarlo. Al tercer intento, uno de sus hombres más corpulentos se sumergió para ver qué habían golpeado, luego volvió a subir a la barca después de contener la respiración durante casi un minuto.

Hank miró la cara del hombre. Incluso a doce metros de distancia, podía ver que algo iba mal.

—Ven conmigo. Vamos a ver cuál es el problema.

—Traeré el bote de remos.

Los dos subieron al pequeño bote y su aprendiz tomó los remos. En un par de minutos estaban amarrados junto a la barca.

—¿Qué tenemos? —preguntó Hank, tomando la mano curtida de Jeroen, que conducía los muelles. Los dos llevaban casi veinte años trabajando juntos.

—Golpeamos algo duro. Es imposible atravesarlo.

—Está bien. Construiremos encima. —Hank miró la ropa de Jeroen, todavía empapada—. Ya le has echado un vistazo. ¿Qué

hemos encontrado?

Jeroen parecía nervioso mientras le entregaba un pequeño lingote de metal anaranjado. Podría haber sido latón o incluso una aleación de cobre.

—¿Lo encontraste ahí abajo?

—Sí. Pero no tengo ni idea de dónde viene. Hay mucho. Creo que es mejor que lo vea usted mismo.

Hank miró el agua; aún no era primavera y el hielo acababa de descongelarse. Iba a decir algo, pero Jeroen lo detuvo.

—Confíe en mí, es algo que querrá ver.

Como no quería pasarse el resto del día discutiendo sobre lo que fuera que habían encontrado sus hombres, se quitó la camisa y se sumergió en el agua. La gélida temperatura le escocía, pero se obligó a abrir los ojos mientras nadaba hacia el fondo. No era profundo, tal vez seis o siete metros como mucho. Apenas sumergió la cabeza en la superficie, lo vio.

Parecía el centro de una ciudad antigua, pero nada parecido a ninguna que él hubiera visto, o siquiera oído hablar. Estaba cubierto del mismo metal anaranjado y brillante que el joven Albert Olsen había descubierto mientras excavaba en el canal. Todo el lugar tenía el aspecto surrealista de una ciudad egipcia perdida. Tampoco es que hubiera visto ninguna. Un amigo suyo le había enseñado bocetos después de visitar una cuando ambos eran estudiantes.

Hank volvió a la superficie y subió a la barca por la escalera de cuerda. Pudo ver la cara de Jeroen, esperando para decir «se lo dije».

—Bueno Hank, ¿qué le parece?

—Será mejor que se lo diga al dueño... —dijo Hank, sin ocultar el disgusto de su voz—. Lo que significa que habrá retrasos.

*

Una hora más tarde, Hank regresó al lugar de trabajo. En la playa se había levantado una tienda de campaña con un escritorio en el centro: un despacho para él y el arquitecto. Al norte estaba protegida del viento por grandes montones de roca y tierra para preparar la construcción. Sentados frente a su escritorio, Jeroen y su aprendiz le esperaban. La mirada en sus rostros le dijo que ambos le habían estado esperando ansiosos.

Todavía llevaba el extraño trozo de metal anaranjado cuando entró en el pequeño despacho de la obra, se sentó y lo colocó sobre la mesa como si fuera un pisapapeles... y no dijo nada.

—Bueno Hank, ¿qué te dijo el Sr. Brandt? —preguntó Jeroen.

Hank se crujió los nudillos.

—Dice que son los restos del India Star, un viejo barco de guerra forrado de latón, que fue arrojado aquí hace años para detener la interminable erosión de la playa.

Jeroen se rió de la explicación.

—Eso es mentira y lo sabes tan bien como yo. Yo vi una ciudad.

Hank le miró a los ojos y replicó enérgicamente:

—Sí, bueno, quizá fuera una de «sus» antiguas ciudades, antes de que llegáramos. Ahora es nuestra, así que ¿por qué no construir encima? A mí me parece bastante sólida.

—No me importa si era una de «sus» ciudades —Jeroen encendió una pipa—. Ese metal rojo debe valer algo, ¿no?

—Sí, bueno, tal vez el señor Brandt no esté muy interesado en ralentizar su proyecto para que hagamos arqueología en su obra. Además, si fuera así ¿qué? Tanto mejor para construir. Cualquier cosa así de sólida debe ser una buena base.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer con ello?

—El dueño ha pedido rellenarlo con rocas y tierra, que pongamos los cimientos y preparemos la segunda fase de la construcción.

—¿Y eso es lo que piensas hacer?

—Como dije, será una buena base.

Jeroen se levantó para irse y luego dijo:

—Hank...

—Déjalo Jeroen. Dije que es hora de volver al trabajo. Quiero este lugar enterrado para el fin de semana.

Aquella noche, Hank bebió whisky tranquilamente en su tienda. Le habría gustado tomárselo con sus hombres, como siempre, pero necesitaba tiempo para reflexionar. No podía dejar de pensar en el maldito lingote de cobre. Nunca había visto nada brillar así. Era casi una especie de oro anaranjado.

Además, no tenía sentido la respuesta del dueño. El Sr. Brandt era un hombre extremadamente rico, pero eso no era razón suficiente para no querer hacerse más rico. Había comprado los lotes de agua limpiamente. Si había una antigua ciudad dorada debajo, podría reclamar fácilmente la propiedad.

Entonces, ¿por qué se había apresurado tanto a enterrarlo todo? ¿Qué es lo que quiere que el resto del mundo no vea?

Era demasiado para él y, al final, Hank supo que necesitaba una respuesta más satisfactoria. De vuelta a su tienda de trabajo, donde había dejado el lingote naranja como un buen pisapapeles, Hank tomó el extraño metal, se lo guardó en el bolsillo y se dirigió hacia la forja de acero, donde los hombres trabajaban durante toda la noche para crear el acero necesario para el nuevo puesto avanzado.

Como ingeniero principal, Hank era conocido por todos, que le saludaron cordialmente, aunque sorprendidos de verlo allí de noche. Al fondo de la sala examinó el lingote. Sin duda estaba hecho del mismo extraño metal brillante utilizado en el artefacto que Albert Olsen había descubierto.

Sacudió la cabeza, todavía extrañado por la repentina desaparición del joven. No es que alguien lo hubiera matado por ello; después de todo, Olsen ya le había confiado el artefacto antes de desaparecer. Tal vez nunca había tenido la intención de regresar a Frejia y esa fue la mejor excusa que se le ocurrió... Primero lo pesó y descubrió que pesaba exactamente siete kilogramos. Lo colocó en el crisol, encendió el horno y observó cómo el extraño metal se fundía hasta quedar al rojo vivo, para luego licuarse.

El zinc y el plomo fueron los primeros en desaparecer, por ser metales débiles. Luego vertió el líquido, mientras que los metales más fuertes, como el oro, la plata y el cobre, permanecieron en estado sólido.

Con una mano enguantada agarró las tenazas del herrero y tomó el pequeño trozo de metal brillante para examinarlo. Su peso no había cambiado mucho, ahora pesaba 6.8 kilogramos.

Se entusiasmó con la idea de tener casi siete kilogramos de oro, plata y cobre, pero la cuestión seguía siendo ¿en qué proporciones*?*

Entonces tomó una botellita de sal Glaubers, un ácido fuerte recién descubierto que disolvía la plata y el cobre, pero que dejaba el oro intacto, y la vertió en el crisol. Otra vez el oro permaneció sólido, mientras que los otros dos elementos se convirtieron en un lodo débil.

Retiró con cuidado el lodo y calentó el oro una vez más para eliminar cualquier impureza adicional, y luego examinó el brillante metal restante. Desde luego, parecía oro puro. Puede que no lo tuviera todo, pero estaba cerca.

Agarrándolo con las tenazas del herrero, lo sumergió en agua, viéndolo silbar. Impaciente, lo recogió. Se sentía pesado en la mano y se le aceleró el corazón cuando volvió a colocarlo en la balanza. Conteniendo la respiración, añadió pesas de plomo en el extremo opuesto de la balanza, hasta que los dos metales se equilibraron.

Sumó los pequeños pesos y casi gritó.

¡4.9 kilogramos!

Hizo el cálculo mentalmente.

¡Mierda! ¡Eso es casi un 70% de oro! Y hay una ciudad enterrada debajo de su sitio de construcción cubierto en la materia. Enterrada para la eternidad.

Volvió a la nave cerrada de su amo. Una repentina sensación de urgencia le llevó a abrir rápidamente su caja fuerte y examinar el artefacto que Albert Olsen le había pedido que entregara. En aquel momento había descartado las marcas por tratarse de similitudes poco probables, pero ahora estaba seguro de que eran las misma de las que le había hablado su viejo amigo de la universidad.

En cuanto lo vio supo que lo era. *Así que estaba diciendo la verdad hace años. ¡Robert Mitchel había descubierto una antigua tribu en África*

que conocía el camino a la Ciudad Dorada!

Hank se quedó mirando el oro que tenía delante. Iba a ser más rico de lo que había soñado. Todo lo que tenía que hacer era averiguar cómo iba a robarlo sin que toda la fortaleza de Félix Brandt se derrumbara sobre él. En el delirio de felicidad que a menudo le proporcionaba el encanto del oro, Hank ni siquiera se paró a pensar por qué Félix estaba tan decidido a enterrarlo todo.

Iba a ser rico.

Hank recordó la conversación con su viejo amigo, Robert Mitchel, todos aquellos años atrás. Y luego rezó para que la segunda parte de la historia del hombre nunca se hiciera realidad.

Capítulo I

Ámsterdam, actualidad. Cinco semanas restantes.

La Dra. Billie Swan giró a la izquierda por Amselstraat y luego a la derecha por Weeperstraat, tomando la ruta más corta para salir del casco antiguo, sobre el laberinto de canales y diques. Conducía un Renault Twingo, la versión de cuatro puertas del pequeño coche europeo. Lo había alquilado por una semana, esperando tardar al menos ese tiempo en encontrar la respuesta a su pregunta. Lo encontró al tercer día.

En su espejo retrovisor vio una Vespa amarilla. La seguía desde que salió del Stadsarchief de Ámsterdam, el Centro Nacional de Archivos. Podría haber seguido la misma ruta que ella. Era la forma más rápida de salir de la ciudad.

¿Pero la había visto ayer?

Europa estaba plagada de ciclomotores de este tipo, y se le podría perdonar fácilmente que la confundiera con otra, que ahora la seguía, con la de antes. Sus nervios estaban a flor de piel desde que regresó de la Atlántida.

Billie ni siquiera había descubierto toda la verdad. Si sus predicciones se acercaban a la realidad, entonces el mundo estaba en problemas. Y basándose en los cálculos de tiempo, no tenía mucho tiempo para encontrar una solución. Tal vez cinco semanas como mucho. El tiempo apremiaba.

Dicen que el conocimiento puede ser peligroso. Por lo que Billie había aprendido, podría significar el fin de la raza humana. La única esperanza que le quedaba era llegar al santuario interior de la Atlántida a tiempo para evitar que se desencadenara el siguiente ciclo. Y para ello, tenía que encontrar el código.

Carajo, si tuviera años, tal vez un equipo de descifradores de código podría resolverlo, pero no, tenía cinco semanas. Su única esperanza era encontrar las notas de la última persona viva que se sabía que lo había visto: Félix Brandt.

Para ello, necesitaba encontrar el lugar donde había pasado sus últimos días en el planeta, y eso era lo que la había llevado con tanta prisa a Ámsterdam.

La verdad era tan peligrosa que se había negado a contársela a Sam Reilly e incluso a Tom Bower. En lugar de eso, había inventado una historia sobre por qué necesitaba su ayuda para encontrar a alguien en Ámsterdam. Ahora que había descubierto adónde había ido aquel hombre hacía siglos, necesitaría su ayuda para llegar hasta él, o al menos hasta el lugar donde había dejado sus notas.

ÉL...

Ese pensamiento la hizo recordar al hombre de pelo rubio rizado y ojos azules que había visto en su primer día en el Centro Nacional de Archivos. El hombre rubio con la gorra de béisbol roja en el ciclomotor no era la segunda vez que lo veía. Había estado allí, en el Stadsarchief de Ámsterdam, su primer día. No le había hecho mucho caso. Él entraba en el edificio mientras ella salía. La única razón por la que se había fijado en él era el extraño atractivo de su rostro. Por debajo de su aspecto, mostraba una seguridad en sí mismo que rozaba la arrogancia. Y entonces, como si hubiera leído sus pensamientos, le respondió con una sonrisa de lo más encantadora, de esas que podrían hacer que una mujer menos impulsada por la necesidad se metiera sin querer en su cama.

Así que ya van tres veces en tres días.

Es más que una coincidencia. Iba tras ella. Y eso significaba que estaba en problemas... y que el mundo corría un gran riesgo. Era hora de que Sam Reilly supiera lo que realmente había descubierto en la Atlántida y, al mismo tiempo, era más importante que nunca que no revelara su ubicación.

Billie pisó el freno un poco más de lo necesario al doblar la esquina que salía de la ciudad. Para los demás conductores de la concurrida autopista, aquello podría haber parecido totalmente accidental, pero fue suficiente para que el familiar ciclomotor se desviara a la derecha de ella, obligando a su conductora a adelantarle.

La matrícula quedó a la vista. Era diferente. Lo había anotado por precaución ayer, cuando vio que la motocicleta llegaba y salía del edificio del Centro Nacional de Archivos al mismo tiempo que ella. Incluso sin comprobar sus notas, fue capaz de reconocer inmediatamente que no se trataba de la misma. Aun así, eso no alivió la incómoda sensación de que la estaban siguiendo.

Para su consternación, el ciclomotor aminoró la marcha hasta que se vio obligada a adelantarlo de nuevo.

Se acabó. ¡No voy a jugar a este juego!

Detuvo el coche y se metió en un carril de descanso. Abrió un gran mapa desplegable, como si fuera uno de los miles de turistas perdidos, y observó cómo desaparecía la Vespa. Aliviada, volvió a doblar el mapa y se dispuso a arrancar de nuevo, cuando apareció una Vespa completamente nueva.

A diferencia del conductor anterior, que llevaba un casco integral con una impenetrable visera reflectante que le daba un aspecto siniestro, esta Vespa era roja y la conductora tenía el pelo largo y rubio, que colgaba descuidadamente del casco abierto, y una hermosa sonrisa de joven holandesa.

Dudo que sea la apariencia de una espía...

La motociclista se detuvo en el sendero detrás de ella. A pesar de la

total diferencia entre ambas, no cabía duda de que era una coincidencia que otra Vespa se estacionara detrás de ella a los pocos minutos de haber perdido la última.

Así que alguien me está siguiendo.

Se adentró en el tráfico, sin querer llamar la atención.

—Llama a Sam —dijo, activando el reconocimiento de voz del coche.

—¿Encontraste lo que buscabas? —preguntó Sam, obviando las cortesías.

—Sam, no sé cómo, pero alguien nos ha descubierto.

—Realmente nadie sabe siquiera que estamos en el país y no sé cómo podrían habrán averiguado lo que estamos haciendo, sobre todo porque ni siquiera yo lo sé.

—No importa, alguien lo sabe. Me persiguen varios hombres en Vespas desde que salí del edificio del Centro Nacional de Archivos.

—¿No es posible que sólo quieran tu número de teléfono?

—Vete al carajo. Te digo que alguien me persigue.

—¿Dónde estás ahora? —la voz de Sam se endureció.

Miró el GPS en la pantalla del parabrisas.

—Weesperstraat. Acercándome a... Mauritskade...

—Bien. Quiero que gires a la derecha y luego da la vuelta al Parque Frederik Hendrik. ¿Sabes cómo llegar allí?

—Sí, claro. Creo que he pasado por allí varias veces en los últimos días.

—Mantente en las carreteras principales. Si no estoy allí cuando llegues, haz un circuito. Puedo llegar en veinte minutos. Billie...

—¿Qué?

—¿Lo encontraste?

—Sí. No pude robarlo sin que alguien se diera cuenta, pero he tomado varias fotografías. Debería ser suficiente para descubrir a dónde ha ido.

—Bien. Escucha. Mantente en las carreteras principales, estaré allí tan pronto como pueda. ¡No pares el coche hasta que me veas!

—¡Entendido!

El corazón de Billie se aceleró al llegar al parque Frederik Henderik a los diez minutos. Redujo la velocidad, pero el parque estaba vacío. Era demasiado pronto para que Sam llegara y la primera vez desde que había llegado a la ciudad que el tráfico había sido tan bajo, cuando lo que ella quería era una carrera lenta pero constante.

En general, sabía cuidarse, pero estaba desarmada. Se maldijo a sí misma por no tomar las precauciones habituales, pero le preocupaba que su arma pudiera levantar sospechas más que disiparlas. Además, quienquiera que supiera lo que buscaba dispondría de infinitos recursos. Pocas personas sabían que la Atlántida existía realmente.

Menos aún sabían dónde estaba. Y, por lo que ella sabía, nadie que estuviera vivo en ese momento sabía cómo llegar a su santuario interior.

Pero estaba a punto de averiguarlo. Y eso la convirtió en la persona más valiosa del mundo.

Billie giró a la derecha en Willemsbrug y comenzó el proceso mental de planificar un bucle gigantesco. La chica de la Vespa que iba detrás de ella parecía ahora más seria, su sonrisa despreocupada se había convertido en determinación.

La motociclista, aparentemente consciente de que Billie la había descubierto, se volvió descarada en sus movimientos para mantenerse cerca. Se rió de sí misma por estar tan asustada. Al fin y al cabo, sólo iban en moto, Vespas en realidad, ni siquiera una moto de verdad, y ella iba en coche.

¿Qué le iban a hacer?

Cuando volvió a girar a la derecha en Weeperstraat, Billie se horrorizó al ver la Vespa amarilla original, la que la había seguido hasta el Centro Nacional de Archivos en su primer día. Estaba aparcada en la intersección viniendo en dirección contraria, pero giró inmediatamente en su persecución cuando ella la adelantó.

Aceleró mientras la Vespa amarilla la seguía y pulsó el botón de volver a llamar en su teléfono.

—¡Sam! ¿Dónde estás?

—Zaandam. Me quedé atascado en el tráfico, pero estoy haciendo todo lo que puedo. ¿Estás bien?

—¡No, carajo, no estoy bien! ¡Tengo tres motociclistas detrás de mí y estoy desarmada por sugerencia tuya!

Sam no mordió el anzuelo de la discusión.

—Bueno, yo no estoy desarmado. Te aseguro que perderán el interés que tengan en ti en cuanto llegue. Tómatelo con calma. ¿Sigues en el mismo circuito?

—Sí.

—Bien. No pares en ningún sitio. Te encontraré. Vengo desde la otra dirección, pero te veré. Buena suerte.

—¡Al carajo la buena suerte! ¡Quiero que arregles esto, Sam!

—Estaré allí en cinco minutos.

Más adelante, Billie vio un semáforo en rojo. Empezó a aminorar la marcha antes de tiempo, con la esperanza de no tener que detenerse por completo. El tráfico ya se acumulaba en la intersección y le preocupaba no tener otra opción muy pronto.

Al final, tuvo que parar. Mantuvo un pie en el freno mientras con el otro aceleraba el motor, preparada para cruzar al tráfico en sentido contrario si era necesario. La Vespa amarilla se detuvo a su lado.

Era el mismo hombre rubio que la había estado vigilando en el

Centro Nacional de Archivos de Ámsterdam. Llevaba un casco abierto. Giró la cabeza para mirarla directamente. La sonrisa arrogante de su rostro le hacía parecer cualquier otro hombre que hubiera salido a dar un gran paseo y se hubiera cruzado con una hermosa mujer detenida en el semáforo.

Sus ojos no perdían de vista a las dos Vespas que venían detrás de ella, detenidas un par de coches más atrás. Segura de que alguien iba a bajarse de la moto y llevársela, no dejó de escrutar la zona. Pulsó el botón de cierre centralizado y las cuatro puertas se cerraron simultáneamente. No consiguió tranquilizarse. El coche era pequeño y serviría de poco para protegerla de las balas.

El semáforo se puso en verde y el hombre de la Vespa amarilla le sonrió y la saludó, antes de acelerar hasta desaparecer en el mar de tráfico.

Bueno, algo es algo...

Empezaba a sentirse más segura de que Sam la alcanzaría a tiempo. Más adelante, se acercó a la intersección de Willemsbrug y Stadhouderskade, donde se vio obligada a reducir la velocidad, ya que un hombre en bicicleta que iba delante de ella casi se detiene. Sus ojos observaron atentamente la Vespa más cercana, detrás de ella. Tras comprobar que no se movía, permaneció en el cruce una fracción de segundo más de lo debido después de que la bicicleta cruzara la calzada. Entonces pisó a fondo el acelerador y se metió en el cruce, donde un camión se dirigía hacia ella a toda velocidad.

Cuando lo vio, Billie tuvo el tiempo justo de pisar el acelerador en un vano intento de evitar la colisión. El camión golpeó la puerta del lado del pasajero, enviándola hacia delante y hacia la pared del dique. Tras el impacto inicial, se dio cuenta de que no estaba malherida. Decidida a correr hacia el camionero o a huir calle abajo, estaba a punto de alcanzar la manilla de la puerta cuando el motor del camión volvió a rugir, empujándola hacia el puente.

Pisó el freno con fuerza. El lateral de su coche golpeó el viejo muro de piedra y entonces sintió que su coche empezaba a rodar por el borde. ¡Hasta que golpeó el agua!

Flotó durante treinta segundos o más antes de que el bloque motor más pesado de la parte delantera del coche empezara a arrastrarla hacia abajo, primero por el capó, y entre burbujas, el coche desapareció bajo el agua.

Capítulo II

Sam Reilly hizo girar su BMW S1000 RR, una de las motos de carretera más rápidas que existen, hacia el sur por la A10 a velocidades que harían dudar de su visión a cualquier agente de policía. Atravesando las callejuelas de Houthavens, llegó al cruce de Willemsbrug y Stadhouderskade. Se detuvo en el cruce.

Había cristales rotos y fragmentos de metal esparcidos por el centro de la intersección. Podía verse un largo tramo de marcas de neumáticos derrapando a lo largo del puente. Empezando por el centro, sus ojos las siguieron hasta que sobrepasaron el borde del viejo puente.

Llegó demasiado tarde. Habían llegado por ella.

Sam apretó el acelerador a fondo mientras corría hacia el borde del puente, donde aún quedaban los restos de la barandilla destruida. Debajo de él, podía ver miles de burbujas que seguían perforando la superficie del agua y un inquietante resplandor de los faros del coche debajo. Posiblemente los únicos restos del coche siniestrado de Billie.

Debe de haber ocurrido hace poco.

Sam se bajó de la moto y miró hacia los grandes bloques de arenisca rotos, que antes habían formado la capa superior del muro de contención. Sin esperar a ver quién más había estado allí en el accidente, levantó uno de los grandes bloques. Utilizó todas sus fuerzas para levantar la arenisca y dio un solo paso hasta el borde del puente, cayendo al agua blanca y espumosa que había debajo.

Capítulo III

Billie abrió los ojos y vio burbujas en el parabrisas. Se tocó la frente con la mano. Algo húmedo le pasaba por los ojos. Ligeramente desorientada, retiró la mano y la miró. Había sangre.

¿Dónde estoy?

En un instante, recordó lo que había ocurrido y dónde estaba. Aturdida por un momento, buscó rápidamente la manilla de la puerta. No se movió. Intentó desbloquearla, pero la puerta no se movió. Probó el botón eléctrico, no pasó nada.

La adrenalina se disparó en su interior al darse cuenta de que iba a ahogarse dentro de su propio coche. Pensó en todas las formas que había leído a lo largo de los años para salir de un coche inundado: no había muchas que funcionaran.

Billie tanteó mientras rebuscaba en la guantera desesperadamente por algo lo bastante sólido como para romper una ventana.

¿Una caja de pañuelos? ¡Qué puta broma es ésta!

Se apretujó en el asiento trasero. Allí descansaba su bandolera. La abrió y rebuscó en su contenido. El celular, la cartera y la tableta. Se maldijo por haber dejado la laptop en el maletero, en lugar de dejarla junto al bolso.

Llaves del coche, todas de plástico. No, eso no ayudará.

El agua estaba llenando el coche más rápido ahora. El pánico intentó apoderarse de ella y luchó por mantener el control. Si quería sobrevivir, tenía que mantener la concentración. El agua le llegaba al cuello.

Con el ángulo descendente del coche, la bolsa de aire que quedaba estaba en la ventanilla trasera. Intentó meter la cabeza en la parte superior para respirar el último aire que quedaba y luego abrir de nuevo la puerta, pero la presión exterior era demasiado fuerte. Volvió a la parte trasera del coche y respiró hondo otro par de veces, luego nadó hasta la puerta del lado del conductor e intentó abrirla. Todavía era demasiada presión. Volvió a tomar una última bocanada de aire de la bolsa de la ventana trasera, antes de que se llenara completamente de agua.

Ahora es el momento. Tengo que permanecer consciente el tiempo suficiente para que la presión se iguale.

Un fuerte crujido le indicó que el coche había chocado con el lecho marino poco profundo. Debajo de ella, Billie creyó oír otro crujido en la ventanilla de la puerta del conductor. Nadó hasta la puerta delantera, donde el coche estaba ahora completamente lleno de agua. En la ventana, un hombre enmascarado la miraba fijamente.

Cubierto con un traje de neopreno negro, una máscara tintada y un

equipo de buceo, el hombre le resultaba extrañamente familiar. Podría haber sido cualquier submarinista, pero había algo más que ella reconocía de su pasado. No sabía dónde.

Él sonrió, y ella lo reconoció. De algún modo parecía funesto, y entonces recordó dónde lo había visto antes. El hombre intentó abrir la puerta, pero la presión seguía siendo demasiado fuerte. Conteniendo la respiración, Billie se dirigió a las puertas traseras mientras el buzo seguía luchando por entrar. Esperaba que la presión se igualara y pudiera escapar por la puerta trasera mientras él entraba por la delantera.

El buzo pareció darse cuenta de lo que ella pensaba al mismo tiempo. Eso le dio más fuerzas y, tras luchar una vez más contra la puerta, golpeó con el codo la ventana, haciéndola crujir.

Por un momento, Billie pensó que la ventana aguantaría. Luego volvió a golpearla con el codo, rompiendo la ventana por completo. Vio cómo el hombre retiraba rápidamente los últimos fragmentos de la ventana, mientras intentaba colarse por ella.

Billie apoyó la espalda en el suelo de los asientos traseros y empujó con las piernas contra la puerta trasera tan fuerte como pudo. No cedió al primer intento, y ya estaba perdiendo la concentración a medida que los efectos de la hipoxia atacaban su cerebro.

Se agarró a la manilla de la puerta y volvió a patearla. Esta vez, la presión del agua se igualó y la puerta se abrió de golpe. Se dio la vuelta para salir nadando. Pero su cabeza estaba atascada en algo y, a medida que todo se oscurecía, empezó a perder la dirección de la superficie.

Desorientada y frustrada, sintió la calma que suele preceder a la aceptación de la muerte por ahogamiento. No era que se hubiera rendido, simplemente era cuestión de aceptar que había fracasado a pesar de sus mejores esfuerzos.

Mientras sus pulmones ardían de dolor y ansias, abrió la boca para respirar profundamente el agua del océano y descubrió que una gran mano enguantada le introducía en la boca un regulador de buceo. Involuntariamente, respiró hondo.

Sabía más dulce que el aire, casi azucarado, pero le aliviaba el dolor del pecho, así que siguió respirando hondo. A la tercera, todo pareció volver a la normalidad, y entonces el mundo se oscureció.

¿Qué me ha dado?

Y con la cuarta respiración, desaparecieron todas las preocupaciones del mundo.

Capítulo IV

Con el pesado bloque de jardinería en los brazos, Sam se hundió en el fondo del mar. El Renault Twingo de Billie descansaba sobre el fondo arenoso. Algunas burbujas que quedaban goteaban. El maletero había sido abierto, como si se le hubiera ocurrido sacar su laptop. La información que contenía valía millones de dólares.

Sam llegó a la puerta principal.

Su ventana se había roto. Exploró la zona para ver si veía a Billie, pero sólo había agua turbia. Abrió la puerta para asegurarse de que no estaba atrapada dentro. El habitáculo estaba vacío, la guantera abierta y la puerta trasera del otro lado medio entreabierta.

¡Gracias a Dios, salió!

Dejó caer el pesado bloque y luego nadó rápidamente hacia el otro lado del coche para ver si podía verla. De nuevo, nada. Comprobó la arena de abajo para asegurarse de que no la había perdido y luego nadó tranquilamente hacia la superficie, confiando en que habían tenido suerte.

Era una llamada de atención que sus hazañas para llegar a la Atlántida fueran perseguidas por otros, pero al menos ella había sobrevivido. Ahora serían mucho más cautelosos.

Sam rompió la superficie del agua con la cabeza y respiró profundamente. En la superficie, miró rápidamente a su alrededor, esperando ver a Billie nadando hacia la orilla del dique. Pero no pudo verla en el agua. Giró trescientos sesenta grados, tratando de encontrarla.

Sam era la única persona en el agua. Miró hacia el borde del agua y observó los rostros de varios transeúntes que aún parecían preocupados. Ella no estaba entre ellos.

—¿Ha subido alguien? —les gritó.

La mayoría ignoró su pregunta, bien porque no hablaban inglés o porque no sabían la respuesta.

—¡Por favor, había una mujer en este coche! ¿Alguien la vio salir del agua?

Un hombre le miró fijamente y le dijo:

—No, señor. La vi estrellarse, pero no la he visto salir a la superficie del agua.

Sam ignoró la respuesta del hombre e inmediatamente volvió a sumergirse.

Frenéticamente, examinó el coche desde una nueva perspectiva. Esta vez lo vio. La ventanilla delantera del conductor había sido destrozada desde el exterior. La puerta trasera del pasajero permanecía abierta y sin daños, dando la impresión de que había

escapado por ella.

¿Ha entrado alguien más después de ella?

Antes de analizarlo, supo que tenía razón. Sam escudriñó cuidadosamente la zona que les rodeaba, buscando cualquier señal de quienquiera que se hubiera llevado a Billie. No había nada.

Regresó a la superficie, nadó hasta la orilla y volvió a subirse a la moto. Allí, agarró su celular y pulsó el botón de llamada.

—Tom, tenemos un problema. La encontraron.

Capítulo V

Andrew Brandt miró a la mujer que tenía debajo.

A pesar de acercarse a los cuarenta, su piel era tan delicada como blanca y suave. Sus ojos azules lo miraban con deseo. Su sonrisa, normalmente recatada, se contorsionaba ahora en unos labios fruncidos mientras empezaba a gritar de placer. La mujer gritó de placer, como él sabía que haría.

Comenzó más como un gemido en respuesta al espanto de su propio deseo vil, que el éxtasis del amor. Asustada por su incapacidad para controlar sus impulsos mientras él le mostraba exactamente de lo que era capaz su cuerpo, su rostro estaba horrorizado por el deseo abyecto, el placer insoportable y dividido entre la culpa y la vergüenza de todo ello.

Sarah intentó apartar la mirada, incapaz de ocultar su vergüenza. O su necesidad.

Cuando terminó con ella, salió de la cama, dejándola aún retorciéndose, desnuda e insaciable.

—¡Vuelve! —suplicó.

—Tengo una reunión. Debo prepararme —no se disculpó por la frustración causada.

Andrew Brandt se examinó en el espejo. A pesar del riguroso ejercicio que había realizado esta mañana, su rostro no mostraba ningún signo de esfuerzo. No había sudor, sus mejillas no estaban sonrojadas y respiraba tranquilamente.

Había algo duro en su rostro, tan atractivo como aterrador. Tenía el pelo rubio, peinado de tal forma que ni un solo mechón caía de su sitio. Sus ojos eran grises, penetrantes en su inteligencia y poder. Una hendidura en la barbilla rompía su fuerte mandíbula. Años de práctica le habían permitido desarrollar una sonrisa sin reservas, con la que podía desarmar el temperamento o la desconfianza de otro al instante. Era totalmente falsa, pero así eran también los mejores.

Si los ojos fueran realmente las ventanas del alma, los suyos mostrarían a un hombre dispuesto a no detenerse ante nada para conseguir todos sus deseos, y lo que más deseaba era el poder.

En una hora más se reuniría con el comprador y haría los últimos arreglos para completar la transacción. Con un precio de cien millones de dólares estadounidenses, no tenía intención de cometer ni el más mínimo error. Incluso para él, eso equivalía a una enorme ganancia financiera.

Se dio una breve ducha, seguida de un largo afeitado mientras se acicalaba con delicadeza y consideraba todas las cosas que podría permitirse con ese dinero. Lujos, mujeres, poder...

Había nacido en el lujo, aunque había trabajado duro para mejorar la fortuna que le había dejado su padre. En cuanto a las mujeres, Andrew podía tener tantas como quisiera. Sin embargo, no era sólo la cantidad, sino el tipo. Como Sarah Clausen, a quien acababa de seducir.

La hija del multimillonario Edward Worthington, que era el solitario director general de Worthington Enterprises, la empresa tecnológica multimillonaria de nueva creación. Mientras su padre ostentaba el título, la mayoría de la gente la veía como el cerebro y la imagen de la empresa. Sin que lo supiera el resto de la gente, ni siquiera la mayoría de los empleados, Worthington estaba a punto de hacer un anuncio. Andrew sabía cuál iba a ser ese anuncio, pero era la fecha de éste lo que le iba a hacer muy rico.

Y para eso, necesitaba la ayuda de Sarah. Ella era lo que él consideraba la típica heredera de una fortuna. Criada por tutores, educadores, lingüistas y otros especialistas desde su nacimiento, era el producto de la educación que sólo esa clase de dinero podía comprar. Llegó a ser Dux de la Universidad de Cambridge cuando estudiaba Derecho. Ahora, a los cuarenta años, una maniática del control en sí misma y una feminista autoproclamada, se las había arreglado para evitar las relaciones románticas durante toda su vida. Cuando la analizó por primera vez, a Andrew le preocupó momentáneamente que fuera lesbiana, pero un escrutinio más profundo demostró que era una adicta al trabajo, con unos niveles de exigencia demasiado altos para cualquier hombre decente. Afortunadamente, él era tan deshonesto como un hombre podía ser. En la actualidad, trabajaba como asesora jurídica superior en la empresa de su padre. Eso fue lo que la trajo a su vida.

Con ese dinero, podría tomar a una mujer fuerte y hacerla débil. El dinero en sí mismo compra putas, pero cien millones de dólares compran poder. Y con esa clase de poder, se puede tomar a una mujer fuerte, despojarla de todo lo que tiene y reducirla a nada más que una puta barata, e inflamarla con una lujuria que traiciona sus propias dignidades. Sintió que se ponía duro de nuevo al pensarlo. Para él, el sexo tenía poco que ver con la atracción física y mucho con el poder. Se puso su traje confeccionado a medida, con una corbata azul.

Graduado en Oxford con un máster en Administración de Empresas, Andrew había trabajado en el Banco de Inglaterra durante casi una década antes de abrir su propio Banco Mercantil. Ahora ganaba más en un día que la mayoría de las personas en toda una vida. Se especializó en adquisiciones únicas, tan variadas como caras y en convencer a la gente para que vendiera antes incluso de que supieran que querían hacerlo.

Algunas de sus transacciones anteriores incluían objetos tan

maravillosos como un submarino nuclear para un comprador privado, los planos secretos de un nuevo tipo de motor de hidrógeno, nuevos productos farmacológicos y los restos de una de las Siete Maravillas del Mundo.

En su mayor parte, sus transacciones eran perfectamente legales, siempre que no lo descubrieran, en el campo de juego internacional en el que trabajaba. Algunos proyectos más que otros.

La adquisición de ese día se sitúa en el extremo peligroso de esa escala y destruye por completo cualquier pretensión de legitimidad. Miró su reloj, un viejo Rolex. Eran las nueve y diez de la mañana. Ya estaría en su poder. La idea le hizo pensar en su adquisición y sonrió feliz.

Con un precio de cien millones de dólares, el riesgo frente al beneficio le había convencido de que estaba haciendo la inversión correcta. Al fin y al cabo, esa era la única forma en que un verdadero hombre de negocios podía ver sus transacciones. No se trataba de ser moral o ético, sino que lo veía todo como riesgo y beneficio. En este caso, podía amasar una fortuna aún mayor por unos pocos días de trabajo y un riesgo menor, o podía ser capturado y pasar el resto de su vida en la cárcel, o peor, dependiendo del país de captura, ser fusilado.

Cuando el comprador hizo la primera petición, había dicho que no le gustaría poner precio a la vida de una persona. Pero luego, cuando el comprador lanzó la cifra, confió en que tal precio sería suficiente.

Volvió a consultar su reloj. Eran las nueve y quince. Ya debería haberse enterado.

Andrew se dirigió hacia su ascensor privado. Sarah permaneció en su cama, sensualmente tumbada de lado, desnuda como el día en que nació, con una expresión de placer mezclada con culpa en el rostro.

Le dio una bofetada en el culo desnudo y ella se dio la vuelta y se sentó inmediatamente.

—¡Oye, me dolió, imbécil!

Él ignoró su queja.

—Sarah, necesito un favor.

—Para ti, lo que sea, Andrew.

—Bien, voy a necesitar la fecha exacta en la que tu padre va a hacer pública su declaración.

Se incorporó, parecía seria por primera vez aquel día.

—¿Sabes lo de la urbanización?

—Por supuesto que sí. ¿Por qué crees que te llevé a la cama?

Frunció el ceño y, por un momento, Andrew pensó que iba a echarse a llorar. No se lo esperaba. Ese pensamiento le hizo feliz.

—¿Planeaste todo esto porque querías saber cuándo anunciaría mi padre la noticia sobre Worthington Enterprises?

—Así es —dijo Andrew alegremente.

Frunció el ceño.

—De eso se trataba, ¿no? ¿Nunca me quisiste? Querías saber información clasificada.

—Sí.

—Bueno, puedes irte al carajo. No te lo diré. Además, ¿te das cuenta de que tú y yo podríamos ir a la cárcel si nos descubren hablando de esas cosas? ¿No sabes lo que ese tipo de información provocaría en la bolsa?

—¡El uso de información privilegiada a su mayor escala! —respondió.

Se rió.

—Por supuesto que sí. Y con la cantidad de dinero que estoy segura de que podrías mover, los investigadores me rastrearían rápidamente. Así que no, ¡búscate a otra puta para coger!

Quiso abofetearle, pero él le agarró la mano. De ninguna manera iba a permitir que ella, una mujer, le golpeara en la cara.

—Aquí, Sarah, echa un vistazo a estas fotos que hice anoche específicamente para recordarte. Me pregunto qué pensarían todas esas revistas basura sobre publicar estas imágenes de la feminista más rica y prominente del mundo.

Sarah agachó la cabeza mientras ojeaba las fotos que él le puso delante.

Andrew observó con un poco más que placer que fue la tercera foto la que la hizo darse cuenta de su error. No fue el hecho de estar atada con las piernas abiertas ni las marcas en las muñecas y la espalda lo que la hizo darse cuenta.

No, era la imagen de su rostro suplicándole. Una expresión sumisa de que había aceptado su destino como el sexo débil. Ser maltratada.

Miró su hermoso rostro. Tenía lágrimas en los ojos y parecía abatida, pero también había algo más. Al principio pensó que se lo había imaginado, pero cuanto más examinaba su rostro más se daba cuenta de que estaba ahí. Era alivio. Ella había tenido el control toda su vida y él se lo había quitado.

—El 23 de agosto —dijo ella, con lágrimas en los ojos.

—Bien.

Andrew miró al guardia de seguridad que había entrado en la habitación.

—Trent, por favor acompaña a esta mujer a la salida.

Sarah intentó vestirse rápidamente mientras el guardia de seguridad la agarraba.

—Ah, Sarah...

—¿Qué?

—Estaré en la ciudad de nuevo en dos semanas.

Lo miró fijamente, comprendiendo poco a poco.

—Vendrás conmigo —dijo con una sonrisa maquiavélica cruzando su rostro—. Mientras tanto, te prohíbo que te toques.

—Sí, amo.

Capítulo VI

Andrew Brandt cogió su ascensor privado hasta su estacionamiento con vigilancia, diez pisos por debajo de su ático de One Hyde Park. Actualmente era el inmueble más caro y sobrevalorado del mundo. Tenía que ponerse en camino para reunirse con el comprador. En su coche, encendió el celular.

Andrew no creía en el concepto de que los celulares se habían inventado para que la gente pudiera mantener un contacto constante. Tenía una estricta política de ser localizable durante determinadas horas de trabajo o en horas preestablecidas fuera de ese horario.

El día anterior, tras regresar del trabajo en Ámsterdam, había recogido a Sarah. Ella entraba en la categoría de negocios, aunque no le desagradaba del todo la perspectiva de seducirla. Su negocio era estar con ella, y para eso no quería interrupciones. En su smartphone aparecieron dos mensajes:

«Algo va mal.»

«Llámame.»

Era Alex, uno de los agentes que había utilizado en Ámsterdam. Andrew se relajó en el asiento de su Bentley. Iba a ser un día largo. Luego pulsó «Llamar a Alex».

—¿Tenemos la mercancía? —preguntó Andrew.

—No. Alguien la secuestró antes que nosotros. Ayer.

—¿Ayer? La vi ayer. ¿Sabes quién fue?

—No, pero seguiremos buscando. No podrán sacarla de aquí sin que nos demos cuenta. Tenemos cubiertos todos los aeropuertos locales, puertos marítimos, estaciones de tren y líneas de autobús. Andrew miró por la ventana, distraído temporalmente por la conversación, y luego dijo:

—El comprador no va a estar contento.

—Hay algo más que quizás quieras saber también...

—¿Qué?

—Tenía nueva información sobre la Atlántida.

—Es broma ¿no? ¿Iba tras la Atlántida? —Andrew miró a un gato que cruzaba corriendo la carretera. Aceleró sin cuidado, a ver si podía atropellar a la criatura.

—Eso parece.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Le robamos la laptop del maletero de su coche. Estaba plagada de imágenes de la Piedra Arcana y de lo que tenía que hacer para usarla.

—¿En serio? —Andrew sonrió con la novedad—. Bien, envía el mensaje, convoca a todas las entidades durmientes del mundo. La

Resistencia Fénix va a tener su primera reunión del milenio.

No todos los días chocaban dos de sus proyectos.

Capítulo VII

Tom Bower irrumpió en la habitación de hotel de Sam. Había tardado menos de doce horas en tomar un vuelo para cruzar el Atlántico en cuanto supo lo de Billie.

—¿Cómo carajos dejaste que le hicieran esto? —preguntó.

—No fue culpa mía. Estaba siguiendo otra pista mientras ella era el objetivo.

—Pero ¿quién fue?

—No tengo ni idea. Si hubiera descubierto algo nuevo sobre los Maestros Constructores, me habría preocupado que ELLOS la hubieran atrapado. Pero esto es sobre la Atlántida. Quienquiera que la haya atrapado sabe que ya la descubrió.

—Dado que la Atlántida es más conocida por su enorme riqueza, con quienquiera que estemos tratando estará dispuesto a negociar en términos financieros.

—¿Quieres decir un rescate?

—Claro. Tu padre es lo suficientemente rico como para pagarle a cualquiera. Compraría su vida, ¿no?

—Cálmate, Tom. Sé que estás enamorado de ella, pero no nos precipitemos. Nadie ha pedido un rescate todavía. Podríamos resolver este problema nosotros mismos. Y si no, estoy seguro de que estarás de acuerdo en que Billie puede ser... ¿cómo decirlo? Un poco dura de roer. Quizá tengamos suerte y decidan que no vale la pena y la envíen de vuelta.

Tom miró a Sam. Estaba haciendo una broma, pero aun así, era una broma equivocada. Luchó para no morder el anzuelo.

—Bien, ¿qué hay de tu pista? ¿Qué has encontrado?

—Nada. Un callejón sin salida.

—Entonces, ¿qué sabemos de lo que le pasó a Billie?

—Volvía del Centro Nacional de Archivos cuando me llamó para decirme que unas personas la habían estado siguiendo. Le dije que se quedara en las carreteras principales y que yo iría a buscarla.

—¿Y qué pasó? ¿Por qué no la protegiste?

—Cuando llegué ya se la habían llevado. Parece que alguien la atropelló intencionalmente para tirarla por el puente y hacerla caer a la bahía. Cuando entré en el coche, una de las ventanillas del lado del conductor estaba rota, de afuera hacia dentro, y la puerta trasera seguía abierta de par en par.

—Bien, así que alguien se la llevó mientras el coche se hundía. Estupendo. Al menos no pretendían que se ahogara. ¿Recuperaste algo de su coche?

Sam parecía sentirse culpable.

—Cuando me sumergí, el maletero estaba abierto y no había nada dentro.

—¡Carajo! No me digas...

—Ella necesitaba tener esa laptop hoy.

Tom negó con la cabeza.

—¿Tienes un disco duro de copia de seguridad?

—Claro, pero ahora saben lo que pretendemos. Lo que significa que tenemos problemas.

Tom sonrió.

—Es una gran noticia...

—¿Qué carajos te hace decir eso?

—Porque si Billie es tan lista como ambos sabemos que es, resolverá la siguiente etapa del mapa y nos dejará una pista.

—Eso está muy bien, pero te olvidas de una cosa.

—¿De qué?

—Tenemos que elaborar el siguiente paso del mapa.

—Pero sabemos que estaba buscando algo en el Centro Nacional de Archivos. Ella la encontró, ¿no?

—Sí, la Piedra Arcana.

—Eso suena como algo sacado de Harry Potter. ¿Qué es?

—Según la leyenda, la Piedra Arcana, si se coloca correctamente, guiará al espectador a la apertura de los Archivos de la Atlántida, una biblioteca secreta construida durante el reinado de los atlantes para documentar su historia.

—Entonces, ¿ella la tiene?

—No, hizo copias digitales. Dijo que la seguridad era demasiado estricta para robarla, si no lo habría hecho.

—¿Sabemos dónde usarla?

—No, pero Billie definitivamente sí. Y tengo la esperanza de que podamos solucionarlo.

Capítulo VIII

Andrew entró en el edificio del Centro Nacional de Archivos.

Tras observar a los dos hombres subir las escaleras, los siguió, subió los dos primeros tramos y se dirigió hacia las tres últimas filas de archivos, en una sección fechada entre 1630 y 1650. Allí, los dos hombres se habían detenido a examinar las fechas. Uno parecía de estatura media, mientras que el otro parecía un gigante. Ambos tenían los brazos y los hombros tan grandes como los de un boxeador profesional. También había algo en su postura que sugería que ambos estaban seguros de sí mismos y concentrados al mismo tiempo.

El más alto de los dos tenía el pelo oscuro y rizado y ojos color avellana. Su rostro reflejaba una cierta intensidad que Andrew no pudo identificar inmediatamente. Examinó detenidamente los rasgos del hombre hasta que se dio cuenta, como sabía que ocurriría: este hombre tiene una relación estrictamente no profesional con la doctora Swan. Mientras que el más bajo, que seguía midiendo al menos dos metros, tenía los ojos azul oscuro, el pelo castaño despeinado que parecía recién salido del oleaje y una sonrisa que le hacía parecer más interesado en la antigüedad que estaba admirando que en si era capaz o no de rescatar a la doctora Swan.

Supuso que ambos habían servido en el ejército en algún momento, y que serían rápidos y capaces de defenderse si había necesidad. No es que Andrew pensara que aquel día hubiera motivos para ello. Al fin y al cabo, deseaba tanto como ellos que tuvieran éxito. Sólo a través de ellos podría descubrir adónde se habían llevado a la doctora Billie Swan.

Para llegar a la Atlántida, iba a necesitar su ayuda, y la tendría, aunque ella no quisiera dársela.

No tenía motivos para esconderse. Nunca había conocido ni visto a ninguno de los dos hombres. Había oído hablar de Sam Reilly, y anteriormente su rico padre se había puesto en contacto con él por negocios, pero no había forma de que los dos hombres le relacionaran con el secuestro de Billie. Sobre todo porque, al final, alguien llegó antes.

Los dos hombres que tenía delante abrieron varios libros, al parecer para comprobar números de serie y fechas. Tras tomar notas, oyó al más bajo de los dos hombres decir: —Vale, vamos tras él.

Andrew abrió un libro titulado «Recuperar la tierra del mar» y fingió leerlo mientras observaba a los dos hombres entrar en otra sala rotulada «Artefactos históricos».

El más bajo de los dos entregó al bibliotecario un trozo de papel, presumiblemente con el número de serie del artículo. Se pidió a

ambos que presentaran una identificación con fotografía y se les indicó que se sentaran.

Andrew volvió a dejar su libro y se acercó hacia donde Sam y Tom estaban ahora sentados, esperando pacientemente a que la bibliotecaria sacara lo que fuera que buscaban. En cuanto regresó y lo colocó sobre la mesa frente a ellos, las luces de arriba lo hicieron brillar como un sol anaranjado. Se quedó atónito ante su aspecto. Reconoció el artefacto de inmediato.

La Piedra Arcana

Confundido, recordó que la Piedra Arcana llevaba siglos perdida.

Observó cómo los dos hombres examinaban rápidamente la piedra. Luego, tras un rápido intercambio de palabras que no pudo descifrar, el más alto de los dos se guardó el artefacto en el bolsillo y se levantó.

Andrew miró hacia la entrada, en el otro extremo del edificio, donde había al menos diez guardias de seguridad. Todos armados.

Seguro que no serían tan estúpidos como para intentar robar esa maldita cosa.

Sus ojos volvieron a la habitación en la que habían estado sentados. Ambos habían desaparecido. Andrew corrió rápidamente hacia la entrada principal de la sala de artefactos.

Allí le recibió la misma señora que antes había sacado el artefacto.

—¿Adónde se fueron? —preguntó con urgencia.

—¿Quiénes?

—Sam Reilly y Tom Bower. Estaban examinando la Piedra Arcana.

—Nunca he oído hablar de esos señores. —Ella sonrió servicial y dijo—: Pero hay un señor Duchamp y su socio, del Museo Británico, que están examinando el artefacto.

Giró la cabeza para señalarlos, pero ya no se veían.

—Lo siento. Parece que se han ido.

Andrew se dio la vuelta, escaneando la zona, y luego dijo—: Y se llevaron la Piedra Arcana. Llame a seguridad. Ponga los archivos en cierre de emergencia.

—¿Quién eres tú para darme órdenes? —dijo la mujer.

Andrew le mostró su carné de identidad. Ella retrocedió visiblemente asustada.

—Sí, por supuesto, Sr. Brandt.

Capítulo IX

Sam Reilly siguió a Tom, que salió con paso seguro por la puerta principal del almacén de artefactos. Ninguno de los dos corría, pero para un observador casual parecían concentrados y avanzando hacia un propósito. Nadie se imaginaría que acababan de cometer un gran robo.

Se fijó en el hombre del traje oscuro con corbata azul. Sam pensó que parecía fuera de lugar leyendo la historia del desarrollo de las vías navegables de Ámsterdam. Incluso a primera vista, Sam pensó que el hombre parecía más adecuado para una sala de juntas como ejecutivo que como arqueólogo. Entonces vio el bulto en el lateral de su abrigo.

El hombre llevaba un arma de algún tipo.

A juzgar por la forma, Sam estaba bastante seguro de que tenía un silenciador conectado a su cañón. Y eso significaba que no formaba parte del equipo de los buenos. Desde luego, no se parecía a ninguno de los miembros del personal de seguridad de los que había cuando entraron en el edificio.

Sam miró la cara de Tom. Una mirada y Sam supo que compartían la misma apreciación del hombre. Los dos se movieron rápidamente detrás de la siguiente fila de estanterías. Sin decir palabra, empezaron a recorrer los kilómetros de estanterías adentrándose en el Centro Nacional de Archivos.

Y entonces sonó la alarma.

—Bueno Tom, eso no me lo esperaba —dijo Sam con calma—. ¿Crees que podrías avisarme la próxima vez antes de robar una reliquia antigua?

Tom parecía sentirse culpable. —Lo siento, pensé que no teníamos tiempo para seguir las reglas. Se suponía que era de cobre o algo así. No puede ser muy valioso. No esperaba que tuvieran a alguien custodiándolo.

—Bueno, ya está hecho. —Sam tomó el teléfono y llamó a un número seguro.

—¿A quién intentas llamar en un momento así? —preguntó Tom.

—A Elise, para que nos saque de aquí.

Elise era una genio de la informática que Sam había conocido años atrás durante su formación especializada como agente fantasma del ejército estadounidense. Nunca la había visto en persona, sólo se habían hecho amigos a través de desafíos informáticos y juegos de acertijos diseñados para comprobar cómo respondía cada uno. Por lo que había oído, Elise tenía un coeficiente intelectual de 162, dos puntos más que Einstein, y había sido reclutada por la CIA cuando aún era una adolescente.

Elise había descubierto algo con lo que no estaba de acuerdo mientras trabajaba para la agencia y, unos años más tarde, simplemente desapareció. A Sam le preocupaba que su descontento hubiera hecho que la mataran, pero el año pasado empezó a enviarle mensajes cifrados que sólo él y otras cuatro personas en el mundo podrían descifrar. Desde entonces, Elise había estado trabajando intermitentemente en diversos proyectos para Sam.

Sam tomó la delantera y empezó a bajar corriendo unas escaleras que se adentraban en el almacén de archivos, donde millones de cajas cubrían más de quince kilómetros de sótano.

—¿A dónde rayos vas? Nos quedaremos enterrados en lo más profundo si vamos por ese camino —dijo Tom con preocupación mientras seguía a Sam.

Sam ignoró la pregunta y siguió corriendo.

—Sam, ¿qué necesitas? —preguntó Elise, su genio de la informática, quien contestó con voz cortante, como si hubiera estado esperando su llamada.

Delante de ellos, había una puerta cerrada de cristal macizo. Tom le dio varias patadas sin hacerle ni un rasguño.

—¿Recuerdas que discutimos el plan A y el plan B para conseguir la Piedra Arcana? —dijo Sam.

—Sí —respondió Elise.

—Bueno, Tom decidió elegir el plan B. Ahora tenemos unos veinte guardias de seguridad, y una especie de fantasma que nunca he visto antes, tras nosotros. Acabamos de llegar al sótano, y la primera puerta está cerrada.

—Ah, chicos. Les encanta meterse en problemas —comentó Elise.

Arriba, alguien empezó a dispararles. Supuso que debía de ser el hombre del silenciador, porque no oía el sonido de los disparos. Sólo pudo ver los agujeros de bala delante de él. Estaban a varios metros. Más disparos de advertencia, supuso.

—No es por meterte prisa Elise, pero vamos un poco justos de tiempo. ¿Puedes abrir la puerta del sótano o no? —preguntó Sam.

—Espera. Te estoy poniendo en su CCT. Ah, ahí estás. Dile a Tom que parece jodidamente culpable —dijo Elise.

—Sí, bueno, porque lo es. Aunque poco importará si no nos sacas de... —Sam se interrumpió cuando las puertas de cristal se abrieron. Ambos corrieron hacia el final del pasillo, donde se les abrió automáticamente la siguiente puerta, y luego la siguiente.

—Voy a superponer personajes falsos sobre sus cuerpos, para que los investigadores no tengan una imagen exacta de ustedes dos. Tú eres ahora Santa Claus, y me temo que Tom es uno de los renos... ya sabes, el de la nariz roja, o algo así... —explicó Elise.

—¿Rodolfo? —preguntó Sam.

—Ése —confirmó Elise.

Sam se detuvo. En seco. La última puerta permanecía firmemente cerrada.

—Elise, necesito que abras la última puerta —dijo Sam con urgencia.

—¿Estás seguro? Es una sala presurizada, no les va a gustar que destruyas su atmósfera estéril —advirtió Elise.

—Y me sabe mal, de verdad que sí... pero si no la abres, tendré que pedirte que nos saques de la cárcel, o más probablemente, ¡que busques un buen sitio donde enterrarnos! —respondió Sam con determinación.

La puerta se abrió y los dos hombres entraron en la sala estéril. Sam miró a su alrededor, quitando las tapas de las cajas, buscando algo.

—¡Deténganse! No tienen escapatoria y estamos armados —advirtieron los guardias de seguridad.

La puerta de seguridad se cerró una vez más. Un par de guardias la patearon sin rumbo antes de entender que estaba cerrada con llave y que había sido diseñada para ofrecer protección contra la fuerza.

Sam miró hacia atrás y vio al hombre del traje oscuro con corbata azul dando órdenes. Había algo siniestro en sus ojos grises e intensos.

—¿Quién eres tú? —preguntó Sam.

Seguro de que la puerta permanecería sellada mientras Elise tuviera al menos el control de su sistema informático, Sam se volvió para ignorarlos y siguió sacando costos cajones de los escritorios que rodeaban la estéril habitación.

—¿Qué estás buscando Sam? —preguntó Tom.

—Una salida, donde sea —respondió Sam.

—Mmm... son sólo cajones. ¿Qué quieres encontrar? —cuestionó Tom.

—Esto —dijo Sam revelando una abertura.

Sam se volvió para mirar al hombre que le había estado siguiendo desde que llegó al Centro Nacional de Archivos, y luego se metió en el conducto de la basura.

Capítulo X

Fue un corto y rápido viaje hasta el fondo, donde Sam aterrizó sobre un montón de basura. Se encogió al pensar en el tipo de equipos estériles que habrían sido desechados.

—¿Estás bien, Tom? —dijo, saliendo de la basura justo a tiempo para evitar que Tom cayera sobre él.

—Mejor que nunca, ¿y tú? —respondió Tom.

—Estoy bien.

Sam observaba su entorno. La mayor parte de Ámsterdam estaba construida sobre diques o muelles sobre las vías fluviales y los canales. Aunque el Centro Nacional de Archivos estaba por encima de esas aguas, debajo había un mundo construido para barcos, que podían mover los residuos debajo de cientos de edificios como aquel. Sam podía casi tocar el techo, que formaba parte de la carretera por encima de ellos. A lo lejos, la luz parpadeaba a través de varias aberturas al mundo exterior.

A su lado, como había prometido, una embarcación deportiva de madera estaba amarrada al muelle.

—Mira, Tom, alguien nos dejó las llaves —dijo Sam.

Tom sonrió. —Sabía que no me ibas a dejar morir... al menos hoy.

Sam arrancó el motor y soltó los cabos de cuerda, comenzando a salir. Delante de él se encendió una pantalla que mostraba un mapa preprogramado de la vía navegable bajo la ciudad de Ámsterdam, similar a un GPS pero basado en marcadores de navegación en lugar de satélites. Sam comenzó a seguirlo.

—Estuvo cerca —dijo Sam, sacudiendo la cabeza—. Pensé que me avisarías antes de hacer algo imprudente con nuestras vidas.

—Claro que sí. Oye, ¿cuál era el plan A, por cierto? —preguntó Tom.

—¿El plan A? —Sam se rió—. Llamar a mi padre, pedirle un favor a un amigo que es presidente de la junta y que nos preste la Piedra Arcana.

—¿Me estás jodiendo? Casi nos matan, ¿podrías haber mencionado que el amigo de tu padre está en la junta? —cuestionó Tom.

—Sí, bueno, para ser honesto, podría haber tomado unos días arreglarlo. Te entiendo. Cada minuto cuenta. Además, les devolveremos el artefacto cuando tengamos a Billie de vuelta sana y salva.

—Quizá quieras añadir un par de millones en costos de reconstrucción —sugirió Tom.

—No creo que hayamos hecho tanto daño —respondió Sam—. Pero sí, podría ser.

Sam miró hacia el puente, donde un hombre dejó caer una granada sobre ellos.

Capítulo XI

Sam desvió el barco hacia la izquierda.

Al girar en un arco pronunciado, ambos fueron empujados con fuerza contra los asientos de cuero de la lancha, mientras la fuerza centrífuga los golpeaba con presión. El enorme motor V8 chirrió y la parte trasera de la lancha se hundió en el agua. Una ola de proa de dos metros de altura se dirigió hacia la granada y la lancha despegó de nuevo.

Al salir disparados en una nueva dirección, su arco apenas había roto la tensión superficial, lo que les permitió rozar el agua... y entonces detonó la granada.

La explosión lanzó chorros de agua en todas direcciones, pero su barca cabalgaba en alto, con la proa rozando por encima. Sam giró la cabeza hacia atrás todo lo que pudo mientras mantenía con cuidado el barco en equilibrio.

—¿Despejado? —gritó Sam.

—Sí, creo que lo logramos —respondió Tom.

Y entonces, justo delante, se acercaron cinco motos acuáticas.

—¿Crees que estén de paseo? —preguntó Sam.

Una docena de balas rozaron la parte delantera de su barco.

—Supongo que eso quiere decir que no —dijo Sam.

Sam se desvió a la derecha.

—Tom, echa un vistazo atrás. Mira si Elise nos dejó algo más útil —indicó Sam.

—Estoy en ello.

Un momento después, Tom levantó un RPG 7, la versión rusa del lanzagranadas propulsado por cohete, con una cabeza explosiva diseñada para la guerra antitanque.

—¿Qué te parece esto? —preguntó Tom.

—Claro... —Sam dijo, tomando un giro a la izquierda de nuevo, por un estrecho canal—. Estaba pensando más bien en una ametralladora, pero con eso tendrá que bastar. Hay cinco motos acuáticas. ¿Qué vas a hacer, volar cada una de ellas?

—Creo que tengo una idea. ¿Ves ese puente a la derecha? —señaló Tom.

—Sí.

—¿Crees que podrás llegar hasta allí? —preguntó Tom.

—Lo intentaré —respondió Sam, girando hacia la derecha.

Más balas golpearon el agua justo detrás de ellos. —¡Date prisa! —advirtió Sam.

Al girar hacia la siguiente vía de agua, Sam replicó: —¿Qué demonios crees que estoy haciendo? —. Dio una vuelta rápida más y

ya estaba viajando por debajo del puente. —Vale, ya estoy aquí - ¿y ahora qué?

Se encendieron las motos acuáticas. Tom se agachó. Las ametralladoras de sus cazadores dispararon una ráfaga de balas trazadoras rojas.

—Sólo un poco más lejos... —murmuró Tom.

Tom disparó el RPG. Golpeó la base del muelle más grande. Durante un segundo el único sonido que se oyó fueron las balas de ametralladora, cada vez más cerca de ellos.

Y entonces la punta de la cabeza explosiva se rompió.

Una tras otra, las ondas de choque enviaron vibraciones a través del agua. Detrás de ellas, se oyó el crujido de un trueno. Era el sonido del muelle derrumbándose, enviando todo un puente de carretera en picado al agua.

Las motos acuáticas se vieron obligadas a retroceder, mientras la subsiguiente ola de destrucción se abalanzaba sobre ellas con fuerza mortal.

—Podrías querer apurarte un poco, Sam. Esa cosa parece que nos va a inundar.

—Estoy intentando —dijo Sam con impaciencia—. ¿Qué sugieres que haga?

Tom sonrió.

—¿Presionar el botón rojo?

—¡Qué botón rojo ni qué nada!

En el centro del salpicadero de la pequeña embarcación deportiva de madera había un único botón rojo. Tenía la misma exquisitez de un automóvil británico de alta gama, pero parecía igualmente fuera de lugar en la pequeña embarcación de madera.

Tom aguantó y pulsó el botón.

El motor chisporroteó un segundo y luego sonó como si se ahogara, antes de que el turbocompresor se llenara de combustible y despertara. El barco saltó literalmente fuera del agua, su hélice apenas tocaba la superficie, mientras Sam luchaba desesperadamente para evitar que volcara.

La ráfaga turbo duró solo cuarenta y cinco segundos, y luego el barco volvió a sumergirse en el agua. Detrás de ellos, la ola había desaparecido junto con las motos acuáticas.

Sam volvió a la ruta preprogramada en la pantalla. Elise le había dejado el barco con un destino.

Tom miró hacia adelante. —¿Alguna idea de a dónde nos dirigimos?

—Sí, a Nepal —respondió Sam.

Tom se agarró al asa del barco, mientras Sam se desviaba a la izquierda.

—¿Por qué diablos vamos a Nepal?

—Porque acabo de darme cuenta de lo que Billie estaba buscando —Sam detuvo el bote antes de que Tom pudiera preguntar más—. Aquí nos bajamos.

Sam activó el piloto automático del bote y lo envió de nuevo al canal. En la base del muelle de concreto había una única puerta de servicio. Subieron las escaleras y entraron al vestíbulo principal del Waldorf Astoria Amsterdam.

Un camarero con esmoquin miró a los dos hombres desaliñados con una sonrisa divertida.

—¿En qué puedo ayudarles?

—Sí, tenemos una reserva —dijo Sam sonriendo—. ¿Podría enviar su mejor whisky escocés a la suite, por favor?

Capítulo XII

Andrew Brandt se acercó a la orilla del agua, mirando a los patos a lo lejos. Como un niño, agarró una piedra y se la lanzó. Se dispersaron en un instante y tres motos acuáticas se le acercaron.

Fue un arranque de ira que rara vez se permitía mostrar, e inmediatamente se contuvo. Forzándose a sonreír, dijo:

—Eran cinco, ¿y aun así los perdiste?

—Encontramos su embarcación, pero parece que él y su amigo debieron bajarse antes en algún lugar y luego dejaron la embarcación en marcha con el piloto automático.

—Uno de ustedes va a tener que arreglarlo, o ni te molestes en volver a verme.

Los tres hombres se miraron entre sí y luego volvieron a mirarlo, para luego subirse a sus motos acuáticas y desaparecer. Aunque ninguno de ellos había visto a Andrew matar a nadie, nadie dudaba de lo que era capaz de hacer.

El celular de Andrew sonó una vez.

—Jason. Dame una buena noticia, carajo.

Andrew escuchó la respuesta del hombre y una sonrisa genuina iluminó su rostro.

—¿En serio? No te creo.

Andrew se rió por primera vez en el día.

—Cómprala. No me importa cuánto cueste esa piedra, la quiero. Jason... no me falles.

Capítulo XIII

En la sala de estar del gran maestro del Waldorf, Sam estudió detenidamente las inscripciones de la Piedra Arcana y luego maldijo.

—¡Es una falsificación! Casi nos matan por una jodida réplica. — Sam quería golpear algo, o a alguien, muy fuerte.

—¿Estás seguro? —preguntó Tom.

Sam sacó la captura de pantalla de las notas de Billie, las que tenía de la verdadera Piedra Arcana. Estaba hecha de oricalco, una aleación que solo se encontraba en las colinas que rodeaban la Atlántida. Una aleación natural, compuesta de oro, cobre, zinc y plomo.

—Las dimensiones son idénticas al original, pero el metal es totalmente de cobre.

—Entonces, ¿no sirve para identificar la apertura de los Archivos de la Atlántida?

—No. Las notas de Billie nos dicen que el oricalco tiene una respuesta única y rara a la luz, la magnifica tres o cuatro veces mejor que el cobre. Aunque tenga una forma idéntica a la verdadera Piedra Arcana, nunca reflejaría la luz de la misma manera.

Tom se encogió de hombros, como diciendo: «a mí me parece suficiente».

—Vamos, Tom, tenemos que tomar un vuelo.

—Pero dijiste que esta cosa es falsa y que no nos sirve.

—No, pero conozco a alguien que sí.

Los dos se dirigieron rápidamente a la entrada del hotel y tomaron un taxi en la puerta.

—Elise. Te voy a enviar una imagen de un dispositivo que encontró Hank Worthington en 1638.

—Estoy bien, gracias ¿y tú? Me alegra que valores que les haya salvado la vida. Aunque no sé por qué me molesto. Después de todo, entre ustedes dos, estoy segura de que están más interesados en desperdiciarla.

—Lo siento, Elise. Estamos en problemas, otra vez. Necesito que me ayudes a localizar algo.

—Claro. ¿Qué pasa?

—Es la Piedra Arcana y en su momento se creyó que estaba hecha de latón, pero los arqueólogos piensan desde hace tiempo que podría haber estado hecha de oricalco. Según las notas de Billie, es la llave de un antiguo archivo de los habitantes de la Atlántida.

—Eso si es que existen, ¿no?

—Existieron, Elise. Ayúdame a encontrarla y te lo demostraré.

—Muy bien. Dame unos minutos y te digo lo que encontré. ¿A dónde te diriges?

—A Nepal.

—¿De verdad? ¿Te crees toda esa basura que soltó la propaganda nazi sobre que la civilización perdida de la Atlántida estaba en el Himalaya?

—No. Pero creo que sus archivos se han registrado allí durante los últimos once mil años.

—¿Y la Piedra Arcana te va a mostrar el camino?

—Ésa es la idea.

—Espera, Sam. Creo que encontré algo, pero no te va a gustar.

—¿Por qué no?

—La Piedra Arcana pertenece actualmente a Le Milieu Corso-Marseillais. Es una sociedad secreta que mantiene estrechas relaciones con casi todas las formas de delincuencia organizada, desde la droga y el tráfico de seres humanos hasta el aprovisionamiento de ejércitos mercenarios privados.

Sam suspiró.

—De acuerdo. ¿Están dispuestos a venderla?

—Seguro que sí. El terrorismo no es barato hoy en día. Actualmente la tienen a la venta en la Dark Web por diez millones de euros, con una nota que dice que contiene la clave para localizar la Atlántida y otras riquezas desconocidas. Probablemente sea falso de todas formas.

Tom interrumpió.

—Hola, Elise. Perdona que te interrumpa. ¿Qué carajos es la Dark Web?

—Hola, Tom. Ya sabes que la mayoría de las cosas que hacemos en internet son claramente visibles para todo el mundo. Ponemos las cosas a disposición de motores de búsqueda como Google. La Dark Web es el resto de internet, donde el usuario común no tiene forma de acceder a la información sin conocer la URL exacta. Se utiliza para el secretismo, y además de la más reciente teoría de la conspiración, al crimen organizado parece gustarle por sus evidentes beneficios.

El taxi se detuvo en el aeropuerto de Ámsterdam Schiphol.

—Basta de lecciones de informática, Elise. Billie está en problemas. Diles que el precio está bien. Cómpramela y envíala a donde me dirijo en Nepal. Te enviaré la dirección en un segundo.

—Pero no irás a Nepal.

—¿No?

—No, Le Milieu Corso-Marseillais no vende a través de Ebay ni nada parecido. Vas a tener que conocerlos. No querrán hacer negocios contigo ni con tus absurdas cantidades de dinero sin verte en persona.

—Muy bien, de acuerdo. ¿A dónde tengo que ir?

—A la Riviera francesa.

—Me parece muy bien. Por tu forma de hablar, pensé que me ibas

a mandar a Irán o algo más complicado.

—No, pero no dejes que la encantadora ubicación o las románticas luces te engañen. Esta gente mantiene una de las organizaciones más crueles y despiadadas del mundo. Que seas un comprador potencial no te convierte en su amigo ni en alguien menos peligroso. Tienes que tener cuidado.

—De acuerdo, organízame una reunión, Elise.

—Lo haré. Ten cuidado.

—No te preocupes por mí. Tengo a Tom para que muestre sus músculos.

Capítulo XIV

Billie se despertó con un dolor punzante en la cabeza.

Cualquiera que fuera el sedante que le habían administrado, le había dejado una terrible secuela de amnesia, desorientación y dolor. No podía hacer nada contra el dolor, pero se esforzaría inmediatamente por rectificar los otros dos problemas.

¿Cómo rayos he llegado hasta aquí? Billie pensó un momento. Había estado conduciendo en Ámsterdam. Algo la había asustado. *¿Pero qué?* Sintió un picor sobre la frente y fue a rascarse. Tenía una hinchazón y varios puntos quirúrgicos bajo la línea del pelo. *Eso es nuevo*.

De repente, Billie recordó los sucesos de ese día más temprano, o de ayer, o del tiempo que hubiera pasado y ella hubiera estado inconsciente desde el accidente. Alguien se había enterado de lo que sabía y había venido tras ella. Se había puesto en contacto con Sam Reilly, y él le había dicho que iría a buscarla, pero algo ocurrió y no llegó a ella.

Habían tirado su coche al agua. Ella había intentado escapar del coche que se hundía, sólo para descubrir que un buzo le había dado algo y se la había llevado...

Billie miró a su alrededor, intentando orientarse.

La habitación estaba casi a oscuras, y las tenues luces fluorescentes del exterior apenas iluminaban lo suficiente para ver. No había puerta y se preguntó si podría intentar salir. Su mano tocó la pared metálica junto a la cama en la que se había despertado. Vibraba ligeramente. Se imaginaba que aquel zumbido constante que había oído desde que se despertó coincidía con el de una turbina girando.

¿Me tienen en un barco? Se dio cuenta con sorpresa. Se levantó y miró al suelo. Era de metal. Más bien parecía la rejilla de acero de un barco y, aunque acababa de levantarse de la cama, sus pies se sentían estables.

No, no hay marea ni movimiento de olas. Incluso en un mar tranquilo siempre hay algo de movimiento.

Miró alrededor de la habitación. Parecía un dormitorio, con una cama individual algo más pequeña de lo normal. No había ventanas ni nada para poder ver dentro de la habitación. Las paredes eran oscuras.

¿Estoy en un submarino?

Con sensación fatalista, salió de la habitación y se adentró en el oscuro pasadizo. Buscando cualquier cosa que no estuviera atornillada a las paredes y que pudiera servirle como arma, Billie se dio cuenta de que estaba completamente vulnerable.

Más adelante le pareció oír algo que no era el ruido de las turbinas. Crujía y crujía, como una hoguera. Avanzó despacio, caminó unos tres

metros y se detuvo a escuchar. Con los oídos atentos al menor sonido, y esperando que alguien saliera para agarrarla en cualquier momento, Billie apretó los puños.

Pero nadie vino tras ella.

Siguió caminando por el pasadizo. Era largo. Mucho más largo que cualquier submarino en el que hubiera estado, aunque no habían sido muchos. Aun así, se imaginaba que, fuera cual fuera el tipo de sumergible en el que se encontraba, se necesitarían cientos de personas para navegar, pero a pesar de llevar varios minutos caminando, no había visto a nadie.

¿Estoy en un barco fantasma desierto?

Billie no estaba segura si prefería eso o mejor encontrarse un enjambre de submarinistas. Al menos así tendría respuestas. Además, si no la habían dejado morir, era porque la necesitaban viva.

Decidida a tomar las riendas de lo único que le quedaba, decidió dejar de escabullirse sigilosamente como un gato en un callejón y silbó con fuerza.

El silbido resonó en el casco vacío.

—¡Estoy despierta! Será mejor que salgan. Sé que no quieren matarme, si no, no me habrían vendado las heridas. ¡Salgan!

No hubo respuesta.

Miles de pequeñas punzadas se concentraron en las terminaciones nerviosas de su piel. Quizá de verdad estaba en un barco fantasma. Pero ¿por qué? ¿Por qué tomarse la molestia de secuestrarla, de curarla, sólo para abandonarla bajo la superficie del océano?

No, alguien vendrá.

Pero no fue así. Siguió caminando por el pasadizo. Aunque estrecho, medía casi dos metros de alto, por lo que lo más probable era que estuviera en un submarino estadounidense, pues ninguna otra armada del mundo creía en tales lujos para sus marineros.

Al fondo de la habitación, vio a un anciano que probablemente rondaba los ochenta años. Estaba sentado leyendo un libro en un sillón reclinable. A su lado había una lámpara de calor, construida para que pareciera una hoguera.

Crujía, como fuego de verdad.

El hombre sonrió cálidamente, pero no se levantó cuando ella se acercó.

—Hola Dra. Swan. Estaba esperando a que despertara. Tenemos mucho trabajo que hacer y es hora de empezar.

Billie miró al anciano. —¿Empezar? ¿A qué?

Colocó con cuidado un marcapáginas en el viejo libro encuadernado de cuero que había estado leyendo y luego lo cerró. Con una sonrisa funesta, respondió: —Pues a salvar la Atlántida, claro.

Capítulo XV

—Entonces era eso. —Billie miró al anciano, con curiosidad en lugar de miedo, y la confianza de que probablemente podría matarlo con sus propias manos. —Se enteró de que tenía una nueva pista y decidió intentar cosechar las recompensas ¿no?

—¿Las recompensas? —preguntó con curiosidad.

—La ciudad dorada o, más bien, la ciudad cubierta en la aleación rica en oro: oricalco.

Riéndose, el hombre se incorporó y dijo: —Entonces no lo sabe, ¿verdad?

—¿Saber qué?

—la Atlántida, querida, en su mayor parte, fue robada hace casi ciento cincuenta años.

—¿Cómo puede saberlo?

—Lo sé perfectamente, pues fue mi abuelo quien la robó.

—Entonces, si no me secuestró para encontrar los tesoros ocultos en la Atlántida, ¿por qué estoy aquí?

—En primer lugar, no la secuestré. La protegí de ellos. Y creí que estaría más agradecida, la verdad.

—Entonces puedo irme... —empezó a protestar, pero él la detuvo.

—En segundo lugar, tenemos que encontrar la Atlántida antes que ellos y detener la cuenta regresiva, que ambos sabemos que usted empezó.

Billie ya conocía la ubicación exacta de la Atlántida. Había estado allí la semana pasada, pero en lugar de encontrar respuestas, había encontrado más preguntas y descubierto que, sin darse cuenta, había vuelto a poner en marcha un temporizador que debería haberse detenido permanentemente. Pero de ninguna manera iba a dejar que este hombre lo supiera.

—¿Quiénes son ellos?

—Ellos... —tosió el hombre con un carraspeo profundo. —Se llaman a sí mismos la Resistencia Fénix y han servido a un propósito útil durante casi once mil años. Protegieron el secreto de la Atlántida. Pero, como todas las hermandades, están dirigidas por personas. Y las personas, bueno, hay que aceptar que son corruptibles, ignorantes y, sobre todo, estúpidas.

Billie examinó el aspecto del hombre y concluyó que no le quedaba mucho tiempo de vida. Tal vez de cáncer de pulmón o algo así. No debía importarle. El hombre la había secuestrado.

—¿Qué les ha pasado?

—En el transcurso de ese tiempo, la Resistencia Fénix, al intentar mantener el secreto de la Atlántida, consiguió perderla por completo

en tres ocasiones distintas. La más reciente, por supuesto, fue hace casi doscientos años, cuando su plan para enterrarla acabó por desaparecerla por completo.

Repitió las palabras «Resistencia Fénix». Billie nunca había oído hablar de ellos.

—En su mayoría, siguieron adelante, esperando su momento, hasta que salieron a la luz las pruebas de su resurgimiento, como ocurrió con su reciente descubrimiento del espejo y la existencia de la Atlántida.

—¿Cómo puede saber eso?

—Digamos que el dinero no es un problema para mí. Mantengo vigilados a varios arqueólogos destacados de todo el mundo, por si acaso ocurriera algo así, que pusiera en marcha una peligrosa serie de acontecimientos.

—¿Qué acontecimientos?

—El fin del mundo, por supuesto.

Billie no pudo ocultar su reacción. —Entonces, es verdad.

—Sí, y dado que la semana pasada usted se metió en todo menos en el santuario, quiere decir que ahora nos quedan poco menos de cinco semanas para salvar el mundo.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Me llamo Edward Worthington, y mi abuelo, Hank Worthington, robó la gran riqueza de la Atlántida, antes de que él también descubriera su secreto. Luego decidió enterrar su existencia, para que nadie más cayera en la trampa.

Billie se sentó.

—Bien, Sr. Worthington, si lo que dice es cierto, ¿por qué no simplemente se puso en contacto conmigo? ¿Por qué se tomó la molestia de hacer que casi me mataran?

—Ah, eso me temo que fue mi culpa, pero no tenía ni idea de que lo estaba haciendo hasta que fue demasiado tarde.

—¿Qué quiere decir? ¿No se dio cuenta de que ordenó a uno de sus matones que intentara matarme?

—No, verá, le pagué a un hombre especializado en productos raros y a menudo inalcanzables. Busqué su ayuda cuando descubrí que usted estaba a punto de encontrar la Atlántida. Desgraciadamente, no tenía ni idea de que el hombre al que contraté era una célula durmiente del jefe de la Resistencia Fénix. Me temo que algo que usted hizo mientras estaba en Ámsterdam desencadenó que se diera cuenta de quién es y de por qué estaba tras de usted.

—¿Quién estaba tras de mí?

El Sr. Worthington mostró la imagen en un holograma frente a ellos. El hombre vestía un traje azul, iba bien afeitado y llevaba una maleta. Parecía bastante guapo, de no ser porque había intentado

matarla o al menos secuestrarla ayer mismo.

—Su nombre es Andrew Brandt. Era él hace tres días cuando le pagué cinco millones de dólares como adelanto para que la trajera conmigo.

Sus ojos miraron al hombre durante un segundo y entonces se dio cuenta de que lo había visto antes. —¡El hombre de pelo rubio con una gorra de béisbol roja!

—¿Perdón?

—¡Estaba en el centro de Archivos Nacionales de Ámsterdam!

—Es posible.

—Pero ahora tenemos que encontrar la Atlántida, antes que ellos. Y el tiempo corre. Si me pongo en contacto con los otros dos miembros de mi equipo, tendremos más posibilidades de encontrarla.

—Me temo que eso no es posible.

—¿Por qué no?

—Porque la Resistencia Fénix está tras de usted. Si la encuentran, y por lo tanto nos ganan a la Atlántida, todo está perdido.

—¿Por qué? ¿Qué tiene de importante la Atlántida?

—Creo que lo sabe, tan bien como yo.

Billie lo sabía, pero desde luego no iba a dejar que él tuviera todas las cartas. Asintió con la cabeza en señal de aceptación.

Edward dijo entonces: —No, lo mejor es que usted y yo vayamos en busca de la Atlántida, mientras Sam y Tom los alejan. Si creen que usted está muerta, buscarán la siguiente mejor pista que tienen, es decir Sam y Tom.

Se acercó un hombre de complexión robusta, piel pálida y pelo castaño cortado al estilo militar. —Dra. Swan, él es Mark.

El hombre le estrechó la mano. —Encantado de verla de nuevo, Dra. Swan. Me temo que la última vez empezamos con mal pie, aunque fue por su bien. Permítame darle la bienvenida a este submarino y disculparme por cómo llegó a bordo.

Ella le estrechó la mano y respondió: —Encantada de conocerlo, Mark. No lo culpo por haber hecho que casi me mataran. Para eso tenemos a Edward.

Billy miró los ojos del hombre. Eran de un azul intenso y tenía una sonrisa bastante agradable. Pero, aunque no lo dijera, había algo en él que le daba escalofríos.

Edward la miró. Como si hubiera leído su mente, y dijo: —Mark ha trabajado para mí durante los últimos veinte años y es extremadamente leal... a aquellos que le pagan bien. Será su guardaespaldas.

Capítulo XVI

Billie se calentaba las manos junto al fuego. —Y bien. Si su abuelo la enterró, ¿por qué no sabe dónde está?

Edward ignoró su pregunta, como había hecho con tantas otras. —Déjeme decirle lo que sé por mis fuentes para que pueda aclarar cualquier confusión, y hay tantas últimamente.

No esperó a que ella respondiera y continuó. —Usted encontró una serie de pictogramas en un sarcófago dentro de una antigua pirámide. Todos ellos representaban un lugar conocido de importancia histórica. El único que no se había descubierto oficialmente era la Atlántida. Luego encontró un espejo, que de alguna manera le permitía ver la imagen de cada uno de los sitios arqueológicos

Asintió con la cabeza, sin querer revelar más de lo necesario.

—He leído sus notas, y veo que pudo calcular la distancia exacta entre la ubicación de la pirámide y cada uno de los sitios midiendo la distancia entre el centro del mapa y cada una de las pictografías. Pudo calcular que de los trece yacimientos que aparecían en el tubo de visión, o espejo, como usted lo llamabas, seis estaban por encima del ecuador, mientras que seis estaban por debajo y el decimotercer espejo, estaba directamente a lo largo del ecuador.

Hizo la pausa suficiente para que ella pudiera añadir algo si le apetecía, cosa que no hizo.

Entonces continuó. —Lo que no entiendo es cómo ha derivado la necesidad de visitar Ámsterdam.

—Calculamos por separado tres ciudades que coincidían aproximadamente con la distancia desde el sitio principal. Es decir, Ámsterdam, Niza y Nueva York.

—Y elegiste Ámsterdam primero, porque...

—La pictografía que representaba lo que creemos que es la Atlántida, mostraba una ciudad circular, con docenas de canales, protegida por diques. Cuando vi las tres ciudades y la imagen de la Atlántida, pensé: «¿Cuál se parece más a la ciudad original?» Así, se me ocurrió Ámsterdam, que por suerte resultó ser una gran oportunidad.

—Muy bien, Dra. Swan. Una historia de fantasía en el mejor de los casos. Creo que, si me sentara aquí con un mapa y calculara la distancia exacta del Golfo de México y esas tres ciudades, lo más probable es que encontrara tres respuestas muy diferentes.

Billie sintió un cálido rubor en las mejillas. La había pillado mintiendo. Aunque no tuviera motivos para ser sincera con él, la hacía sentirse culpable.

Ni siquiera intentó negarlo, y Edward continuó. —En la Atlántida

se dio cuenta de que necesitaba un código: llamémoslo el Código de la Atlántida. Sin él, no puede acceder a más información de su santuario interior, y tampoco tiene ningún control sobre el temporizador que ha iniciado.

Billie se reservó su opinión al respecto, pero por dentro se retorcía de curiosidad.

—Fue aquí donde se dio cuenta de que los antiguos atlantes habían construido un segundo templo, no muy diferente al original. El propósito del cual, no era albergar la gran riqueza ni mayor poder sobre el que se construyó la Atlántida. En su lugar, era una enorme bóveda. Un antiguo conjunto de archivos, que cuentan la historia de la tierra.

—Sí. Fui a Ámsterdam en busca de una llave de los archivos de la Atlántida.

—¿La encontró? —Parecía ligeramente interesado.

—Sí. Pero fue mi interés en ello lo que pareció llamar la atención de usted, y si me dice la verdad, de la Resistencia Fénix.

—Mi querida Dra. Swan. El simple hecho de que usted me crea o no, no tiene nada que ver con el hecho de que existe una antigua hermandad que desea ese Código de la Atlántida tanto como nosotros. Y si se nos adelantan, el resultado puede significar el fin del mundo tal y como lo conocemos.

Billie era científica, y como tal, se había pasado la vida evaluándolo todo con circunspección y objetividad, pero mientras escuchaba a aquel viejo desconocido, supo en el fondo de su corazón que decía la verdad.

Aparentemente seguro de haber dejado claro su punto de vista, Edward dijo: —En Ámsterdam usted se enteró de que Félix Brandt fue una de las últimas personas que vieron la Atlántida y que, tras regresar a Ámsterdam, viajó al Tíbet. Allí vivió el resto de sus días, presumiblemente documentando la historia del mundo en lo alto de los Archivos Atlantes.

—Así es. Todos los arqueólogos y cazadores de tesoros de los últimos dos siglos han oído el rumor de que un antiguo atlante dejó un tesoro de oricalco en algún lugar de las montañas del Tíbet, junto con la llave de la bóveda central de la ciudad y un mapa que podría perdurar en el tiempo.

—Sí, algo así. Claro que nadie ha sido capaz de localizarlo, ¿verdad? Sin embargo, usted encontró algo en Ámsterdam. ¿Qué era, un mapa?

—No exactamente un mapa. Descubrí la clave de un mapa antiguo.

Edward se rió, como si ya se hubiera divertido bastante con ella. —Dra. Swan., estamos de suerte. Resulta que una vez tuve en mi poder

la Piedra Arcana, me la robaron después, pero la utilicé para marcar la ubicación secreta de los Archivos Atlantes.

Sonrió traviesamente. *¿Qué necesita realmente este hombre de mí?* —¿Y qué encontró allí?

—Un montón de textos antiguos. Los mismos que acribillan los muros de la Atlántida. No soy lingüista, Dra. Swan. He estudiado mucho, y en mis cortos ochenta años de vida en esta tierra, he aprendido a dar sentido a algunas de las imágenes. Pero en gran parte, necesito de su ayuda.

—¿Qué le hace pensar que yo tendré más suerte para entenderlo?

—Porque como usted sabe, es el mismo lenguaje que ha estudiado durante años. El que cree que vino de los Maestros Constructores, aunque creo que ambos vamos a descubrir que la explicación más sencilla para ellos era que eran simplemente Dioses.

Billie intentó ocultar su sorpresa y luego dijo: —¿Dioses? La última vez que la gente creyó de verdad que los dioses vivían entre nosotros fue en la antigua Grecia, e incluso entonces, nadie se creía realmente las historias.

—Ah, ¿está segura?

Billie estaba segura. Podría pasar por alto su objetividad científica en lugar de un instinto visceral acerca de un anciano, pero más allá de obviar las respuestas a algunas de las preguntas más grandes sobre la creencia en dioses antiguos, era un paso de demasiado grande para ella.

Le sonrió y le dijo: —No se preocupe, Dra. Swan. No intento convencerla. Sólo era una idea.

Sin embargo, algo en su sonrisa le hizo preguntarse qué sabía realmente de los Maestros Constructores.

—¿Y ahora qué?

—Y ahora, Billie, usted y yo vamos a ir al Tíbet, a escalar una montaña.

Capítulo XVII

Andrew Brandt miró la túnica de su armario. Su padre había sido el último en ponérsela, y el último en creer de verdad en la Resistencia Fénix. Hacía casi veinte años que la antigua hermandad no se reunía por motivos oficiales, pero en ese tiempo, el internet y las comunicaciones globales habían cambiado mucho. Como también lo había hecho la forma de gestionar sus negocios en los últimos once mil años.

Lo que una vez fue una sociedad oculta por capas de oscuridad y apretones de manos secretos estaba ahora dirigida por cinco hombres de todo el mundo, cada uno poderoso e inteligente por derecho propio. Un banquero mercantil, un magnate ruso del petróleo y el gas, un líder del ejército mercenario privado más peligroso del mundo, un político y un consejero delegado de una de las mayores empresas tecnológicas del planeta.

Sus rostros se habían ocultado para mantener el anonimato. Andrew nunca había conocido a ninguno de ellos en persona. Pero juntos tenían un poder combinado que les permitía cambiar el mundo.

De los cinco, Andrew había sido el elegido para dirigir ahora la organización secreta.

Uno de ellos seguía desaparecido, perdido en combate. Había ido a infiltrarse en una organización enemiga de la hermandad, pero ahora parecía que el hombre había sido asesinado como resultado, y no se había sabido nada de él desde entonces.

En lugar de cuevas secretas, apretones de manos y todas esas estupideces, el pequeño grupo se reunió por videoconferencia, a través de redes seguras, utilizando satélites que el propio Andrew poseía.

Hasta hacía un par de días, Andrew había asumido que toda la premisa de su organización había sido una gigantesca farsa, inventada por uno de sus grandes antepasados para mantener el poder y el control sobre sus semejantes. La única razón por la que había mantenido la pretensión y continuado con la organización, dirigiéndola como el líder de mayor rango, era por las conexiones que la organización le había proporcionado.

Al fin y al cabo, cada uno de los hombres presentes hoy en la sala virtual tenía un patrimonio neto de casi cien millones de dólares. Y ese tipo de dinero venía acompañado de contactos.

Todavía en traje de día, tras haber abandonado hace tiempo las capas ornamentales, aceptó al último miembro en la sala virtual y comenzó a presidir la reunión.

—Hace casi seis horas me robaron a una mujer por cuya captura me habían pagado. Desde entonces he sabido que estaba en posesión

de los conocimientos que la condujeron al actual recinto de la Atlántida.

Vio en sus caras la misma expresión que él tenía en la suya. Todos decían lo mismo: «así que la Atlántida era real, y también la profecía...»

—¿Sabemos cuánto saben? —era Kazimir, su nombre significaba literalmente «el destructor de la paz».

—No, sabemos que descubrieron algo que probaba inequívocamente la existencia de la Atlántida y los dirigió a Ámsterdam. Qué los envió allí, no tengo ni idea. Allí encontraron el mapa del portal, también conocido como la Piedra Arcana. Sin la doctora Billie Swan, Sam Reilly y Tom Bower están teniendo que dar marcha atrás, ¡pero están tomando impulso y ya han reservado un vuelo al Tíbet!

—¿Al Tíbet? —fue Richard quien habló primero—. Pero si ya hemos estado en el Tíbet. Allí no hay más que garabatos. Códigos para entrar en el santuario interior de la Atlántida. No valen nada sin el conocimiento de la propia Atlántida.

—¿Pero y si ya lo saben? —dijo el Sr. Armel, jefe de un ejército privado de soldados expertos. Había contratado a soldados que eran líderes en su propio país, dedicándolos a la lucrativa profesión de mercenarios.

Andrew sonrió. —No, no creo que Sam Reilly y Tom Bower sepan más que nosotros. Pero ¿y la Dra. Swan?

James Bradley, un multimillonario que ahora era político en Oregón, parecía irritado. —Si la doctora Swan conoce su ubicación exacta, eso explicaría por qué alguien querría secuestrarla. Lo que nos lleva a la siguiente pregunta lógica. ¿Quién tendría los conocimientos y el poder para hacerlo?

Andrew suspiró. No lo había pensado bien hasta ahora. —Ni idea, pero ya he enviado un equipo allí personalmente, para proteger el código del portal y averiguarlo.

Capítulo XVIII

Costa Azul: Cuatro semanas restantes

Le Vieux, Niza, era un panal de calles estrechas, salpicadas de hermosas iglesias barrocas, plazas llenas de vida y restaurantes. Sus oscuras y estrechas callejuelas estaban repletas de tienditas, restaurantes y bares llenos de gente guapa. El ambiente antiguo rebosaba de ellos. Al igual que sus homólogos parisinos, los habitantes de Niza iban espléndidamente vestidos con las últimas tendencias, con figuras esbeltas y rasgos atractivos propios de las últimas revistas de moda. Los hombres normales parecían salidos del plató de una campaña de modelos de Calvin Klein, con pantalones cortos blancos, camisetas marineras azules y pelo castaño ondulado, alborotado por la brisa salada del mar. Las mujeres llevaban el estilo y el glamour a un nivel superior.

Al final de la diminuta calle se veían las aguas cristalinas de la Riviera francesa, plagadas de caros yates. Aquí la élite, los famosos y los más ricos del mundo competían por ver quién había adquirido el mejor juguete de playa.

Sam oteó despreocupadamente la bahía, sin que la abundancia de hermosos yates despertara apenas su interés. En cambio, se quedó mirando un barco que destacaba entre los demás. No porque fuera el más bonito, sino porque en un mundo de yates llenos de cascos construidos con fibra de carbono, delicada carpintería y adornos dorados, el gran casco de acero de lo que parecía ser un viejo rompehielos parecía como si no encajara, anclado un poco más lejos, como condenado al ostracismo.

Estaba pintado de azul cielo. Y a lo largo del anguloso casco de acero del barco, en letras grandes de color esmeralda, estaban las palabras MARIA HELENA. Debajo, en letras más pequeñas, Deep Sea Expeditions. Desde la distancia, no parecía más que un remolcador de gran tamaño o, posiblemente, un viejo rompehielos reconvertido en buque científico. En la cubierta de popa se podía ver un helipuerto, el único indicio de que se merecía un lugar como algo más que un remolcador.

Sam se tranquilizó al ver su barco. El Maria Helena había estado investigando la siempre cambiante calidad del agua del atestado Mediterráneo a su paso por el estrecho de Gibraltar. Había ordenado a su capitán, Matthew Sutherland, que terminara su proyecto y lo trasladara rápidamente a la Riviera francesa por si lo necesitaban.

Sam y Tom caminaban confiados por la pequeña calle. Observó a una hermosa mujer con un vestido amarillo floreado que pasaba por delante de un popular restaurante, Le Royal. Aunque acababan de dar

las once y media de la mañana, el local ya estaba repleto de turistas y lugareños. El aroma a café fuerte y pan francés recién horneado llenaba el ambiente. Sam sonrió, disfrutando.

No era el lugar adecuado para una reunión de negocios con el jefe de una organización criminal. Delante del restaurante había un coche de policía estacionado. Dos agentes de unos cuarenta años iban armados con pistolas SP2022 en la cintura y sendas ametralladoras Ruger preparadas, como si estuvieran esperando algo.

—¿Te parecen que están demasiado ansiosos los policías en Niza? —preguntó Sam.

Tom levantó la vista de donde se había distraído con la sonrisa coqueta de una morena alta. —¿Quién?

—La policía está frente al restaurante. ¿Crees que parecen inusualmente preparados con sus armas en un lugar como este?

—Vivimos en un mundo peligroso. ¿Quién sabe? —respondió Tom, perplejo.

—Yo. Supongo que trabajan para él.

—Sólo hay una manera de averiguarlo. —Tom empezó a caminar hacia la entrada—. ¿Vamos?

—Vamos.

Los dos entraron en Le Royale.

Inmediatamente se les acercó un mesero y les dijo en perfecto inglés: —El Sr. Reilly y el Sr. Bower, supongo.

Sam asintió con la cabeza.

—Bien. Por aquí. Está esperando.

El mesero les sentó en la parte delantera del restaurante, en la zona de asientos de la acera. Allí, un hombre de unos cincuenta años esperaba solo.

El hombre era delgado y vestía ropa informal, confeccionada por un diseñador local impecable. Tenía el pelo castaño. Si tenía alguna cana, se la había teñido bien. Con ojos azules y una sonrisa radiante, el hombre se levantó para saludarlos, como si fueran viejos amigos poniéndose al día durante el almuerzo.

—¿Sam Reilly? —preguntó.

—Sí —respondió Sam, ofreciendo su mano—. Y este es mi amigo Tom Bower.

El hombre lo saludó cordialmente y dijo: —Me llamo Vincent Dubois. Me he tomado la libertad de pedirles algo para comer. Soy el dueño del restaurante, pero aun así, creo que la comida es excelente. ¿Tienen tiempo para comer?

Sam miró a su alrededor y vio a los policías mirándolo fijamente. —Por supuesto.

—Me alegro, porque no puedo hacer negocios con un hombre que rechaza una buena comida —Vincent se rió de su propia broma—.

¿Vino?

Sirvió tres vasos antes de que Sam pudiera responder.

—¿Y supongo que también es dueño de los policías?

—Somos una sociedad civilizada, amigo mío. No puedo ser dueño de los agentes de policía. Digamos que simplemente pago a su fondo social cada semana, así que tienen un interés personal en mi bienestar —Vincent sonrió—. Dígame. ¿Por qué está interesado en la Piedra Arcana?

Sam asimiló la personalidad del hombre en un instante. Estaban jugando con él. —Por la misma razón que todos los demás, por supuesto. Quiero encontrar la Atlántida.

—Pero seguro que sabe que la Atlántida fue un mito, creado por Platón para atormentar las mentes crédulas de los griegos y ahora la de ustedes, los americanos.

—Ah, eso es lo más probable, pero tengo una amiga que se ha metido en una especie de problema por haber ido en busca de la Atlántida, y ahora es mi trabajo sacarla de ello. Y resulta que usted tiene la única pista sobre dónde podría estar.

—Vaya, así que no es tan crédulo después de todo, Sr. Reilly. ¿Está haciendo esto por honor? Eso es bueno. Yo la tengo y se la puedo dar por el precio acordado de diez millones de euros. ¿Le gustaría examinarla?

—Sí, por favor.

Vincent hizo un leve gesto con la cabeza y un camarero salió un instante después. Al quitar la capa se descubrió lo que Sam había venido a buscar.

La Piedra Arcana.

Brillaba con un anaranjado poco natural. No era oro, pero tampoco cobre. Y el brillo no dejaba de impresionar como si hubiera sido de oro puro. Incluso a simple vista, Sam sabía que estaba mirando la verdadera Piedra Arcana. Él nunca había visto oricalco real, pero aquello coincidía con cada descripción que Platón reveló de la aleación que sólo se encuentra en la Atlántida.

—Voy a tener que tomar una pequeña muestra para el análisis metalúrgico.

—Por supuesto. Pero si la rompe, la compra.

—Sólo si es la Piedra Arcana real.

—Puede que sea un delincuente, pero no soy tonto. No intento estafar a la gente por diez millones de euros. Mi reputación vale más que eso.

Sam utilizó su cortador láser y retiró una fracción de la base, no más de siete gramos. —Tendré que hacer examinar esto por un metalúrgico antes de hacer la compra.

—Por supuesto.

Sam hizo un gesto con la cabeza a otro comensal, que se levantó, dejó la cuenta y se acercó a recoger el pequeño fragmento de metal.

—Tendré los resultados para usted dentro de una hora, Sr. Reilly.

—Gracias, Dr. Ramsay.

Vincent le sonrió. —¿Un amigo suyo?

—No creerá que iba a confiarle diez millones de euros a una química de nivel de bachillerato, ¿verdad?

—No, claro que no.

El mesero volvió para retirar el artefacto y sustituirlo por dos platos. Sam puso una mano sobre el artefacto. —Me temo que voy a necesitar que eso se quede aquí. No es que desconfíe de usted o de sus hombres, Vincent, pero tampoco quisiera que nadie sintiera la tentación de engañarme.

El mesero miró a Vincent en busca de orientación. —Está bien, Luc. Puedes dejarlo en la mesa. Después de todo, lo pagarán antes de irse.

Sam miró los escargot con un mínimo de incertidumbre. A su lado, el mesero dejó el artefacto, resplandeciente con un exquisito brillo naranja y rojo.

Vincent sonrió. —Por favor, adelante. Empiecen a comer. Mi almuerzo aún está por llegar.

A Sam se le revolvió el estómago ante tan extraña visión, pero se obligó a comérselos. A pesar de su aspecto, sabía tan bien como era de esperar de la buena cocina francesa.

—¡Deliciosos! —dijo Sam.

Vincent sonrió. —Me alegro, porque a mí siempre me han parecido repugnantes. Por eso pedí langosta.

Capítulo XIX

Aparcado en dirección sur, el motor de un único todoterreno estaba al ralentí en la rampa de entrada del bulevar Jean Jaurès. Dentro, Tom estaba sentado en el asiento del conductor. Elise había dispuesto que le dejaran allí el coche, a las afueras del casco antiguo de Le Vieux Nice. Era una Hummer H1, la versión militar original todoterreno, equipada con todas las comodidades modernas de un vehículo militar, como interior impermeable y a prueba de gases con su propio suministro de aire, ventanas a prueba de balas y tren de aterrizaje antiminas. Elise no quería correr más riesgos con sus vidas.

Tom había dejado a Sam dentro del restaurante, conversando alegremente con Vincent en un francés fluido, mientras esperaba la aprobación para realizar la compra de la Piedra Arcana. Sam y Vincent habían acordado una transacción estándar de Bitcoin imposible de rastrear a una cartera digital predeterminada elegida por Vincent. Cuando Tom se marchó, le sorprendió que Sam se hiciera tan fácilmente amigo del jefe de una organización criminal tan conocida.

A veces olvidaba que Sam había vivido una multitud de vidas durante un largo tiempo. De hecho, si lo pensaba, Tom no tenía ni idea de cuándo Sam había empezado a dividir sus vidas. Ahora sabía sobre el evento en Afganistán en 2003, cuando Sam había sido reclutado por su conocimiento especializado y conjunto de habilidades. Tom se imaginaba que se trataba de un eufemismo para referirse a un espía millonario. Luego estaba la vida que compartía con su padre, James Reilly, que era propietario de Global Shipping, la tercera empresa de carga más importante del mundo. James tenía un complejo de Dios, en el que realmente se sentía superior a todo el mundo. Por último, estaba el tipo con el que había crecido, con el que había competido durante el instituto y en el Cuerpo: el hombre cuya palabra era su honor, un contrato vinculante sin reservas; que tenía un poderoso sentido del deber que guiaba cada una de sus decisiones.

Pero ¿y este hombre? El que era capaz de comprar a un criminal despiadado porque necesitaba algo de alguien. Tom se preguntó hasta qué punto este Sam Reilly rompería las reglas si fuera necesario. Y entonces supo la respuesta: las profundidades del mundo más oscuro.

Los pensamientos de Tom se vieron interrumpidos por el timbre de su celular.

—¿Era lo que buscabas? —preguntó Tom.

—Sí. Puedes decirle a mi banquero que me gustaría completar la transferencia y que por favor ponga los motores de mi jet en marcha, para que podamos partir.

Hablaban en código, como lo habían establecido previamente: si el

artefacto hubiera sido falso, Sam le habría dicho que transfiriera el dinero y Tom habría irrumpido en el restaurante con sus hombres a sueldo.

—Muy bien, Sam. Se lo haré saber.

Tom se puso rápidamente en contacto con Elise.

—Todo bien.

Diez minutos después, Sam subió a la Hummer junto a él.

El aeropuerto internacional de Côte d'Azur estaba a sólo seis kilómetros al suroeste. Allí les esperaba un jet privado, cuyas turbinas ya giraban para recibirlos.

—¿Te parece que fue demasiado fácil? —preguntó Tom, entrando en el Boulevard Jean Jaurès.

—No, ¿por qué?

—¡Por favor, Sam! —se rió Tom—. Acabamos comprarle un artefacto antiguo de diez millones de euros del jefe de una mafia cuya reputación le precede como el jefe más peligroso, influyente y menos indulgente de cualquier organización criminal actual en Europa.

—Sí, pero a la gente así le encanta la gente como nosotros... —Sam lo miró—. Bueno, la gente como yo. Compradores muy ricos. Yo no estaba allí para regatear. Sabía cuál era el producto que quería y estaba dispuesto a cumplir sus condiciones para comprarlo. ¿Por qué no iba a salir bien?

—¡Porque es un criminal! Y los criminales no juegan con las reglas normales.

—Créeme que su reputación es más valiosa para él que los diez millones de euros.

Sam sacó su pistola de mano, una Glock con silenciador, y comprobó que el cartucho estuviera completamente cargado.

—¿Qué pasa? —preguntó Tom.

Sam parecía un niño preparándose para jugar a los policías y ladrones. —Nada. Son nuestros amigos, los policías que no siguen las reglas y que nos han estado siguiendo. Eso es todo.

Tom miró por el retrovisor. Unos tres coches detrás de ellos, estaba el coche de policía pisándoles los talones.

—¡Maldita sea! ¿Por qué no me dijiste nada?

—¡Lo acabo de hacer!

—Me refería a cuando los viste por primera vez —Tom pisó el acelerador y empezó a incrementar la distancia con ellos.

Al instante vio que las luces azules del coche de policía empezaban a parpadear, seguidas del molesto sonido de su sirena.

Tom aceleró de nuevo.

—¿Tienes algún plan para burlar a la policía? —preguntó Sam.

—No son la policía, son los hombres de Vincent.

—Da igual. Conducen un coche de policía y suenan como agentes

de policía.

—Entonces, ¿cuál es tu plan?

—¿Paramos y vemos qué quieren?

—¿Ese es tu plan? ¿Estás loco?

—Prácticamente estamos conduciendo un tanque. ¿Qué rayos nos van a hacer?

Resignado a ver qué pasaba, Tom se encogió de hombros y se detuvo.

El coche de policía se detuvo delante de ellos y aparcó en ángulo, impidiéndoles volver de nuevo a la carretera principal.

Ambos agentes salieron del coche y se acercaron tranquilamente a la puerta del conductor.

Tom bajó la ventanilla y le sonrió al policía. Su placa de identificación mostraba un nombre muy poco francés, Jason. —Lo siento. ¿Tenía la luz del freno apagada?

—Vincent dice que necesita la Piedra Arcana de vuelta.

Sam sonrió sin simpatía. —Bueno señores, será mejor que le digan a Vincent que se busque otra, porque ahora mismo no estamos interesados en venderla. Tal vez en unas semanas, si la oferta es adecuada.

El policía de la ventanilla abierta sonrió estúpidamente y apuntó con su ametralladora Ruger al interior de la Hummer. —Le sugiero que reconsidere mi oferta. No creo que Vincent vaya a...

Sam disparó su Glock a quemarropa, volando la cabeza del hombre de tres disparos antes de que terminara la frase.

Tom pisó a fondo el acelerador y la enorme Hummer embistió el coche de policía que estaba estacionado.

—¡Mierda! Sam, agradecería que me avises la próxima vez antes de empezar a dispararle a la gente.

—Sólo los aficionados avisan. ¿No te enseñaron a matar mientras te hablan? —dijo Sam mirando detrás de ellos—. Que, por cierto, su compañero nos está pisando los talones otra vez, y si no me equivoco, no viene solo.

Tom miró por el retrovisor: había al menos otros cuatro coches de policía corruptos en la persecución. —¿Tienes algún plan?

Las balas rozaron inofensivamente la parte trasera de la Hummer.

—Me alegra ver que esta cosa da el ancho.

—Sí, ¿pero por cuánto tiempo? Estoy seguro de que encontrarán algo un poco más potente para dispararnos si nos quedamos más de la cuenta.

—No nos vamos a quedar a averiguarlo.

Una fracción de segundo más tarde, el ruido de un rifle de francotirador resonó en Niza, seguido rápidamente por un segundo y luego un tercero.

Detrás de ellos, dos coches de policía se salieron de la carretera y sus conductores murieron por los disparos.

—¿Quién rayos ha hecho eso? —dijo Tom, zigzagueando dentro y fuera del tráfico, tratando de aumentar la brecha que se había creado.

—Pues... no tengo ni idea —respondió Sam—. Nadie a bordo del María Helena podría disparar así. Quizá Genevieve, pero Matthew me ha dicho que está de baja. ¿Tal vez Veyron? No me extrañaría que fuera un experto tirador.

Otros cuatro disparos se produjeron en rápida sucesión, matando al resto de los conductores de los cuatro coches.

—Sea quien sea, me han dado la oportunidad de escapar. Llegaremos al aeropuerto en unos minutos.

Y entonces Tom frenó en seco.

Un camión de basura volcado bloqueaba toda la carretera y un peón caminero con equipo de trabajo de alta visibilidad los redirigió a la rampa de salida y de vuelta a la trampa del casco antiguo de Le Vieux Nice.

—¡Esto no puede ser sólo mala suerte! —se quejó Tom.

—No, yo diría que los sobornos de Vincent llegan bastante lejos en esta ciudad.

Giró por la primera a la izquierda, con la esperanza de evitar el casco antiguo con sus callejuelas y callejones estrechos. Por el retrovisor, Tom vio una gran excavadora que giraba para seguirlos. —¡Podemos perderla! —Al final de la calle, giró a la derecha, llevándolos de vuelta al centro del casco antiguo, cerca de donde habían almorzado…

A un callejón sin salida.

Capítulo XX

Sam miró hacia adelante.

Era imposible que la Hummer avanzara más. Detrás de ellos, el bulldozer había levantado su excavadora de forma amenazadora.

—Fin del viaje —dijo Tom.

Ambos se bajaron rápidamente e intentaron avanzar por el carril. El bulldozer pasó por encima de su Hummer, aplastándola como una lata de aluminio.

Sam miró su Glock. Se sentía muy inferior a su atacante.

El conductor del bulldozer se detuvo momentáneamente para bajar la excavadora de modo que rozara el suelo y las paredes de los edificios. Sam miró a su alrededor: no había puertas ni ventanas por las cuales escapar. Si se quedaban ahí, morirían en segundos.

Sam apuntó con cuidado al hombre que estaba en el asiento del conductor y disparó.

El primer disparo salió desviado por varios centímetros.

Apuntó con cuidado y volvió a disparar. Esta vez dio en el blanco, pero el parabrisas de la excavadora había sido diseñado para proteger al conductor de los proyectiles de alta velocidad que pudieran lanzarse durante la construcción de carreteras. La bala atravesó el parabrisas con una ondulación similar a la del hielo resquebrajado, pero no alcanzó al conductor.

Sam disparó otros tres tiros.

Al quedarse sin munición, dejó caer su cargador y cargó otro, vaciándolo en el parabrisas del conductor, pero el conductor continuó.

En lo alto de la torre de la iglesia, Sam reconoció a Vincent con un francotirador. Por un momento esperó ser el siguiente en morir.

Otro fuerte sonido golpeó el estrecho carril. Sam miró hacia Tom, esperando encontrarlo muerto. En lugar de eso, el conductor se desplomó hacia adelante. La excavadora giró ligeramente a la derecha y se incrustó en la pared de ladrillo.

Vincent se deslizó rápidamente por una cuerda y se acercó a ellos. —Creo que esos son todos. Ya deben poder para tomar su vuelo.

Tom miró a Sam. —Supongo que así es como se las arregla para mantener su posición como jefe del sindicato del crimen.

Sam sonrió y en perfecto francés dijo: —Gracias. Te debemos una.

—No. Ya pagaste diez millones en el mercado negro por un artefacto arqueológico. Puede que seamos criminales, pero no nos gusta que otros roben a nuestros clientes. Al fin y al cabo, si se corre la voz de que aquí llevamos una tienda corrupta, la gente ya no querrá hacer negocios con nosotros.

—Gracias —Sam sonrió al ladrón—. Si te sirve de algo, te haré llegar otro millón de dólares en Bitcoins como bono.

—Quédatelo —respondió Vincent.

—Habrá problemas aquí. Ha muerto mucha gente. Saldrá en las noticias en todas partes. Van a querer respuestas —dijo Sam.

—Yo no me preocuparía por mí. Tengo los bolsillos profundos y casi todo el mundo en esta ciudad me debe algo. Tú vete. Yo me las arreglaré.

—Bueno, gracias —dijo Sam, ofreciéndole la mano.

Vincent aceptó y contestó: —Ah, y otra cosa. Quizá te interese saber que hace poco otro comprador se interesó mucho por la Piedra Arcana. Incluso se ofreció a pujar más que tú hoy mismo, pero le dije que ya estaba vendida. Dijo que podría duplicar el pago si se la daba. Probablemente por eso algunos de mis hombres trabajaron con esos mercenarios para robártela. De cualquier manera, el hombre parecía bastante decidido. Puede que estés en problemas. No me gustaría que tuvieras otro accidente.

—Gracias por el aviso. ¿Por casualidad sabes su nombre?

—Sí. Andrew Brandt.

Sam nunca había oído hablar de ese hombre, pero el apellido era demasiada coincidencia como para ignorarlo. —De acuerdo, gracias. Estaré alerta.

Capítulo XXI

Andrew Brandt recibió el mensaje seguro.

—¿Lo conseguiste?

—No. Ellos llegaron primero.

—¿Y Jason? Creí que tenía un plan. Le pagamos un adelanto bastante grande para que hiciera el trabajo.

—Jason está muerto.

Andrew sintió la ira subir. —Tiene suerte. No tolero los fracasos, especialmente dos en un día.

—¿Qué quiere que haga, jefe?

—Quédate con la Dra. Swan y sigue sus movimientos. Si averiguas algo más, házmelo saber.

—Entendido, Sr. Brandt. ¿Y usted dónde va a estar?

—Me dirijo a Nepal, para arreglar este desastre.

Capítulo XXII

Cinco Tesoros de la Gran Nieve, Nepal.
Tres semanas restantes.

La ciudad de Lukla saltó a la vista cuando el Dornier Do 228 giró a la derecha en su aproximación final al aeropuerto de Tenzing-Hillary, Nepal. En lo alto del escarpado valle de Dudh Khosi, las montañas nevadas parecían rodear el avión. La más alta de ellas, el Everest, se alzaba orgullosa a la izquierda del horizonte.

El bimotor turbohélice STOL, que significa despegue y aterrizaje cortos, había sido modificado específicamente como uno de los cuatro aviones comerciales actualmente en servicio capaces de transportar alpinistas al aeropuerto más cercano al campamento base del Everest. Delante de ellos se extendía una pista solitaria de apenas quinientos veinte metros, inclinada en una subida moderada que culminaba en una pared de roca casi vertical, dominada por una imponente montaña. Esto hacía que la posibilidad de un regreso exitoso fuera imposible debido a su abrupto final.

Sam Reilly le dio un codazo a Tom, que roncaba fuerte. A pesar de su metro ochenta de estatura, Tom Bower se las había arreglado para estirar su fornido y larguirucho cuerpo por encima de la pila de bolsas de alpinismo que tenía delante, y seguía profundamente dormido.

—¡Levántate, Tom, te lo vas a perder!

Tom se giró a propósito hacia la derecha, alejándose de Sam, y contestó: —¿Perderme qué?

—Vamos a aterrizar en el aeropuerto de Tenzing-Hillary.

—Sí, sí, genial… —respondió Tom, y luego se tapó la cabeza con su capucha de alpinismo y se volvió a dormir profundamente.

—¿No quieres ver el aterrizaje? Este aeropuerto fue votado como el más peligroso del mundo.

—Ya vine hace años para un entrenamiento de gran altitud con el Cuerpo —la voz de Tom sonaba casi aburrida—. Es perfectamente seguro, mientras los pilotos no la caguen.

El avión se sacudía con las turbulencias mientras descendían hacia la ciudad de Lukla. Sólo había dos pistas: la pista seis para aterrizar y la veinticuatro para despegar. Una para entrar y otra para salir. Sam observó, con una mezcla de respeto y asombro, cómo los dos pilotos nepaleses trabajaban meticulosamente en la cabina para llevarlos a salvo a la pista. Esto significaba que, a pesar del fuerte viento cruzado, los pilotos no tenían otra opción que aterrizar el avión.

Bajaron el fuselaje en el último momento y frenaron en seco.

La aeronave se detuvo a poco más de veinte metros de alcanzar el extremo rocoso de la pista. El piloto giró el avión hacia un pequeño

cuadrado de asfalto, donde se detuvo por completo.

Sam volvió a darle un codazo a Tom. —¡Te lo perdiste! Impresionante aterrizaje. Muy bien hecho.

Tom se dio la vuelta. —¿Ya llegamos? Maldita sea. ¡Acababa de volver a dormirme!

Sam tomó su bolsa de alpinismo y dos bolsas de lona llenas de equipamiento. No viajaban ligeros, pero tendrían suficiente ayuda para llevarlo todo. Al pie de la escalerilla del avión, un hombre con uniforme de piloto sostenía una pancarta con las palabras «Fiesta de Bienvenida Reilly». El hombre era rubio, con la piel pálida y los ojos azules, lo que hacía que su aspecto fuera claramente distinto al de los pilotos nepaleses locales, o sherpas.

—Hola. ¿Sr. Reilly?

—Por favor, llámame Sam —dijo, ofreciéndole la mano—. Este es mi amigo, Tom.

—Bienvenidos a Nepal —dijo el hombre con una cálida sonrisa, aceptando el apretón de manos de Sam—. Me llamo Dmitry Grekov.

—¿Eres ruso? —preguntó Sam, con interés.

—Sí. ¿Te sorprende?

—Pensé que Nepal era un poco más estricto con sus empleados en lo alto de las montañas.

Dmitry recogió sus maletas y empezó a caminar hacia el helicóptero fletado. —Sí, les gusta apoyar el empleo de la población local primero, pero desde que entró en funcionamiento el Eurocopter AS350 B3, todo eso cambió.

—¿Sí? ¿En qué sentido? —preguntó Sam.

—El B3 es capaz de operar a más de siete mil metros, elevando el rescate en montaña a nuevas alturas. Gracias a la buena cobertura de telefonía móvil en las montañas, la posibilidad de realizar rescates a gran altitud se ha convertido en una realidad. Tanto las operaciones de búsqueda y salvamento como la comercialización en la región están avanzando significativamente, aunque con algunos tropiezos. Los B3 han sido una presencia constante durante décadas en otros destinos de montaña, especialmente en los Alpes, donde han salvado cientos de vidas. Sin embargo, en Nepal, los B3 habían tenido hasta hace poco un uso limitado, lo que resultaba en una escasez de pilotos de altura. Por eso vine aquí. Llevo casi tres años y me gusta.

—¿Y tienes mucha experiencia volando a gran altitud? —preguntó Sam.

—Más que nadie —Dmitry sonrió amablemente—. Es decir, más que cualquier otro piloto alpino que siga vivo. He acumulado más de diez mil horas de vuelo a gran altitud. Casi tres mil de ellas por encima de los seis mil metros.

—Impresionante —asintió Sam—. Perfecto, porque donde vamos,

podríamos necesitar cada fragmento de esa experiencia.

—¿Y adónde te gustaría ir? —preguntó Dmitry, levantando una ceja, más por curiosidad que por aprensión. No había venido al Himalaya para ser precavido.

—Aún no estoy seguro. Pero por ahora, necesito encontrar un buen lugar desde donde contemplar los Cinco Tesoros de la Gran Nieve.

Tom pareció perder interés en la conversación al distraerse con el despegue de un avión. Un DHC-6 Twin Otter tomaba velocidad en la pequeña pista. En su costado, en letras grandes, estaban las palabras: «Yeti Airlines». —¡Por Dios, Sam! ¿sabías que aterrizamos en esa pista?

—Puede que haya mencionado algo al respecto, Tom.

—Aquí está tu helicóptero fletado —dijo Dmitry—. Tal como me pidieron, he reunido un grupo pequeño de alpinismo. Ambos me dijeron que pueden llevar su propio equipamiento al escalar, ¿verdad?

—Sí.

Junto al Eurocóptero se encontraban dos montañeros de baja estatura. Ambos parecían mucho mayores de lo que Sam esperaba para ser guías de escalada. El más joven aparentaba alrededor de cuarenta años, mientras que el mayor debía tener al menos sesenta.

—Sam. Tom. Les presento a sus guías, Lakpa y Pemba. Dos de los alpinistas más capacitados de todo el Himalaya. La leyenda dice que su familia ha estado viviendo en estas montañas durante miles de años.

Sam y Tom estrecharon sus manos.

—¿Hablas inglés? —preguntó Sam.

—Yo sí, pero mi padre no —respondió Lakpa.

Sam examinó a los dos hombres. No había nada especial en ellos. Llevaban ropa de alpinismo occidental muy cara y parecían más pequeños de lo que se esperaría de personas capaces de escalar grandes alturas cargando pesos enormes. Uno parecía demasiado viejo, al menos sesenta años. El otro, demasiado joven. Por un momento se preguntó si lo estaban engañando. Había pagado mucho dinero por sus guías y había pedido explícitamente a los mejores. Para el lugar al que los llevaría, se ganarían hasta el último centavo.

Se sacudió la preocupación de la cabeza. No importaba. Serían mejores que él o Tom, y lo que realmente necesitaban no era un alpinista experto, sino un guía que les ayudara a interpretar las indicaciones de la Piedra Arcana.

Dmitry lo miró, con una expresión curiosa en el rostro. —Dime, Sam. ¿Dónde te gustaría ir?

—¿Sabes dónde está la Colina del Tigre?

—¿Deerjing? Por supuesto. Se dice que tiene la vista más exquisita

de los Cinco Tesoros de la Gran Nieve en todo el Himalaya.

—Bien. Llévanos.

—Pero está en Sikkim —Dmitry levantó la vista del helicóptero y realizó las comprobaciones previas al vuelo—. Puedo tramitar los... ah... visados, pero costará más dinero.

—Pagaremos.

—Entonces suban. Vámonos a ver los Cinco Tesoros de la Gran Nieve en todo su esplendor.

Capítulo XXIII

Sam contemplaba los Cinco Tesoros de la Gran Nieve desde la Colina del Tigre. Más de una docena de turistas admiraban las grandes montañas. Por la mañana, el lugar se llenaría de cientos más, todos en busca de la foto perfecta de los picos dorados al amanecer. Sacó su tableta y comprobó algunas de las notas de Billie. Era el lugar correcto, eso era seguro, pero ¿dónde estaba la roca?

Sam miró a Lakpa, el más joven de los dos sherpas. —¿Has estado aquí antes?

—Sí, hace muchos años. Vinimos a rezarle a los Cinco Tesoros de la Gran Nieve.

—¿Alguna vez habías visto esta roca?

Lakpa examinó los viejos dibujos de la roca. —Sí. Los lugareños dicen que es una roca sagrada. Está hecha de granito, que es imposible de encontrar en cientos de kilómetros a la redonda. Dicen que fue un regalo de sus dioses.

—Entonces, ¿por qué no se aglomeran allí las personas? —preguntó Sam, con auténtica curiosidad.

—Porque el pueblo originario de estas montañas, el pueblo Kusunda, lo ha prohibido. Dicen que sólo los verdaderos antiguos de la región pueden rezar allí —Lakpa miró a Sam y le preguntó—: ¿Por qué lo preguntas?

—Porque ahí es donde tengo que estar mañana cuando el sol golpee por primera vez los Cinco Tesoros de la Gran Nieve.

Lakpa frunció el ceño. —Me temo que está prohibido.

—Tenemos que estar allí al amanecer. Si no, habremos perdido el tiempo con toda esta expedición.

Lakpa le habló a su padre en su lengua materna a gran velocidad. Luego miró a Sam y a Tom. —Mi padre dice que, si es tan importante para ustedes, les enseñará dónde está. Pero no podemos acompañarlos. Los dioses se enfadarán, y les aconseja encarecidamente que no escalen las montañas después.

—Entiendo el riesgo. Pero tengo que hacerlo.

Lakpa asintió. —Comprendo.

Llegaron a la roca de granito unas dos horas más tarde. Estaba al oeste de la Colina del Tigre, a unos tres kilómetros. Sus guías se negaron a escalarla o incluso a acercarse caminando a la base. Lakpa les informó de que él y su padre esperarían cerca del helicóptero al amanecer. Sam y Tom les dieron las gracias y empezaron a escalar la roca.

Tenía aproximadamente el tamaño de una casa pequeña y parecía como si Dios mismo la hubiera colocado allí. Las colinas de Sikkim, y

en concreto la Colina del Tigre, están formadas por rocas semiesquistosas, que producen un suelo arcilloso marrón poco profundo, muy susceptible a la erosión. En cambio, el duro y macizo peñasco de granito había sobrevivido miles de años a la erosión del entorno, sin apenas cambiar de aspecto.

Sam fue el primero en llegar a la cima de la antigua roca. Miró hacia el norte, hacia los Cinco Tesoros de la Gran Nieve. El pico principal y sus satélites inmediatos formaban una cruz gigante que abarcaba las fronteras de tres países: Nepal, Tíbet y el antiguo reino independiente, ahora estado indio, de Sikkim. Según lo que había leído, este gran grupo de picos estaba congelado y albergaba cinco grandes sistemas glaciares. Tres de ellos, el Zemu, el Talung y el Rathong, se encontraban al este del conjunto y fluían hacia Sikkim, alimentando finalmente el caudaloso río Tista. En Nepal, al oeste, los glaciares de Kangchenjunga y Yalung formaban las principales fuentes del río Tamur. La región recibe el nombre de los Cinco Tesoros de la Gran Nieve por sus cinco altos picos y siempre ha sido venerada por los habitantes de Darjeeling y Sikkim.

—Aquí es —dijo Sam, con reverencia.

Tom se quedó mirando las montañas a lo lejos, pensativo.

—Estará en algún lugar de ahí arriba, ¿no?

—Me temo que sí. En cualquier otro sitio, alguien lo habría encontrado ya.

Los dos hombres acamparon en la roca y, esa noche, disfrutaron de un guiso caliente antes de acostarse temprano para prepararse para el día siguiente. El cielo despejado ofrecía una vista impresionante: millones de estrellas se fusionaban con el horizonte, haciendo que sus imaginaciones se desbordaran y sus espíritus soñaran.

—¿Crees que estará bien? —preguntó Tom.

—¿Billie? ¿Estás bromeando? Esa mujer es más dura que clavos oxidados y más inteligente que cualquiera de nosotros. Seguro que ya tiene un plan. No la matarán, al menos no antes de que encuentren la Atlántida. Mientras tenga esa ventaja, tendrá todo el tiempo del mundo para encontrar una solución.

—Y esa solución es que lleguemos primero a la Atlántida.

—Y lo haremos —dijo Sam y luego se durmió.

Capítulo XXIV

A las cuatro de la mañana, Sam se despertó y se preparó para el amanecer. Tom bebió de un termo de té caliente.

—Basándose en las traducciones de los textos antiguos que Billie descubrió en las paredes de la Atlántida, cuando se coloca en el centro de esta roca, la Piedra Arcana permitiría al espectador redirigir la luz del primer rayo de sol hacia el lugar preciso de la abertura secreta. Al ser imposible de visualizar desde el suelo, permite que un alpinista baje hasta su centro —dijo Sam.

—Pero si el sol cambia en función de la época del año, seguramente ahora debe ser inexacto —replicó Tom.

—Cierto, pero los antiguos atlantes eran más listos de lo que crees. Si miras de cerca nuestro nuevo juguete, verás que gira alrededor de un eje, en el que se pueden seleccionar doce ajustes diferentes —explicó Sam.

—¿Los meses del año? —preguntó Tom.

—Precisamente —confirmó Sam.

Sam le entregó a Tom el aparato para que lo examinara de nuevo. Giró su base con un pequeño clic y dijo:

—Doce ajustes. El primero resaltado por un copo de nieve, probablemente el solsticio de invierno, y un sol en el solsticio de verano...

—Estamos a principios de julio, entonces ¿lo ponemos en el ajuste que sigue del verano? —sugirió Tom.

—No, si el sol refleja el solsticio de verano, entonces tenemos que girarlo una vez hacia atrás, al mes anterior al día más caluroso del año —corrigió Sam.

—Buen punto —admitió Tom.

Sam retiró algunos pétalos de las flores gigantes de rododendro que se habían acumulado sobre la gran roca. Entonces lo sintió. Sus dedos se hundieron claramente en el centro de la roca. No era una hendidura profunda, pero sí demasiado precisa para ser causada por la erosión natural. Después de limpiar las hojas y pétalos, colocó la base de la Piedra Arcana en el surco. El vástago encajó perfectamente y el dispositivo se aseguró en su lugar.

—¿Y ahora qué? —preguntó Tom.

—Ahora esperamos a que salga el sol —dijo Sam.

Precisamente a las cinco con cinco el sol se asomó por la montaña. Sam miró a través del espejo. Al instante, el resplandor anaranjado de la luz del sol se desplazó desde donde brillaba en la primera montaña hasta la mitad de la tercera: el Kangchenjunga. Sam cogió un puntero láser GPS y marcó la ubicación en la montaña.

—Bueno, Tom. Esa es nuestra montaña —dijo Sam.

—¿Estás seguro? —preguntó Tom.

—Sí —respondió Sam.

—Bien, vamos a informarle a nuestros guías que nos están ayudando a escalar la montaña más letal del mundo —dijo Tom.

Una hora más tarde, Sam encontró a los dos guías sentados junto al helicóptero. Dmitry, su piloto, dormía en la cabina.

—Lakpa, ya tenemos la montaña que queremos escalar —anunció Sam.

—Bien. ¿Cuál? —preguntó Lakpa.

—El Kangchenjunga —respondió Sam.

—¿El Kangchenjunga? ¿Y en qué año te gustaría escalar? —preguntó Lakpa, riendo.

—Este mismo. A partir de hoy, para ser exactos —respondió Sam.

El hombre se echó a reír y se detuvo de repente.

—¿Lo dice en serio? —preguntó Lakpa.

—Sí. ¿Cuánto tardaremos? —preguntó Sam.

—Una semana —dijo Lakpa. Luego, volviéndose para hablar con su padre, que, según les advirtió, era el mejor alpinista de todo el Himalaya. Los dos conversaron en su lengua materna. Una discusión breve y rápida.

—Mi padre dice que son ustedes muy valientes y que deben ser grandes alpinistas para siquiera considerar subir ahí. ¿Dónde han escalado antes? —preguntó Lakpa.

—Puedes decirle que hemos escalado mucho por la cordillera de los Dolomitas, la temporada pasada, precisamente —respondió Sam.

Lakpa habló con su padre y luego con ellos.

—Mi padre dice que las montañas Dolomitas son excelentes para las habilidades técnicas, pero se necesita resistencia además de habilidades para escalar el Kangchenjunga.

Sam sonrió. No estaba dispuesto a contarle a su nuevo admirador que su reciente experiencia de escalada había consistido en una excursión de tres días a lo largo de la Vía Ferrata, o escalera de hierro, en Italia, mientras buscaba al Magdalena, un dirigible judío que se había perdido mientras escapaba de la Alemania nazi.

—Puedes decirle que Tom y yo estamos muy en forma. Quizás no seamos los mejores alpinistas que tu padre haya conocido, pero tenemos resistencia y un propósito que nos impulsará a triunfar donde otros han fracasado —afirmó Sam.

—Mi padre dice que hablas como un verdadero Tigre. Pero sólo un Chacal acepta dinero de un tonto —dijo Lakpa.

—Entonces dile que será un Chacal muy rico, porque yo tengo mucho dinero y un propósito que requiere escalar esa montaña. Tengo que encontrar un antiguo templo que espero me proporcione

respuestas que puedan salvar la vida de mi amiga —explicó Sam.

Pemba se encaró con Sam y habló en un inglés perfecto.

—Los llevaré al Kangchenjunga. Pero si fracasan, no arriesgaré mi vida, ni la de mis hombres, tratando de salvarlos de su estupidez. ¿De acuerdo? —preguntó Pemba.

—Sí, perfecto —respondió Sam, riendo—. ¿Hablas inglés?

—Llevo guiando a ingleses por estas montañas desde que tenía ocho años. Claro que hablo inglés. Sólo finjo ignorancia porque no soporto hablar con turistas. Pero usted, por lo que veo, busca los antiguos archivos de la Atlántida —dijo Pemba.

Tom abrió la boca para hablar y luego se detuvo, incapaz de encontrar las palabras adecuadas.

Sam dijo:

—Entonces, ¿sabes lo de la Atlántida? —preguntó Sam.

—Por supuesto que sí. Mi pueblo bajó de allí —respondió Pemba.

Capítulo XXV

El monasterio de Tsoka estaba encaramado a tres mil metros y se acercaba al final de la ruta Goecha La. El Kangchenjunga se alzaba orgulloso tras ellos, rodeado de otras majestuosas montañas nevadas.

Sam estrechó la mano de Dmitry y le dijo:

—Te llamaremos dentro de unos meses para que nos recojas.

—No hay problema. Estaré esperando. ¿Han elegido una montaña para escalar?

—No —mintió Sam—. De momento vamos a recorrer la ruta Goecha La y aclimatarnos con la idea de escalar una de estas montañas antes de que acabe la temporada de alpinismo.

—Buena suerte.

Tras la partida del helicóptero, el pequeño grupo comenzó su larga caminata hacia el Kangchenjunga. Tenían que recuperar más altitud antes de llegar al lugar donde escalarían. Pemba les había dicho a ambos que sería imposible escalar la montaña sin al menos una semana para aclimatarse. Sam había protestado diciendo que no tenía intención de llegar a la cima. Sólo había recorrido un tercio del camino. Aun así, Pemba le dio un ultimátum:

—Suban o busquen otro guía.

Y así, comenzaron su viaje. Los llevó a través de un espeso bosque de rododendros y abetos, engalanado de líquenes y musgo, que le daban un aire verdaderamente mágico. En Phedang pasaron por un gran claro cubierto de hierba y rodeado de grandes rododendros morados.

Después de varias horas de viaje, Pemba y Lakpa iban en cabeza con cientos de metros de ventaja. Tom iba sólo un poco por detrás de Sam, no porque no pudiera mantener el ritmo, sino porque estaba disfrutando de la magnificencia de su entorno. La Clematis Montana, con sus típicas flores moradas, encapsulaba la ladera de la montaña. Tom alcanzó a Sam.

—¿Qué te parece?

—Es un lugar hermoso.

—No me refiero al lugar —Tom miró a sus guías—. A ellos.

—Parecen competentes hasta ahora.

—No. ¿Qué opinas de la historia de que descendieron de la Atlántida?

—Yo les creo. ¿De qué otra forma podrían saberlo? No les habíamos dicho por qué queríamos escalar el Kangchenjunga.

Tom parecía preocupado.

—¿Y su aspecto? Ni siquiera parecen alemanes.

—¿Quién dijo que los habitantes de la Atlántida eran los

antepasados de Alemania?

—Hitler, cuando envió a Himmler a buscar el linaje ario perfecto.

—Hitler dijo muchas cosas que no eran ciertas cuando dirigía su maquinaria propagandística. No iba a decir: «Oye, aquí hay otra raza excepcional. No se parecen en nada a nosotros, pero eran muy listos».

—Buen punto. Pensé que como encontramos la Piedra Arcana en el Centro Nacional de Archivos Holandeses...

Sam empezó a explicar:

—Las herramientas neolíticas encontradas en el valle de Katmandú indican que la gente lleva viviendo en la región del Himalaya al menos once mil años. ¿Coincidencia?

—¿Estás diciendo que esta gente sencilla es descendiente de la Atlántida?

—Es poco probable —reflexionó Sam—. Pero, por otra parte, incluso tú debes admitir que la coincidencia es extraña. Y da la casualidad de que se cree que la capa de población más antigua conocida está representada por el pueblo Kusunda. ¿Sabes dónde vive la mayor población de Kusunda?

—Déjame adivinar. ¿En algún lugar de los Cinco Tesoros de la Gran Nieve?

—¡Correcto!

—Entonces, si estos eran realmente descendientes del antiguo pueblo de la Atlántida... una pregunta... ¿qué les pasó? Quiero decir, míralos. Son simples montañeses. Viviendo vidas que apenas han cambiado en los últimos once mil años. ¿No crees que si procedieran de una raza superior que tuviera importantes poderes y tecnologías desde hace once mil años, estarían viviendo en la cima del mundo?

Sam miró a su alrededor.

—Algo así.

—No, ya sabes a lo que me refiero. Si algún desastre azotara a Estados Unidos y sólo sobreviviera una pequeña parte de la población... ¡los descendientes de los supervivientes no vivirían en chozas!

—¿No?

—Por supuesto que no.

—¿Por qué no?

—¡Porque venimos de una civilización que conoce la fontanería interna, los teléfonos inteligentes, los coches! Nos iría muy bien.

—Sí, pero ¿cuántos estadounidenses que viven el sueño saben cómo crearlo? Si eliminas a demasiados, la civilización tiene que dar un paso atrás y ocuparse de las prioridades. La agricultura, suministrar comida y agua para sobrevivir. Todas las ventajas de la generación del teléfono inteligente son bastante inútiles si tienes qué comer.

—¿Y crees que los Kusunda son los últimos supervivientes de la

Atlántida?

—Sólo digo que es posible. Si tomamos en cuenta que la historia de sus antecedentes más antiguos es de hace aproximadamente once mil años, parece una coincidencia importante, ¿no?

—¿Pero por qué aquí, entonces? Es un lugar difícil para vivir. ¿Por qué no más abajo en las montañas?

—¿Por qué? —Sam miró hacia las montañas—. ¿Y si saben algo que nosotros no sabemos sobre el futuro?

—¿Crees que desde hace once mil años ya tenían planes para evitar un segundo desastre?

—No lo sé. Pero, ¿por qué otra razón iban a llegar tan lejos, como un pequeño grupo de supervivientes, para construir una nueva Atlántida en un lugar tan inhóspito?

Capítulo XXVI

Al aterrizar en las afueras de la aldea, Andrew pudo imaginar a esas personas viviendo así durante miles de años. Era como retroceder en el tiempo, a una época en la que la vida era más sencilla. Andrew Brandt salió del asiento del copiloto del Eurocóptero B3. Lo acompañaban dos helicópteros más y catorce mercenarios armados con AK-47. Con tanto en juego, no iba a correr ningún riesgo.

Los monjes del Tsoka les miraban preocupados. Eran gente sencilla que había vivido en la montaña durante miles de años, pero podían reconocer el mal cuando lo veían.

—Dmitry, ¿estás seguro de que eran ellos? —preguntó Andrew.

—Sí. Eran dos y no tenían ni idea de qué montaña querían escalar, sólo que necesitaban llegar a la Colina del Tigre antes del amanecer, y tras esto, volvieron al helicóptero y me pidieron que los dejara lo más alto posible en la montaña —respondió Dmitry.

—¿Estás seguro de que fueron aquí? —insistió Andrew.

—Por supuesto que sí. Te repito que aquí fue donde los dejé.

—¿A dónde fueron después?

—Ni idea. Dijeron que iban a escalar por la temporada. Les di mi número y me dijeron que me llamarían cuando estuvieran listos. Pagaban bien y sabían que iría en cuanto me lo pidieran.

—Muy bien, caballeros. Todo el mundo fuera. Veamos qué recuerdan estos monjes de nuestros amigos, ¿de acuerdo? —ordenó Andrew.

—¿Qué quiere que haga, jefe? ¿Lo apago? —preguntó el piloto.

—No, mantén los rotores girando. Quiero despegar de nuevo tan pronto como sepamos a dónde han ido.

Andrew salió del helicóptero. Llevaba una AK-47. Era un arma vieja, pero eficaz y, más importante, una de las armas más conocidas del planeta, por lo que sería útil para sembrar el terror. La gente asustada decía la verdad.

Sus hombres, también armados con AK-47, se dirigieron hacia las chozas. Los aldeanos se dispersaron. Un anciano fue el único que no pudo huir.

—¿Viste a otros blancos como nosotros? —preguntó Andrew.

—No, no como usted. No llevaban armas.

—¿Pero viste adónde fueron?

El anciano parecía preocupado.

—No estoy seguro. Algunos de nuestros hombres locales les ayudaron. Creo que iban a una expedición de alpinismo. No sé a dónde.

Andrew miró a uno de sus hombres.

—Tráeme a uno de los niños.

Andrew sonrió al anciano mientras esperaba un par de minutos a que sus hombres regresaran con un niño de unos cuatro años que lloraba. Le sonrió al pequeño.

—¿Viste a dónde se fueron los otros hombres blancos? —preguntó Andrew.

El chico negó con la cabeza.

—¿Y tú, viejo? ¿Has recuperado la memoria?

La sonrisa desdentada del hombre fue la única respuesta. Andrew sacó la pistola de su funda y apuntó a la cabeza del niño.

—Bien, escúchenme todos. Voy a matar a este niño en diez segundos si no consigo las respuestas que estoy buscando. Luego voy a buscar a otro niño. Diez, nueve, ocho, siete, seis...

A los seis segundos apretó el gatillo, y la roca situada junto a la cabeza del niño explotó. El niño gritó, y el hombre que lo sujetaba luchó por mantenerlo quieto. El niño mordió entonces la mano del soldado y echó a correr.

—¡Mierda, Andrew! —dijo Dmitry—. Casi matas a un niño inocente. ¿Realmente quieres seguir con esto?

Andrew apuntó con el arma al niño que corría y apuntó.

—Mataría a todos y cada uno de sus hijos, si así pudiera obtener una pista sobre la localización de la Atlántida.

Su dedo empezó a apretar el gatillo.

—¡Espera! —Era una mujer que venía corriendo.

—¿Sí?

—Yo sé a dónde han ido.

—Bien. Llévanos allí.

Capítulo XXVII

Edward Worthington echó un vistazo a la antigua bóveda atlante, donde se había registrado su historia a lo largo de milenios. Varios túneles bordeaban los pasadizos. La sala más grande de todas tenía muros y paredes con escritos antiguos, seguidos de círculos de información en el techo, que reconoció como el mismo texto pictográfico que había visto en los dibujos de la Atlántida. Al final de la habitación había tres cuerpos totalmente descompuestos, los restos de la última expedición de Himmler. El hombre que había fundado las SS nazis había perseguido su idea descabellada de encontrar a los atlantes que compartían el linaje ario perfecto. La lanza que atravesaba sus cabezas le hizo preguntarse si se había equivocado al venir sólo con la Dra. Swan y Mark, como guardaespaldas.

La Dra. Swan dio un grito ahogado cuando lo vio, no los restos, sino el montón incandescente que había junto a ellos. Debía de contener más de mil piezas de oricalco, la antigua aleación de oro y cobre que los atlantes explotaron en su día.

—Tenían que prepararse para el regreso de su ciudad —dijo Edward, al notar el asombro de Billie—. Cuando llegó, los supervivientes atlantes sabían que necesitarían oro para estar en condiciones de hacerla crecer de nuevo, así que almacenaron lo que quedaba aquí.

—Sí. Debe valer una fortuna.

—Olvídate del oro. No vale nada si no podemos encontrar la solución al Código de la Atlántida, en medio de estos miles de billetes antiguos. Sin ese código, la esfera quedará bloqueada hasta que sea demasiado tarde. Si fracasamos, el oro no tendrá ningún significado para ninguno de nosotros.

—Podría llevar meses dar sentido a todo esto.

Edward levantó la voz.

—No tenemos meses. Tenemos poco menos de tres semanas.

Observó cómo la astuta mente de Billie exploraba la caverna.

—Lo he encontrado.

—¿Qué?

—El Código de la Atlántida, por supuesto.

—¡Qué gran noticia!

—Sólo que le falta la mitad.

—¿Qué quiere decir con que le falta la mitad?

—Me lo temía. En mi investigación anterior, encontré referencias a dos grupos de supervivientes atlantes. Uno se dirigió al este y acampó en lo alto de estas montañas tibetanas, mientras que el otro se fue a un lugar completamente distinto, posiblemente al oeste.

—¿Pero a dónde? —preguntó Edward.

—Ambos grupos debían desconfiar de que el otro pudiera robar los restos más valiosos de la Atlántida. Así que, en consecuencia, rompieron el código en dos partes y lo repartieron entre los dos.

—Bien. ¿Y ahora qué, necesitamos saber dónde está el otro grupo?

—Sí.

—Aquí está. Un mapa de su otro asentamiento.

Edward estudió el rudimentario mapa. La representación del continente africano no era exacta, pero era imposible negar lo que estaba viendo. La escuchó leer la descripción. Muy pocas personas en el planeta sabían leer el antiguo texto. Se dio cuenta de que la Dra. Swan sabía más de lo que le había revelado en su conversación anterior. Era obvio que casi dominaba la lengua antigua. Observó a Billie sacar varias fotos del mapa con su tableta.

—¿Ya podemos destruir el mapa, Dra. Swan?

—No tiene caso. Usted y yo somos las únicas personas que saben de su existencia.

—Y Mark, pero le pago lo suficiente para guardar cualquier secreto. Aun así, no hay que correr riesgos. Mark, trae una granada. Quiero que esto quede destruido.

—Muy bien, señor.

Capítulo XXVIII

Edward la observó mientras marcaba algunas notas en uno de los círculos en blanco.

—¿Entonces de verdad puede entenderlo?

—Me hago una idea. Son similares a algo que vi dentro de la pirámide maya bajo el océano en el Golfo de México. Sólo quería probar mi teoría.

—¿Y qué significa?

—Bueno, si no me equivoco... —dijo la Dra. Swan mientras recorría con los dedos los surcos del jeroglífico—, éste es el mapa del otro grupo de descendientes.

—¿Otro grupo de descendientes?

—Sí. Como atestigua este edificio, no todos murieron durante el hundimiento de la Atlántida. Por lo que parece, se dividieron dos grupos en direcciones diferentes para proteger el conocimiento del futuro.

Mark volvió al túnel desde la abertura.

—Es hora de irnos. Tenemos compañía.

—¿Andrew Brandt o Sam Reilly? —preguntó Edward, tomando sus prismáticos.

—Sam Reilly. Pero si ha llegado tan arriba, seguro que Andrew no estará lejos.

—¿A qué distancia?

—Menos de un día de escalada. Estará aquí al anochecer —respondió Mark.

—De acuerdo, nos iremos pronto —dijo Edward mirando a la Dra. Swan—. Quiere volver por ellos, ¿no?

La Dra. Swan le sonrió.

—Podrían ayudarnos.

—Sabe que eso no es posible, ¿verdad?

—Sí, por supuesto.

—Andrew nos está ganando, Dra. Swan. Y a menos que a usted le guste la idea de perder esta carrera, sugiero que pensemos en un plan para despistarlos.

Hizo una pausa, con un trozo de tiza en la mano y luego escribió una nota seguida de varios números en el texto antiguo, antes de escribir en inglés sencillo: «Con amor, Billie».

Edward estudió los números. Estaban escritos en un texto antiguo que no dominaba del todo, pero eran bastante claros. Había algo extrañamente familiar en ellos. Eran coordenadas GPS, por supuesto. Pero, ¿de dónde? Entonces cayó en la cuenta.

—Muy bien, Dra. Swan. Pero, ¿no cree que sabrán que todo lo de

valor fue destruido allí hace más de cien años por la expedición americana?

Capítulo XXIX

Por encima de ellos, a Sam Reilly le pareció escuchar el lejano sonido de un trueno. ¿Una cruda señal de una avalancha, tal vez? O peor aún, alguien se les había adelantado. Miró por arriba, donde la apertura de la cueva debería haber estado, otros mil ochocientos metros por encima de ellos.

—¿Avalancha? —preguntó Tom.

—Tal vez, pero debe haber estado muy lejos. Si estuviera sobre nosotros, ya lo sabríamos.

—Me pareció que sonaba casi como el eco de una granada.

—¿Entonces se nos adelantaron? —Aquel pensamiento llenó de urgencia la mente de Sam—. Vamos, estamos cerca. Tal vez aún hay tiempo para salvarla.

A la mañana siguiente, muy temprano, llegaron a la entrada de los Archivos Atlantes. Estaba construida por dos rocas superpuestas. Desde el aire o desde el suelo, parecía una sola, pero una vez que te colocabas justo al lado, podías ver que había una abertura. No era muy grande, lo suficiente para que pasara una persona a la vez.

Sam fue el primero en entrar. Primero apretó sus anchos hombros, con las manos extendidas hacia delante, y luego se retorció hasta que el resto del cuerpo le siguió. Una vez al otro lado, pudo ponerse de pie en lo que parecía una gran caverna. Oscura como el mar más profundo, y por un momento pensó que no era más que una cueva natural. Un olor almizclado parecía impregnar el vacío de aquel lugar. Golpeó un gran bastón luminoso y lo lanzó al interior de la caverna. La habitación se iluminó con el resplandor.

—Tom, métete aquí. ¡Te va a gustar esto!

Su amigo entró en la habitación arrastrando los pies.

—¿Qué has encontrado? —Tom se quedó mirando el enorme recinto y luego dijo—: ¡Por Dios! Es la Atlántida.

Las paredes eran enormes, lo que le daba un aspecto de estadio de fútbol más que de una caverna, salvo porque el techo era muy bajo, tanto, que Sam pudo tocarlo fácilmente mientras caminaba. Al menos doscientos círculos cubrían el techo, y contenía un laberinto de pictogramas y jeroglíficos en su interior. Los círculos que formaban el techo estaban tallados en marfil y las paredes eran de piedra, pero una multitud de zafiros incrustados en ellas brillaban como estrellas bajo el reflejo del bastón luminoso.

—¿Qué es ese olor? —preguntó Sam, mientras caminaba—. Es fresco, lo que sea que lo esté provocando tendrá aquí menos de un par de semanas.

—Almizcle, el desodorante barato que Billie usa en sus

expediciones. Debe haberse ido hace muy poco.

Se adentraron en la caverna. En el otro extremo de la sala aparecieron los restos de cuatro personas. Llevaban uniformes nazis y las insignias de la Schutzstaffel, la guardia de élite de las SS. Sam observe sus restos.

—¿Quién iba a pensar que estaban tan cerca de encontrar la Atlántida?

—¿Los nazis? —Tom se rió—. ¿Qué rayos querrían ellos con una civilización antigua?

—Heinrich Himmler, el hombre que puso en marcha las SS originales, creía firmemente en el linaje perfecto y el ADN noble. Al igual que Adolf Hitler, estaba obsesionado con el concepto de que Alemania procedía de un poderoso linaje. Durante la guerra, gastaron una fortuna intentando encontrar la Atlántida, creyendo que Alemania se había originado en ella. —Sam los miró y sacudió la cabeza—. Himmler hizo declaraciones de que habían encontrado la Atlántida y estaban en proceso de demostrar su herencia pura, pero en realidad nadie se lo creyó, pensando que era otra de las máquinas propagandísticas de Hitler.

Tom miró las lanzas que reposaban dentro de cada uno de los hombres.

—Es un buen dato inútil para contarle a tus nietos. Estuvieron cerca, pero mira lo que consiguieron.

—Es un recordatorio de que no nos descuidemos. Este lugar, al igual que la verdadera Atlántida, puede aún estar protegido por varias trampas explosivas.

—Eso es imposible. Seguramente sus resortes, bobinas y mecanismos de detonación se hayan roto con el paso de los siglos.

—Sí, pero como ahora sabemos, aún quedan descendientes directos de la Atlántida muy vivos y deseosos de proteger los secretos que aquí se guardan.

Capítulo XXX

Tom se quedó mirando con asombro.

—Podríamos tardar más de un año y necesitar un ejército de arqueólogos para darle sentido a esta caverna, por no hablar de a dónde se han llevado a Billie.

—La buena noticia es que esto no es la Atlántida —respondió Sam —. Lo que significa que querrán mantener a Billie con vida, y que probablemente aún tengamos una oportunidad. Sólo tenemos que saber hacia dónde se dirigen.

—Aun así, necesitamos tener mucha suerte para descifrar esto a tiempo para alcanzarlos. Si ya estuvieron aquí y se han ido, entonces sabemos que consiguieron lo que necesitaban.

—Sí, pero quien construyó esto quería una biblioteca de historia. Por lo tanto, debemos encontrar una secuencia lógica —Sam escaneó las filas y filas de círculos, hasta que llegó a un área en blanco—. Ya está. Los círculos están vacíos.

—¿Qué significa?

—Son carpetas vacías por llenar con los escritos de la Atlántida — dijo Sam mientras estudiaba la entrada del último círculo—. Dice que la Atlántida está a punto de activarse de nuevo...

—¿Activarse de nuevo? —Tom parecía sorprendido—. ¿Cómo sabes leer textos antiguos de la Atlántida?

—Porque este es el mismo lenguaje que usaron los Maestros Constructores.

—¿Qué más dice?

—«A menos que se introduzca el código adecuado una vez más…» y tiene algún tipo de fecha, pero no puedo leerla. Entiendo los números, pero no conozco su calendario para saberlo.

—¿Código de la Atlántida? ¿Para entrar a dónde? ¿Esta gente tenía computadoras o algo así?

—No tengo idea —respondió Sam negando con la cabeza—. Ahora sí que me gustaría que Billie estuviera aquí.

—¿Quizás sea algo bueno que la Atlántida se active? —sugirió Tom.

—Espera un segundo. Aquí —junto al extraño símbolo, Sam vio algo que se traducía como: «Fechas de Activación de la Atlántida». Había cinco fechas: 120,040; 40,200; 18,007; 1,023—. Mira los periodos entre las fechas son cada vez más pequeños —cuatro de las fechas habían sido tachadas con piedra, como si alguien las estuviera marcando en una lista de cosas por hacer. Pero aún faltaba una.

—Sí, pero ¿qué significan?

—Ni idea. Sólo estoy traduciendo.

—Dieciocho mil —¿podríamos estar hablando de hace unos dieciocho mil años?

—No. Ni siquiera sé si son fechas. Incluso lo fueran, no nos ayudaría porque es muy poco probable que los atlantes usaran una medida del tiempo que coincida exactamente con la nuestra y, aun así, todavía no sabemos si sus matemáticas coinciden con las nuestras.

—Creía que las matemáticas eran la única constante universal.

—En principio, sí, pero hay muchas formas de hacer las cosas, y que a nosotros nos gustara el concepto de base diez no significa que a otras culturas también. Por ejemplo, los mayas utilizaban la base doce, mientras que numerosas tribus de todo el mundo usaban la base ocho porque contaban los espacios entre los dedos para hacer el número ocho, en lugar de los dedos.

—Entonces, ¿me estás diciendo que sólo tenemos unos números aleatorios que podrían significar cualquier cosa, pero que lo más probable es que representen algún momento o acontecimiento del pasado?

—Eso es más o menos lo esencial —Sam se mostró servicial y luego dijo—: O incluso el futuro.

Tom volvió a mirar el techo, sin reconocer nada de lo que había en él.

—Se me acaba de ocurrir una idea —dijo, entregándole a Sam un trozo de papel—. Escríbeme esos números. Y el número al final del último círculo. Los pondré en tu tableta mientras descifras el resto. Quizá pueda hacer la traducción de algún modo, o al menos referencia a acontecimientos significativos de la historia, ¿no?

Sam le entregó los números y Tom los tecleó cuidadosamente en la tableta y luego realizó una búsqueda de similitudes, orden o códigos evidentes. Cuando no encontró nada, comparó las fechas con acontecimientos arqueológicos significativos. De nuevo, no apareció nada.

Era una posibilidad remota, lo sabía. A fin de cuentas, era poco probable que los números se relacionaran con alguna fecha basada en los sistemas de datación por calendario actuales. Entonces se dio cuenta de cómo podía combinar las pruebas para obtener una posible respuesta. Asignó un número al azar a cada fecha y luego comparó la diferencia entre cada una de ellas con cualquier acontecimiento arqueológico registrado. Lo que buscaba eran grandes acontecimientos. Esta vez, la tableta generó una lista simple.

No tenía forma de saber cuánto tiempo había transcurrido entre cada suceso por separado, pero ahora podía compararlos todos y la tableta podía determinar una datación probable de los números que habían encontrado. Tom se quedó mirando las sencillas respuestas. Su rostro palideció y empezaron a sudarle las manos.

—¿Qué pasa?

—Los números 18,007 parecen coincidir con la fecha en que se hundió la Atlántida y, lo que es más importante, con el fin de la última Era de Hielo. Antes de eso, el año 40,200 de la Atlántida se relaciona con el inicio aproximado de la Era de Hielo. El 120,040 parece bastante cercano a cuando desaparecieron los dinosaurios. Cada vez que se activaba, comenzaba o cesaba una Era de Hielo. En cualquier caso, no salió bien para los habitantes del planeta.

—¿Quieres decir que esta cosa está haciendo borrón y cuenta nueva? ¿Está eliminando a todas las criaturas que no han logrado evolucionar al siguiente nivel?

—Eso creo, y se pone peor.

—¿Cuánto más puede empeorar?

Tom suspiró.

—Metí esa última fecha en la tableta...

—¿Y?

—Dice que tenemos tres semanas hasta que se active de nuevo.

Capítulo XXXI

Sam observó el resto del enorme recinto, frustrado.

—Nada de esto nos ayuda a encontrar la Atlántida para poder rescatar a Billie.

—¡Por no hablar de cómo evitar que la Atlántida se active y nos mate a todos! —le recordó Tom.

—Sí, también está eso.

—Bien, vamos a desglosarlo. Billie dice que no es la primera vez que investigas a los Maestros Constructores. ¿Cómo es tu proceso?

Sam empezó a enumerarlas.

—De acuerdo, necesito escanear tantas de estas imágenes en la tableta como sea posible y dejar que identifique cualquier referencia a la localización de la Atlántida. Se fueron hace poco, lo que significa que encontraron lo que buscaban. Así que o tuvieron mucha suerte, o es algo evidente.

—Bueno, empezaré.

A los diez minutos, Tom le dijo:

—¡Mira eso!

El techo estaba destruido. Alguien había volado intencionadamente esa sección. Se perdieron alrededor de una docena de «archivos» circulares.

—Debe haber habido algo importante allí, que quien tiene a Billie no quiere que descubramos.

—¿Y ahora qué carajos hacemos?

—Tenemos que seguir buscando. Billie es más lista que nosotros dos juntos. Sabe que ésta es la única pista que tenemos sobre la Atlántida y no se arriesgaría a perdernos marchándose sin darnos alguna forma de seguirla.

Pasaron más de dos horas antes de que encontraran la siguiente pista. Sam se quedó mirando el techo. Empezaba a dolerle el cuello de tanto mirar hacia arriba. Dentro de una zona de círculos en blanco había un nuevo texto. En lugar de estar cincelado en el techo como los demás, estaba escrito con un rotulador fluorescente y en la lengua de los Maestros Constructores.

Querido Sam,

Encontrarás respuestas en estas coordenadas. Hay otro templo de la Atlántida. Intentaré entretenerlos todo lo que pueda.

Al final de la nota, había dejado unas coordenadas GPS.

—Bien, es hora de irnos —dijo Sam.

—¿A dónde?

Sam introdujo las coordenadas en su computadora y respondió:

—A Siberia.

—¿Qué hay en Siberia?

—Según Billie, la Atlántida.

—Está en Siberia. ¿Cómo lo dedujo Billie de las notas que encontramos en la pirámide hundida en el Golfo de México?

—¿Cómo rayos voy a saberlo? Pero ha dejado las coordenadas GPS, así que será mejor que nos vayamos para poder llegar antes que ellos.

Sam se dio la vuelta hacia la entrada de la caverna, pero algo le detuvo. Miró el montón de oricalco. Una fortuna abandonada en la antigua biblioteca. No valdría nada en unas semanas si no conseguía resolver el enigma. Debajo de ellos, el suelo tembló con las vibraciones de un sonido procedente del exterior.

—¿Escuchas eso? —preguntó Sam.

—Suena como el rugido de un trueno.

Sam miró hacia el borde de la abertura, donde los sherpas habían empezado a dispersarse.

—¿Crees que es una avalancha? —Tom sugirió.

Sam escuchó más intensamente durante un momento.

—Es una locura. No suena nada parecido a una avalancha. Son claramente rotores de helicóptero. Dada nuestra gran altitud, diría que proceden de un par de Eurocopters B3.

—¡Lo que significa que alguien nos ha seguido!

Capítulo XXXII

Andrew Brandt vio cómo los dos sherpas, las cabras montesas del Himalaya, se dispersaban, dejando su equipo en la ladera de la montaña.

—No los veo —le dijo al piloto.

—Sigue buscando. Esos sherpas no iban solos de vacaciones a escalar —respondió Dmitry—. Eran los dos que dejé cuidando a Sam Reilly. Deben haber entrado en el templo.

Los dos hombres escrutaron la montaña.

—¡Lo tengo! —dijo Dmitry—. Mira esa roca saliente. Debe tener una abertura, hay huellas en la nieve que conducen a ella.

—Si han entrado, tienen que salir. Quédate aquí unos minutos.

—No puedo quedarme mucho tiempo a esta altitud —dijo Dmitry.

—De acuerdo. No podemos esperar todo el día. Salgan. Vamos a entrar a buscarlos.

Uno a uno, descendieron de los patines del helicóptero mientras el piloto planeaba, y cayeron sobre la espesa nieve de la montaña a un metro por debajo de ellos, seguidos por los soldados del segundo helicóptero. No quería correr riesgos. Había oído hablar de que Sam y Tom eran famosos por ser excelentes peleando. De ninguna manera quería que esta fuera una pelea justa. Y para eso, necesitaba superarlos en número.

Miró al líder de su equipo de comandos.

—Aiden, trae a tres hombres y haz un reconocimiento de esa entrada. Si encuentran resistencia, pónganse a cubierto y mantengan la posición.

—Entendido.

El equipo de tres hombres entró silenciosamente en la abertura secreta del templo atlante. Minutos después, la abertura se convirtió en escombros junto con el sonido de una fuerte explosión. Andrew clavó su piolet en la ladera de la montaña y se refugió en la nieve. A seis metros de distancia, los dos helicópteros, preocupados por las avalanchas, retrocedieron rápidamente alejándose de la ladera de la montaña. Cayó nieve, pero no se produjo ninguna avalancha.

Segundos después, Andrew oyó el sonido de ametralladoras. Pero no podía saber si procedía de sus propios comandos o de alguien más. Aiden regresó, con sangre escurriendo de la nuca y quemaduras en la cara.

—¡Tienen el lugar lleno de trampas! —Aiden maldijo.

—Tenemos que asaltar ese templo. ¿Qué encontraremos al entrar?

—Un agujero que está completamente oscuro. Una caverna que hace eco, lo que sugiere que es bastante grande. No los vi, pero deben

habernos visto, porque mataron a Frankie y a Mitchell. Lo siguiente que pude ver es que usaron una AK-47 conmigo, ¡probablemente de mis propios hombres!

—¿Qué necesitas para extraerlos?

—¿Vivos?

—Sí. Al menos uno de ellos. De preferencia Sam Reilly, pero su amigo debe saber algo.

—Necesitaríamos un milagro. Podemos hacerlo, pero nos va a costar hombres.

Andrew miró a sus hombres, comprobando sus armas.

—Bien, hazlo.

Uno de sus soldados le pasó un teléfono móvil. Realmente odiaba la maldita tecnología.

—Diles que estoy ocupado.

—Creo que esto le interesa, jefe. Dice que tiene a la Dra. Billie Swan.

Andrew miró a su comando. El hombre hablaba en serio. Alargó la mano y le arrebató el teléfono.

—Andrew al habla.

—Buenos días, jefe.

—Creía que estabas muerto. De hecho, cuando perdiste a la chica y dejaste de responder a mis llamadas, esperaba que estuvieras muerto, por tu bien.

—Digamos que he estado ocupado. Pero me perdonarás una vez que escuches lo que tengo para ti.

—¿Qué tienes para mí?

—A la Dra. Billie Swan. Y la mitad del Código de la Atlántida.

—Por Dios. Pensé que ya había descifrado esa cosa. ¿De qué carajos sirve la mitad del código?

—De nada, pero estamos a punto de recuperar la segunda mitad. Aparentemente fue dividida en dos códigos y luego almacenada en dos templos Atlantes para protegerlo.

—¿Sabes dónde está el segundo?

—En el Congo. En algún lugar del corazón de las tinieblas.

Andrew hizo una señal a uno de sus soldados para que le diera papel y bolígrafo.

—¿Sabes dónde exactamente?

—No, pero sigo siendo parte del equipo. Te avisaré cuando lo hayan encontrado.

—Bien. Que resuelvan los misterios del segundo templo atlante. Mejor que arriesguen sus vidas ellos y no yo. Una vez que tengan respuestas, envíenme sus coordenadas, y traeremos un equipo de recuperación para obtener el resto del código.

Andrew le devolvió el teléfono, con una enorme sonrisa en su

rostro siniestro.

—¿Por qué sonríes? —dijo Aiden.

—Porque ya no tenemos motivos para mantener con vida a Sam Reilly ni a su amigo.

Capítulo XXXIII

Sam estudió rápidamente la parte trasera del templo atlante. Todos los túneles parecían haber llegado a su fin y poco podían hacer él y Tom para mantener su posición frente al equipo de mercenarios significativamente más poderoso que los perseguía.

Volviéndose para examinar la última caverna, Sam dijo:

—Sabemos que Billie estuvo aquí antes que nosotros. No había nadie más en la cara de la montaña cuando la escalamos. Debemos haberla perdido por poco.

Tom sacó su Glock y se preparó para disparar a cualquiera que atravesara la caverna.

—Posiblemente, pero siento decirlo amigo, no creo que vuelva para salvarnos el trasero.

—No, no es eso. Ella debe haber estado aquí en el último día o dos. Y aun así, no la vimos salir ni a ella ni a su captor, lo que significa...

Tom sonrió al darse cuenta.

—¿La gente de afuera no son los que se la llevaron?

—Lo pensé, pero no creo. Más bien se nos ha adelantado y que quienquiera que esté fuera también está buscando la Atlántida. Y si no encontraron a Billie, ¡es porque definitivamente hay otra salida!

—¡Por supuesto! —Tom dijo—. Cuando leí el antiguo Diálogo Critias de Platón, señalaba que los atlantes construían anillos dentro de anillos en estructuras defensivas para que la retirada fuera posible. Era una de las razones por las que Billie creía que Ámsterdam estaba relacionada con los descendientes de la Atlántida. Ahora sabemos que no, pero una cosa es segura: si los supervivientes de la Atlántida construyeron este lugar, como archivo de su historia, entonces debieron de construir en él un túnel de escape.

Varios disparos rastrillaron las paredes de la caverna tras ellos. Sam levantó la vista y vio que los primeros soldados entraban por el otro extremo de la cueva.

—Estupendo. Pero si tienes razón, será mejor que lo encontremos pronto, porque quien sea que esté intentando entrar aquí, no parece ser amistoso.

Sam empezó a examinar rápidamente las paredes, presionando piedras, tirando de cosas, y entonces lo vio: un ligero cambio en la arena.

—Mira eso. Es como si alguien hubiera arrastrado algo recientemente por la arena. Ayúdame a desenterrarlo.

Tom clavó su pico en la arena y agarró algo sólido. Lo golpeó una y otra vez. Al tercer intento, la cabeza del pico se enganchó. Usando la parte posterior del mango, fue capaz de hacer palanca en toda la

estructura de roca y tirar de ella hacia el lado de la caverna, revelando un abismo negro. El aire que ahora fluía hacia ellos era cálido.

—¿Qué te parece?

—Es un agujero de sacerdote.

—¿Qué carajos es un agujero de sacerdote?

—Una ruta de escape, construida en el diseño original del sistema de cuevas.

Un pequeño aparato metálico con ruedas de tractor entró lentamente en la sala. Como un robot siniestro, la máquina se dirigió hacia ellos.

—¿Qué es eso?

—Algún tipo de vehículo teledirigido. ¡Van a encontrar exactamente dónde nos escondemos!

Sam miró por el agujero. Bajaba en línea recta. Una fuerte corriente de aire fluía desde abajo, lo que sugería que se abría al mundo exterior, a alguna parte.

—¿Qué te parece?

—Creo que es igual de probable que nos deje caer a algún lugar. ¿Tal vez un antiguo retrete?

El sonido de varias granadas lanzadas al interior de la caverna interrumpió la conversación.

—Yo diría que es nuestra única oportunidad —dijo Sam.

Y luego se dejó caer en la oscuridad.

Capítulo XXXIV

Selva tropical del Congo - dos semanas restantes

El Andre Sephora era un superyate Millennium de treinta y seis metros construido a medida. Propulsado por tres turbinas de gas Vericor TF50, sus chorros de agua triples Rolls-Royce Kamewa permitían a la lujosa embarcación navegar a velocidades sostenidas de hasta ciento diez kilómetros por hora por el río Congo. No era el superyate más rápido que existía, pero era con diferencia el más rápido equipado con blindaje de grado militar y un sistema de defensa automatizado, que operaba con cuatro cañones Gatling independientes y un lanzacohetes antiaéreo.

El río Congo es el segundo más caudaloso del mundo después del Amazonas. Habitada por el hombre desde hace más de cincuenta mil años, la cuenca del Congo se extiende por seis países: Camerún, República Centroafricana, República Democrática del Congo, República del Congo, Guinea Ecuatorial y Gabón. El Congo, un lugar famoso por su pasado brutal y violento: los días del comercio árabe de esclavos y marfil, su larga historia de guerras tribales, y su presente: la violencia étnica y las masacres actuales. El Congo ha sufrido horrores a lo largo de su historia, y debido a generaciones de explotación extranjera, inestabilidad política, corrupción y guerra civil, por no hablar de la prevalencia de cocodrilos, hipopótamos, cascadas y enormes rápidos, parece que los occidentales le han dado esquinazo. Por ello, pocas expediciones arqueológicas se han adentrado en su selva.

Toda la cuenca del Congo está poblada por pueblos bantúes, divididos en varios cientos de grupos étnicos o tribales. Se calcula que la expansión bantú alcanzó el Congo Medio hacia el año 500 a.C. y el Alto Congo a principios de la era común. Restos de la población aborigen desplazada por la migración bantú permanecen en las remotas zonas boscosas de la cuenca del Congo. Los más antiguos de todos ellos son los pigmeos, los cazadores/recolectores más antiguos de la selva del Congo. Nadie sabe con certeza cuántos quedan, ya que su antiguo modo de vida les permite sobrevivir en zonas de otro modo inaccesibles de la selva remota. Esto ha permitido a muchas de sus tribus vivir en secreto, lejos de las ideologías occidentalizadas.

Fueron los pigmeos, los más antiguos de estos grupos de cazadores, los que más interesaron a la Dra. Billie Swan. Basándose en las marcas del techo del templo tibetano de la Atlántida, uno de estos grupos de pigmeos poseía la clave de la mitad restante del Código de la Atlántida.

Se decía que los pigmeos Mankan eran los más antiguos,

despiadados y poderosos de toda África, pues habitaban la región desde hacía más de cincuenta mil años. Si alguien presenció la llegada de los habitantes de la Atlántida hace once mil años, habrían sido ellos.

Vastas zonas del Congo, inaccesibles por la espesura de la selva tropical y los profundos pantanos, permanecen inexploradas, y algunas son tan remotas que no existen mapas. Como resultado, la zona ha sido caldo de cultivo de mitos y supersticiones, y las tribus pigmeas locales hablan de una misteriosa tribu llamada los Mankan. El aislamiento del mundo exterior era tan importante para los Mankan que, según la leyenda, si alguien los encontraba, lo mataban para que no revelara su hogar.

El único problema era que, a excepción de las notas del templo atlante, no había constancia de la existencia de la tribu. Lo que significaba que, o bien ya no existían, o vivían en una zona de la selva del Congo tan lejana y en un número tan reducido, que ningún occidental había puesto jamás sus ojos en ellos.

Encontrarlos era una posibilidad remota, pero era la única que le quedaba a Billie.

A medida que el Andre Sephora atravesaba el mosaico de ríos, selvas, sabanas, pantanos y bosques inundados, la Dra. Swan se asombraba al descubrir lo vasta que era la cuenca del Congo. Había leído que era el equivalente a navegar por el desierto del Sahara antes de que existiera el GPS. Al pasar por los cientos de islas, afluentes y pueblos acuáticos, imaginó que era fácil desorientarse y perderse para siempre en su laberinto.

El río, junto con la espesa y profunda vegetación de la selva que bordeaba la orilla, rebosaba vida. Los ojos pesados y sombríos de los gorilas a menudo le devolvían la mirada cuando ella contemplaba la selva. Los búfalos corrían salvajes y los elefantes se acurrucaban cuidadosamente en las orillas del río.

Se acercaban a la zona más remota de la cuenca del Congo: la entrada del río Luvua y la desembocadura del lago Mweru. Al llegar a la última curva del río, Billie casi se queda sin aliento al ver la evidencia del mayor depredador del río: el hombre.

Salpicada de cascadas y rápidos, la entrada al curso superior del río estaba custodiada por tanques T-62 abandonados, que ensuciaban la ladera de Pweto. El Andre Sephora se detuvo casi por completo.

El paisaje de Luvua era único. La hierba dorada cubría las colinas circundantes, salpicadas de ocasionales cabañas abandonadas construidas con rocas de aspecto volcánico. Los grandes árboles parecían estar cubiertos por gigantescas sábanas de seda blanca que soplaban al viento; pero, de hecho, eran gigantescas telas de araña del tamaño de una casa.

La Dra. Swan se fijó en las tres cabezas desmembradas que había en la orilla del río. Se estaban acercando a la sección transitable más remota del río y pronto tendrían que abandonar la seguridad del río e ir a pie.

El capitán del Andre Sephora, Jason Faulkner, un sudafricano que había hecho su fortuna guiando a los más ricos a través de experiencias únicas de caza en la selva africana, aminoró cautelosamente la marcha de la embarcación y la dirigió hacia la orilla sur del río. Allí examinó su mapa más reciente. Se trataba de una fotografía aérea tomada aquella mañana, que mostraba una sección del río con una posible ruta río arriba. Sabía que el río estaba vivo y, como tal, cambiaba constantemente de forma. Lo que hoy era navegable podía no serlo mañana y viceversa.

La Dra. Swan observó cómo el capitán se acercaba a unos rápidos. La diferencia de altura del río no superaba el metro y medio, pero era suficiente para que pareciera infranqueable para una embarcación de su tamaño. Con la proa del Andre Sephora apuntando directamente río arriba, pudo ver dos conjuntos de rápidos. Aguas blancas y furiosas fluían a izquierda y derecha. En el centro, entre los dos, aparecía un gran rápido constante. El agua era relativamente clara, y pudo ver que el fondo no tenía más de unos pocos metros de profundidad. Mucho menos que los dos metros de calado del Andre Sephora.

—¿Esto es lo más lejos que podemos llegar, Sr. Faulkner? —Edward preguntó.

Jason tomó la radio del barco y habló rápidamente en swahili, la lengua rápida y monótona de los bantúes, y luego miró hacia Edward.

—Yo no me preocuparía, señor. Ya me encargué de ello.

Edward se quedó mirando la violenta abertura en la entrada del río. Encajada entre dos islas, el agua parecía enfadada mientras competía por colarse por la estrecha entrada.

—¿De verdad piensas aligerar la carga y reducir nuestro calado?

—No. Estoy seguro de que todo su inventario de carga es importante para usted. No me atrevería a considerar obligarlo, como cliente, a descargar nada.

—¿Cómo rayos esperas pasar entonces? —preguntó Edward.

Jason esbozó una sonrisa que reflejaba toda una vida de corrupción.

—Estoy planeando elevar la altura del río otros tres metros.

Capítulo XXXV

Sam Reilly intentó acostarse lo mejor que pudo con la cabeza fuera del tobogán de rocas, como si fuera uno de agua gigante. En cualquier momento esperaba chocar con algún tipo de obstrucción en el túnel. A la velocidad a la que iba, sería una muerte rápida. Perdió la cuenta del número de curvas que en el túnel y, entonces, vio un tenue destello de luz. Se deslizó por la siguiente curva y al final vio el reflejo de la luz que se filtraba a través del agua.

Al golpear el agua a tal velocidad, cada gota de agua se sintió como una aguja perforando su cuerpo, y entonces sintió que el suelo debajo de él desaparecía.

—¡Mierda, me acabo de tirar por una cascada! —pensó Sam.

Se obligó a abrir los ojos y asimilar la realidad. Iba en caída libre hacia el río, a casi doce metros. Sam golpeó el agua con los pies, en un intento de romper la tensión de la superficie. Aun así, se sentía como golpear hormigón. Desapareció en las profundidades del agua.

Pataleó con fuerza para alcanzar la superficie en el agua blanca y espumosa. Había hecho suficiente kayak en aguas bravas a lo largo de los años para saber que había aterrizado en rápidos de grado cuatro o cinco. Sus piernas luchaban por mantener la cabeza por encima del agua, perdiendo intermitentemente la batalla mientras caía sobre otro conjunto de afiladas cataratas del río.

Después del tercer descenso, el río se calmó en un remolino. Con la fuerza que le quedaba, nadó hasta la orilla del río y miró hacia atrás, hacia la última serie de descensos que acababa de sobrevivir, justo a tiempo para escuchar a Tom Bower gritar —¡Yujuuuu! —Mientras caía también.

Sam vio cómo su amigo nadaba despreocupadamente hacia él.

—¿Estás vivo, Tom?

—Sí, eso creo. Vaya, ¡deberían poner esto como atracción en Disneylandia! —dijo Tom.

—Claro, ¿incluimos también a los hombres furiosos con pistolas y granadas?

Tom miró a su alrededor.

—Creo que los hemos perdido. Si intentan seguirnos, estoy seguro de que no estarán preparados con sus armas.

—No vamos a quedarnos para averiguarlo.

El río discurría por un valle. Grandes árboles bordeaban la orilla. Sin tener idea de dónde estaban, Sam sabía instintivamente que era el comienzo de un gran río, pero eso no le ayudó a orientarse, porque los ríos corrían en todas direcciones alrededor del Kangchenjunga.

—¿Tienes idea de dónde estamos?

—Parece que hemos llegado al pie de la montaña. Sólo que no sé de qué lado estamos. El Kangchenjunga está limitado al oeste por el río Tamur, al norte por el Lhonak Chu y el Jongsang La, y al este por el río Teesta.

—La única pregunta es, ¿en cuál estamos?

—Sí, será mejor que lo averigüemos para que nos saquen de aquí.

—Y probablemente sea mejor no decir nada al respecto. Dado nuestro número de amigos en la zona, dudo que haya mucha gente en la que podamos confiar.

—Me parece bien, pero ¿a dónde vamos ahora? —dijo Tom—. Nos quedan menos de tres semanas para rescatar a Billie y salvar el mundo.

Un sendero muy trillado corría por encima de la línea de flotación del río.

—¿Lo seguimos?

—Mejor eso que arriesgarnos en los rápidos sin nada que nos ayude.

Tres horas más tarde, los dos habían descendido a otro claro, donde el agua se asentaba en un banco de arena. Había una balsa de aguas bravas con el nombre «Aventuras por el río Tamur» atada a un árbol. Varios turistas se preparaban para afrontar el desafío del río.

—Supongo que eso responde a la pregunta de dónde estamos.

—¿Qué tal si la tomamos?

Sam miró a los turistas que se preparaban para su aventura.

—Se van a enojar, pero yo diría que nuestra necesidad es más importante.

Capítulo XXXVI

La Dra. Swan estaba en el puente del yate deportivo y , delante de ella, podía ver claramente que las cataratas del río parecían navegables en una embarcación hinchable, como una zodiac, pero serían imposibles en un buque tan grande como el Andre Sephora.

—¿Con qué clase de piratas estoy metida? —pensó Billie.

Edward Worthington y Billie compartían un objetivo común por necesidad, pero el hombre al mando sólo servía para recordarle que había sido secuestrada. Ella no dijo nada; había tomado una decisión cuando envió a Sam Reilly a Siberia y estaba sola. Ahora sólo tenía que confiar en que había elegido al villano correcto.

A lo lejos, a pesar del cielo azul despejado, oyó el retumbar de un trueno. Jason también lo notó. Estudió su rostro: la cara del hombre, que normalmente mostraba su exceso de confianza en todo, especialmente en las mujeres, parecía ahora repentinamente seria y concentrada. Sus ojos observaban el río como si algo muy serio estuviera a punto de cambiar. Empezó a decir una oración en otro idioma, probablemente su afrikaans natal.

Jason golpeó el acelerador. La tensión y la concentración se hicieron evidentes en su rostro, mientras analizaba el momento adecuado para actuar. El volumen del sonido aumentó bruscamente. Jason giró la embarcación hacia la izquierda y pisó el acelerador a fondo. Billie se agarró al lateral de la barandilla para evitar salir despedida por la presión. Edward dio otra calada profunda a su puro y se irguió con confianza utilizando sólo sus robustos pies para equilibrarse con la agilidad de un hombre mucho más joven.

—¿Qué rayos es eso? —preguntó Billie.

Jason le sonrió.

—Eso, mi querida dama, es la crecida del río.

—¿Una presa?

Jason se rió.

—Nada de eso. Simplemente le pedí a un amigo mío que abriera las compuertas de emergencia. Se cerrarán automáticamente dentro de treinta minutos. Para entonces, el río habrá crecido lo suficiente como para que el Andre Sephora alcance el siguiente nivel del Congo.

—¡Por Dios! Esa agua nos golpeará con la fuerza de un tsunami, ¿no?

Llevó la embarcación deportiva en un arco gigante hasta que se enfrentó a los rápidos de frente una vez más. Con una sonrisa más demoníaca y tiránica que antes, Jason aceleró a fondo. La proa del yate se elevó rápidamente por encima del agua mientras empezaba a rozar la superficie.

—Desde luego que sí. A toda velocidad, nuestros chorros de agua apenas tocan el agua. Si no me equivoco, podremos rozar la superficie.

—¿Y si te equivocas?

—Entonces, estamos todos muertos.

Billie se aferró con más fuerza y recordó lo que estaba en juego. Delante de ellos, un muro de agua rumorosa corría hacia ellos. Los rápidos ya no se distinguían del resto del río turbio.

—Agárrense —dijo Jason, conteniendo la respiración—. ¡Aquí vamos!

Billie se obligó a afrontar la colisión con los ojos abiertos. Si iba a encontrarse con su creador en un billete de ida, no quería ser la última en enterarse. Y entonces el Andre Sephora chocó contra el muro de agua. La colisión los lanzó por los aires, como lo habría hecho un salto en barca. Jason tocó el timón lo justo para mantener una dirección perfectamente recta. Los chorros de agua los impulsaron justo por encima del agua espumosa, como si estuvieran volando.

Menos de un minuto después, el agua se asentó y la embarcación deportiva se hizo más fácil de controlar en el agua. Jason exhaló y luego inspiró larga, lenta y profundamente.

—Bueno, gente, creo que lo logramos.

—¡Podrías habernos avisado un poco antes de que ibas a intentar matarnos! —gritó Billie.

Jason sonrió.

—Sí, podría haberlo hecho. ¿Pero habría cambiado algo? Aún tenemos que remontar el río.

Billie lo ignoró y se dirigió a la cubierta de proa. Pronto se dio cuenta de que el río ya no corría tan rápido, y luego se ralentizó por completo. Las compuertas de emergencia debían de estar cerradas de nuevo. Su intrépido capitán redujo la velocidad de la embarcación a un galope. Sin la compuerta abierta, la altura del río disminuía rápidamente y aumentaba el riesgo de chocar con un banco de arena.

Al adentrarse lentamente en el río, mucho más estrecho, Billie se dio cuenta de que el denso bosque amenazaba ahora con tragarse las orillas con ellos dentro. La luz del sol casi desapareció cuando las copas de los enormes árboles que los rodeaban hicieron ver más pequeña a su embarcación.

Aproximadamente cincuenta kilómetros río arriba, el Andre Sephora chocó contra un banco de arena y se detuvo lentamente.

—Este es el final de la línea, gente.

—¿Puedes bajarnos de nuevo? —dijo Edward, y Billie volvió a notar autoridad en su voz.

—No se preocupe. Puedo sacarnos, pero no hay forma de seguir río arriba.

—¿Y eso por qué?

Jason señaló hacia adelante.

—Porque alguien ahí seguro que no quiere visitas.

Cien metros río arriba Billie vio de repente lo que Jason había visto. Tres carros de combate T-72 estaban alineados a través del río, formando una barrera artificial que bloqueaba el paso. Sólo sus torretas y cañones estaban por encima del agua, como los ojos maliciosos de un cocodrilo, observando a su presa. Cada cañón apuntaba alarmantemente río abajo, hacia ellos.

Capítulo XXXVII

Los carros de combate parecían haber visto días mejores, pero su intención no era menor. Alguien había hecho un gran esfuerzo para colocarlos como elemento disuasorio para visitantes no deseados. Más preocupantes aún eran las tres cabezas degolladas, que descansaban sobre pinchos como banderas en la parte trasera de cada carro de combate. Sus rostros todavía carnosos, atónitos de horror abyecto, retrataban una incursión muy reciente del mensaje, por lo demás claro.

«¡Aléjate!»

—Parece pensativa, Dra. Swan —le dijo Edward, mientras encendía un costoso puro. Para ser un hombre de más de ochenta años, parecía estar constantemente inclinado a acelerar lo inevitable.

—¡Mire este lugar! —dijo Billie sin apartar la mirada de los pobres desafortunados que tenía delante—. ¡Parece exactamente sacado del Corazón de las Tinieblas de Joseph Conrad!

Edward parecía inexpresivo.

—¿No ha leído El corazón de las tinieblas?

—No, pero vi la película de Apocalypse Now.

—Mira a esos desgraciados —Billie señaló hacia otras cabezas en picos que perfilaban la orilla del agua. Parecían blancos. Ninguno de los lugareños sería tan estúpido como para entrar en la zona—. ¿Quién cree usted que eran?

—No tengo idea, pero con suerte, puede que encontremos a los que lo hicieron.

—¿Los pigmeos makan eran caníbales?

—Algunas de mis investigaciones previas así lo sugieren.

—¿Usted ha estado aquí antes? Creí que sólo conocía los Archivos Atlantes del Tíbet.

—Antes de descubrir el otro templo, me hice una sencilla pregunta: «¿dónde se podrían esconder los restos de una antigua civilización durante once mil años?» —Edward dio una calada profunda a su puro y luego continuó—. Se me ocurrió una lista de varios lugares, pero el corazón del río Congo era sin duda el primero, debido a su lejanía. Aunque la gente pudiera llegar hasta allí, pocos conseguirían pasar a través del montón de terroristas, gobiernos inestables, dictaduras y niños armados con AK-47.

—¿Usted conocía al pueblo Makan?

—No, pero formulé la hipótesis de que los pigmeos, que fueron los habitantes nativos de la tierra durante al menos cincuenta mil años, debieron ver si los atlantes construyeron un segundo templo aquí hace once mil años.

—¿Por qué no examinar lo que hay bajo el dosel de la selva tropical utilizando helicópteros equipados con LIDAR?

—Ya lo he intentado. Aquí y en Sudamérica para ser exactos. La última vez nos gastamos una fortuna en reconocimiento aéreo utilizando LIDAR mediante aviones que volaban a baja altura. La tecnología de teledetección creó un modelo digital de elevación de alta resolución de la topografía bajo la espesa vegetación de la selva tropical. Decenas de miles de horas de reconocimiento. Se encontraron algunas ruinas antiguas interesantes, aviones destrozados con décadas de antigüedad y algunas viejas tribus que no querían ser vistas por los hombres blancos del mundo exterior. Pero nada de eso nos reveló la existencia de otro templo de la Atlántida.

—Entonces, ¿qué estamos haciendo aquí, Edward?

—Cuento con que usted me cambie la suerte, pero empiezo a tener mis dudas.

—¿Y eso por qué?

—Mire a su alrededor, Dra. Swan. ¿Realmente cree que alguna de estas personas deriva de los antiguos atlantes?

—No lo sé lo que pienso. Pero sea lo que sea lo que buscamos, tiene que estar bajo tierra para haber logrado permanecer oculto durante tanto tiempo. Lo que significa que tendremos que entrar en el bosque oscuro.

—¿Está segura de que está aquí?

—Usted estuvo en el Tíbet y vio la imagen que encontré. Definitivamente era el mismo punto a lo largo del río. No había otras imágenes. Ahora tenemos que dirigirnos al norte del río. Si hay algo allí, lo encontraremos, pero sólo espero que lo encontremos antes de que los pigmeos nos encuentren a nosotros —dijo Billie.

—Eso sería lo ideal, ¿verdad? —respondió Edward, alegremente.

—¿Y qué va a pasar si lo hacen?

Edward dio la última calada al puro antes de tirarlo al agua.

—Veremos si mis soldados de élite valen el millón de dólares que les pago al año.

Capítulo XXXVIII

El Gulfstream del padre de Sam les esperaba en el aeropuerto de Pakyong, en Sikkim, mientras sus pilotos preparaban la ruta a Siberia. Abrió su laptop, que había dejado a bordo cuando llegaron por primera vez a Nepal hacía sólo una semana, y buscó las coordenadas GPS que Billie les había dejado. Al instante apareció otra referencia. Abrió el documento y se quedó mirando el nombre del lugar.

—Tunguska.

—Eso no es posible...

—¿Qué? —preguntó Tom.

—El suceso de Tunguska ocurrió en Siberia la mañana del 30 de junio de 1908, aproximadamente a las siete y media. La explosión sobre la taiga siberiana oriental, escasamente poblada, arrasó mil trescientos kilómetros cuadrados de bosque, pero no se encontraron víctimas. En general, se cree que la causa de la explosión fue un meteorito. Se clasifica como un impacto, aunque no se ha encontrado ninguna prueba; se cree que el meteorito estalló en el aire a una altitud de cinco a ocho kilómetros en lugar de golpear la superficie de la Tierra. Diferentes estudios han arrojado estimaciones variables del tamaño del superbólido, del orden de ciento ochenta metros, en función de si era un cometa o un asteroide más denso. Se considera el mayor impacto de la historia de la Tierra.

—¿Y ahí es donde Billie nos envió?

—Exacto.

—Es una gran coincidencia, ¿no?

—Sí, diría que sí... si creyera en ellos.

—¿Y Elise? ¿Encontró algo en la Dark Web?

—Según Elise, la CIA hizo un gran esfuerzo para encubrir eso que los rusos encontraron en 1908. De hecho, la CIA y los rusos firmaron un acuerdo para encubrirlo. Si miras de cerca las imágenes en línea, no coinciden con las que se tomaron en 1908, pero la razón del encubrimiento estaba sellada, no se daría a conocer hasta...

Sam recorrió un poco más los archivos secretos de Elise y luego maldijo.

—¿No será liberado hasta cuándo?

Sam lo miró, con un leve atisbo de miedo en los ojos.

—Hasta el mes que viene. Menos de tres semanas para ser exactos.

—Eso sí es una coincidencia, ¿no? —dijo Tom alegremente.

Sam se apoyó en el respaldo del asiento y miró por la ventanilla, reflexionando sobre lo que aquello significaba. Tunguska, un suceso envuelto en misterio y especulaciones, ahora era el centro de su búsqueda. Todo parecía estar conectado de una manera inquietante.

—Necesitamos llegar allí cuanto antes —dijo Sam finalmente—. No podemos esperar a que se liberen esos archivos. Si hay algo en Tunguska relacionado con la Atlántida, no podemos permitir que caiga en las manos equivocadas.

—Estoy contigo —respondió Tom, asintiendo con determinación—. Vamos a ponernos en marcha y veamos qué nos espera en Siberia.

El avión despegó, llevándolos hacia una nueva fase de su peligrosa misión, con más preguntas que respuestas y la sensación de que el tiempo se estaba acabando.

Capítulo XXXIX

Edward miró a Jason.

—¿Vienes con nosotros o te quedas en el barco?

—¿Es una broma? No hay cantidad que pueda pagarme para que entre en ese lugar. No, gracias. Me quedaré a bordo de mi fortaleza y le ayudaré con fuego aéreo si lo necesita.

—De acuerdo. Nos vemos en unos días.

Edward subió a bordo de la Zodiac inflable. Llevaba un chaleco antibalas y, más importante, a prueba de arponazos. Con una pistola enfundada a un lado y una escopeta Mills calibre doce en los brazos, miró a Jason. Su voz era pausada y brutalmente sincera.

—Si nos dejas aquí, te arrastraré personalmente de vuelta para que estos pigmeos locales se ocupen de ti. ¿Me entiendes?

—Entendido, Sr. Worthington. Ha pagado muy bien por una experiencia excepcional. Puedo asegurarle que ese dinero ha sido bien gastado, y seguiré prestando esos servicios.

—Así me gusta.

Edward dio un golpecito en el hombro a uno de los mercenarios. El hombre giró el acelerador del fueraborda y el Zodiac cobró vida, avanzando hacia la orilla del río.

No había por dónde arrastrar los dos botes por la orilla. Al menos no a primera vista. Mark, que había sido su guardaespaldas durante casi diez años y ahora hacía de líder oficial del equipo, tomó la decisión de atar los botes a la rama de alguno de los millones de árboles que desdibujaban la orilla del río.

Era difícil incluso entrar en la selva. Al no estar documentada ninguna exploración por parte de exploradores occidentales, no había carreteras, caminos ni mapas que indicaran lo que podían esperar encontrarse. No había forma de saber que se habían adentrado en una gigantesca zona pantanosa. Una malla de agua y selva, cuya vegetación era tan densa que cada uno de los miembros de su equipo pronto se vio obligado a cambiar sus ametralladoras M60 por un machete.

El avance dentro de la jungla fue lento. Apenas entraron, la espesa superficie de la jungla pareció tragárselos, eliminando toda visión del mundo exterior. Como si la propia jungla quisiera retenerlos.

Edward comprendió de inmediato por qué era una de las regiones más inexploradas de la Tierra. El impenetrable dosel de la selva tropical volvía inútiles las imágenes por satélite, mientras que el suelo acuoso era imposible de recorrer con un vehículo blindado.

Recordó los tres tanques T-72 en ruinas que bloqueaban el río. Debían de haber sido conducidos río arriba cuando no era tan

profundo. Si el lugar seguía habitado por los antiguos pigmeos, sólo podía imaginarse lo que les habían hecho a los anteriores propietarios de aquellos carros de combate.

Delante de él, la Dra. Swan saltaba de una rama a otra con la agilidad de una gimnasta. Se dio cuenta de que sólo ella mantenía aún el dedo fijo a un lado del gatillo de la M60. La admiraba con cariño. Era hermosa en todos los sentidos de la palabra. Era, con diferencia, la persona más inteligente que había conocido, y tenía una sonrisa atractiva con una figura exótica y atlética que combinaba perfecto. Aunque no podía dejar de reconocer sus atributos físicos, poco le importaban. En cambio, la miraba con el afectuoso placer con que un padre mira a su hija.

Billie levantó la vista y sus inteligentes ojos almendrados evitaron su mirada intencionalmente, antes de que su sonrisa rompiera la incómoda tensión. Edward le respondió con una cálida sonrisa y deseó haberla encontrado años atrás, antes de que se le hubiera agotado el tiempo casi por completo, a menos que encontraran el templo y la segunda parte del Código de la Atlántida.

—¿Todavía confía en que está aquí, Dra. Swan?

—Usted vio la imagen igual que yo. Puede que el río haya cambiado de forma irreconocible en los últimos once mil años, pero no había duda: era el río Congo. Y estaba a unos mil kilómetros tierra adentro. Obviamente, la selva ha engullido más al río, y éste, a su vez, ha ahogado parte de la selva, pero estoy segura de que vamos en la dirección correcta.

Sonrió cálidamente. Tenía razón y él lo sabía. Ni siquiera sabía cómo lo sabía, pero, de algún modo, Edward estaba seguro.

Billie se detuvo y se quitó el colgante del cuello. Estaba hecho del oricalco que había encontrado en la Atlántida. Cuando entró en el Archivo Atlante del Tíbet, descubrió un dato interesante sobre el oricalco: la aleación se atraía a sí misma. Por lo tanto, se podía tomar un trozo de oricalco y colocarlo en agua, y como una brújula, te guiaría hacia más oricalco.

La observó estudiar de nuevo su colgante. La aguja permaneció inmóvil. No había señal de que estuvieran en el buen camino. Le dio varios golpecitos, pero la aguja seguía inmóvil.

—¿Tienes idea del alcance de esa cosa?

—¿Cómo rayos voy a saberlo? Lo único que sé es que el oricalco tiene una gran afinidad consigo mismo. Fue capaz de traernos hasta aquí, pero ya no parece mostrarnos gran cosa.

Frustrada, Billie se colocó el dispositivo a modo de collar, para guardarlo.

—Bueno, creo que va en la dirección correcta. No sé por qué, pero así lo siento, por alguna razón que no puedo explicar.

—Gracias por el voto de confianza —dijo Billie, antes de saltar a otra rama—. Ahora me toca a mí hacer algunas preguntas.

—Adelante. ¿Qué quiere saber?

—Si encontramos los símbolos que buscamos, el Código de la Atlántida, ¿sabe lo que vamos a hacer con ellos?

—Tengo algunas ideas.

—¿Eso es todo? Hemos dado la vuelta al mundo para encontrarlos, ¡y me está diciendo que simplemente tiene algunas ideas de qué hacer con ellos una vez que los llevemos a la Atlántida!

—Sí, así es. Es usted una joven muy inteligente. Si se le ocurre una idea mejor, dígamelo. Hasta entonces, primero veamos si podemos encontrarlos a tiempo.

—De acuerdo. Lo que me lleva a... —Billie dejó de caminar y lo miró.

—¿Sí?

—¿Qué tan seguro está de que ha traído suficiente gente para que no terminemos como otra advertencia de no invadir? Porque, francamente, preferiría no acabar con la cabeza en un pincho.

Edward sonrió de forma tranquilizadora.

—Estos diez hombres son un equipo de mercenarios muy bien pagados. Expertos en la profesión que han elegido. Reclutados estratégicamente de todo el mundo para evitar cualquier duda sobre patriotismo. Tengo SEALs de la Marina de Estados Unidos, comandos de Australia, SAS de Gran Bretaña e incluso un GSG 9 alemán.

Se vio obligado a ponerse la escopeta al hombro mientras intentaba cruzar el siguiente pantano. Tras lograrlo, sonrió afectuosamente y dijo:

—Así que, como puede ver es, Dra. Swan, estamos muy bien equipados para hacerle frente a cualquier nativo que desee interferir en nuestra misión.

—¿Y qué hay de la otra persona que quiere lo que sabemos?

—¿Andrew Brandt?

—Sí.

—¿Bromeas? Ese hombre es un idiota. ¡Seguirá a Sam Reilly hasta Siberia!

—¿Y si ya sabe que los rusos destruyeron todo lo que había de valor allí en 1908 y viene a buscarnos a nosotros? ¿Entonces qué?

—Pues entonces veré si el millón de dólares por cabeza que le pago a mis hombres para que nos cuiden ha sido una buena inversión.

Le sorprendió ver que Billie no tenía miedo. Simplemente quería saber más sobre los hombres que él había contratado para cuidarlas.

Se detuvo de repente.

—¿Qué pasa?

—Mi brújula de oricalco empezó a funcionar de nuevo.

Se la quitó del cuello y se quedó tan quieta como pudo hasta que la aguja volvió a detenerse. Sacando su brújula de verdad, observó que apuntaba al oeste, a doscientos ochenta y cinco grados.

—Entonces, vamos por buen camino —dijo Edward—. Muy bien, caballeros. La brújula nos ha marcado un rumbo de doscientos ochenta y cinco grados hasta nuestro objetivo. Nos queda poco tiempo, así que vamos a seguir.

El pequeño grupo de exploradores continuó adentrándose en la jungla de los pigmeos. Las copas de los árboles se volvieron más espesas, si eso era posible, y, a pesar de que eran las dos de la tarde, la luz desapareció por completo, de modo que cada miembro del equipo tuvo que encender sus linternas de hombro para poder continuar.

A excepción de la Dra. Swan, todos los miembros del equipo eran hombres adultos, poco propensos a tener miedo de la oscuridad y, sin embargo, incluso Edward, que a su edad ya no le temía a la muerte, sentía que era una señal de mal augurio de la propia selva.

Primero escuchó el chapoteo, seguido de una expresión en alemán en voz muy alta:

—*¡Fick mich!*

Capítulo XL

Se trataba del miembro alemán de su equipo y ex oficial del GS9, que se había caído al agua. Cargado con su pesado equipo, el hombre se hundió de modo que su cabeza se quedó un momento bajo el agua, hasta que pudo volver a la superficie ayudándose de una rama.

Mark fue el primero en llegar hasta él. Inmediatamente bajó a la rama que estaba justo encima de Zelig, estiró el brazo hacia abajo y agarró al soldado caído.

—¿Estás bien? —preguntó Mark.

—Sí, pero estaré mejor cuando salga de este maldito pantano.

—Ya somo dos.

Otros tres miembros de su equipo ataron a Mark rápidamente a una cuerda por si se caía también. Zelig empezó a levantarse. Fueron los ojos de la criatura los que llamaron la atención de Edward. Brillaban casi en tonos dorados en la oscuridad del bosque. Zelig, el pobre hombre que había caído al agua, también los vio y casi salió del agua por su propio pie, pero llegó demasiado tarde. El cocodrilo le alcanzó la pierna.

No hizo falta nada más. Zelig fue arrastrado bajo el agua por el enorme y antiguo reptil. La gran figura de aquel soldado parecía más la de un niño en comparación con el monstruo que lo había arrastrado bajo el agua.

—¡Dispara, carajo! —gritó Mark.

Al instante, todos los miembros del equipo que estaban fuera del agua apuntaron con sus armas a las dos criaturas, pero estaban tan hundidas en el agua que sus armas no pudieron hacer nada. Era obvio que Zelig estaba vivo. A varios metros bajo el agua, Edward pudo verlo usar un cuchillo contra el animal, que lo zarandeaba y lo hacía girar como un muñeco de trapo en una secadora. La fuerza fue tan grande que Zelig perdió su arma. Ni él como ni bestia parecían dejar de agitarse. Ninguno de ellos podía hacer nada.

Y entonces la batalla cesó. Zelig yacía sin vida en el agua. El cocodrilo lo soltó durante un segundo y luego clavó sus enormes dientes en la cabeza del hombre con un crujido desgarrador. El monstruo se acercó a la superficie para comérselo, indiferente al hecho de que tenía público.

Edward había visto morir a muchos hombres a lo largo de los años, pero era la primera vez que presenciaba cómo un monstruo se comía a uno. De alguna manera hizo que la realidad de lo que estaban haciendo se le quedara más grabada, como si hasta ese momento todo hubiera sido un juego.

El sonido de ametralladoras interrumpió sus pensamientos. Levantó

la vista: Mark había arrasado al cocodrilo con todo el contenido de su cargador, para luego colocar uno más, antes de que lo detuviera otro de sus hombres.

—¡Está muerto, amigo! —dijo el comando australiano—. Lo siento mucho.

Mark no dijo nada. Solamente se agachó y arrastró los restos de Zelig hacia él. Él solo subió el cadáver al árbol y entonces un segundo cocodrilo atacó. Agarrando la pierna de Zelig, arrastró el cadáver al pantano y desapareció para siempre. Edward había visto suficiente.

—Muy bien, caballeros. Que nadie se meta en el agua. Sigamos adelante y veamos si hay tierra firme en esta maldita jungla.

Capítulo XLI

Billie se sorprendió de su propia fuerza. Había visto la muerte antes, pero de alguna manera el ataque del cocodrilo parecía más brutal. Al igual que Edward, sabía que había mucho más en juego que la vida de un hombre. Eso la obligó a ser más consciente de lo que la rodeaba y a seguir adelante.

Veinte minutos después, la flecha de su collar empezó a moverse. Al principio pensó que era su movimiento lo que la hacía girar. Luego, cuando se detuvo y se la quitó del cuello para poder mirarla de frente, la flecha apuntaba constantemente en dirección oeste.

—Nos estamos acercando —dijo.

Edward se inclinó sobre su hombro, para que ella pudiera sentir su aliento mientras interpretaba la dirección hacia el oeste.

—¿No hizo eso la última vez?

—No, la última vez iba mucho más lento. Quizás nos estamos acercando.

—¿Pero ni siquiera cuando estábamos en el templo tibetano se movía así?

Billie lo pensó un momento.

—Me pregunto si responde de manera diferente a la cantidad de oricalco, como un metal débil que apenas interfiere con una brújula magnética, mientras que un gran objeto de acero como un barco la afecta mucho más.

—¿Entonces lo que está diciendo es que o estamos muy cerca o el Templo de Poseidón está cubierto de oricalco con valor de varios millones de dólares?

—Esa es mi suposición.

Al frente de su grupo, Mark los llamó a ambos.

—¡Sr. Worthington! ¡Dra. Swan! Miren esto.

Billie fue la más rápida en responder, y Edward la siguió de inmediato. La zona se había llenado de juncos de papiro de hasta tres metros de altura. Su equipo estaba literalmente abriendo un túnel a través de ellos. El lugar estaba lleno de telarañas del tamaño de una casa. Billie sacudió la cabeza.

—Estupendo, hemos cambiado el Corazón de las Tinieblas por uno de los mundos de arañas asesinas como los de Tolkien.

Ben, el SEAL estadounidense, tocó suavemente la enorme telaraña con la mano. Era gruesa, pegajosa y elástica. No consiguió rasgarla con la mano. Entonces, retirando la mano, agarró su machete, sin inmutarse, y la cortó. Atravesó la abertura y quedó cubierto por cientos de pequeñas arañas. Se balanceó con su machete y cortó, antes de sacar su ametralladora y disparar una ráfaga de balas hacia ellas,

haciendo que se dispersaran.

Billie se rió.

—Vaya, Ben, no sabía que te dieran miedo las arañas. Sabes que no son peligrosas, ¿verdad?

De fondo se oía un zumbido constante, como de mil escarabajos batiendo las alas o masticando algo que chasquea.

—¿Qué rayos es eso? —preguntó Mark, irritado.

—No tengo ni idea, pero empieza a crisparme los nervios —respondió Edward.

Llegaron a otro muro de juncos de papiro de tres metros de altura. Mark apartó una gran parte del papiro y cuando descubrió el espectáculo más asombroso que jamás había visto, maldijo.

—¿Qué pasa? —Billie fue la primera en preguntar.

—A menos que me equivoque, creo que acabamos de encontrar el segundo templo.

Capítulo XLII

Billie se quedó mirando la abertura a través de las cañas de papiro. Una serie de diques circulares retenían el agua del pantano. Cada uno se adentraba más en la tierra, hasta que el último se encontraba a más de quince metros por debajo de la altura del agua llena de cocodrilos.

En el centro había una cúpula gigante que brillaba en naranja y rojo.

—¡Eso es! ¡El templo de Poseidón! —Billie sonrió.

—Nunca dudé de usted —Edward le dio una palmada en la espalda. Con una cálida sonrisa, dijo—: Venga, vamos por la primera mitad del Código de la Atlántida.

Había un fuerte sentimiento de logro y éxito en todo el equipo. Desde Edward, el financiero, hasta los mercenarios, todos sentían la alegría del descubrimiento. Los soldados descendieron rápidamente por las presas circulares hasta llegar a la gran cúpula del fondo.

La cúpula brillaba en color naranja.

—Se llama oricalco —explicó Billie a los hombres—. Y se dice que es más valioso que el oro. Si sobrevivimos, pueden imaginarse qué tipo de recompensa les tocará.

La cúpula estaba rodeada por un foso. Entre cada presa, una fina capa de agua, casi negra, formaba un foso natural. No medía más de dos metros de ancho, por lo que el grupo lo cruzó fácilmente utilizando una escalera extensible de fibra de carbono. Billie caminó lentamente alrededor de la presa hasta rodearla, sin encontrar ninguna entrada. Los penetrantes ojos dorados de los protectores del templo, cientos de cocodrilos, mitigaron de inmediato cualquier deseo de vadear las turbias aguas.

—¡Más caimanes! —Edward dijo, frustrado.

—Técnicamente, son cocodrilos, no caimanes. Los cocodrilos tienen la mandíbula en forma de V y tienden a ser más depredadores... —Billie comenzó a explicar.

—Me importa una mierda. Encuentre la manera de evitarlos —Mark la interrumpió.

Rápidamente rodeó la cúpula, solo para decepcionarse al ver que no había entrada.

No importaba. Solo era cuestión de tiempo. Había respuestas dentro de esa cúpula, y ella tenía la intención de encontrarlas.

El molesto zumbido de fondo de los escarabajos aumentó de volumen hasta que parecía el sonido de un terremoto.

—¡Eso no puede ser bueno! —Billie levantó la vista.

Los rodeaban desde arriba más de cuatrocientos hombres de alrededor de un metro y medio de altura que no llevaban nada puesto.

Los pigmeos blancos los miraban fijamente, con las culatas de sus lanzas golpeando el suelo en un continuo e inquietante staccato.

Billie maldijo.

Habían caído directamente en una trampa.

Capítulo XLIII

Siberia - Una semana restante

El Gulfstream de Sam Reilly aterrizó en el aeropuerto de Podkamennaya Tunguska, en Siberia. Su piloto rodó hasta el borde exterior del lado sur del aeropuerto. Miró por el parabrisas lateral: todo era blanco.

—Bienvenido a Siberia —dijo Tom.

Sam suspiró.

—Sí, no es mi opción favorita para unas vacaciones de buceo, pero veamos si podemos hacer que sean gratificantes.

Una serie de coches de policía rusos se acercaron al avión desde la pista.

—Mira, han venido a darnos la bienvenida —dijo Tom.

—Eso parece —Sam pulsó un intercomunicador directamente a sus pilotos—. ¿Te han dicho lo que quieren?

—No, señor —respondió el piloto—. Acaban de aconsejarme que pare para que puedan abordar. Tal vez sea la inspección rutinaria de un jet privado.

—Lo dudo.

Dos minutos más tarde, una pequeña dotación de hombres con gruesos abrigos negros subía los escalones del Gulfstream de Sam. Volvió a pulsar el intercomunicador con el piloto.

—Tráiganlos a mi despacho. Si hay que tener una reunión como ésta, quiero que sea bajo mis condiciones.

—Entendido, señor.

Sam se sentó en su despacho y cerró la puerta. Su jet privado, un préstamo de su padre que nunca tuvo intención de rechazar, estaba armado como un Lockheed Martin/Boeing F22 Raptor. Aunque no era ni mucho menos tan ágil, tenía un sistema de armamento que haría temblar a los comandantes de la mayoría de las fuerzas aéreas del mundo. Sam se había gastado una fortuna en construir su pequeño despacho para repeler a los intrusos. De hecho, en la parte trasera, había una habitación secreta con la capacidad de pilotar el avión a distancia en caso de que sus pilotos murieran. Además, tenía su propio suministro de aire, por lo que podía ventilar gas tóxico en la cabina principal si de verdad necesitaba protegerse de pasajeros no deseados.

Se sentó cómodamente. Su padre trabajaba en estrecha colaboración con varios proveedores de petróleo y gas de toda Rusia y, en su mayor parte, le trataban casi con reverencia cuando llegaba al país. Aun así, Rusia era bien conocida por la mezquindad de algunos de sus funcionarios, sobre todo en las zonas periféricas.

Y Tunguska era una de ellas.

Llamaron a la puerta. Sam se quedó mirando la pantalla de vídeo, donde la señal de una cámara secreta mostraba a sus invitados no deseados. Había cinco en total. Debajo de su escritorio, tenía una Glock con silenciador. No quería correr riesgos.

Entonces vio su cara.

Si ella estaba aquí, y se había arriesgado a entrar en Rusia por medios no oficiales, significaba que todos corrían un peligro mucho peor de lo que él pensaba.

Abrió la puerta y se puso en posición de firmes.

Entró y cerró la puerta, dejando a Tom al cuidado de sus guardaespaldas. Al quitarse la capucha oscura de la cara, dejó al descubierto el más exquisito cabello rojo oscuro. Sus ojos avellana tenían un vivo aro opalino. Y los años de duro trabajo en un mundo peligroso le habían dejado una sonrisa que rozaba el ceño fruncido permanente.

—Señora Secretaria, ¿usted también está de vacaciones?

El ceño de la Secretaria de Defensa se frunció aún más, si es que eso era posible.

—Sabe muy bien de qué se trata esto.

—El suceso de Tunguska —respondió Sam.

—Oficialmente, nunca estuvimos allí, y no tengo ni idea de lo que ocurrió en Tunguska. Por lo que he leído, fue un meteorito contaminado, compuesto predominantemente de gas y pequeños fragmentos de piedra, lo que le permitió penetrar en la atmósfera, por lo que luego se rompió a unos ocho kilómetros por encima del río Tunguska. La potente proyección de aire hacia abajo hizo volar por los aires más de diez millones de pinos, según las estimaciones.

Sam escuchó impaciente y luego dijo:

—¿Y extraoficialmente?

—Enviamos un equipo de investigadores a esa región que nunca volvieron. Así que enviamos un equipo de soldados para averiguar qué había pasado.

—¿Y qué había pasado?

—Casi diez millones de pinos se vinieron abajo.

—Con el debido respeto señora, una amiga mía ha desaparecido, y estoy bastante seguro de que está relacionado con el suceso de Tunguska.

—¿De verdad? ¿Así que es por eso que me han enviado al otro lado del mundo esta vez? ¿Ha perdido a su novia, la Dra. Swan?

—La secuestraron, y la única pista sobre su paradero es su propia nota, con las coordenadas GPS de Tunguska.

—¿Que la secuestraron, Sr. Reilly? —su voz era condescendiente en su simpatía—. ¿Dejó que la secuestraran? Qué descuidado de su parte.

—Sí, bueno, fue un error perderla de vista. Especialmente después de que me dijera lo que sabía.

—¿Y qué sabía?

—La ubicación de la Atlántida.

Se detuvo unos segundos. Su carácter normalmente brusco se suavizó.

—¿Ha escuchado lo que acabo de decir?

—Sí. Pues si conoce las coordenadas de la Atlántida, entonces alguien está a punto de tener un día muy malo. Sam, tiene que encontrarla antes de que se lo diga a alguien más. Es un asunto de seguridad nacional.

—Ah no, usted no puede enviarme a una misión solo porque he encontrado algo que le interesa. Quiero algo a cambio. Dígame, ¿qué sabe realmente sobre Tunguska y qué tiene que ver con la Atlántida?

—No tengo ni idea de qué tiene que ver con la Atlántida, pero puedo decirle lo que sé sobre Tunguska.

—Entonces dígamelo —no tuvo que pedirle que guardara el secreto. Lo había jurado con su vida cuando fue reclutado y se unió a su grupo de trabajo secreto hacía años.

—En 1906, un equipo de exploradores intentó cruzar los mares de Canadá y Siberia, y viajar hasta Moscú. En el camino, descubrieron algo.

A Sam le habría gustado saber qué, pero si ella no se lo decía, él no iba a preguntar.

—Así que enviamos un segundo equipo. Éste estaba lleno de investigadores. Los rusos se enteraron de nuestra operación y quisieron participar. Cuando dejamos de tener noticias de los equipos, Washington se preocupó y envió un tercer equipo. Una mezcla de científicos y soldados. Cuando llegaron, hicieron algo... y el efecto de lo que hicieron resultó en lo que parecía ser la destrucción de millones de pinos, arrancados de raíz y tumbados de lado. Los relatos locales hablaban de una extraña luz azul durante unos diez minutos que emanaba del cielo.

—Bien, ¿y qué hay del descubrimiento original?

—Había desaparecido. Toda evidencia de la estructura se había esfumado.

A Sam no se le escapó la palabra «estructura». Le dejaba saber lo que realmente había allí en 1906, antes del suceso de Tunguska.

—Entonces, el delegado ruso y el nuestro de entonces, firmaron un contrato. Acordando no volver a hablar de ello, hasta que dejara de tener importancia. Así, todos los documentos sobre lo sucedido fueron enterrados en un archivo de alto secreto, que no se abriría en más de cien años.

—Entonces debe estar a punto de abrirse. Han pasado más de cien

años. ¿Usted tiene acceso?

—Bueno Sam, el Archivo Tunguska se hará público dentro de exactamente dos semanas. No sé de qué se trata realmente, pero dada la fecha, te aconsejo encarecidamente que encuentres a la Dra. Swan y a la Atlántida antes de que ese archivo sea de dominio público.

Capítulo XLIV

Siberia ocupa unos 8.2 millones de kilómetros cuadrados, lo que corresponde aproximadamente al 9% de la masa terrestre seca. Limita al oeste con los montes Urales y al este con el océano Pacífico. Al sur se encuentran Asia central, Mongolia y China, y al norte, el océano Ártico.

El lago Cheko es un pequeño lago de agua dulce situado en Siberia, cerca del río Podkamennaya Tunguska. Muchos creen que se formó por un meteorito que causó el inexplicable suceso de Tunguska, pero todos los intentos de examinar el lago han fracasado al demostrar que tuviera alguna conexión con el meteorito que cayó en 1908.

En algún lugar de aquella gigantesca masa de nieve y hielo, un enorme vehículo todo terreno de fabricación rusa conocido como «Kharkovchanka», y construido para conquistar el Ártico y el Círculo Polar Antártico, rodó hacia una nueva aventura. Su tamaño desproporcionado no le impidió desplazarse a cincuenta kilómetros por hora y subir pendientes de cuarenta grados.

—¿De dónde rayos sacaste este monstruo? —Tom preguntó.

Sam se preguntó hasta dónde debía contarle. Luego, tratando de ceñirse a los hechos, dijo—: Genevieve conoció una vez a un tipo en Rusia. Digamos que su amor terminó y él se quedó allí, mientras que ella se unió a nuestra tripulación a bordo del Maria Helena. Él le debía un favor y ella me debe varios a mí, así que ahora estamos en paz.

La enorme máquina de nieve siguió avanzando, mientras Sam intentaba guiarla hacia el pequeño punto de su GPS que marcaba el lago Cheko. Sus enormes orugas de tanque seguían girando sin esfuerzo a través de la capa blanca conocida como el paisaje invernal de tundra nevada de Siberia. Giró a la derecha, saltándose la sección más profunda de un río enterrado por la nieve. Lentamente, sus orugas giraron mientras descendían hacia el lecho pedregoso del río, y luego subieron por la pendiente de treinta grados del otro lado.

Al cruzar, Sam condujo la máquina de nieve por una serie de pinos hasta llegar a la cresta de otra colina. A través de la abertura de su parabrisas calefactado se vislumbró un mundo enteramente blanco. Sam parecía ligeramente perplejo. Miró tentativamente el GPS. Estaban cerca. Y entonces movió suavemente el acelerador derecho de las orugas del tanque hacia adelante.

La enorme máquina de nieve giró sobre su eje hacia la izquierda, presentándole otra colina que subir. Puso el motor en marchas cortas y se arrastró hacia arriba con una inclinación de cuarenta grados, acercándose a las capacidades máximas de la máquina. Cuando Sam llegó a la cima de la colina, la vista del cielo cambió por una primera

visión del lago Cheko. Era pequeño y tenía la forma de un tazón, de unos setecientos sesenta metros de largo y tres mil trescientos metros de ancho. Como el resto del paisaje, su superficie estaba congelada. Habría sido fácil cruzarlo en coche, no lo habrían llegado ni a tocar, pero las treinta y ocho toneladas del Kharkovchanka probablemente les habrían impedido sobrevivir a la travesía. Una valla de alambre en mal estado les cortaba el paso. Su propósito no dejaba lugar a dudas con un cartel que rezaba: «No se acerque o le dispararán en cuanto le vean».

—La valla no parece estar bien cuidada para lo importante que es este sitio —dijo Tom.

—Quizás es ya no tiene valor.

—O quizás es que todo esto es mentira.

—Seguro que sí. Pero ¿de quién es la mentira?

Sam dejó la pregunta y siguió conduciendo hacia la orilla del lago. Consciente de que su Kharkovchanka se estrellaría contra el hielo, dejó una amplia distancia mientras se estacionaba.

—No parece muy grande —señaló Tom.

—No, yo diría que sería bastante difícil esconder algo sustancial ahí dentro durante tantos años.

—¿Como la Atlántida?

—Sí, eso me parece imposible.

—Entonces, ¿qué estamos haciendo aquí, Sam?

Sam escudriñó de nuevo el lago y luego, con una confianza que no terminaba de sentir, dijo:

—Ah, sí que hay algo aquí. Billie nos dijo que viniéramos por una razón. Si la Atlántida no se esconde aquí, te apuesto el Gulfstream de mi padre a que hay una pista de la Atlántida que Billie quiere que encontremos.

—¿Y los rusos no lo han encontrado ya?

—Sí. Sea lo que sea, los rusos seguramente ya lo saben.

—Entonces, ¿por qué no contárselo al mundo entero?

—No tengo ni idea. Pero sólo hay una manera de averiguarlo.

Capítulo XLV

Cubiertos con trajes de supervivencia árticos, Sam y Tom salieron de la Kharkovchanka y bajaron por la escalera de su lado. Las botas de Sam se hundieron en la espesa nieve. Luego se dirigió lentamente a la parte trasera del enorme vehículo todo terreno.

—Oye, el folleto de información turística dice que el lago Cheko no mide más de quince metros de profundidad —dijo Tom.

Sam se encogió de hombros.

—¿En serio, eso es lo que dice la guía? Supongo que no era necesario arrastrar estos pesados trajes de buceo hasta aquí, después de todo.

Tom se rió mientras desenganchaba la cubierta trasera y abría la puerta corrediza del Kharkovchanka, dejando a la vista dos enormes escafandras atmosféricas, que más bien parecían trajes espaciales sacados de una película de ciencia ficción de los años sesenta.

El traje de buceo atmosférico, o ADS, es un sumergible articulado unipersonal de forma antropomórfica que se asemeja a una armadura, con elaboradas articulaciones de presión que permite la libertad de movimiento mientras se mantiene la presión interna de una atmósfera. El ADS puede utilizarse para inmersiones muy profundas de hasta setecientos metros durante muchas horas, y elimina la mayoría de los peligros fisiológicos asociados con el buceo profundo; el usuario no necesita descomprimirse, no hay necesidad de mezclas de gases especiales y no hay peligro de enfermedad por descompresión o narcosis por nitrógeno.

Las dos unidades ADS 2030 que estaban en la parte trasera de la máquina de nieve eran prototipos de trajes de buceo, basados en el ADS 2000, que la Marina estadounidense construyó para el rescate de submarinos. El ADS 2030 ofrecía una mayor capacidad de profundidad. Fabricados en aleación de aluminio forjado T6061, utilizaban un avanzado diseño basado en las articulaciones del Newtsuit, y eran capaces de operar hasta a novecientos metros de profundidad en el mar durante una misión normal de hasta cuarenta y ocho horas.

Disponía de un sistema de soporte vital autónomo y automático. Incluso proporcionaba al usuario comida, agua y la capacidad de excretar los desechos corporales mediante un sistema comparable al utilizado por los astronautas. Además, el sistema de propulsión cuádruple integrado permitía al piloto navegar fácilmente bajo el agua, mientras que las extremidades accionadas hidráulicamente permitían igual maniobrabilidad y fuerza fuera del agua.

Sam y Tom sacaron los dos equipos de la parte trasera de la

máquina de nieve y montaron un sistema de cabrestante para pasar sus líneas de seguridad, de modo que cada una de ellas pudiera volver a la superficie. El dispositivo parecía un trípode gigante con una enorme polea de giro libre unida a su punta con un perno grande que permitía conectar una línea de seguridad a la máquina de nieve. Los dos hombres montaron rápidamente el sistema y luego se ataron a una línea de seguridad, que a su vez estaba unida al cabrestante automático situado en la parte delantera de la máquina de nieve. A continuación, caminaron por la superficie de hielo rígido del lago. Las tres afiladas bases del trípode se deslizaron por el hielo como patines.

Sam tenía un GPS en la mano y vio cómo captaba más de seis satélites, lo que le proporcionaba la máxima precisión. Seguro de que estaba directamente sobre las coordenadas que Billie les había dejado, Sam empezó a atornillar un gancho redondo en el hielo.

—Bien, este es el punto.

Tom se adelantó y ató el segundo cable al gancho. Esperando a que el cabrestante automático agarrase algo de tensión con el hielo, puso en marcha su sierra mecánica.

—Allá vamos.

Con un movimiento lento y decidido, Tom cortó cuatro líneas en el hielo de un metro de grosor. A pesar de los cortes, el hielo seguía siendo sólido.

—¿Estás listo para que encienda el cabrestante? —le miró Sam.

—Adelante.

Sam accionó el mando a distancia y el cable empezó a enrollarse lentamente. Un momento después, el hielo se soltó, dejando una abertura cuadrada de dos metros y medio en el agua azul oscuro. El gran bloque estaba en el borde del agua y entre los dos pudieron empujarlo hacia un lado, permitiendo un paso libre para cualquier cable de la abertura.

Tom, concentrado en el plan, empezó inmediatamente a atornillar la base del trípode a la placa de hielo. Luego lo probó con la fuerza de sus brazos. Seguros de que aguantaría, volvieron a la máquina de nieve para equiparse.

Treinta minutos después, cada uno estaba plenamente integrado en su ADS y listo para descubrir lo que les esperaba en las profundidades del lago Cheko.

—Tom, ¿cómo me recibes? —preguntó Sam a través de la clara transmisión del avanzado sistema de comunicaciones.

—Alto y claro.

—Entonces vamos a buscar lo que sea que Billie quiere que encontremos para poder quitarnos estos malditos trajes atmosféricos. ¡Me siento como el Hombre Michelin!

Capítulo XLVI

Sam avanzó con su gran pierna mecánica y se introdujo en el agujero que habían creado en el hielo. Su máquina ADS estaba ajustada a flotabilidad positiva para que flotara más bien como un barco, con su casco esférico quedando por encima del agua helada.

Comprobando sus instrumentos internos, dio la señal de «todo despejado» a Tom.

—Bien, desciendo a tres metros para realizar la primera serie de comprobaciones de seguridad bajo el agua.

—Entendido, te seguiré cuando confirmes que todos los sistemas funcionan.

Sam reducía su flotabilidad dejando entrar más agua en sus cámaras internas, del mismo modo que un submarino convencional gestiona la flotabilidad. Así, cuando quería aumentarla, simplemente expulsaba el exceso de agua.

Su máquina ADS se hundió tres metros rápidamente, donde equilibró el sistema hasta llegar a una parada neutra. Bajo el hielo, el mundo se volvió de color azul. Era aterrador por su belleza y su entorno letal. En ese lugar, cualquier fallo en su equipo les causaría la muerte. Nadie sabía que estaban ahí y, aunque lo supieran, nada podría hacerse para rescatarlos si algo salía mal.

Sam se detuvo un momento y dejó que aquel pensamiento cruzara por su mente mientras disfrutaba de la vista surrealista.

Ajustó ligeramente su posición. Con cada movimiento, comprobaba la capacidad de respuesta de cada una de las articulaciones de su máquina. Era relativamente fácil de usar y, al igual que en el buceo normal, sólo tardó un rato en acostumbrarse a mantener la flotabilidad neutra. Satisfecho con los controles, empezó a comprobar los sistemas de todo lo demás.

Profundidad: 3 metros.

Distancia hasta el fondo: 14 metros.

Suministro de aire: 48 horas restantes.

Potencia: 6,000/hora.

Temperatura exterior: 1˚C.

Temperatura interna: 27˚C.

Sam ajustó cuidadosamente el termostato, reduciéndolo a 23˚C, que era más agradable. La inmersión en hielo siempre le tentaba a ponerlo más alto de lo necesario.

—De acuerdo, todo está bien. ¿Estás listo para averiguar qué es tan importante acerca de este lugar?

—Claro que sí. ¡A ver si le ganamos a Billie en llegar a la Atlántida!

Por encima de él, Sam vio que la superficie inmóvil del agua bajo las capas de hielo se llenaba de burbujas blancas. El lago parecía perturbado, como si de algún modo su perfecta y sepulcral paz se hubiera visto interrumpida por la presencia de una máquina en funcionamiento.

Tom mantuvo su posición en la superficie durante unos instantes y luego se hundió hasta la profundidad de Sam. A continuación, giró su posición de modo que estaba casi lateral, mirando hacia el mundo helado por encima.

—¡Es una vista increíble!

—Repite, Tom.

Sam siguió disfrutando mientras Tom comprobaba el sistema. Unos minutos después dijo:

—Estoy bien. ¿Vamos a buscar las respuestas?

—Vamos. No me gusta la idea de quedarnos sepultados bajo el hielo si pasamos demasiado tiempo aquí. Así que no nos entretengamos mucho.

—Brindo por eso —respondió Tom—. De preferencia con algo caliente y con alcohol.

Sam se rió.

—Seguro que podemos encontrar una bebida así en Siberia.

Descendieron lentamente catorce metros, donde el suelo salió a su encuentro. Sam se detuvo a metro y medio sobre el sedimento.

—¿Ves algo?

—Nada más que el fondo de un lago helado —dijo Tom deteniéndose a su lado—. No tiene sentido. ¿Cómo pueden esconder algo en catorce metros de agua?

—¿Quizás esa valla hizo un buen trabajo al mantener a la gente fuera?

—No durante más de cien años, no creo. Si la Atlántida está aquí, alguien ya se habría dado cuenta. Carajo, ni siquiera nuestros hombres habrían sido capaces de mantenerlo en secreto.

Sam bajó su máquina ADS al suelo. Parecía inestable, casi tambaleante. Tom le siguió. Ambos intentaron tomar muestras de sedimentos. Era lo suficientemente fuerte como para soportar un buzo SCUBA, pero el pesado ADS tenía más impulso. Algo andaba mal. Sam disminuyó su flotabilidad y el suelo inestable comenzó a sentirse más como un trampolín gigante.

Bajo el casco, Sam sonrió y dijo:

—No es posible.

—¿Qué cosa?

—¡No puedo creer que se hayan salido con la suya durante tanto tiempo!

Capítulo XLVII

Sam puso su máquina ADS en flotabilidad negativa máxima y saltó. El suelo tembló bajo él. Debido a los años de sedimento acumulado, era difícil saber si se lo estaba imaginando, pero entonces se sorprendió al darse cuenta de que se movía. No mucho, pero lo suficiente para confirmar su teoría.

—¿Qué pasa? —preguntó Tom.

—Compruébalo tú mismo. Reduce tu flotabilidad, luego intenta saltar ¡y lo verás!

Unos instantes después, Tom saltó. Luego volvió a saltar. A la tercera vez, se detuvo y miró a Sam.

—Tienes que estar bromeando. ¿Cubrieron el lago para crear un falso fondo?

—Eso parece —respondió Sam. —La pregunta es, ¿qué es lo que oculta?

—Bueno, no vamos a obtener ninguna respuesta saltando sobre él. Vamos a deshacernos de este sedimento y a ver cómo vamos a cortarlo.

—Buena idea.

Juntos utilizaron un potente dispositivo de succión para abrirse paso a través del sedimento del mismo modo que un barco de arrastre elimina un banco de arena o mantiene la profundidad de una vía marítima. Tardaron más de una hora, y dos metros de tierra, en llegar.

Sam examinó el material del fondo del agujero que acababan de crear. Estaba hecho de una especie de material sintético grueso de poliuretano. Parecía incluso una lona gigante o un trampolín. Fuera lo que fuera, definitivamente no se había creado de forma natural en el fondo del lago.

—¿Alguna idea de lo que es, Tom?

—No, pero creo que esta sierra giratoria nos ayudará.

Tom movió el brazo extensible hacia el agujero hasta que su sierra giratoria empezó a cortar el material. Era más duro de lo que esperaba, pero una vez que la sierra tomó velocidad, lo corto en rodajas. Un momento después, se creó una brecha lo suficientemente grande como para que ambos pasaran nadando a través de ella. Grandes cantidades de sedimento circundante cayeron a través de la nueva abertura.

—Tom, creo que estamos a punto de encontrar algunas respuestas.

—Sólo espero que eso sea lo que estaba planeado.

—No lo sé, pero aquí es donde Billie nos envió.

Se hundieron por la abertura y encontraron un mundo oscuro, intacto por los humanos durante casi cien años.

La lectura de profundidad de Sam mostró el verdadero fondo del lago de casi ciento cincuenta metros de profundidad.

—Ese sí es un lugar en el que la Atlántida podría haber permanecido oculta durante muchos, muchos años.

—A ciento cincuenta metros es un poco más realista. Aunque la máquina ADS está hecha para ello, estamos dejando muy poco margen de error si algo sale mal.

Los dos hombres, sintiéndose casi como astronautas en sus máquinas ADS, se hundieron en el agujero que habían creado, hacia un mundo nuevo. Era oscuro. Un lugar que no había visto la luz del día en muchos años. No se veía vida marina. Sam iluminó el nuevo techo con su potente linterna de hombro. Aunque el material era sin duda mucho más resistente que una lona, desde abajo había poco que los diferenciara.

Tom miró la duración máxima prevista de su sistema de soporte vital. Un simple número en el lateral de su antebrazo izquierdo mecánico.

Decía: 47 horas y 5 minutos.

—Entonces, ahora estamos debajo de un falso fondo de lago artificial construido con sedimentos y algún tipo de poliuretano, que en sí mismo está debajo de más de dos metros de hielo congelado... ¿y vamos a bajar ahí?

—Es eso o explicarle a Billie por qué no seguimos su instrucción a la Atlántida para salvarla.

Tom no contestó.

—Creo que tu novia se enojaría.

—Billie no es mi novia. Pero tienes razón, se enojaría. Busquemos lo que sea que nos envió a buscar y vámonos lo más lejos posible de este lugar.

Sam cambió su ADS en una inmersión controlada, y luego preguntó: —¿Billie no es tu novia?

—No.

Sam iba a decir algo, pero se lo pensó mejor.

Descendieron otros treinta metros, y el lugar tenía la oscura apariencia de otro mundo. Sin embargo, a diferencia de muchos otros lugares en los que Sam había buceado, éste parecía carecer por completo de vida marina.

A noventa metros, Tom dijo: —Billie es increíble. Me casaría con ella mañana mismo si me dejara. El problema es que ella no tiene ningún interés en ello. Está centrada en otra cosa, de la que no tiene ningún deseo de hablarme. Pero como los Maestros Constructores y tú mismo, no puede comprometerse de verdad con nada ni con nadie, hasta que encuentre la respuesta a la pregunta que parece haberla eludido desde que era una niña.

—Entiendo... —Sam comenzó a responder, pero se detuvo.

—¿Porque tú sabes cómo te pones cuando estás tras una pista de los Maestros Constructores?

—No, porque a pesar de todos esos músculos, realmente eres un tipo poco atractivo.

A pesar de su distancia, Sam podía oír el sonido de la risa profunda de Tom dentro de su máquina ADS. Tom ignoró la broma de Sam y continuó—. Conoces a Billie mucho mejor que yo. ¿Tienes alguna idea de lo que está buscando?

—Ni idea —mintió Sam. Le habría dicho la verdad a Tom, pero no le correspondía a él contársela. Además, era precisamente lo que Billie estaba buscando por lo que sus vidas se habían enredado. Había matado a su abuelo. Su propio padre había tenido la sensatez de dejarlo en paz, mientras que ella se había obsesionado, y esa obsesión había hecho que casi los mataran a ambos. No, había desaparecido desde la última vez que casi la encontraron, retirándose como una serpiente herida, hacia una región inalcanzable de donde había salido. Dondequiera que estuviera, esperaba que permaneciera oculta, al menos durante el resto de sus vidas.

—¿Qué tal tú y Aliana? — preguntó Tom, cambiando de tema.

—¿Sobre qué? —contestó Sam. Su mente volvió instantáneamente al exquisito rostro de la chica. Con su pelo rubio y sus llamativos ojos grises, la belleza de Aliana sólo era superada por su gran inteligencia. La había conocido mientras buscaba al Magdalena, un dirigible lleno de familias judías ricas que escapaban durante la Segunda Guerra Mundial y que nunca llegó a su destino. El padre de Aliana había intentado matarlo, pero al final le había dado su bendición.

—¿Vas a casarte con ella?

Sam se lo pensó seriamente por un momento. ¿La quería? Sí, con todo su corazón. ¿Se casaría con ella? Claro que se casaría con ella, si sus vidas hubieran sido diferentes. Si hubieran sido personas normales, que trabajaran de nueve a cinco, disfrutaran de los fines de semana libres y, en general, pasaran tiempo juntos. Pero a Aliana y a él les movía algo mucho más importante que el amor.

Él necesitaba encontrar respuestas: ¿quiénes eran realmente los Maestros Constructores y adónde habían ido? Ella necesitaba ganar una batalla contra un virus que aún no había evolucionado. Eran preguntas diferentes, pero ambos necesitaban las respuestas más que cualquier otra cosa en la vida. Sí, por el momento, se amaban, y cada momento libre que tenía, quería pasarlo con Aliana. Pero dudaba mucho que fueran felices si se casaban.

—No, no creo.

Sí, ya sé por qué Billie nunca se casaría con Tom, a pesar del evidente afecto que siente por él: porque me impulsa algo que tampoco puedo

explicar.

Sam quería decirle a Tom que debía disfrutar de su tiempo, pero no se le ocurría la forma adecuada de expresarlo. Al final, hizo lo de siempre y se centró en la tarea que tenía entre manos.

—Nos acercamos a ciento cincuenta metros.

—Recibido —respondió Tom. —Entonces, ¿supongo que el folleto turístico olvidó mover un decimal?

—Supongo que sí.

Cada uno ajustó su ADS de modo que ahora se hundían horizontalmente, lo que permitía una visión clara del suelo bajo ellos. También estaba cubierto de sedimentos, pero no lo suficiente como para cubrir las marcas del hombre primitivo.

Y entonces lo vieron.

Una serie de anillos, rodeados de más anillos, se adentraban cada vez más en la corteza terrestre, como una serie de fosos, culminando en una cúpula gigante en el centro. Lo cubría una ligera capa de sedimentos, probablemente procedentes de cien años de asentamientos, pero, aun así, el resplandor era inequívocamente naranja oscuro. A esa profundidad, casi parecía rojo.

—Tom, creo que acabamos de encontrar la Atlántida.

Capítulo XLVIII

Billie vio cómo los mercenarios respondían inmediatamente, con toda la eficacia que se esperaría de unos asesinos profesionales. Formaron un círculo defensivo a la derecha del templo resplandeciente, que había atraído a los buscadores hacia su trampa como moscas.

Cada persona de su grupo utilizó la mochila de Kevlar que llevaba al hombro para construir una mediocre barrera defensiva. Billie no tenía ninguna duda de que cada hombre valía el precio que Edward les había pagado, en habilidad y eficacia. Miró las ametralladoras M60 apuntando a sus atacantes. Incluso con un armamento superior y toda una vida de entrenamiento, sólo podrían acabar con algunas docenas de pigmeos cada uno. Pero, incluso la más optimista de las ecuaciones mostraba que simplemente no tenían suficientes balas para ganar.

—Permanezcan firmes, caballeros—, dijo Mark. —Elijan sus objetivos y que las ráfagas de fuego sean breves.

Los hombres gruñeron en señal de reconocimiento.

Tenían los ojos llenos de adrenalina y las armas desenfundadas y concentradas. Sin excepción, cada uno de ellos parecía sonreír como un demonio. Billie se preguntó cómo era posible que soldados entrenados no hubieran visto lo que ella sabía que era un hecho: no tenían posibilidad de ganar esa batalla, a pesar de la superioridad de su armamento.

Un solo pigmeo, probablemente el jefe guerrero de la tribu, gritó algo en un idioma irreconocible. Aun sin haberlo oído antes, Billie supo al instante lo que significaba. El ruido continuo de las armas cesó.

Y entonces la avalancha de lanzas llovió sobre ellos.

Billie, rodeada por el equipo, era la más protegida, mientras oía el continuo golpeteo de las lanzas contra su barrera de mochilas. La esperanza aumentó cuando cada una se rompió al golpear el Kevlar.

Antes de lanzar el siguiente set, Mark gritó—: ¡Fuego!

El sonido de las ametralladoras M60 que los mercenarios soltaban ansiosamente de sus ataduras resonó a través de los gigantescos círculos de presas, como un anfiteatro, en ráfagas cortas. El primer grupo de pigmeos murió al instante, su carne blanca y pálida se desgarró cuando las grandes balas de calibre 7.62 los atravesaron sin obstáculos.

Billie levantó la vista y Mark le guiñó un ojo—. Te dije que estaríamos bien.

—Aún hay más —replicó Billie, mientras otros cien o más hombres ocupaban el lugar de sus hermanos de tribu heridos o muertos.

¡Zas!

Les lanzaron un segundo grupo de lanzas. De nuevo, cada uno agarró una mochila para formar un escudo. Esta vez, la pequeña cabeza de una lanza le atravesó la mano derecha a uno de los soldados del SAS británico.

—¡Carajo! ¿Estás bien? —preguntó Billie.

El hombre sonrió.

—No pasa nada. Me he hecho cortes peores afeitándome. De hecho, ni siquiera duele —entonces apretó el gatillo de su ametralladora y disparó otra ráfaga hacia el enemigo. La primera fue corta, pero la segunda pareció continuar hasta que vació el cargador.

—¡Dejen de disparar! —Mark se quejó—. ¡Están desperdiciando munición!

—Lo siento señor, no sé qué pasó. No siento mi mano. No puedo sentir nada... de hecho... no puedo...

Billie miró al soldado.

—¡Ha dejado de respirar!

—¡Maldita sea! ¡Las flechas deben tener veneno en la punta! —dijo Mark.

—¿Hay algo que podamos hacer? —preguntó Edward.

—¡No tengo ni puta idea, Sr. Worthington! Hasta hoy, nadie sabía siquiera que la tribu makan existía, y mucho menos qué veneno utilizan en las puntas de sus lanzas.

Billie se puso en cuclillas y le tomó el pulso.

—Tiene pulso, pero parece que todos sus músculos han dejado de funcionar. Por eso se le ha parado el diafragma. Si le damos oxígeno, puede sobrevivir.

—Magnífico, pero por si no te has dado cuenta, ahora estamos todos un poco ocupados —dijo Mark, antes de soltar otra ráfaga de balas.

Otro centenar o más de pigmeos se erguían orgullosos sobre ellos en señal de fuerza, a pesar de la certeza de que iban a ser abatidos. Pero por cada uno que moría, otro ocupaba su lugar con la ecuanimidad de un hombre que cree sinceramente que se va a ir a un lugar mejor.

Cada vez que Billie miraba por encima de ella, quedaba más claro que la superioridad de su armamento no era rival para los pigmeos en número y su brutal dedicación a la causa.

—Bueno, no malgastes más tiros. Nos vamos a quedar sin munición. Apunta sólo a los que desciendan al anfiteatro —dijo Mark.

—¿Y si descienden todos? —preguntó Edward, con la ceja derecha levantada.

Mark apretó los dientes.

—Entonces estamos todos jodidos.

Capítulo XLIX

Los pigmeos observaban en silencio y entonces llegaron, armados con machetes. El rostro de Mark se horrorizó al darse cuenta de que había subestimado enormemente la fuerza de sus enemigos y estaba a punto de pagar con su vida.

Con poco más de metro y medio de altura, los pigmeos armados con machetes sembraron el terror al acercarse como una estampida de animales salvajes. Saltaban a través de cada foso cuando llegaban a él. Los que no lo lograban sucumbían a los instintos hambrientos de los cocodrilos, hasta que habían caído suficientes hombres como para que incluso las bestias ya no sintieran interés por comer.

Se abrió una puerta al otro lado del foso y docenas de miembros de la tribu, furiosos y en piraguas, remaron hacia Billie.

Ninguno de ellos podía hacer nada para detener la embestida.

Mark, junto con los demás mercenarios, apuntó cuidadosamente a las cabezas de cada pigmeo, a medida que se acercaban al foso final. Pronto los antiguos guerreros tribales se abrieron paso, de uno en uno, matando a los soldados.

Uno tras otro, los mercenarios de Edward fueron eliminados.

Los cuatro últimos supervivientes se acorralaron en la esquina que quedaba. Hugo, el ex SEAL de la Marina, fue capturado por varios pigmeos, que le arrancaron los brazos y lo arrojaron al agua. Un momento después, un cocodrilo, presintiendo una presa fácil, encajó su enorme mandíbula sobre la cabeza del pobre hombre.

Billie aceptó su destino de morir.

En un extraño acto de fatalismo, se levantó, dándose cuenta de que su muerte en ese lugar no tenía sentido comparada con la que le esperaba a la humanidad si fracasaba. A su alrededor, todos habían muerto, a excepción de Mark y Edward.

Y entonces el sonido se detuvo.

El anfiteatro se llenó de un silencio fantasmal. Todos los guerreros pigmeos se habían detenido y la miraban fijamente.

Un momento después, al unísono, todos inclinaron la cabeza en señal de reverencia.

¡El collar!

El oricalco parecía maravilloso por sí solo, pero totalmente aburrido comparado con la enorme cúpula de Poseidón. Aunque tal vez nunca habían visto a nadie más portando aquel el rico metal. En cualquier caso, fue suficiente para detenerlos, al menos por el momento.

Sin munición, los supervivientes que quedaban estaban rodeados por veinte o más pigmeos con flechas apuntándoles directamente. Se

había acabado: habían perdido, y la Atlántida continuaría hasta que su profecía desembocara en consecuencias mortales.

Se obligó a mantener los ojos abiertos. Si iba a morir, lo menos que podía pedir era verlo.

Pero la lanza nunca llegó.

Ningún machete la atacó para cortarle las extremidades y el cuello, como habían hecho con el resto de su grupo.

En lugar de esto, cada pigmeo se inclinó en señal de adoración. El estruendo, que segundos antes había ensordecido al grupo mientras toda la tribu de guerreros corría hacia ellos, se transformó en un silencio sobrecogedor.

Parecía que la veneraban como a un Dios, su Dios.

Capítulo L

Billie puso a prueba su teoría e intentó caminar por entre los guerreros pigmeos. Al instante, sus esperanzas se vieron truncadas por varias puntas de lanza en su garganta, lo bastante cerca como para que si daba un paso más la atravesaran.

Se detuvo y miró directamente a sus atacantes. Eran bajitos. El más alto medía menos de metro y medio. Su piel era pálida, pero donde quedaba algo de piel oscura, los guerreros se habían cubierto con lo que parecía arcilla blanca. Por lo demás, estaban completamente desnudos. Sus ojos eran oscuros y sus dientes brillaban maliciosos en la oscuridad

—¿Qué quieren de mí? —preguntó.

Un hombre, con la piel cubierta de espesa arcilla blanca, se acercó. Estaba desnudo como los demás, pero éste llevaba un único adorno de oricalco en la cabeza.

—Ah, así que eres una de las grandes —miró a los demás pigmeos y, hablando en su propia lengua, les hizo volver a su anterior posición de adoración e inclinación.

Billie no estaba segura de cómo responder al hombrecillo, al que percibía como el líder de la tribu. Y entonces se dio cuenta de que miraba asombrado su collar, el brillo del oricalco captaba su atención.

—Sí —le respondió ella, sorprendida—. ¿Hablas inglés?

—Sí, he aprendido tu idioma. No eres la primera que ha venido aquí... ¡intentando llevárselo! —la acusó.

Ella le sonrió amablemente.

—Hemos venido sólo para encontrar respuestas. No queremos llevarnos nada. Ésta es una expedición de conocimiento, no de destrucción. Te lo prometo.

Edward intentó dar un paso adelante, pero varias lanzas se lo impidieron.

—Eso no es del todo cierto. Viniste a recogerlo, ¿verdad? Tal como fue profetizado hace tantos años. Has venido a recoger el Código de la Atlántida.

Casi grita de sorpresa.

¿Cómo podía saber este pequeño pigmeo sobre el Código de la Atlántida?

Sin tener idea de lo que esperaba de ella, Billie respondió lo mejor que pudo.

—Sí, he venido a recoger el Código de la Atlántida.

El pequeño pigmeo inclinó la cabeza, manteniéndola así durante un minuto entero y luego se irguió sobre sus orgullosas cuatro patas, con una blanca sonrisa.

—Entonces lo tendrás.

¿Me lo van a así de fácil? Después de todo lo que habían pasado, no se lo creía. Notó que ninguno de los guerreros había bajado sus lanzas, a pesar de su amabilidad.

—Gracias —dijo Billie, mirando hacia la cúpula de Poseidón.

El líder tribal le sonrió perversamente.

—Pero primero, debes demostrar que eres uno de los antiguos dioses.

Billie hizo una pausa. Sin saber qué camino tomar, respondió:

—Por supuesto. ¿Cómo quieres que te lo demuestre?

—El templo fue construido por tu pueblo. Sólo si realmente eres uno de ellos serías igual de sabia, fuerte y valiente para entrar.

Inhaló profundamente.

—¿Quieres que complete un desafío?

—Por supuesto. Pero para ti es una mera formalidad. Como Diosa, es simple. ¿Niegas ser realmente una Diosa Atlante?

Billie no tenía ni idea de lo que iba a hacer, pero a juzgar por las lanzas que apuntaban directamente a sus amigos y a ella, no había muchas alternativas.

—Sí, claro que lo sé. Entraré y recogeré el Código de la Atlántida, y luego te diré lo que harás por mí. ¿Tengo tu palabra de que tu gente me obedecerá una vez que regrese?

—Por supuesto. Me llamo Zanzibe y soy el líder de la tribu Makan. Hemos vivido aquí durante miles de años, sólo para servirte.

Billie miró a los otros dos hombres de su grupo.

—¿Puedo llevar a mis compañeros?

—Sólo puedes llevar a uno. Elige sabiamente, porque una vez dentro del templo, sólo hay una salida, y es por el otro lado. Esperamos que seas la verdadera elegida, y que no falles donde muchos otros lo han hecho. Una vez dentro, aunque quisiéramos, no podemos permitir que salgas por donde has entrado. ¿Lo entiendes?

Billie asintió con la cabeza. Lo comprendía perfectamente. Estaba jugando a la ruleta rusa con su vida y con las vidas de Mark y Edward. Uno de los dos hombres que quedaban podía salvarles la vida a los tres. La única pregunta era, ¿cuál? Edward era la única persona del planeta que sabía tanto como ella sobre la Atlántida, pero Mark era un soldado con experiencia, un mercenario que había entrenado todos los días de su vida. Sería, con diferencia, la mejor opción para superar el obstáculo de la fuerza.

—Tendrás tres pruebas. Una para probar tu fuerza, otra tu sabiduría y finalmente que eres valiente.

Sonrió sinceramente por primera vez desde que conoció a los pigmeos, pues ya había estado en la Atlántida y había superado las tres pruebas.

Capítulo LI

Tras considerarlo, Billie tomó una decisión. El jefe parecía satisfecho.

—Muy bien, Dra. Swan. Ha elegido al viejo. Me pregunto cómo piensa superar el obstáculo de la fuerza.

—Ya veremos —dijo Billie, deseando inmediatamente haber elegido al soldado—. ¿Y Mark? ¿Qué pasará con él?

—Nada. Él esperará aquí, y será tratado como el dios que es. Pero si no sale del templo de Poseidón al anochecer, lo mataremos.

Ella asintió con la cabeza.

Billie observó cómo desaparecía el agua que rodeaba, como un foso, la cúpula de lo que ella predijo que era el Templo de Poseidón. Uno de los hombres del jefe debió de haber quitado el tapón. Todo el foso, parecido a un pantano, desapareció en cuestión de minutos, dejando a la vista varios cocodrilos grandes y una puerta pequeña.

Un ejército de hombres pigmeos, ansiosos por demostrar su valía, bajó corriendo las escaleras y obligó a las antiguas bestias a arrinconarse. Billie y Edward siguieron lentamente a Zanzibe por las más de cien escaleras hasta llegar a la puerta.

—¿Vas a seguirnos hasta adentro? —preguntó.

El jefe habló con sinceridad, pero no sin amabilidad. —No, sólo somos cuidadores. Nos está prohibido seguirlos. Les deseo buena suerte. Sé que se acerca el momento en que los verdaderos dioses regresen si alguno de nosotros va a sobrevivir. Así que rezo para que seas tú.

¡Dios mío, sabe la verdad!

Billie examinó la puerta un momento. Estaba hecha de cañas de papiro atadas entre sí, pero era evidente que había sido instalada o había recibido mantenimiento recientemente.

El jefe se acercó a la puerta y, en una mezcla de risa malvada y alboroto, ofreció amablemente la sugerencia: —Yo empezaría ya. El sol se pone dentro de tres horas. Y todo el lugar se inunda automáticamente al anochecer.

Billie se estremeció al recordarlo. —Gracias por el consejo. Dile a tu gente que tendremos que partir inmediatamente después de tener el Código de la Atlántida. Tenemos un navío esperándonos en la orilla del río Congo. Necesitamos el camino despejado para poder llegar sin demora.

—Si sobrevives, tienes mi palabra de que así será.

Billie conectó la segunda pila de litio a su menguante linterna de hombro y Edward hizo lo mismo. Luego se adentró en el túnel para comenzar su desafío.

Entró en el túnel con confianza, aún húmedo tras haber sido vaciado sólo unos minutos antes. Se sintió como si acabara de entrar en una tubería subterránea, lo cual no estaba muy lejos de la realidad. Estaba oscuro, pero las linternas LED que llevaban al hombro iluminaban bien el lugar.

Edward volvió a mirar a los cientos de pigmeos blancos que custodiaban la entrada, como si estuviera analizando si sus posibilidades serían mejores si intentaba escapar ahora. Una mirada, y se dio la vuelta corriendo para alcanzarla.

—Díos mío, Billie, ¿no escuchaste al pequeño pigmeo?

Se volvió y le sonrió.

—Cada palabra. Tenemos tres horas. Probablemente no deberíamos perder mucho tiempo charlando.

La puerta tras ellos se cerró, dejándolos en silencio en la oscuridad.

—Los tres desafíos del templo de Poseidón implican fuerza, intelecto y un acto de valentía. Ahora, no es que dude de los pensamientos del bendito salvador de la Atlántida, pero ¿no habría sido Mark la mejor opción para la fuerza?

—Relájate, ya he pasado por estos retos.

El rostro de Edward se relajó visiblemente.

—¿En serio? ¿Cómo?

—Cuando entré en la Atlántida. También tenía tres retos: fuerza, intelecto y valentía. Superé los tres, y me juego la vida a que, si ésta es una recreación idéntica de la Atlántida, los retos serán los mismos.

—Ojalá tengas razón.

El túnel llegó a una abertura. Un rápido vistazo a la sala reveló que se trataba de un gran cuadrado de unos quince metros de ancho. En el otro extremo, el túnel continuaba adentrándose en el templo. Sólo que el túnel no continuaba para siempre. En su lugar, el techo, articulado con grandes pernos ocultos, descendía gradualmente hasta tocar el suelo. El espacio del techo estaba cubierto de pinchos de madera que daban a Billie una clara indicación de lo que el techo haría a una persona que fallara el desafío.

En el centro de la sala, una barra de acero colgaba del techo por encima de una silla y una mesa de piedra en la que una persona podía bloquear las piernas. Obviamente, el mecanismo se había mantenido y actualizado con materiales más actuales, pero Billie no tenía ninguna duda: la finalidad de este dispositivo era la misma que en la Atlántida.

Billie levantó la vista y dijo:

—La primera sala es la prueba de fuerza. ¿Ves esa barra de acero?

Una gran arruga se formó en el centro de la frente cubierta de sudor de Edward. Su evidente temor a morir ahogado en la caverna había sido sustituido ahora por la probabilidad más inmediata de morir aplastado por las lanzas.

—Ya lo veo, Dra. Swan.

—Básicamente es un voladizo que recorre una serie de mecanismos ocultos en el techo para equilibrar el peso del techo abatible que nos impide pasar a la siguiente habitación.

—¿Cómo lo hacemos? —Edward interrumpió.

—En el otro extremo de ese túnel hay que tirar de una palanca desde una posición hacia arriba a otra hacia abajo y luego mantenerla ahí el tiempo suficiente para que las poleas abran completamente una parte secreta de la pared, permitiéndonos así pasar al siguiente nivel.

—Y entiendo que la persona más fuerte tiene que tirar hacia abajo del voladizo lo suficiente para que esa persona pueda alcanzar la palanca, ¿no?

—Sí, pero no es tan sencillo. Verás, por cada diez segundos que sostienes el voladizo, el fulcro se acerca un centímetro, aumentando así la fuerza necesaria para levantar el techo opuesto.

—De acuerdo, ¿nos movemos rápido?

—No se trata de correr hasta el otro lado del túnel. Una vez allí toma casi dos minutos abrir la puerta secreta.

Edward parecía frustrado.

—¡Dra. Swan! Permítame recordarle que en menos de tres horas todo este lugar se va a inundar de nuevo, ¡y usted y yo vamos a tener un día jodido si no lo solucionamos! Así que, ¡por qué no me dice lo que tengo que hacer!

—Hay otra palanca. Está a mitad del túnel y es casi indetectable a menos que sepas dónde mirar. Si giro esa palanca, cada vez que se levante el voladizo en la sala principal, el fulcro se alejará una pulgada de ti. Para cuando lo hayas hecho lo suficiente, el peso de la barra junto con una de nuestras mochilas debería bastar para mantener el techo erguido.

—Bueno, ya sabes dónde está la palanca secreta, así que tiraré del voladizo principal —dijo Edward.

—Me parece un buen plan.

Edward se agarró a la barra de acero y tiró utilizando predominantemente el peso de su cuerpo para bajar su lado del voladizo. Se relajó cuando las poleas empezaron a moverse y el techo a elevarse. Lentamente bajó hasta la silla de piedra.

—Ve. Puedo aguantar un rato. Tú haz lo que haya que hacer.

—De acuerdo, avísame si no puedes aguantar más, porque los dos sabemos lo que pasa si lo sueltas.

—Lo sé... Lo sé... ¡Vete ya!

Billie no esperó más. Avanzó rápidamente por el túnel hasta llegar al mismo lugar donde encontró la palanca que movía el fulcro en el mismo desafío de la Atlántida.

Sólo que no estaba allí.

Fue de un lado a otro hasta que reconoció que había desaparecido. Volvió a gritar:

—¿Cómo vas, Edward?

—Voy por el tercer aumento de peso, pero creo que aún puedo aguantar un poco más.

—Bien, sólo quiero mirar algo y luego vuelvo.

Billie no esperó su respuesta. Corrió hasta el final del túnel y tiró de la palanca, pero no pasó nada. Observó la pared durante otros treinta segundos y luego regresó a la habitación principal por si Edward perdía la capacidad de sujetar la barra.

Edward la miró con esfuerzo visible.

—¿La encontraste?

—No, no está donde debería. Voy a tener que buscar más.

Edward apretó los dientes, el sudor goteando por su frente.

—Hazlo rápido. No sé cuánto más podré aguantar.

Billie asintió y corrió de nuevo, esta vez buscando más meticulosamente. Sabía que la palanca debía estar en algún lugar. Exploró cada rincón, cada grieta, hasta que finalmente, en una pequeña abertura que casi había pasado por alto, la encontró.

—¡La tengo! —gritó, y giró la palanca con todas sus fuerzas. Sentía la resistencia del mecanismo, pero finalmente cedió. Escuchó un chasquido y el fulcro empezó a alejarse de Edward.

Corrió de vuelta a la sala principal y vio cómo el techo se elevaba más fácilmente.

—¡Funciona! —dijo Edward, con una sonrisa agotada.

—¡Mantén la barra un poco más, casi lo tenemos!

Billie corrió al final del túnel y volvió a tirar de la palanca principal. Esta vez, las poleas se movieron suavemente y la puerta secreta empezó a abrirse. Corrió de vuelta hacia Edward, que ahora apenas podía sostener la barra.

—¡Lo lograste, Billie!

—¡Vamos, salgamos de aquí!

Ambos se apresuraron a pasar a través de la puerta recién abierta, sabiendo que habían superado el primer desafío.

En cuanto estuvo dentro de la habitación y libre del techo cubierto de pinchos, Edward soltó lentamente la barra, como haría un levantador de pesas para evitar sacudidas. Una serie de sonidos recorrieron las paredes y el techo. Era como una de esas viejas máquinas de donación de monedas en las que el donante recibía el placer de ver cómo la moneda rodaba por cada sección, provocando una reacción. En este caso, esas reacciones eran ligeros movimientos del fulcro y las poleas que volvían a su estado de reposo, con el techo articulado plano sobre la superficie del túnel.

El túnel por el que tenían que pasar se veía oscuro y ominoso.

Billie maldijo en voz alta.

—¿Estás bien, Billie? —preguntó Edward.

—Estoy bien, pero creo que tenemos un problema.

—No me digas. ¿No es el mismo desafío?

—Parece que no. En realidad, es muy similar a la que superé en la Atlántida, pero no hay una palanca secreta para cambiar la posición del fulcro. Parece que esto es realmente una prueba de fuerza.

—¡Deberías haber elegido a Mark, no a mí!

—¡Carajo, no sabía que cambiarían el desafío! Cuando oí que los desafíos consistían en una prueba de fuerza, inteligencia y valentía, supuse que eran idénticos.

—¡Pero no lo son!

—¡No, y ahora vamos a tener que pagar!

—¿Y ahora qué? —Edward seguía mirándola en busca de soluciones.

—Lo intentaremos de nuevo. Sólo que esta vez, como una simple prueba de fuerza. A ver hasta dónde llegamos. Soy bastante pequeña. ¿Quizás pueda deslizarme en la abertura de la pared antes de que el peso te gane?

—¡Ah, genial! —Edward se quejó—. Incluso si puedo hacerlo y consigues pasar, yo me quedaré atrapado y es probable que me maten.

—No. Los desafíos fueron diseñados para ser superados por dos personas. Normalmente, una vez que se llega al otro lado, hay una palanca maestra. El propósito de ésta es poner todo el sistema en neutral y permitir a los participantes simplemente atravesarlo.

Volvieron a intentarlo y fracasaron una vez más. Luego dos veces, pero al tercer intento, Billie le sonrió a Edward.

—¿Qué pasa? —preguntó Edward.

—¿Y si estamos buscando en los lugares equivocados?

Capítulo LII

Billie se rió de lo simple que parecía.

—¡No es más que engaño y prestidigitación!

Edward la miró fijamente. Como si estuviera seguro de que estaba loca. —Me temo que esos pinchos están muy afilados, y el techo sigue siendo demasiado pesado para que lo sostenga durante mucho tiempo.

—Está bien, porque no tenemos que sostenerla mucho tiempo —dijo Billie. Se sentó en la piedra y, despreocupadamente, alargó la mano para agarrar la polea. Quitándola suavemente de su primera bisagra, dijo—: Mira lo que le pasa al tejado de atrás.

Y ahí estaba. Mientras tiraban de la palanca, el techo detrás de ellos bajó, desvelando una sección por la que trepar. La más obvia de las soluciones, aunque dolorosamente oculta para quienes se concentraban tanto en la zona que tenían delante porque sus vidas dependían de ello.

Edward sonrió.

—¡Eres una genia, Dra. Swan!

—Me equivoqué, esta era una prueba de fuerza mental, no física.

Edward sujetó entonces la barra mientras Billie trepaba por la salida y entraba en la segunda sala. Allí encontró rápidamente la palanca de reinicio y todo el techo del primer desafío se levantó. Un momento después, Edward salió rápidamente.

—Bien, este debe ser el segundo desafío: la prueba de intelecto.

Billie se quedó mirando la habitación. Era de un tamaño similar, con un gran cañón en medio. Un hueco de casi tres metros bloqueaba el paso. Debajo, el suelo de piedra parecía letal a casi diez metros de profundidad. No había forma de bajar. Un pedestal de latón se alzaba en el precipicio de la sima. En su base, había una gran pila de lingotes de oro a medio metro de altura, sin que su brillo se hubiera visto afectado por los miles de años que habían pasado en el interior de la antigua caverna.

Ambos resistieron la tentación de tomar uno: algunas riquezas sólo son valiosas si se vive lo suficiente para gastarlas.

En medio de la sala, una única placa de oricalco brillaba en color rojo. Billie se acercó rápidamente. La inscripción estaba escrita en un lenguaje atlante, casi indistinguible de la que utilizaban los Maestros Constructores. En ella entendió que, para superar este desafío, el participante debía calcular el peso de los diminutos lingotes de oro para equilibrar el peso exacto del puente. Si era demasiado, el puente caería al suelo. Si no era suficiente, el puente se elevaría.

—Este es casi idéntico al que superé en la otra Atlántida. Sólo que éste implica contar montones de oro en lugar de oricalco —dijo Billie.

—¿Has calculado cuánto oricalco se necesita para abrir el puente levadizo? —preguntó Edward.

—¡Sí, pero será completamente diferente con lingotes de oro!

—Lástima —Edward se acercó al borde de la sima y contempló su extensión implacable y vacía—. ¿Dónde está el puente?

—En la Atlántida, el puente estaba oculto y giró hacia el centro cuando resolví el acertijo.

—¿Acertijo? No he visto nada que al menos nos guíe en nuestra labor.

Billie parecía preocupada.

—No estoy segura. La última vez, se quedó cerca de la sima.

—¿Así? —Edward sugirió.

En un rincón de la sala se erguía solitario un juego de balanzas de latón. En su base, otra placa llevaba inscrito el antiguo texto atlante.

Billie se acercó y empezó a leer en voz alta...

—Coloca exactamente diez estadios sobre el pedestal. Si colocas más o menos peso sobre el pedestal, el puente se derrumbará automáticamente.

—¿Qué rayos es un estadio?

—El Diálogo Critias de Platón describe la longitud del templo de Poseidón mediante la unidad de medida de estadios. Por supuesto, nadie ha sido capaz de determinar con exactitud su longitud. Algunos han sugerido que era equivalente a un estadio griego, pero creo que eso es simplemente Platón jugando con la superioridad de Atenas. Ahora, aquí parece ser una medida de peso. Tal vez una longitud de esta se correlaciona con un cierto peso. De cualquier manera, no hay otra explicación que una medida de peso utilizada por la gente de la Atlántida.

Edward suspiró. —He estudiado en muchos campos a lo largo de mi vida, ¡pero las matemáticas nunca fueron mi fuerte!

—Vamos Edward, podemos superar esto—. Billie continuó leyendo el rompecabezas dejado por los atlantes. Frente a ella, una sola balanza se erguía amenazadora en el borde de la habitación. En su base había cuatro pesas de hierro.

—Usando sólo estos cuatro pesos: 2, 6, 18 y 27 estadios respectivamente, el participante debe determinar cuántos lingotes de oro debe colocar en el lado opuesto de la balanza para lograr exactamente diez estadios.

—¡Maldita sea! Dije que no me gustaban las matemáticas—. Entonces Edward lo estudió detenidamente.

Billie empezó a garabatear los números y las posibles soluciones en su tableta.

Edward fue el primero en ver la respuesta.

—¡Ya lo tengo!

—¿Cuál es la respuesta? —preguntó Billie, sorprendida.

—Es fácil —dijo Edward—. Tenemos que colocar la pesa de seis estadios y la pesa de dos estadios en el lado opuesto a la pesa de dieciocho estadios y luego añadir los lingotes de oro hasta que los dos lados se equilibren. Cuando los dos grupos pesen lo mismo, el peso de los lingotes de oro será igual a diez estadios.

Billie asintió con la cabeza.

Las matemáticas parecían bastante sencillas, ¡demasiado sencillas! Tomó su tableta y empezó a buscar algo rápidamente. Se le formó una ligera cresta en la frente, la única señal de su estrés. Rápidamente, se desplazó y leyó la información que buscaba. Algo iba mal, pero necesitaba pruebas.

Edward empezó a cargar la balanza con optimismo hasta que equilibró la misma cantidad de lingotes de oro en el mismo lado que el que tenía el peso de ocho estadios. Una vez equilibradas las balanzas, tomó los lingotes de oro y le dijo a Billie—: Supongo que eso es lo que valen diez estadios. Unos veinticinco kilos.

Estaba a punto de colocarlo dentro de la copa de latón que formaba el pedestal, cuando Billie le detuvo.

—¡Espera! —dijo Edward.

—¿Qué pasa? —preguntó Billie.

—¡Creo que nos hemos equivocado en toda la ecuación! Creo que acabamos de complicar demasiado un problema matemático muy simple.

—¿Qué quieres decir? Las matemáticas eran sencillas. Seguro que las estudiamos en primaria o algo así. Colocamos el objeto de dieciocho estadios en un lado de la balanza, seguido de un peso de seis estadios y otro de dos estadios en el otro lado y luego aumentamos el peso con lingotes de oro hasta que la balanza se equilibró, ¡dejando exactamente diez estadios de lingotes de oro! Ahora voy a tomar esos lingotes de oro de diez estadios y para liberar el puente.

—Eso sería correcto —dijo Billie, con un tono de tranquilidad que decía claramente que no lo era—. Es decir, si utilizáramos el tipo correcto de matemáticas, como las que usamos hoy en día. Pero, ¿y si los atlantes utilizaban algo diferente?

—¿Qué quieres decir? Las matemáticas son la única constante universal, el lenguaje que desafía las fronteras.

—Las respuestas pueden ser las mismas, pero el método para llegar a ellas varía mucho a lo largo de la historia y la sociedad.

—Me está confundiendo, Dra. Swan. En pocas palabras, ¿de qué me he perdido?

—¡Trabajamos en base diez! ¿Qué nos dice que los habitantes de la Atlántida trabajaban con el mismo sistema que nosotros?

Edward parecía contrariado.

—¿Qué le hace pensar que no lo hicieron?

Le puso la tableta en las manos y le dijo:

—¡Esto!

Sus ojos se desplazaban por la página, mientras miraba con confusión. Se dio cuenta de que las matemáticas no eran su fuerte.

—Según esto, los primeros habitantes de la cuenca del Congo utilizaban sistemas duodecimales, así como las comunidades tribales más antiguas de las montañas del Himalaya, en Nepal —Billie sostuvo su bloc de notas en la mano y luego levantó la vista y dijo—: ¿Quién más sabemos que vivió en esos dos lugares?

—¡Los supervivientes de la Atlántida!

Billie asintió.

—Exacto. Los atlantes podrían haber utilizado un sistema numérico diferente, basado en doce en lugar de diez.

Edward frunció el ceño, intentando asimilar la nueva información.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora?

—Necesitamos recalcular utilizando el sistema duodecimal. En base doce, debemos asegurarnos de que los pesos se equilibran correctamente. La pesa de dieciocho estadios podría no ser dieciocho en nuestro sistema. Vamos a utilizar las conversiones adecuadas para asegurarnos.

Billie y Edward comenzaron a trabajar juntos, recalculando los pesos y ajustando los lingotes de oro. Usando el sistema duodecimal, se dieron cuenta de que necesitaban añadir menos lingotes de oro para equilibrar la balanza.

Finalmente, cuando la balanza se equilibró correctamente según el sistema duodecimal, un mecanismo se activó y el puente se reveló completamente.

—¡Lo logramos! —exclamó Edward, aliviado.

—Sí, esta vez de verdad. Vamos, el próximo desafío nos espera —respondió Billie, liderando el camino.

Cruzaron el puente con cautela, conscientes de que el último desafío aún podía estar esperando. Al otro lado, encontraron una puerta elaboradamente decorada que llevaba al último tramo de su viaje.

—Este debe ser el último desafío: la prueba de valentía —dijo Billie, abriendo la puerta con determinación.

Edward la siguió, listos para enfrentar lo que les esperaba al otro lado.

—Exactamente. ¿Por qué si no evolucionarían para usar un sistema de base tan único? —dijo Billie.

—¡Dios! ¡La gente de la Atlántida trabajaba en base doce! —Edward parecía impactado.

Billie asintió con la cabeza.

—Por lo tanto, necesitamos calcular esto usando base doce.

—¿Base doce? —Edward seguía confuso—. El hecho de que mi abuelo robara la mayor parte del oricalco que quedaba en la Atlántida no significa que sepa mucho del lugar. ¿Qué quieres decir con base doce?

Billie empezó a explicárselo en términos sencillos.

—Las matemáticas son estándar. El lenguaje universal. No importa de dónde vengas: las matemáticas son las matemáticas.

—De acuerdo —aceptó Edward.

—Sólo que esa suposición es errónea. Trabajamos en base diez. Probablemente porque es el número de dedos que tenemos. Lo que significa que contamos hasta diez, luego centenas, que son sólo decenas de decenas, seguidas de millares, que son decenas de centenas, y así sucesivamente.

—Muy bien. Ahora entiendo. Estoy seguro de que aprendimos sobre estas cosas en alguna parte. ¿Los antiguos atlantes no usaban este método?

—No. Trabajaban en base doce. Eso significa que contaban hasta doce y luego pasaban a series de doce, seguidas de series de doce.

—De acuerdo, ¿y ahora qué? —dijo Edward, frustrado.

—Usando este sistema único... —Billie lo pensó y luego garabateó en su tableta varias veces hasta que llegó a una respuesta—. Los números dos, seis, dieciocho y veintiséis en el juego se convierten ahora en dos, seis, veinte y treinta en base diez. El número dieciocho en realidad significa doce más ocho, que todos sabemos que es igual a veinte en base diez. Y el número veintiséis en realidad significa dos por doce más seis, que es igual a treinta.

—Vale, tiene sentido —dijo Edward, aunque no lo tenía—. Siendo así, ¿podemos calcular cuántos lingotes de oro equivalen a veinte estadios y luego dividirlo por la mitad para alcanzar el objetivo de diez estadios de oro? —sugirió Edward.

—No, porque ya no buscamos diez estadios de peso.

—Pero el rompecabezas decía...

—¡Diez en base doce es doce!

Edward lo comprendió.

—Lo que significa que el problema se vuelve muy sencillo: tomamos dieciocho en un lado y colocamos el peso dos y el seis en el otro para hacer diez, ¡que en realidad son doce estadios!

—¡Exacto!

Billie y Edward equilibraron cuidadosamente la balanza hasta que estuvieron seguros de haber alcanzado los doce estadios de oro.

Edward la miró y le dijo:

—¿Está segura de que esto funcionará, Dra. Swan?

Bajo una sonrisa llena de sudor, Billie respondió:

—¡Lo suficiente como para apostar mi vida por ello!

—Eso me basta.

Edward, deseoso de descubrir la verdad, colocó entonces cuidadosamente los lingotes de oro sobre el pedestal.

No pasó nada.

Entonces, el suelo empezó a temblar con la fuerza de un terremoto. Sobre ellos, caían cascotes de piedra de un techo que había perdido su resistencia. Los dos retrocedieron rápidamente hacia la entrada de la sala, que estaba cubierta por arcos de piedra.

Capítulo LIII

Cuando los escombros se retiraron, el abismo fue sustituido por un único puente de piedra de unos cuantos metros de ancho, fácilmente transitable. Billie observó el pasaje casi perfectamente formado.

—Parece bastante estable. ¿Qué opinas? —preguntó.

—¡Sigo pensando que es usted una genia, Dra. Swan! —Edward agarró una de sus manos y la apretó con el cálido afecto de un anciano —. Gracias.

Con cuidado, cruzaron el abismo y, tras arrastrarse por un estrecho túnel, llegaron al tercer desafío. De nuevo, parecía una caverna relativamente grande, pero esta vez toda la sala estaba separada por veinte piedras altas, que se alzaban hacia ellos, como tótems. Desde su altura, Billie y Edward podían pasar por la mayoría y llegar al otro lado, pero si se equivocaban al pisar caerían al vacío.

Los escalones estaban separados por una distancia de uno a dos metros y en algunos puntos eran tan estrechos como para que quien intentara cruzarlos sólo tuviera espacio suficiente para poner un pie encima. Aun así, con un poco de precaución, incluso un anciano de ochenta años podía cruzar hasta el otro lado.

—Parece bastante fácil, ¿no? —dijo Edward—. Este es el reto de la valentía. ¿De qué hay que tener miedo? Te he visto saltar de rama en rama sobre aguas infestadas de cocodrilos, mi querida Dra. Swan, esto debe ser sencillo en comparación...

—Sí. Peligrosamente sencillo —respondió Billie, observando detenidamente el simple laberinto de tótems por el que tendrían que cruzar.

—¿Qué te preocupa? Ninguno de los otros retos ha sido tan duro, una vez que das un paso atrás y los analizas.

Billie miró el laberinto de tótems. —No me gusta. Todos los demás desafíos parecían difíciles al principio, pero luego se volvieron sencillos. Ahora éste parece sencillo. Debe haber algo mal.

—Bueno, sólo hay una manera de averiguarlo —dijo Edward—. Esta vez iré yo primero.

Observó cómo Edward tomaba la delantera con cuidado y pasaba de un precipicio a otro con una agilidad que la sorprendió. Su confianza aumentaba cuanto más se adentraba en el laberinto. Cuando llegó a la mitad, se limitó a saltar de una piedra a otra hasta alcanzar la decimocuarta.

Entonces, cuando aterrizó sobre ella, la piedra se hundió. No mucho, unos diez o quince centímetros. Pero entonces, la siguiente hizo lo mismo y la siguiente también, hasta que los últimos escalones de piedra habían bajado tanto que sería imposible saltar al terreno

llano al otro lado del abismo.

Edward sonrió pacientemente. —De acuerdo, supongo que veo el problema.

—Sí. Muy bien, Edward. Ve si puedes volver y veremos si hay otra forma de pasar. ¿Quizás haya un camino secreto o algo que pueda dejarnos pasar?

—¿Qué encontraste en este desafío en la Atlántida original?

—Una habitación casi idéntica. Llena de estructuras similares en forma de tótem.

Edward saltó por encima de las piedras restantes y aterrizó de nuevo en el mismo lado de la sima que Billie. Tranquilo de estar de nuevo en el suelo, dijo:

—¿Y cómo lo superaste?

—Es curioso que lo menciones.

—¿Y eso por qué?

—Porque cuando vencí este desafío la última vez adopté un enfoque bastante diferente, que quizá nos cueste reproducirlo.

Edward enarcó una ceja.

—¿Vas a decirme qué es, o debo seguir intentando rutas alternativas a través del laberinto secreto?

—Llevaba dinamita conmigo. Y derribé los tres últimos tótems, para que quedaran en diagonal a lo largo de la pared final. Luego salté de uno a otro.

—¿Hiciste trampa?

—Nadie dijo cómo debíamos superar el desafío. Sólo que el fracaso resultaría en la muerte.

—¡Por Dios! ¿Y no se te ocurrió mencionarlo antes de entrar aquí, sin dinamita?

—No. Por eso te traje. Pensé que tal vez tú y yo estaríamos mejor equipados, mentalmente, para resolver el acertijo.

Edward se rió mientras pensaba en ello. Todo dependía de su capacidad para superar este sencillo acertijo. Veinte peldaños. Seis que caían más y más bajo cuanto más te acercabas a ellos. Si hubieran traído algún tipo de escalera improvisada habría sido fácil.

—Bueno, vamos a resolver el problema.

Billie dibujó una serie de filas verticales y horizontales con el dedo en la arena para formar una cuadrícula similar a la que estaban viendo. Luego, poco a poco, fue rellenando los cuadrados con cruces por donde aparecían los escalones de piedra. Desde arriba, no había ningún patrón evidente.

Billie se quedó mirando durante unos minutos y luego dijo:

—De acuerdo, hay pocas opciones. Intentemos saltar cada segundo escalón. Luego cada tercer escalón. Seguiremos hasta que encontremos una solución.

—Parece una buena idea.

—Yo iré primero.

Billie saltó cada dos piedras hasta llegar a los últimos seis escalones. En cuanto llegó al sexto escalón, los cinco restantes volvieron a estar donde estaban cuando Edward había intentado cruzarlos. Como la última vez, se habían vuelto imposibles de cruzar.

Volvió rápidamente y repitió el proceso eligiendo un nuevo camino, esta vez empezando por el lado derecho del laberinto secreto. De alguna manera, estaba segura de que el camino correcto estaba en sus narices.

Billie intentó otros veintidós caminos antes de darse cuenta. A la derecha había otros dos escalones, que en un principio había descartado porque la llevaban más adentro del abismo, en lugar de cruzarlo.

—¿Y esto?

Edward miró hacia donde ella señalaba.

—Es algo que aún no hemos probado. Vamos a intentarlo.

Con cuidado, dio saltos más grandes hacia las dos piedras. Al instante, cuando aterrizó en la última piedra, cada una de las seis piedras del extremo se elevó hasta quedar a la altura del extremo opuesto de la sima.

—¡Eso es, Dra. Swan! ¡Lo ha conseguido!

Se giró para ver que las últimas seis piedras habían vuelto a su altura original. Billie se concentró en la siguiente piedra más cercana, preparándose para saltar.

¡Zaz!

Billie oyó el sonido antes de ver el hacha gigante girar hacia ella. Una fracción de segundo antes de que la golpeara, aterrizó sobre la primera piedra. Detrás de ella, el hacha, casi el doble de grande que ella, seguía oscilando como un péndulo directamente encima de la piedra de la que acababa de saltar.

—Estuvo cerca —dijo, sonriendo y recuperando su contagiosa confianza—. De acuerdo. Yo diría que es hora de completar este desafío y encontrar el Código de la Atlántida.

Edward empezó a pisar las piedras.

—Me parece bien.

Llegó a la sexta piedra y se colocó cuidadosamente sobre ella. Esta vez, nada se movió. Luego pisó la quinta piedra. Y de nuevo, las piedras restantes cayeron varios metros.

Edward maldijo.

—¡Estábamos tan cerca!

Ambos miraron hacia el péndulo. Después de pisar la quinta piedra, el hacha volvió a su posición de espera, por encima de la piedra más alejada de la sima.

—Al parecer, alguien tiene que permanecer de pie sobre la piedra —dijo Billie—. Si alguien pudiera permanecer allí más unos segundos, podría ser el tiempo suficiente para que la otra persona cruzara los peldaños y llegara al otro lado. Una vez allí, se podría tirar de la palanca de reinicio, y quien se quede podría atravesar el abismo.

—Sí, pero saltaste con menos de un segundo de sobra. Quien se quede en ese escalón el tiempo suficiente para que la otra persona consiga cruzarlo, tendría que ser algo más que valiente: tendría que ser un suicida.

Los grandes ojos marrones de Billie se abrieron de par en par al comprender, pero no dijo nada.

—¿Y ahora qué?

—Esto me preocupó cuando leí las tres impugnaciones.

Edward las pronunció en voz alta.

—¿Fuerza, Intelecto y Valentía?

—Sí, era la palabra valentía lo que me preocupaba.

—¿Por qué?

—Porque en el antiguo texto atlante, la palabra «valentía» se lee de forma muy parecida a otra palabra: «sacrificio».

Capítulo LIV

—De acuerdo. Entonces está decidido. Me sacrificaré —dijo Edward con firmeza.

Billie se quedó mirando la cara de Edward. Parecía seguro y confiado en su decisión.

—¿Qué quieres decir? No, ¡no puedes hacer eso!

—Por supuesto que puedo. Es selección natural.

—¿Qué quieres decir? Ambos tenemos derecho a elegir vivir.

—¿De verdad? —La cresta de su ceja se alzó en una señal que ella había aprendido que significaba que él tenía razón y estaba a punto de explicarle por qué—. Tal y como yo lo veo, si no resolvemos esto pronto, ambos vamos a morir, eso es seguro. Pero ya sabemos que eso no va a pasar. Uno de nosotros puede sobrevivir a este desafío. La cuestión es quién.

—¡Deberíamos dejarlo a la suerte o algo! ¡Por Dios, no puedes aceptar que tienes que sacrificar tu vida!

—Pero el desafío se llama «sacrificio». Y aquí está —dijo Edward, dando un paso hacia el precipicio y luego hacia la piedra que se erguía como un tótem en el valle—. Soy viejo, Billie. Si vivo otros cinco años, sería más de lo que yo o cualquier otro hombre de mi edad tendría derecho. Pero tú... podrías vivir otros sesenta o setenta años.

—Pero...

No la dejó protestar.

—La decisión ya está tomada. Tienes que salvarte. No pongas esa cara de mortificación. No lo hago simplemente por ti. Ambos sabemos que hay mucho más en juego que nuestras vidas. Tienes que superar esto para poder desactivar el Código de la Atlántida. Eres la única que ha estado allí en la historia viva. ¡Sólo tú puedes salvar al resto!

—¡Pero morirás!

—Sí, pero tú vivirás. Y eso es lo único que importa —dijo Edward con calma, y Billie se dio cuenta de que era la verdad: ella era la única que podía llegar a la Atlántida a tiempo y cambiar el resultado, pero aun así, le costó aceptarlo.

—Tiene que haber otra manera

—Puede que sí, pero no tenemos tiempo para encontrarla. Nos queda menos de una hora antes de que este templo se inunde una vez más, y entonces Mark y todos los demás van a estar en serios problemas.

Billie pensó en silencio y luego lo abrazó.

—Gracias, Edward. Si lo consigo, el mundo entero sabrá que fue gracias a tu valentía y sacrificio.

Él le devolvió el abrazo y ella sintió sus cálidas lágrimas en la

nuca.

—Vete —le dijo, y se volvió para dirigirse al escalón del «sacrificio».

—Adiós, Edward.

Momentos después, ella le vio, ansiosa por hacerlo antes de que tuviera tiempo de cambiar de opinión, simplemente pisar la última piedra. Se giró para ver cómo los seis últimos peldaños se elevaban hasta alcanzar la altura del suelo nivelado al otro lado de la sima.

Billie comenzó a correr a través de los escalones, oyendo el hacha caer justo detrás de ella. Una fracción de segundo después del tercer golpe, ya estaba al otro lado del abismo. Inmediatamente se dio la vuelta y miró a Edward, que estaba de pie con lágrimas de alegría y una formidable sonrisa.

—¡Has sobrevivido! —dijo.

El hacha continuó oscilando como un péndulo.

—Otro espejismo —dijo Edward, su sonrisa blanca iluminando su rostro—. ¡Qué suerte!

—Espera ahí mientras encuentro la palanca de reinicio.

Edward miró el hacha oscilante.

—No me iré a ninguna parte.

Minutos más tarde, después de que Billie hubiera reiniciado el desafío, Edward cruzó el abismo y la abrazó con fuerza.

—No puedo creer que hayas hecho eso. Edward, literalmente acabas de dar tu vida por mí —dijo Billie, conmovida.

Una sonrisa irónica se dibujó en su rostro.

—Estaba casi seguro de que no era más que una prueba... ¡Me alegro mucho de haber tomado la decisión correcta!

—¿Cómo lo supiste?

—¿Cómo supe qué, Dra. Swan?

—¿Que el sacrificio fue sólo en pensamiento, no en la práctica?

—¿Qué te hace creer que lo sabía?

Ella le miró fijamente. Sus ojos marrones se clavaron en él, obligándole a ser sincero.

—Me di cuenta de que los pigmeos deben mantener este lugar. Siendo así, tendría sentido que necesitaran ser capaces de completar los desafíos por sí mismos. Simplemente no tenía sentido que sacrificaran a un miembro de su equipo de mantenimiento cada vez que necesitaran llegar al templo de Poseidón.

Capítulo LV

Billie entró en el último templo. Una amplia sonrisa se dibujó en su rostro.

Aquella sala no presentaba ninguna de las marcas de agua de las salas anteriores, lo que significaba que había permanecido seca a lo largo de los siglos.

Se decía que la sala medía un estadio de largo y medio de ancho. Pero lo que los atlantes llamaban un estadio parecía mucho más pequeño en la vida real. De hecho, no era más grande que una sala de cine. El interior era menos extraordinario de lo esperado a pesar de coincidir fundamentalmente con la descripción que Platón hizo en su Diálogo Critias. El techo era de marfil intermitente, como se describe en la historia de dos mil quinientos años de antigüedad, y las paredes tenían esparcidos plata, oro y oricalco. Poseidón en persona se erguía como una estatua encima del carro tirado por un caballo de seis alas. A diferencia de las descripciones que había leído, el Dios del Mar tenía una armadura dorada, pero desde luego no era de oro. La altura de Poseidón no llegaba al techo. Sobre su cabeza, el marfil se había vuelto marrón.

—Hay una fortuna en piedras preciosas en este templo, pero nada de lo que nos hicieron creer —dijo Billie, con un tono casi de decepción.

Edward casi le leyó la mente.

—Pero parece un anticlímax de la vívida descripción de Platón.

—Precisamente.

—Yo no me preocuparía. Lo que buscamos vale mucho más que diez veces esta cantidad de oro.

Billie sonrió mientras empezaba a subir al lomo del caballo dorado de seis alas.

—No me lo recuerdes. Estamos aquí para salvar el mundo.

Edward empezó a recitar la guía de navegación que encontraron en la Atlántida tibetana.

—Porque la bestia de seis alas que tiraba del carro de Poseidón contemplaba algo más valioso y peligroso aún que todo el templo: el prefijo del Código de la Atlántida.

Billie escaló la gigantesca bestia sin pensar en los diez metros en los que se elevaba sobre el suelo. Y luego maldijo. El tipo de maldición que resonó por todo el templo hasta que se hundió con fuerza en el corazón de Edward, quien supo en un instante que todo estaba perdido.

—¿Qué pasa?

Billie se deslizó rápidamente por el lomo del caballo.

—Alguien se nos ha adelantado.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Porque la pieza entera de oricalco en la que se suponía que estaba contenida ha desaparecido por completo. Un agujero en blanco en el techo es la única prueba de que alguna vez existió. Parece reciente, además.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Hay marcas de taladro en el techo. Como si alguien hubiera usado un taladro eléctrico para quitar rápidamente la placa de oricalco sin importarle robar el resto de los tesoros del templo. Y eso significa que quien lo hizo conocía el valor del Código de la Atlántida.

—También significa que el líder pigmeo nos mintió. Alguien entró previamente en el templo y salió vivo.

Capítulo LVI

Edward observó cómo la Dra. Swan se sentaba frente a él. A pesar de su apariencia de ser dura, se dio cuenta de que quería llorar. El funcionamiento interno de su mente, poco familiarizada con el fracaso, seguía buscando la siguiente solución.

—Si no le importa, Dra. Swan, me gustaría encontrar una forma de salir de aquí. Si hemos fracasado, por mi parte me gustaría pasar los días que me quedan en la Tierra en otro lugar que no sea este templo olvidado de la mano de Dios —dijo Edward con un suspiro.

—Estoy de acuerdo, pero no estoy convencida de que este sea el final. Me niego a creer que no podamos encontrar otra solución —respondió Billie, con determinación.

—¿Cómo cuál?

—No lo sé, pero cualquier cosa es mejor que lo que nos depara. Sam Reilly conoce a una genia de la informática que puede hacer milagros. Quizás ahora que tenemos la mitad del código, ella pueda descifrar la primera mitad. Es poco probable, pero nunca he sido muy buena dejándome morir.

—De acuerdo, entonces te arriesgarás con el criptoanálisis y los frikis informáticos. ¿Qué harás con tus días restantes?

—Voy a volver a la Atlántida. Si puedo contactar con Sam y Tom, los llevaré también, y volveremos a visitar el templo. A ver si hay algo que se me haya escapado.

Edward le sonrió, como lo haría con su propia hija, si tan sólo viera así a su propia hija, pero ella lo había traicionado. De eso estaba seguro, aunque no sabía por qué, después de todo lo que había hecho por ella. Miró alrededor del templo.

—Ahora que hemos llegado a este punto, ¿tienes alguna idea de cómo rayos vamos a salir de aquí?

Billie alcanzó una palanca detrás de Poseidón y tiró.

—Eso es sencillo. Reiniciamos los tres desafíos, así.

La puerta se abrió tras ellos, así como varias puertas detrás para que pudieran salir simplemente por la misma entrada por la que habían entrado.

—De acuerdo, vamos —dijo Edward.

Subieron por el túnel, cruzaron los peldaños, pasaron el péndulo oscilante, que debería haber matado a Edward de no haber sido por su sacrificio. Luego cruzaron el profundo abismo, donde quedó el puente después de que calcularan el número correcto de piedras que debían mover. Y luego por el túnel con el techo en voladizo. Siguiendo el túnel de entrada, la tenue luz del mundo exterior se hizo visible una vez más.

Billie salió a la lúgubre luz del sol de la jungla de los pigmeos. Mark la abrazó con alegría y le dijo:

—¡Lo has conseguido, Dra. Swan! Por Dios, estaba seguro de que me esperaba la muerte cuando la puerta volvió a abrirse. —Entonces notó su aspecto más abatido—. ¿Qué te pasa? ¿Lo has conseguido?

—Alguien se nos ha adelantado —murmuró Billie en voz baja.

—Todo fue en vano —dijo Edward por primera vez, quejándose.

De fondo, los cientos de guerreros pigmeos comenzaron a entonar cánticos. Sus armas golpeaban el suelo con un staccato funesto. Podría haber sido una danza guerrera tras la victoria, pero al estudiarlos, Billie supo que era aún más siniestro.

Mark los miró y dijo:

—Supongo que no tendremos que preocuparnos por el fin del mundo ni por detener el cataclismo de la Atlántida.

—¿Por qué no? —preguntó Billie, alarmada.

—Porque creo que estos pigmeos van a acabar con nosotros ahora.

Capítulo LVII

A través del bosque de pigmeos guerreros llegó su líder, Zanzibe. Sonreía como un demonio diabólico. Era imposible saber si estaba contento o enfadado. Se acercó con un cuchillo en la mano. Estaba hecho de oricalco y adornado con piedras preciosas y semipreciosas. Billie se dio cuenta de que, a pesar de su aspecto ornamental, el arma seguía teniendo un filo de navaja.

¿Era esa el arma diseñada para matar a sus Dioses?

A Billie no le habría sorprendido lo más mínimo que estos violentos pigmeos hubieran masacrado a sus propios creadores. Puede que hubieran adorado a los antiguos habitantes de la Atlántida durante once mil años, pero no eran esclavos de nadie.

No se molestó en intentar huir. Habían sobrepasado ese punto. Rodeados por cientos de guerreros pigmeos, y en lo profundo de la jungla, su tiempo había terminado. Observando cómo el líder se acercaba a ella, notó una sensación intensificada en todo lo que hacía. Cada valiosa bocanada de aire que respiraba, cada olor, el tamborileo constante de su propio corazón en el pecho, todo la hacía sentirse viva.

—Zanzibe —dijo Billie su nombre mientras se acercaba.

—Dra. Swan. —Sonrió revelando una blanca dentadura, afilados como finas púas—. Ustedes son los primeros hombres blancos que han vencido los tres desafíos.

—Me parece genial, pero no sirvió de nada.

—¿Por qué tan triste? Tienes lo que viniste a buscar. Has llegado al santuario interior del templo, ¿no es así?

—Sí, pero ha sido saqueado y desvalijado hasta eliminar por completo todas las marcas escritas. No hay nada de valor intelectual para nosotros allí.

—Sí. Antes de convertirme en rey, llegaron unos hombres blancos con armas. Entraron a la fuerza en el templo y lo despojaron de todo.

—¡Los nazis! —dijo Billie.

—Es la primera vez que oigo que llegan tan lejos —dijo Edward.

—Después de tanto tiempo las pequeñas alimañas de Hitler aún tienen la capacidad de acabar con millones de vidas.

El pequeño pigmeo inclinó la cabeza. —Siento que hayas viajado tan lejos sólo para descubrir que lo que buscabas fue robado hace años. ¿Puedo preguntarte qué buscas exactamente?

—¿Cuánto sabes sobre la gente que construyó este santuario?

—¿Te refieres a nuestros dioses?

—Sí.

—Venían de una tierra al otro lado del mar y eran los más

poderosos de todos, hasta que los cielos se pusieron celosos y los golpearon desde arriba con un millón de fuegos, haciendo que su tierra se hundiera de nuevo en el mar.

—Eso es todo lo que sabemos sobre sus dioses —confirmó Billie—. En su primer hogar, una máquina sobrevivió al desastre, con el poder de crear el bien o causar la muerte del mundo entero. Cuenta la leyenda que existe un código para activar la máquina. Era tan valioso, que el código se partió en dos y luego un santuario en dos partes distintas del mundo guardó una mitad de cada uno. Ya hemos encontrado una de las mitades en montañas muy alejadas de aquí. La otra mitad esperábamos encontrarla aquí.

—Sí, conozco el Código de la Atlántida. Ya antes han venido a buscarlo. Desearía poder ayudarte. Tal vez si tuviera algo similar para compararlo, podría hacer algo. Tal vez lo he visto antes.

Ella lo miró, indecisa, y luego le entregó su tableta con la imagen de la segunda mitad del Código de la Atlántida. El pigmeo la cogió y Billie preguntó: —¿Has visto alguna vez algo así?

El pigmeo sonrió. —De hecho, sí, Dra. Swan.

—¿En serio? ¿Dónde?

—Hasta hace poco, estaba en el templo, justo aquí.

A Billie se le encogió el corazón. *Entonces fue destruido, y con él, toda esperanza.*

—No hay nada más que hacer.

—Eso no es verdad.

—¿Por qué? ¿Qué más se te ocurre?

—Porque mi pueblo construyó este templo hace miles de años, como tributo a los verdaderos dioses. Adornaron las paredes con oro, el metal más parecido al que los dioses usaban para cubrir su propio templo, que brillaba en color rojo.

—¿Tu gente construyó este templo? —preguntó Billie, sorprendida.

El pigmeo asintió con la cabeza.

—¿No es el templo original de Poseidón? ¿Es una réplica? —dijo Edward.

—Sí —respondió el pigmeo.

Billie miró a su alrededor. —Pero ¿dónde está el original?

—El original fue encontrado por mis grandiosos antepasados hace miles y miles de años. Pero me temo que cuando el río Congo creció, el santuario de nuestro dios se inundó. Durante años, nuestros hombres nadaban hasta él y lo estudiaban, para poder recrearlo de forma idéntica. Con el paso de los milenios, el poderoso Congo creció, y sólo los nadadores más fuertes eran capaces de alcanzarlo. Ahora, sería imposible nadar a tal profundidad.

Volvió a sonreír. —Pero en su barco, Dra. Swan, ¡estoy seguro de

que tendrá los medios para llegar!

Capítulo LVIII

Andrew inauguró la segunda reunión de la Resistencia Fénix por videoconferencia. Sin perder tiempo con formalidades ni rituales arcanos, comenzó a exponer su situación.

—Hasta ahora hemos seguido al Sr. Reilly y a su acompañante hasta un Templo Atlante, en la montaña de gran altitud de Kangchenjunga, que descansa en parte entre el Tíbet, Nepal y Sikkim. El lugar parece ser una caverna en la Atlántida de once mil años de antigüedad que guarda los archivos de toda la historia de sus habitantes, y me han dicho que, a pesar de haber sido construida a posteriori, contiene la documentación de casi cien mil años de su historia.

Parte de la sociedad lo consideraba como una novedad, pero otros ya lo sabían de sobra.

Andrew continuó. —Tenemos motivos para creer que el templo ha sido examinado recientemente por la Dra. Swan y, al hacerlo, ha encontrado la ubicación del segundo templo. Nuestro equipo se encuentra actualmente en el monte Kangchenjunga intentando descifrar sus numerosas marcas y anotaciones para averiguar a dónde ha ido su personal.

Mintió intencionadamente, sabiendo que uno de ellos era un traidor.

Armel interrumpió descaradamente. —¿Y qué hay del Sr. Reilly y su acompañante?

—Ambos hombres han sido eliminados —respondió Andrew con seguridad—. Caballeros, pronto debemos prepararnos para lo que está por venir. En menos de dos semanas, ¡el mundo será un lugar muy diferente!

Se escuchó una fuerte ovación entre los miembros de la Resistencia Fénix.

Kazimir, el ruso, los mandó callar. —Temo informarle, amo, que Sam Reilly y Tom Bower no fueron asesinados como le han hecho creer.

—Eso es imposible, vi cómo los mataban con mis propios ojos. Múltiples granadas de mano explotaron justo al lado de ellos — Andrew no creía lo que el ruso le estaba diciendo.

—Entonces sus ojos lo engañaron.

—¿Qué sabes tú?

—Hace dos días, recibí noticias de una de mis agencias: el Gulfstream de Sam Reilly llegó a Tunguska.

Andrew maldijo. —Pero ¿quién logró salir?

—Maestro, tengo fotografías de Sam Reilly y Tom Bower. Tomaron

prestado un Kharkovchanka de un local y lo cargaron con trajes de buceo atmosférico.

—¡Sé muy bien lo que significa! —Andrew volvió a maldecir—. Creía que habías dicho que tu abuelo se encargó del problema en 1908, cuando él y Teddy Roosevelt llegaron al acuerdo de que toda la información relativa a la Atlántida debía ser destruida, o al menos guardada en una cápsula del tiempo hasta que ya no pudiera causar daño.

Kazimir levantó las manos en un gesto pacificador. —Le aseguro que hemos tomado medidas para impedir que los aspirantes a exploradores encuentren la verdad. Sam Reilly no hallará nada de utilidad. Y en cuanto a la cápsula del tiempo americana, no podrá abrirse hasta finales de mes, cuando ya no pueda hacer ningún daño a nuestra operación.

—Sí, ¿entonces por qué carajos dos personas en Nepal sintieron la necesidad, después de casi ser asesinados por mis hombres, de ir directamente a Siberia con putos trajes de buceo atmosférico?

—No tengo ni idea, señor. Pero le aseguro que ya he dispuesto los sistemas para asegurarnos que no lleguen.

—Más te vale que funcionen mejor que el pacto de tu abuelo para mantener el secreto. Si no, vamos a tener que lidiar con mucho más de lo que esperábamos.

Andrew cortó entonces su conexión.

Era hora de llevarse a la Dra. Swan y visitara la Atlántida con el código.

Capítulo LIX

Sam y Tom hicieron dos circuitos de reconocimiento de la zona desde arriba. Sam imaginó que este lugar, hace once mil años, podría haber estado en la superficie. Los anillos habrían servido como enormes fosos, diseñados para mantener alejados a los enemigos, cada uno más protegido que el anterior. Entonces, en el extremo sur de la hendidura de adentro, Tom vio una abertura en la pared de roca, dentro del foso. Junto a ella había una gran piedra rectangular, partida en dos y de dimensiones aproximadamente iguales a las de la abertura.

—¿Vamos? —preguntó Sam, mirando la abertura y esperando que su máquina ADS cupiera dentro.

—Después de ti. Fijaré un perno en esta pared para que tengamos para salir si nos atascamos.

Sam esperó a que Tom introdujera el perno en la pared y lo conectara la correa de seguridad. Luego iluminó el túnel con la linterna. La luz se atenuó a lo lejos, y no supo muy bien si el túnel había cambiado de dirección, o simplemente la luz no podía penetrar en su profundidad. El túnel era bastante grande, de casi tres metros de alto y otros cinco de ancho. Mucho espacio para su máquina ADS, pero no tanto como le hubiera gustado. Con la mano izquierda, dentro del traje, Sam ajustó el ángulo para entrar en la sala horizontalmente, en lugar de verticalmente. Esto le proporcionó más espacio para maniobrar por si había otros obstáculos en su camino.

—¿Estás conmigo, Tom? —preguntó al llegar a quince metros dentro del túnel.

—Estoy justo detrás de ti.

A treinta metros, el túnel se abrió a una gran sala. Un rápido vistazo reveló que se trataba de un enorme cuadrado de unos doce metros de ancho. En el otro extremo, el túnel continuaba adentrándose en el templo. Sólo que el túnel no continuaba eternamente. En su lugar, el techo, presumiblemente articulado con grandes pernos ocultos, descendía gradualmente hasta tocar el suelo. El espacio del techo estaba cubierto de pinchos de madera que daban a Sam una clara indicación de lo que el techo haría a una persona que fallara el desafío. En el centro de la sala, una barra de acero colgaba del techo por encima de una silla y una mesa de piedra en la que una persona podía bloquear las piernas. Lo más probable era que el mecanismo hubiera fallado, pero sabía perfectamente para qué se utilizaba antes. La única pregunta era: ¿podrían avanzar por el templo si los mecanismos habían fallado?

Encima de la silla se veía un texto en el techo de piedra con letras

grandes y en negrita, las mismas que utilizaban los Maestros Constructores. Sam se acercó a la inscripción y la examinó. Las letras estaban dañadas, pero las suficientes estaban intactas para que pudiera distinguirlas. Sam leyó cada una despacio y en voz alta:

—*Fuerza, inteligencia, sacrificio y riqueza.*

—Eso no suena bien —dijo Tom.

—No, yo diría que no. Al parecer, los antiguos habitantes de la Atlántida hicieron todo lo posible para asegurarse de que sólo los dignos llegaran a su templo. No creo que los mecanismos siga funcionando después de todos estos años.

—Aun así, me gustaría entender cómo funcionaba cada una de estas habitaciones antes de que nos mate una trampa explosiva de once mil años de antigüedad.

—Sólo en las historias de Indiana Jones estas cosas siguen activas —dijo Sam, con una confianza que no sentía del todo.

Avanzando hacia el final del túnel en forma descendente con restos de pinchos en la sala, Sam encontró algo que le tranquilizó. El techo se había abierto con un par de puntales hidráulicos.

—Allí, esta habitación debe haber sido una vez la prueba de fuerza. De alguna manera, había que levantar el techo o algo así. Por supuesto, quienquiera que llegara a este lugar en 1908 no estaba jugando con las reglas de los atlantes.

Al entrar en la segunda sala, Sam se encontró con una enorme habitación con un abismo en el medio de casi seis metros de ancho. En el fondo se veían los restos de un puente, que no hacía falta ahora que toda la sala estaba inundada. Junto a él había un par de balanzas doradas, como si aún estuvieran esperando a que alguien las calibrara. En la pared, donde se acercaban, estaba la palabra «intelecto». Al otro lado del abismo había una escalera de acero colgando. En su base, brillaba el pequeño emblema de una bandera estadounidense.

—Claro, entonces supongo que llegaron en 1908. La pregunta es, ¿a dónde? —dijo Tom. Luego, para aclarar dijo—: Si no estaba en el fondo de un lago de quinientos metros, ¿dónde estaba?

Sam estudió la escalera. Claramente quienquiera que la hubiera usado no lo había hecho nadando.

—No tengo ni idea.

Los dos hombres impulsaron con cuidado su máquina ADS hacia el final de la sala, a lo largo de otro túnel y, por último, a la tercera sala. Esta tenía la palabra «sacrificio» en la entrada. Era relativamente pequeña en comparación con las otras salas. Cinco pilares se alzaban unos doce metros sobre el suelo de otra sima. A un lado del pilar central, a un metro de distancia, había un único tótem. Sobre él, una enorme hacha permanecía sujeta al techo a más de tres metros de altura, formando un perfecto péndulo mortal.

—Ahora sí que me siento como en una de las pesadillas de Indy —dijo Tom.

Sam se rió.

—No Tom, creo que Indy se habría sentido más seguro dentro de una máquina ADS. Vamos, busquemos la recompensa.

Las unidades de propulsión eléctrica cobraron vida al atravesar la aparentemente fácil prueba del «sacrificio».

—¿Qué crees que pasaba aquí? —preguntó Tom.

—Nada bueno, fuera lo que fuera. Supongo que, al ser un sacrificio, alguien tenía que estar de pie en ese pilar adicional, con el fin de activar un mecanismo de peso para abrir la puerta y que la otra persona pudiera salir. El único problema es que él o ella moriría en el proceso.

Al final de la sala, la puerta se había vuelto a mantener abierta mediante un puntal hidráulico. Sam continuó por el túnel, que se desplazaba gradualmente en dirección ascendente, y hacia la cuarta sala.

Cuando llegó al final, la cabeza de la máquina ADS de Sam abandonó la flotabilidad del agua. Sobresaltado, Sam dijo—: Tom, no te lo vas a creer: parece que la cuarta sala sigue seca.

Capítulo LX

Sam salió del agua y entró en una enorme sala. El zumbido del sistema de propulsión eléctrica de su máquina ADS fue sustituido por los movimientos hidráulicos de sus miembros mecánicos. Observó la caverna en la que habían entrado. No había duda: estaban en el templo de Poseidón.

En el Diálogo Critias de Platón, el Templo de Poseidón se describía como un estadio de largo por medio de ancho. Nadie había calculado nunca lo que representaba un estadio atlante como medida. Al mirar a su alrededor, Sam se sorprendió al descubrir que, aunque era grande, no era ni de lejos tan grande como los historiadores habían supuesto a lo largo de los años.

La antigua caverna era casi estéril.

Dentro del templo de Poseidón, el lugar estaba completamente seco. Parecía uno de esos decorados falsos de Hollywood en alguna película sobre la destrucción del mundo. Sam miró a su alrededor y pudo imaginar que se trataba de la Atlántida descrita por Platón, con la única excepción de que toda la riqueza había sido robada. La estatua de oro del mismísimo Poseidón había desaparecido, las paredes ya no estaban cubiertas de oricalco, la preciosa aleación que sólo se extraía en la Atlántida. El techo, despojado de su antiguo marfil y sus piedras preciosas, ahora eran sólo bloques de piedra estériles.

—Esto parece la Atlántida —dijo Sam.

—Sí, ¡el único problema es que hemos llegado unos cien años tarde! —respondió Tom—. Hombre, mira este lugar. Quienquiera que llegara aquí primero, ya fueran los rusos o nuestros hombres, ciertamente hicieron estragos. A los arqueólogos les daría un ataque si vieran la destrucción que hay aquí.

En el centro, una bola redonda brillaba con un ligero tinte azulado. Era tan alta como cada uno de ellos, de no ser por su ADS. A pesar del evidente resplandor, Sam casi no la vio durante su primer reconocimiento de la sala, ya que la conmoción por la destrucción gratuita de Atlántida, muy probablemente para robar metales preciosos y marfil, había distorsionado su visión. Pero ahora, la estructura esférica era evidente.

—He visto ese resplandor azul antes —dijo Sam.

Tom entornó los ojos—. Yo también.

—¿Dónde?

—En el centro de la Pirámide Maya. El mismo lugar donde Billie encontró el mapa de la Atlántida.

—¡Por supuesto! Ahora recuerdo el resplandor azulado. Y también

la recuerdo mostrándome la esfera. Sólo que la suya era del tamaño de un puño cerrado. Billie dijo que se la había mostrado a varios geólogos que sólo pudieron decirle que parecía natural y similar a un diamante, pero más fuerte, más brillante, y que tenía las propiedades únicas de transmitir el sonido y la luz mejor que cualquier otro material jamás conocido.

Sam se acercó a la esfera y la examinó. En su exterior se podían ver más de cincuenta marcas extrañas, pero no del todo desconocidas. Él también las había visto antes, pero no tenía idea en dónde.

—Ayúdame a rodar esta esfera, ¿quieres? —preguntó Sam.

—Claro, ¿a dónde piensas llevarla? —respondió Tom.

—No, sólo apaga la luz para que pueda ver lo que hay debajo.

Juntos intentaron mover la esfera. A pesar de la enorme fuerza de elevación de los brazos hidráulicos del ADS, la esfera no se movió.

—Está pesada —dijo Tom.

—Veamos si podemos girarla sobre su eje —dijo Sam.

Sujetando cuidadosamente la esfera con sus manos metálicas, Sam se dispuso a hacer girar su extraño descubrimiento. Esta vez, se movió con facilidad, como si hubiera estado flotando en el agua o descansando en una pila de diminutos rodamientos.

—¿Alguna idea de qué rayos significa todo esto? —preguntó Sam.

—Ni una. La esfera que Billie y yo encontramos en la pirámide maya, enterrada en el lecho marino, mostraba una serie de lugares únicos. Tal vez nos muestre algo. Billie lo sabía, así que debe haber algo que quiera que veamos.

Sam volvió a moverla. Esta vez se dio cuenta de que la marca de la esfera, al llegar al resplandor azul de la base, se volvía de un rojo resplandeciente. Volvió a girar la esfera, y la misma pequeña marca permaneció de color rojo brillante, como si fuera de fuego. Siguiendo con el proceso, otras cuatro marcas quedaron envueltas en un resplandor rojo encendido, mientras que las más de cuarenta que había probado permanecieron inalteradas.

—De acuerdo, Sam, yo estoy aquí para encontrar a Billie, pero tú eres el experto en mitología antigua, ¿qué rayos es esto?

—Si tuviera que adivinar, diría que es algún tipo de dispositivo de conteo antiguo, como ua computadora.

—¿Los atlantes tenían computadoras hace once mil años?

—No exactamente, pero diría que es un ábaco bastante complejo. Cuanto más lo miro, más me convenzo de que estoy activando un código para algo, pero no sé qué.

—¿Te refieres al Código de Atlántida? —dijo Tom.

—Sí, algo así. ¿De dónde sacaste esa idea?

—Porque, cuando Billie me llamó hace unas semanas, me dijo que lo había alcanzado, pero que ahora tenía que encontrar el Código de

Atlántida, ¡antes de que fuera demasiado tarde!

Un escalofrío recorrió la espalda de Sam, como un presentimiento de que estaba cerca de conseguir algo o de destruir algo.

—¿Demasiado tarde para qué?

Tom lo detuvo girando de nuevo la esfera.

—Creo que sé lo que les pasó a los científicos que vinieron aquí en 1908.

—Bueno, no me dejes en suspenso. ¿Qué fue?

—Activaron esa esfera.

Capítulo LXI

Sam se apartó de la esfera. Un total de ocho marcas brillaban en rojo. Miró el dispositivo como si fuera una computadora, buscando algún botón para borrar o retroceder. Sin duda, los antiguos habitantes de la Atlántida debían tener una forma de activarlo o desactivarlo.

—Tenemos que encontrar algo más. Debe haber otro dispositivo por aquí que me ayude a apagarlo. Me da escalofríos pensar que he desencadenado algo terrible sin querer.

—Ya estoy en eso —dijo Tom mientras buscaba entre los escombros del templo.

Treinta minutos después, Sam encontró algo en la esfera misma. Estaba tan concentrado que tardó un rato en darse cuenta de que ahora proyectaba una pequeña luz roja en el techo.

—Tom, encontré algo.

Tom volvió y se quedó viendo el resplandor sobre la esfera.

—Estoy seguro de que eso no estaba ahí antes.

—Yo también.

—También he visto esas marcas en la pirámide maya —dijo Tom —. Creo que Billie dijo que eran antiguas medidas egipcias del tiempo.

Sam volvió a ver la proyección.

—¡Tienes razón! Son imágenes del tiempo, pero necesitaré mi tableta para calcular la hora exacta.

Sam puso la máquina en modo aparcamiento, como haría con un auto, y bajó al interior de su enorme máquina ADS. Allí había espacio suficiente para comer, beber y guardar lo básico. En el caso de Sam, era su tableta de alta potencia y varios terabytes de información. Se desplazó rápidamente por su página de jeroglíficos del antiguo Egipto hasta llegar a la sección del registro del tiempo.

—¡Ah, esto no me gusta! —dijo Sam, cuando su peor temor se volvió aún más real.

—¿Y ahora qué?

—¿Qué otros dispositivos conoces que muestren la hora cuando se activan?

—¡Una bomba!

—¿Y no mencionó nada la Secretaria de Defensa sobre que los científicos de la época calcularon la fuerza para arrasar diez millones de pinos en unos cincuenta megatones, o el equivalente a unas mil bombas nucleares? Sería bueno averiguar cuánto tiempo tenemos.

—De acuerdo, estoy en eso. —Dentro de la ADS, Sam abrió rápidamente su programa de lingüística avanzada en su tableta, diseñado para descifrar este tipo de problemas—. La primera línea son

años, meses, días, horas...

—La imagen acaba de cambiar.

—¡Por dios, es una cuenta regresiva!

—¡Bien, lo tengo!

—¿Cuánto tiempo tenemos? —preguntó Tom apresuradamente.

—Dos años, veinte semanas, cinco horas y diez minutos.

Tom volvió a ver la proyección en la pared.

—Pero eso no tiene sentido.

—¿Por qué no?

—Porque la última imagen cambia cada segundo.

—Lo que significa... —Sam levantó la vista y contó las líneas de imágenes. Había cuatro. Eso significaba que, si la primera línea representaba segundos, la segunda debía representar minutos, la tercera, horas y la cuarta, semanas—. ¡Carajo, tenemos poco más de dos semanas!

—Sam, no lo activamos nosotros, ya estaba en marcha, ¡sólo hemos subido el contador de la pantalla!

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—¡Porque la Secretaria de Defensa te dijo que todo lo del evento de Tunguska fue sellado, sólo para ser reabierto en poco más de dos semanas a partir de ahora, cuando nada de eso importaría! ¡Maldita sea, Sam, tenemos que salir de aquí!

Capítulo LXII

—No nos iremos hasta que encontremos lo que sea que Billie nos envió a buscar —dijo Sam—. Ella me dijo que acababa de regresar de Atlántida y que era importante que encontrara algo en Ámsterdam para ayudarla con su descubrimiento. Ahora, no hay manera de que ella haya buceado a esta profundidad por su cuenta, así que eso significa que hay otra Atlántida.

Los ojos de Tom se entrecerraron—. ¿Quieres decir que esto no es la Atlántida?

Sam empezó a darse cuenta de la verdad—. No, esto no es Atlántida. Fue creada por los antiguos atlantes, pero no coincide en absoluto con la descripción que hace Platón de su tamaño o grandeza. De acuerdo, si los Archivos Atlantes que encontramos en el Tíbet fueron creados como una biblioteca de los acontecimientos de Atlántida, como un almanaque, entonces ¿podría ser posible que los otros supervivientes intentaran reconstruir la Atlántida aquí?

—Es posible. Pero, ¿para qué tomarse la molestia de construir un lugar así si no sirve para nada?

—No, no era solo un santuario de la Atlántida. Esto la sustituía por completo. La Atlántida no era solo un lugar en la antigüedad, era una máquina que conectaba a los mortales con las estrellas. Cómo o por qué, no tengo idea. Pero tiene la capacidad de producir un inmenso poder, como descubrió la expedición americana en 1908, cuando también la activaron accidentalmente.

—Pero ¿de qué nos sirve eso si no podemos detener esta bomba? —preguntó Tom.

—De nada, a menos que podamos averiguar qué sabía Billie de este lugar. Debe haber algo que podamos usar para ayudarla.

Sam siguió registrando la habitación. En el centro, donde probablemente se había retirado la estatua dorada de Poseidón, una serie de extrañas formas cubrían un área de varios metros de ancho. Colocadas exactamente equidistantes a la imponente cúpula, era imposible creer que fueran simples formas.

—Parece que algo importante estuvo aquí... o al menos fue importante alguna vez —dijo Sam.

Tom barrió la habitación con su linterna—. Sí, lo que fuera, es fácil creer que fue destruido hace mucho tiempo, muy probablemente por lo que sea que causó el evento de Tunguska.

—¿Significa que ya perdimos lo que Billie quería que encontráramos? —preguntó Sam—. Eso era lo que Billie escribió en Nepal. Ella debe haber querido que viniéramos aquí por algo.

—O tal vez nos quería fuera de su camino —señaló Tom.

—¿Nos envió a propósito a una búsqueda inútil y nos hizo bucear en aguas heladas?

—Posiblemente.

Sam volvió a ver el techo. Hacía años que los rusos habían despojado al lugar de todo su oricalco. Las escrituras de la pared estaban destruidas desde hacía mucho tiempo.

—¿Y si no quería enviarnos aquí, sino despistarnos para alejarnos de ella?

—¿Quieres decir que sus captores le dijeron que escribiera esta localización GPS?

—No, ella podría haber inventado fácilmente lo que quisiera. Solo un puñado de personas en el mundo puede interpretar el antiguo lenguaje de los Maestros Constructores. Cualquiera que fuera la razón que tuvo para enviarnos aquí, fue su decisión.

—Continúa.

—Lo que solo puede significar una cosa.

Tom lo miró expectante—. ¿Qué?

—Que tiene aún más miedo de que alguien llegue a la Atlántida antes que ella.

Tom dijo—. ¿Y ese alguien debe estar tras nosotros? No me extraña que intentara alejarnos. Alguien más quiere las coordenadas de la Atlántida.

—¡Por supuesto, Andrew Brandt! —Sam casi gritó el nombre del hombre—. El hombre del que nos advirtió el jefe del crimen organizado de Niza. Originalmente, supuse que era el mismo que el captor de Billie, pero después de los eventos en Nepal, no estoy tan seguro. Su captor podría haber enviado un ejército aparte para matarnos en Kangchenjunga, pero si ese fuera el caso, no nos habría enviado al lugar equivocado.

—Lo que significa... —dijo Tom.

—Será mejor que salgamos de aquí, mientras podamos.

Sam estaba a punto de meterse en el agua que cubría el tercer desafío y abandonar la cúpula seca de Poseidón, cuando sintió el más leve de los temblores bajo sus pies, seguido por el sonido de un fuerte chorro atravesando el agua por encima.

—Esto no me gusta —dijo Tom.

Sam tragó saliva—. Si mis oídos no me engañan, diría que alguien acaba de lanzar un torpedo.

Capítulo LXIII

El tono del aparentemente inocente torbellino del motor eléctrico del torpedo aumentó bruscamente. Sam escudriñó la sala en busca de algo estructuralmente lo bastante fuerte como para resistir lo que estuviera a punto de caer sobre ellos. Un único arco en la entrada de la sala fue lo mejor que se le ocurrió en el poco tiempo que tenían.

—Por allí, Tom, en la entrada. Es nuestra mejor oportunidad de sobrevivir.

—¡Lo veo!

Los dos hombres empezaron a avanzar hacia allí lo más rápido que pudieron, con sus máquinas ADS a un ritmo lento.

La cúpula de Poseidón se mantuvo firme y resistió la destrucción del torpedo. Pero el suelo bajo ellos tembló violentamente. A una profundidad de casi ciento cincuenta metros de agua, poco había tocado el antiguo emplazamiento desde que los rusos lo habían dejado sin valor en 1908 durante el suceso de Tunguska.

Tom fue el primero en volver a meterse en el agua. Regresó antes de que Sam hubiera puesto un pie en el segundo nivel del templo.

—No hay salida. El techo se ha derrumbado y cerca de un millón de toneladas de escombros nos bloquean el paso.

Sam miró despreocupadamente el contador de su muñeca mecánica.

—Entonces tenemos alrededor de treinta y seis horas para encontrar otra salida, antes de que nuestro soporte vital se quede sin energía.

—No sé cuál es tu plan, Sam, pero ya caminamos alrededor de la cúpula de Poseidón. Sólo hay una forma de entrar y otra de salir. Y esa salida ahora está bloqueada.

Una sonrisa se dibujó en la cara de Sam.

—Creo que hay otra salida, suponiendo que no esté bloqueada también.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque esto fue construido como un templo hermano de la Atlántida a la que Billie fue.

—¿Y qué?

—Siempre hay una segunda salida cuando se trata de la Atlántida.

—Por supuesto, pero no veo ninguna.

—¿Recuerdas cómo encontramos los restos de tres desafíos? Pruebas de fuerza, sabiduría y sacrificio, con un cuarto nombre: riqueza.

—Sí, y la cuarta es la riqueza de Poseidón, que nuestros predecesores parecen haber robado.

—¿Y si la riqueza de Poseidón fuera solo una treta, un último paso para disuadir a cualquier intruso de seguir buscando en el interior del templo?

—¿A qué te refieres?

—La verdadera riqueza de la Atlántida: el código. Si nuestros predecesores se equivocaron y el artefacto hundió la Atlántida a casi ciento cincuenta metros bajo la superficie de la tierra y borró cientos de kilómetros de líneas de árboles, ¿qué poder crees que podría tener el código en sí?

—No tengo ni idea, ¿cuál?

—Yo tampoco, pero quiero averiguarlo. Y cuando lo haga, saldremos de aquí y, lo que es más importante, encontraremos el Código de la Atlántida antes de que el temporizador llegue a cero.

Capítulo LXIV

Sam miró alrededor del gran templo de Poseidón. El lugar parecía más pequeño desde el derrumbe de la entrada. Era psicológico, por supuesto: el templo seguía siendo enorme. De alguna manera, el mero hecho de saber que su salida había sido eliminada le produjo una sensación de claustrofobia que no había experimentado desde que era un niño.

Su hermano mayor, Danny, le había llevado a bucear en cuevas por primera vez. Sólo tenía diez años, pero toda su familia era una apasionada del submarinismo y él llevaba desde los seis buceando por todo el mundo. Sam se echó a reír cuando pensó en ello: los servicios de protección de menores se habrían vuelto locos si supieran los riesgos que el espíritu aventurero de su padre le había acarreado.

Siendo el más joven de la familia, siempre fue el más motivado para seguir el ritmo y demostrar su capacidad. Fue esa inspiración la que le hizo vencer a su hermano, casi tres años mayor que él, en una competición de apnea en el Blue Hole, en Belice. Su hermano estaba tan enfadado que ese mismo día Danny le propuso ir a bucear a la cueva más asombrosa... si no le daba miedo nadar primero por unos túneles. Ansioso por complacer, y sabiendo reconocer un reto cuando se lo proponían, Sam no había tardado en aceptar.

Habían ido a bucear y su hermano le había guiado a través de una serie de cavernas y túneles submarinos. Al parecer, Danny había hecho la inmersión varias veces con su padre y sabía que sólo había una entrada y una salida. Pero a pesar de la apariencia de múltiples direcciones, era principalmente una inmersión en una cueva muy simple. Para Sam, sin embargo, era lo más aterrador del mundo.

En el segundo túnel, el lugar estaba bastante oscuro y, en el tercero, sólo tenían luz con sus linternas de mano, e incluso eso era extremadamente pobre para las condiciones. Entonces, sintiéndose superado por sus nervios, Sam observó con horror cuando Danny apagó su luz y comenzó a nadar a toda velocidad. Sam intentó seguirlo, pero no pudo y pronto lo perdió. Hasta el día de hoy, todavía podía recordar la sensación de pánico que se apoderó de él: estaba a doce metros bajo la superficie del agua, perdido en un laberinto de cavernas y túneles, su luz apenas mostraba lo que había dos metros delante de él, y ahora, su hermano había desaparecido.

Empezó a hiperventilar, el más grave de los errores de buceo, porque es la forma más segura de perder todo el oxígeno. Y entonces se detuvo. *¿De qué tengo miedo? Si Danny puede navegar esto, yo también puedo.* Casi tan repentinamente como el miedo que lo invadió, Sam se obligó a ralentizar su respiración. *Resolver el problema, no empeorarlo*.

Pronto, el terror de la claustrofobia se convirtió en euforia cuando se sintió capaz de tomar el control de la situación.

Al poco tiempo se dio la vuelta y navegó lentamente hasta el punto de partida. Miró su reloj de inmersión: sólo habían pasado cinco minutos desde que su hermano le había perdido intencionadamente en el túnel. Un acto equivalente a matarle si no hubiera logrado mantener el control.

Sam estaba a punto de nadar hacia la superficie, cuando tuvo una idea. Nadó hacia el lado de la entrada de la cueva y encontró un sumidero: la entrada a un túnel que desaparecía muy por debajo de la pared rocosa. Se sumergió más profundamente hasta que estuvo descansando varios metros en el interior y luego apagó la linterna.

Después de diez minutos Danny salió nadando por la entrada original del túnel, más rápido de lo que Sam nunca había visto. Vio a su hermano nadaba hasta la superficie, y luego regresó al túnel presa del pánico.

Sam recordaba muy bien esa sensación. Había superado a su hermano mayor, que creía haber sacado lo mejor de él intentando asustarle.

Esperó en la entrada del sistema de cuevas, riendo, como el niño de diez años que era. Y entonces miró el suministro de aire. Quedaban menos de 50 bar. Su hermano estaba arriesgando su vida para salvarle de quedar atrapado. La risa de Sam se convirtió en miedo al darse cuenta de que podría haber matado a su hermano.

Mirando a los 50 bar restantes Sam nadó rápidamente hacia el túnel de nuevo.

Alumbró con su linterna a su hermano, que inmediatamente se volvió para nadar hacia él. Los dos se dieron la vuelta y nadaron rápidamente hacia la entrada. Danny, que era el que más se había esforzado por encontrarlo, alcanzó a Sam con su manómetro y se lo dio.

El indicador estaba vacío.

Danny hizo la señal que indicaba que se había quedado sin aire. Sam le dio a Danny su propio regulador de emergencia, y los dos empezaron a respirar en pareja, mientras ascendían lentamente metro y medio.

Sam miró su propio manómetro: 20 bar. No era mucho. Especialmente para dos personas. Tal vez tres o cuatro minutos. No más.

La superficie estaba justo encima de ellos, pero ambos ya habían sobrepasado su Tiempo de No Descompresión, lo que significaba que tendrían que pasar un tiempo descomprimiéndose. Sam podría lograrlo, pero Danny ya había nadado hasta la superficie y vuelto a buscarle, algo parecido a agitar una botella de Coca-cola. Necesitaba

permanecer bajo el agua durante al menos otros diez minutos.

Sam escribió en su pizarra de buceo: ¡el tanque de aire de emergencia de papá!

Danny asintió y empezó a nadar hacia el barco. Su padre, aunque era una persona arriesgada, siempre había insistido en dejar un tanque lleno de aire, en una línea, en la marca de dos metros por debajo de su barco cuando buceaban. Llevaban ahí casi una semana, pero su padre nunca lo había traído.

Sam seguía a su hermano con asombro mientras Danny se las arreglaba para navegar con pericia hasta el barco de su padre, a ciento veinte metros de distancia. Para un buceador experto que había estado prestando atención era sencillo, pero para Sam Reilly, de diez años, la habilidad de Danny se asemejaba a una maravilla legendaria.

Su tanque de aire cedió a unos diez metros de distancia.

Y los dos siguieron remando con sus aletas con movimientos lentos y fuertes hasta que llegaron al tanque. Inmediatamente, cada uno de ellos agarró el regulador y empezó a tomar grandes bocanadas de aire fresco por turnos.

Danny le sonrió.

Y Sam le vio pronunciar las palabras «Gracias».

Delante de él, Danny levantó su pizarra de buceo con las palabras: «Lo siento». Sam la agarró y escribió algo más: «Fue un accidente».

Ambos chicos sabían que era mentira. Sam se había probado a sí mismo ante su hermano mayor y, lo que era más importante, se había probado a sí mismo su capacidad. Los dos chicos se convirtieron en hombres, y ninguno habló nunca de aquel incidente mientras Danny vivió. Pero su hermano mayor siempre supo la verdad, y hasta el día de su muerte, respetó a Sam e hizo todo lo que pudo para cuidarlo.

De vuelta en el templo de Poseidón, Sam sonrió mientras ralentizaba la respiración, controlando, como siempre había podido, a su amiga, su compañera constante, la claustrofobia. Siempre estaba ahí, pero en lugar de su enemiga, la había convertido en su aliada. Algo que le hacía concentrarse.

Tom lo agarró. —¿Estás bien, Sam? Parecías ausente.

Sam se rió. —Sí, supongo que sí. Sólo pensaba en el pasado.

—Bueno, espero que te haya dado alguna idea sobre nuestro futuro. Porque he dado tres vueltas a este templo y no veo nada que lleve a la cuarta sala.

—De hecho, creo que sí.

—¿En serio?

—¿Qué haces cuando ves exactamente lo que quieres?

—Te centras en ello. Te enfocas y eso es todo lo que ves.

—Así es.

Sam le mostró entonces a Tom el pasaje que describía el templo de

Poseidón:

En el interior del templo, el techo era de marfil, curiosamente labrado por todas partes con oro y plata y oricalco; y todas las demás partes, las paredes y los pilares y el suelo, las recubrieron de oricalco. En el templo colocaron estatuas de oro: allí estaba el dios mismo de pie en un carro: un auriga de seis caballos alados, y de tal tamaño que tocaba con la cabeza el techo del edificio...

Siguió un rato, pero Sam dejó de leer.

—¿Lo ves?

—¿Ver qué?

—Poseidón no era solo un gigante, con la cabeza casi tocando el techo. Poseidón estaba mirando hacia la verdadera riqueza de la habitación, almacenada sobre su cabeza.

—Pero no había nada sobre su cabeza. —Tom miró al techo. El resto de la habitación estaba cubierto de metales preciosos, marfil y piedras preciosas, pero justo encima de él había simplemente hierro forjado.

—¡Eso es! Visión de túnel. Tanto si fueron los rusos como nuestros científicos los que llegaron aquí primero, despojaron toda la sala de todo lo valioso, ¡pero ni una sola vez tuvieron en cuenta lo que había encima de ese trozo de hierro!

—Bien, ¿y qué hay encima de ese trozo de hierro?

—Creo que hay otra habitación, ¡con respuestas!

—Estupendo, Sam. —Tom miró a su alrededor—. Por si no te has dado cuenta, ese techo tiene unos diez metros de altura. Y a menos que estés viendo algo que yo no, no tengo ni idea de cómo piensas alcanzarlo.

Sam se quedó mirando la fuente de agua y contestó: —Puede que tenga una solución.

Capítulo LXV

—El agua no entrará aquí porque el templo de Poseidón tiene forma de media cúpula —señaló Sam—. Por lo tanto, cuando la Atlántida se inundó originalmente, todo quedó sumergido excepto este punto. Pero ¿y si rompemos la cúpula?

—¿Cómo piensas hacerlo desde aquí abajo?

—Con esto. —Sam levantó su brazo mecánico derecho y apareció la cabeza de un cohete.

—Vaya, ¿qué tienes ahí?

—Dado nuestros problemas anteriores, no estaba convencido de querer entrar en la Atlántida sin una potencia de fuego superior. En consecuencia, hice que un armero amigo mío rediseñara un RPG-27 para poder adaptarlo a nuestra máquina ADS.

—Ah, Sam... ¿de verdad has pensado en esto? Si volamos el techo, ¿qué crees que nos hará la diferencia de presión?

—Yo diría que tenemos un 50% de posibilidades de sobrevivir. Tal vez 25/75. ¿Por qué? ¿Tienes una idea mejor?

Tom encogió sus enormes hombros mecánicos.

—Supongo que no.

—Entonces está hecho —dijo Sam y disparó el RPG directamente al techo, encima de donde se suponía que estaba Poseidón.

Todo el techo explotó, revelando la entrada a otro templo.

Sam miró a su alrededor—. ¡Te dije que había una habitación detrás!

—Muy bien, pero no veo ninguna inundación de agua.

—No, yo tampoco. Comprobemos de nuevo el derrumbe. ¿Es posible que las rocas hayan bloqueado la entrada de agua?

—Sí, podría ser.

—¿Quieres ir a comprobarlo mientras trabajo en el plan B?

—¿Cuál es el plan B?

—No quieres saberlo todavía...

Tom volvió diez minutos después.

—Sí, el derrumbe ha bloqueado cualquier entrada de agua aquí. Así que, a menos que puedas saltar unos diez metros, no tengo ni idea de cómo vamos a llegar al siguiente nivel.

—Ahí es donde tendrá que entrar el plan B.

—¿Cuál es el plan B?

—Vamos a inundar esta habitación con el agua de la fuente de Poseidón.

—¿La fuente de los Dioses?

—Sí, ¿por qué no?

—De acuerdo, pero sigue drenando a cientos de metros cúbicos de

agua por minuto.

Sam sonrió.

—Por eso vamos a tener que bloquear el desagüe.

Capítulo LXVI

Cuatro columnas de mármol rojo de casi tres metros de altura adornaban la sala. Encima de cada una, a modo de pedestal, había una bola de mármol verde azulado, todas de un tono de luz diferente. Sam imaginó que cada una servía para algún tipo de referencia simbólica a las estaciones del año. Si hubiera tenido más tiempo, a Sam le habría gustado examinarlas mejor, pero el valor de la arqueología siempre quedaba en segundo plano para los vivos.

—Ayúdame a derribar esta cosa —dijo Sam.

Sam apoyó el enorme hombro de su máquina ADS contra la sólida columna y empujó. No ocurrió nada. Tom intervino entonces y bloqueó sus dos máquinas ADS para que su potencia hidráulica combinada pudiera empujar la columna.

—Inténtalo ahora —dijo Tom.

La columna se movió, pero solo ligeramente. No lo suficiente como para derribarla.

Sam apretó los dientes y dijo—: Intentemos empujarla hacia adelante y hacia atrás hasta que se mueva.

A la quinta vez, toda la columna se inclinó hacia el suelo, haciendo rodar la tierra jaspeada.

Construida en el lateral del templo de Poseidón, la fuente de los dioses fluía milagrosamente como lo había hecho durante miles de años. Todavía fluía notablemente hacia un desagüe que dispersaba el agua en alguna parte. Era como una inundación de agua caliente y fría. Pero ¿de dónde venía y adónde rayos iba?

Sam levantó la gran bola de mármol y la colocó sobre la tubería de desagüe, bloqueándola. Al instante, el agua mágica empezó a derramarse y a cubrir la habitación. En cuestión de minutos les llegaba hasta las rodillas. Los dos se dieron la vuelta y nadaron rápidamente hacia la entrada.

El nivel subió rápidamente hasta que Sam y Tom se encontraron de nuevo en el agua para la que habían sido diseñadas sus máquinas ADS. Capaces de moverse fuera del agua, las máquinas se construyeron para realizar tareas subacuáticas muy sofisticadas, y eran capaces de alcanzar velocidades y maniobras mucho mayores dentro de ella.

A pesar de ser enorme, el templo de Poseidón se llenó de agua rápidamente. Disminuyeron su flotabilidad para apoyarse en el suelo del templo en vez de en el techo, donde se formaban poderosas corrientes cuando el agua intentaba colarse por la pequeña abertura.

—Le daremos otros veinte minutos para que se llene de agua la habitación de arriba, ¡y luego nos vamos! —dijo Sam.

—Me parece bien.

Después de esperar a que la corriente se calmara, un buen indicador de que la habitación contigua se había llenado de agua, Sam se dirigió hacia la abertura. Atado a la máquina ADS de Tom mediante una cuerda, por si la corriente se volvía peligrosamente fuerte, su unidad de propulsión quad se activó con un zumbido mientras salía disparado a través de la abertura que había hecho.

A pocos metros dentro de la segunda habitación, Sam dijo—: Es seguro subir. Y creo que esto te va a gustar.

La sala era relativamente pequeña en comparación con el templo de Poseidón y casi totalmente estéril, con la excepción de un enorme cuadro en una pared. Grabado en una pieza maciza de oricalco rojo brillante, de más de cuatro metros de alto e igual de ancho, había una representación de una isla y su costa circundante.

—¿Así que eso es oricalco? —preguntó Tom.

—Eso parece.

—No lo entiendo. Si toda esa riqueza que tenemos debajo no era más que una treta para evitar que la gente encontrara esta imagen, ¿qué rayos es tan valioso en esa isla?

—El Código de la Atlántida.

Capítulo LXVII

Sam se quedó mirando el cuadro como si estuviera hipnotizado por él de alguna manera. Por el rabillo del ojo, se dio cuenta de que Tom miraba el resto de la habitación intentando encontrar por dónde había salido el agua. Si el agua había entrado en la habitación, eso significaba que el aire había salido, y para que eso ocurriera, tenía que haber una salida. Y él iba a encontrarla.

Sam no le dedicó mucho tiempo. Sabía que tenía razón sobre los atlantes. Necesitaban redundancia en sus sistemas, lo que significaba rutas de escape. Si estaba en lo cierto sobre que la mayor riqueza de la Atlántida estaba oculta en esta habitación, entonces supuso que estaba en lo cierto sobre la siguiente parte.

Justo a tiempo, Tom dijo:

—Mira esto. Creo que acabamos de encontrar tu agujero de sacerdote.

Era un gran túnel que conducía hacia abajo. Se podía ver el agua donde había sido inundado y Sam esperaba que no hubiera sido destruido por el torpedo.

—Solo me pregunto adónde conduce ahora que la Atlántida no está ni cerca de donde se suponía que estaba cuando se construyó esa cosa.

—Ni idea, pero estoy seguro de que nos sacará de aquí. Por supuesto, no muy seguro de a dónde iremos después. Si Andrew Brandt y sus matones son listos, nos estarán esperando en la superficie.

—E incluso si no lo son, es poco probable que hayan dejado a nuestro Gato de Nieve allí esperándonos. Lo que significa que vamos a tener una larga y fría caminata.

Sam se quedó mirando la pared otros diez minutos antes de que Tom volviera a interrumpirle. Como en un mapa, el lugar representaba una costa y en medio una pequeña isla. En el centro de la isla estaban esos cinco anillos que Sam empezaba a asociar con la Atlántida.

Por encima de ellos, observó que el techo de la caverna estaba rodeado de marcas celestes. Había notas, que parecían un antiguo almanaque, con la imagen de estrellas fugaces al lado. Las matemáticas y la astronomía eran demasiado complejas para que Sam pudiera encontrarles algún sentido útil. Hizo una docena de fotos del techo y un video digital de tres minutos. A excepción de unas pocas estrellas que reconoció, todo el techo estaba fuera de su ámbito, pero una cosa parecía obvia: el Código de la Atlántida estaba relacionado de algún modo con las estrellas.

Estudió el mapa durante unos minutos más, hipnotizado por los

detalles. Nunca entendería cómo una población terrestre podía reunir tantos detalles sin la ayuda de imágenes por satélite.

Tom interrumpió su concentración:

—Si le sacamos unas cuantas fotos, podríamos hacer que Elise lo compare con todas las costas del mundo para encontrar la coincidencia más cercana. Habrá cambiado sustancialmente en los últimos once mil años, pero si pasamos todas las imágenes conocidas de costas con una variación de más o menos niveles de agua, podríamos tener suerte.

Sam sonrió:

—Ya sé dónde está.

—¿De verdad? Entonces, ¿en qué piensas?

—En cómo rayos voy a convencer al alcalde de Nueva York de que hay que cavar un agujero en Manhattan.

Capítulo LXVIII

El Andre Sephora aminoró la marcha a lo largo del río Congo. Se acercaban al lugar donde el rey pigmeo les había dicho que estaría. Billie miró al pequeño pigmeo, que parecía estar disfrutando plenamente de su propia aventura como guía hacia el verdadero templo de Poseidón.

—¿Estás seguro de que es aquí?

—Sí.

Billie miró hacia arriba.

—Jason, ¿cuál es la profundidad?

—Hay mucha agua debajo de nosotros, Dra. Swan.

—¿Qué tanta, exactamente?

—Casi doscientos veinte metros. Demasiado para bucear.

—Bien, déjanos aquí.

—No se puede bucear a esa profundidad. Es como si fuera el fondo de la Fosa de las Marianas, por lo inaccesible que es.

—Déjame ese problema a mí —dijo Billie, frustrada—. Zanzibe, ¿qué tan seguro estás de que este es el lugar?

—Es aquí, Dra. Swan. Se lo prometo. Mi padre me trajo aquí para adorar cuando era niño, como hizo su padre, y el padre de su padre, desde que el gran río Congo se tragó el templo por primera vez.

Estudió su rostro. Estaba seguro y eso era suficiente para ella.

—De acuerdo, nos quedamos aquí.

Billie se rió de la ironía de todo aquello.

—¿Qué es tan gracioso, Dra. Swan? —preguntó Edward.

—El templo de Poseidón se encuentra en el lecho del río, ¡a una profundidad de casi doscientos veinte metros! Como si no solamente fuera imposible de bucear, el río es uno de los más poderosos y turbulentos del planeta. Y a las dos únicas personas en el mundo que no sólo son lo suficientemente tontas, sino lo bastante hábiles como para tener una oportunidad de llegar, ¡las envié a Siberia en una búsqueda inútil!

Edward la miró.

—¿Ya terminaste de despotricar?

—Creo que eso lo resume.

—Bien, porque aún queda trabajo por hacer. Tenemos menos de dos semanas para salvar el mundo, y pienso hacerlo.

—¿Por casualidad trajiste un submarino de alta mar contigo?

—No, Dra. Swan. Pero no se preocupe, traje dos ROV sumergibles.

—¡Claro! No necesitamos llevar nada con nosotros, sólo necesitamos ver el interior de ese templo y la primera mitad de su

código.

Capítulo LXIX

Billie estaba sentada en la sala de computadoras, mirando la señal en directo de la cámara montada en la trompa de su vehículo sumergible operado por control remoto, o ROV para abreviar. Incluso desde la seguridad de su crucero deportivo, el agua parecía turbulenta. Edward se esforzaba por mantener el pequeño ROV en posición, mientras el río intentaba constantemente obligarlo a huir. El ROV se conectó al cable de flotación neutra que salía de la parte trasera del Andre Sephora como una bobina gigante de lana. En la base del monitor se mostraban varias lecturas instrumentales, como la profundidad, la velocidad del agua y la temperatura.

Al hundirse más allá de la marca de profundidad de ciento ochenta y dos metros, Edward sintió de repente que sus controles se volvían más estables. La velocidad del agua aumentó y la temperatura se calentó.

—¿Qué acaba de pasar? —preguntó Billie.

—Parece que hemos entrado en un pequeño remolino —dijo Edward, mientras sus dedos golpeaban rápidamente los controles.

El ROV empezó a elevarse rápidamente. Soltando más aire, Edward intentó reducir su flotabilidad y luego avanzó a toda velocidad. No pasó nada. El ROV se atascó en una espiral ascendente. Billie observó cómo el sumergible quedaba indefenso ante los caprichos del profundo remolino del río.

—¿Puedes hacer algo? —preguntó.

Edward apartó los dedos de los mandos. —Nada que no haya probado ya. Ahora sólo tengo que esperar y ver qué pasa.

Un instante después, la imagen de la pantalla mostraba que el ROV había atravesado el remolino en espiral ascendente y se encontraba al otro lado. Los dedos de Edward seguían manejando los controles con movimientos rápidos y precisos.

—Estamos fuera.

—¡Oye, está aumentando la profundidad de nuevo, rápido! —dijo Billie al ver que la sonda mostraba que el ROV había descendido otros quince metros desde que penetró en la pared en espiral del remolino.

Edward miró hacia el profundímetro. —¡Tienes razón, demasiado rápido! Debemos de estar atrapados en la cascada de un río profundo.

El carrete de amarre, colgado en la cubierta trasera, empezó a correr como si un marlín gigante hubiera mordido el anzuelo.

—Mark, sal por detrás, ¿quieres? —dijo Edward—. ¡Necesito que asegures el amarre para que no lo perdamos!

—Entendido, señor.

Billie se volvió para detener a Mark. —No te molestes.

—¿Por qué no? —preguntó Edward.
—Porque acabamos de romper la línea de sujeción del ROV.

Capítulo LXX

El segundo ROV estaba listo para despegar veinte minutos más tarde. Era ligeramente más grande, y Edward explicó que le preocupaba que el sumergible pudiera tener problemas para acceder al templo de Poseidón, sobre todo si algunos de los desafíos seguían intactos. Zanzibe les había asegurado que el templo de sus dioses se dejó desarmado mientras se hundía en el río para que pudieran estudiarlo e intentar replicarlo lo mejor posible.

El segundo ROV, que descendió al agua mediante un cable umbilical portador de carga, permaneció en su sistema de gestión de amarres, conocido como TMS, hasta que llegó al fondo del río. El TMS era un dispositivo similar a un garaje, que albergaba el ROV durante el proceso de descenso a través de la zona de salpicaduras y luego trabajaba para alargar y acortar el anclaje de modo que se minimizara el efecto de arrastre del cable donde había corrientes submarinas.

El TMS se detuvo a poca distancia del lecho del río, de modo que las hélices del ROV no removieron más sedimentos.

—Bueno, algo es algo —dijo Billie—. ¿Puedes encender los LEDs principales?

—Como quieras —respondió Edward y encendió las potentes luces.

El lugar carecía por completo de luz ambiental, y a Billie le recordó la época no muy lejana en que Sam Reilly la había sacado de su investigación en la Antártida para ayudar a su amigo, Tom Bower, a explorar una pirámide maya a casi ochocientos metros bajo el océano. Surrealista en su aislamiento, el lugar que ahora exploraba el ROV era más lejano que casi cualquier otro lugar de la Tierra. Al principio parecía desprovisto de toda vida marina, pero cuando Edward mostró la vista de la cámara descendente, el lecho del río parecía estar plagado de cangrejos gigantes de agua dulce. Aunque no tenía ni idea de qué comían para mantenerse vivos.

—¿Alguna señal del templo? —preguntó.

—Todavía no. Estoy esperando a que aparezca el sonar —Edward sonrió—. ¡Ahí está!

Zanzibe se quedó quieto mirando la pantalla de la computadora. Aunque no dijo nada, su rostro reflejaba perplejidad y asombro ante la primera visión del verdadero templo de su dios, una visión que nadie había visto en casi once mil años. El ROV comenzó a moverse hacia el templo. Su potente motor eléctrico lo propulsó a una velocidad superior a los treinta nudos. El TMS estaba unido a la cubierta trasera del Andre Sephora mediante un sistema umbilical completo, y luego el TMS llevaba un ronzal independiente al ROV, lo que lo hacía mucho más versátil, a la vez que le proporcionaba una potencia infinita de

escape.

La verdadera cúpula del templo de Poseidón se hizo visible y, por un momento, Billie contuvo la respiración. Al igual que la réplica que los pigmeos habían construido muchos años atrás, la cúpula de este estaba cubierta de oricalco y se erguía en el centro de varias hendiduras profundas, cada una más que la anterior. En algún lugar de su interior habría una puerta abierta a las respuestas que necesitaban. Se obligó a espirar y a recordar conscientemente que debía inspirar. Mirando a su alrededor, se dio cuenta de que el templo tenía un efecto similar en todos los presentes. Sólo Edward, que estaba tan concentrado en la necesidad de su misión, parecía inmune a su gloria.

—Bien, Zanzibe, ¿alguna sugerencia de dónde estará la puerta?

—Nunca lo he visto, pero si se parece al nuestro, la puerta debería estar ahí abajo, al final.

El ROV se dirigió rápidamente hacia el final del foso más profundo, donde se encontraba la gran abertura de piedra sin puerta. Edward miró a Zanzibe.

—Gracias.

Allí atravesó el primer túnel y entró en el desafío de fuerza. Con los mecanismos de cada uno de los desafíos corroídos o podridos desde hacía tiempo, Edward pudo navegar fácilmente hasta la siguiente sala. El recuerdo de intentar superar los desafíos que los pigmeos habían planteado en su réplica aparecía fresco en su mente mientras navegaba con el ROV por la entrada del templo. Su espeluznante luz se esparcía por las oscuras habitaciones, y Billie observó cómo las manos de Edward empezaban a temblar ante el reciente recuerdo que despertaban. Impulsándose sobre el abismo que hacía tiempo había perdido su puente y pasando finalmente el péndulo del sacrificio, el ROV se dirigió rápidamente hacia el templo de Poseidón. Billie puso la mano en el hombro de Edward. No dijo nada. Ni falta que hacía. Ambos estaban allí. La visión le trajo al instante el recuerdo de él preparándose para sacrificar su vida por la de ella. Al final, la prueba había sido simplemente para ver si una persona se sacrificaría voluntariamente para que la otra pudiera vivir y, en consecuencia, él no había muerto en el proceso. Aun así, fue una ofrenda terrible.

El ROV dobló la última esquina y entró en el antiguo templo dedicado a Poseidón, el dios del mar. Y ahí se detuvo.

—¿Qué rayos ha pasado? —preguntó Billie.

Edward dio marcha atrás y luego conectó otro mando. —Me temía que esto sucediera.

—¿Qué pasa?

—La cúpula está seca. ¿No recuerdas que en la réplica pigmea, el templo de Poseidón permanecía seco?

—Por supuesto, ¿por qué no pensamos en eso? Supongo que tu ROV no tiene un par de ruedas.

Edward sonrió. —¡No, pero tiene un conjunto asesino de orugas de tanque!

Se oyó un nuevo sonido procedente del audio del ROV: era el ruido chirriante de las orugas de su tanque al girar. Un momento después, el ROV atravesó el agua y entró en el mundo seco del templo de Poseidón. Era más grande que lo que los pigmeos habían recreado. Casi el doble de largo y más de alto. Cuando el ROV iluminó el templo con sus luces exteriores, el oro se reflejó por todas partes.

—Dios mío, hay tanto oro que la Basílica de San Pedro del Vaticano parece pobre en comparación —dijo Edward con asombro.

Al divisar la estatua dorada del mismísimo Poseidón, aún de pie sobre su carro y tirado por el enorme caballo de seis alas, Edward condujo el ROV hacia lo que habían venido a buscar. Edward cambió entonces la vista a una de las cámaras montadas en lo alto y diseñada para mirar hacia arriba. Todo el techo estaba cubierto de intrincadas tallas de marfil, que representaban una batalla entre dioses tan grandiosa que habría aterrorizado al más fuerte de los mortales. Protegidas por once mil años de aislamiento dentro de la bóveda, las tallas parecían perfectamente intactas. Estaban curiosamente labradas con oro, plata y oricalco. Junto a la monstruosa cabeza de caballo, que casi tocaba el techo, había una placa de oricalco puro. Edward pulsó el botón del zoom y enfocó.

—Ahí está caballeros, y mi querida Dra. Swan, el Código de la Atlántida.

Capítulo LXX

Tras hacer varias copias, Billie la superpuso a la segunda mitad del Código de la Atlántida, completando la imagen.

—¡Ya está! Lo tenemos. ¡Este es el eslabón perdido para el Código de la Atlántida!

Edward la abrazó.

—¡Sabía que usted era la persona adecuada para el trabajo, Dr. Swan! Gracias.

Jason, el capitán, irrumpió por la puerta.

—Tenemos compañía.

Billie y Edward se acercaron a la ventana. Billie tomó unos prismáticos y enfocó las barcas que se acercaban. Eran dos. Ambas embarcaciones militares hinchables, probablemente zodiacs, y se acercaban a un medo kilómetro río arriba. A bordo había varios hombres que llevaban AK-47.

Edward maldijo.

—Probablemente sea alguien de alguno de los ejércitos rebeldes del Congo. Jason, sácanos de aquí. El Andre Sephora dejará atrás a estos pequeños criminales de guerra.

—Ya estoy en ello —respondió Jason, poniendo en marcha el motor de la embarcación deportiva.

Edward miró a Mark.

—Prepara al equipo. Asegúrate de que están listos para repeler a los pasajeros si nos alcanzan.

—Entendido —respondió Mark, saliendo de la habitación.

Billie se sintió tranquila cuando los chorros de agua del Rolls Royce entraron en acción y el Andre Sephora se irguió sobre su ola de proa. A los rebeldes les resultaría imposible seguirles el ritmo cuando alcanzaran su velocidad de crucero.

—Te dije que estaríamos bien —dijo Edward.

Billie iba a responderle, pero justo en ese momento, los motores se apagaron y el Andre Sephora volvió a hundir su proa en el río.

Capítulo LXXII

Un helicóptero voló hacia ellos desde la dirección opuesta. Estaba cubierto de camuflaje militar, pero no mostraba ninguna señal del país de origen. Edward se tranquilizó al saber que ninguno de los rebeldes de la zona poseía semejante maquinaria.

—¡Mark! ¡Parece que vamos a necesitar nuestro plan B! Quiero las ametralladoras Gatling listas para disparar, ¡y que alguien prepare los cohetes antiaéreos para disparar cuando esa cosa se acerque!

—¡Ya estoy en ello, jefe!

En el borde de la sala, la Dra. Swan tecleaba rápidamente en su laptop, descargando toda la información que necesitaría para llegar al santuario interior de la Atlántida, incluido el Código completo de la Atlántida. Edward sonrió ante su capacidad de recuperación mientras observaba cómo la Dra. Swan ocultaba el contenido en un dispositivo no más grande que una uña. A continuación, se preparó para destruir toda su estación de trabajo, incluida la laptop, por si ocurría lo peor. Edward sólo podía imaginar lo que ocurriría si el Código de la Atlántida caía en malas manos. Detrás de ellos, vio que las dos zodiacs habían aminorado la marcha y los hombres se preparaban para embarcar. Vio a los hombres de delante, que llevaban AK-47, balancear garfios mientras vociferaban gritos de guerra en su lengua materna. Otros simplemente disparaban contra el casco.

—Seguramente deben saber que un barco como el nuestro nunca entraría en el Congo sin estar bien armado para defenderse.

—¡Muy bien, Mark, es hora de destruirlos a todos!

Edward activó el sistema automatizado de defensa y colocó un asterisco sobre cada una de los zodiacs. El sistema informático destacó entonces el ángulo perfecto de disparo, y un microordenador disparó. El traqueteo de las cuatro ametralladoras Gatling al girar llenó la sala. Pero no se disparó. A las cuatro ametralladoras Gatling se les habían quitado los cartuchos de los rodillos. Por primera vez, desde la llegada del ejército rebelde, Edward sintió verdadero miedo. Su corazón latió con fuerza al darse cuenta de que tenía un traidor a bordo.

—¡Rápido, Mark! ¡Lleva a los hombres a cubierta!

—Me temo que no puedo hacer eso, señor Worthington.

Edward levantó la vista, sólo para ver que Mark había quitado el seguro de su propia arma y le apuntaba directamente. Edward miró alrededor de la cubierta de su barco en busca de sus otros hombres. Entonces se dio cuenta: nadie había acudido en su ayuda, porque no podían. Estaban encerrados bajo cubierta. Su guardaespaldas de mayor confianza le había traicionado.

—Tengo que saberlo, Mark. ¿Por qué?

Mark sonrió.

—Lo siento, pero en mi profesión la lealtad es siempre al mejor postor.

—¡Pero tú pones el precio y yo siempre lo he pagado con gusto!

—Sí, y yo estaba contento con ese precio. Pero entonces, llegó la Atlántida. Y eso, amigo mío, puede ofrecerme más que todo el oro del mundo: poder ilimitado. Incluso si la mitad de las tonterías que usted y la Dra. Swan han discutido en las últimas semanas son correctas, voy a ser un hombre muy rico.

Edward le miró e intentó hablar. Vaciló, incapaz de encontrar palabras para darle sentido a su traición, pero no tuvo que hacerlo. Tres disparos en rápida sucesión. Al levantar la vista, Edward se sorprendió al comprobar que apenas los sentía. Entonces vio los tres agujeros de bala limpios que se abrían en un estrecho grupo entre los ojos de Mark: no era su propia vida la que acababa de terminar. Detrás de él, Billie ya había bajado su Glock.

—Estuvo cerca. De nuevo, Dra. Swan, creo que le debo la vida.

Billie apretó los dientes. Los internos ya habían asegurado el Andre Sephora.

—No he hecho más que prolongar lo inevitable.

Varios hombres entraron y los agarraron. Se dio cuenta, afortunadamente, de que la Dra. Swan no había sentido la necesidad de luchar hasta morir. Mientras estuviera viva, aún había esperanza. El helicóptero sobrevoló la cubierta delantera del Andre Sephora. Un hombre salió de él. Edward reconoció al hombre al instante. ¿Cómo no iba a reconocerlo? Después de todo, aquel hombre era probablemente el más peligroso del mundo.

—¡Andrew Brandt! ¡Tendría que haber adivinado que estabas detrás de este ataque!

—Sr. Edward Worthington.

Andrew miró a Billie, que luchaba por liberarse del soldado que le sujetaba la cabeza con un candado en el brazo capaz de matarla en segundos.

—Dra. Swan, encantado de conocerla por fin. No sabe cuánto me han complacido sus esfuerzos. Nunca podría haber descifrado el código de la Atlántida por mi cuenta.

Luego miró a Mark, que yacía muerto en el suelo.

—Veo que el empleo de mi socio, el señor Mark Armel, no le ha parecido satisfactorio.

Andrew se rió de su propia broma.

—No importa, ya ha servido a mi propósito.

El comandante de los soldados que los retenían se acercó a Andrew.

—¿Qué quiere que haga con todos ellos?

—Me quedaré con la chica. Nunca se sabe cuándo puede ser útil.

Andrew sonrió lascivamente.

—En cuanto al resto, mátalos.

Billie maldijo a Andrew.

—Nunca lo resolverás. Moriré antes de ayudarte.

—No se preocupe, mi querida Dra. Swan. Su muerte está prevista, pero antes me gustaría que me ayudara con algunas cosas.

Se oyeron varios disparos antes de que nadie supiera de dónde habían salido. Zanzibe, el pequeño rey pigmeo, se había refugiado en una caja de pesca, demasiado pequeña para que cualquier persona de tamaño normal pudiera entrar. Entonces, disparó tres ráfagas rápidas con su Uzi. Edward sintió entonces que las fuertes manos del hombre lo liberaban de su captor, ahora muerto. Delante de él, Andrew ya se había movido para llevarse a la Dra. Swan. Los soldados de la parte delantera del barco se movieron rápidamente para tomar la parte trasera del Andre Sephora. Los disparos de las ametralladoras atravesaron el interior del barco.

—Tenemos que irnos —dijo Zanzibe.

Edward le siguió hasta la parte trasera de la nave.

—¿Y el resto de mis hombres? ¿Los que están atrapados bajo cubierta?

—Nadie está atrapado. Todos trabajaban para Mark.

—Entonces, ¿a dónde podemos ir?

Edward siguió a Zanzibe hasta la parte trasera de la nave.

—He colocado explosivos. La nave va a explotar en cualquier momento.

Los dos se zambulleron en el agua. Antes de que sus cabezas volvieran a la superficie, el eco de una enorme explosión hizo resonar una onda expansiva en sus oídos. Edward y Zanzibe nadaron todo el tiempo que su respiración les permitió antes de volver a romper la superficie. Volvió la vista hacia el Andre Sephora. Ya no quedaba nada. A cien metros de distancia, el helicóptero de Andrew partió.

—Ahí va el Código de la Atlántida... y lo que es más importante, la mujer más increíble que he conocido nunca.

Capítulo LXXIII

El túnel conducía mucho más abajo que cualquier otro lugar en el que hubieran estado dentro de la Atlántida. Después de casi una hora, la antigua ruta de escape giró y comenzaron el largo viaje en dirección ascendente. Sam miró el tiempo de supervivencia en su máquina ADS: les quedaban seis horas. Tendrían que empezar pronto el proceso de salir a la superficie si querían llegar a tiempo. Sam nadó alrededor de la siguiente curva en el túnel, revelando la apertura dentro de una pequeña cueva con vistas al exterior del templo de Poseidón.

—¿Tú qué crees? ¿Los hombres de Andrew se arriesgarán a que estemos muertos o nos estarán esperando en la superficie? —preguntó Tom.

Sam estaba a punto de responder, y entonces se dio cuenta de que, junto a la extensa cúpula exterior, había un Gato de Nieve de aspecto triste que parecía muy fuera de lugar, a casi ciento cincuenta metros bajo la superficie.

—Ah sí, no van a correr ningún riesgo. Ahora estamos atascados a quinientos kilómetros de cualquier lugar, ¡en el invierno siberiano sin un vehículo!

—Muy bien, vamos a enfrentarnos a la naturaleza —Tom comenzó el proceso sistemático de ascenso.

La enorme máscara de la máquina ADS de Sam rozó la superficie del lago Cheko. Intuyendo que un segundo ataque podría ser inminente, decidió no volver por el agujero que habían creado originalmente. En su lugar, construyó uno nuevo lo más cerca posible de la orilla. Escaneó la zona rápidamente, sin ver nada más que nieve. A continuación, encendió el monitor de infrarrojos de su casco y escaneó la zona. Con la seguridad de que sólo les rodeaba la nieve, Sam se apeó y se dirigió a la orilla del lago.

—Bien Tom, creo que está despejado. Te toca.

—Enseguida.

Sam cavó una cueva de nieve improvisada con la energía restante de su máquina ADS. Y luego empezó a salir con cuidado de la impresionante máquina. Abriendo la salida por debajo de él, bajó. Tras abrir la antena de su teléfono por satélite, pulsó el botón de llamada.

—¿Averiguaste dónde está la Atlántida? —La Secretaria de Defensa se apresuró a responder.

—¡Sí, en Manhattan! —Sam respondió—. Pero hay más.

—Se activará en las próximas cuarenta y ocho horas —dijo las palabras despacio, con su habitual aire de superioridad.

—¿Lo sabía? —preguntó Sam acusadoramente.

—Por supuesto que sé perfectamente lo que hace el dispositivo de la Atlántida. Estuvimos allí en 1908. Sabíamos que iba a activarse de nuevo, ¡pero rezamos como locos para que el segundo maldito templo no estuviera en nuestro lado del Atlántico!

—Todavía tenemos que averiguar con precisión en dónde, y no tenemos mucho tiempo.

—Sí, déjamelo a mí, pondré toda nuestra mano de obra en ello —dijo—. ¿Pero tienes el Código de la Atlántida?

—No.

—Entonces se acabó —dijo la Secretaria de Defensa.

—No, no es así. Porque creo que Billie lo ha encontrado.

—¿Pensé que habías dicho que esa horrible mujer había sido secuestrada?

—Así es. Probablemente por un hombre llamado Andrew Brandt. Por la información que he conseguido sobre él, es un becario de Rhodes, excepcional en matemáticas, y parecía estar en proceso de preparase para un puesto en la NASA.

—Entonces, ¿qué le pasó? ¿Por qué no lo atrapamos?

—El altruismo o la ciencia para la mejora de la humanidad no formaban parte de su plan. En lugar de eso, tomó la fortuna que le había dejado su padre y abrió un banco mercantil: Phoenix Associates. Por lo que hemos sabido de él, se especializa en adquisiciones únicas y a menudo muy ilegales. Sus problemas empezaron mucho antes de que naciera. Su padre y su abuelo formaron parte de una organización secreta conocida como la Resistencia Fénix durante miles de años. Juraron proteger el Secreto de la Atlántida. Imagino que este sería el código que buscamos. Tal vez a través de los años lo han perdido, o nunca lo tuvieron. En cualquier caso, creo que secuestraron a Billie porque pensaron que ella podría encontrarlo por ellos.

—¿Y crees que traerán a Billie a la Atlántida?

—Estoy seguro. De hecho, dudo que ellos mismos sepan dónde está la Atlántida. Todo lo que tenemos que hacer es llegar antes que ellos. Si la encontramos, encontramos a Billie, y si podemos traerla de vuelta con vida, tendremos el código.

Más adelante, Sam oyó el zumbido familiar de un par de Sikorsky SH-60 Seahawks. Miró a Tom.

—Tenemos compañía.

Tom asintió con la cabeza y preparó el RPG restante para dispararlo.

—¿Qué pasa? —preguntó la Secretaria de Defensa.

—Tenemos que irnos. Nos han encontrado. Parecen ser un par de Sikorsky.

La Secretaria de Defensa dijo:

—Esos son mis hombres en una misión de extracción para ustedes.

No te atrevas a dañar mi equipo, o lo pagarás tú.

—Creo que es la primera buena noticia que me da —dijo, mientras le indicaba a Tom que dejara el RPG.

—Tengo un jet esperando para llevarte al aeropuerto JFK. Yo personalmente me reuniré contigo en tierra. ¡No tenemos mucho tiempo!

—Entendido.

Sam pensó en el techo color celeste dentro del templo de Poseidón. Su propósito golpeó su mente de pronto.

—Señora Secretaria, hay una cosa más.

—¿Qué? —respondió cortante.

—Contacte con el jefe del Programa de Objetos Cercanos a la Tierra de la NASA. Es sólo una corazonada, pero necesito saber si hay algo grande dirigiéndose hacia la Tierra.

Capítulo LXXIV

Billie se quedó sentada. De poco le servía estar en esa posición. Intentó relajarse lo suficiente para poder dormir. Necesitaría todo su ingenio si quería vencer a Andrew cuando se presentara la oportunidad. Durante casi veinticuatro horas no había dejado de moverla. Alguien le había atado los ojos con un trozo de cuero impenetrable y, casi inmediatamente después, la había esposado a una barra de acero dentro del helicóptero. Desde el helicóptero, Billie fue trasladada a un jet, seguramente privado, supuso, porque no oyó a nadie más en él, a excepción del hombre que se la había llevado.

Andrew, si es que era él, se había sentado frente a ella en el jet bebiendo algo que olía a coñac. Luego, al cabo de unas horas, el olor de su cena se hizo doloroso. Era carne asada con verduras. Podía imaginarse el aspecto de la salsa vertida sobre los guisantes, las zanahorias y las papas mientras oía al hombre saborear cada bocado.

Esperó a que él hablara para no darle ventaja. Supuso que quería que se sintiera indefensa. Billie no tenía intención de darle ese placer, así que a pesar de su hambre y de no poder mear, permaneció callada. Era un juego que él estaba jugando con ella, pero no sabía con qué propósito. No le había dirigido la palabra desde que la secuestró, cuando se limitó a decirle que moriría, pero antes había algunas cosas que quería aclarar. Casi podía sentir cómo la miraba fijamente. Disfrutando de su incomodidad, esperando a que se excitara de verdad con la ansiedad que invadía a la mayoría de las personas en su situación. Estaba saboreando el momento, y ella se lo imaginó queriendo hacer algo para provocarla, pero conteniendo cuidadosamente sus deseos carnales. Retrasando la gratificación inmediata por algo mucho mayor: su completa sumisión.

Bueno, ella no le daría el placer.

¿Qué es lo peor que puede hacerme? Matarme. Vale, ya ha establecido que va a hacer eso. Basado en eso, cualquier forma en que pueda alterar el resultado será a mi favor. Si sólo tengo un día de vida, valdrá la pena arruinar el suyo. Pero ¿qué necesita realmente de mí? La respuesta le vino inmediatamente a la cabeza: ¡Poder! Dudaba que fuera sexual. Ya había empezado a sentir que conocía al hombre. Edward le había contado todo sobre su pasado. Era un niño rico, al que su padre había dado dinero y poder. Pero también era un becario de Rhodes, lo que significaba que era excepcionalmente astuto. Era el jefe de un culto de once mil años de antigüedad cuyo objetivo era garantizar que el secreto de la Atlántida llegara a su violenta culminación. Y eso lo convertía en un fanático. Incluso los terroristas rara vez continúan a lo largo de varias generaciones, pero para mantener el deseo de destruir

a la humanidad durante once mil años hace falta una persistencia fanática. Cuanto más pensaba en ello, menos creía que lo que él deseaba fuera en absoluto sexual.

No, él anhela el poder y por lo que parece se excita con él, el maldito enfermo. Pero no me necesita para eso. Quiere algo de mí, si no, simplemente me habría metido dos balas en la cabeza como hizo con el resto de la gente de la nave. ¿Podría ser el Código de la Atlántida?

¡Edward! Sus pensamientos se trasladaron rápidamente al anciano, y su corazón se desplomó al saber casi con certeza que ahora estaba muerto, y que lo más probable era que su cadáver estuviera siendo devorado por cocodrilos. Todos habían muerto. No había razón para que ella se preocupara más por él que por cualquier otro. Pero él había sido amable con ella. Más que eso, la había tomado bajo su protección como si fuera su propia hija. Nunca llegó a explicárselo, pero ella sabía que el viejo tenía una triste historia con su propia hija. Dejó de permitirse el lujo de la autocompasión y volvió rápidamente a la tarea de encontrar lo que Andrew buscaba.

Así que si Andrew ya tenía el Código de la Atlántida, ¿qué quería? ¿Podría ser que en realidad no sepa dónde está la Atlántida? Desechó la idea casi de inmediato. *No, él sabe dónde está*. Mark habría tenido esa información. Si no, ya habría intentado averiguar por ella dónde estaba, en lugar de volar hasta allí.

Billie no tenía ninguna duda de que volaban directamente hacia Nueva York. Ya ha pasado por eso. Lo que significa que ha visto los desafíos. ¡No puede superarlos! Para eso me necesita. Y eso significaba que había tiempo... si tan sólo pudiera enviarle un mensaje a Sam Reilly.

El vuelo continuó. Hizo un breve aterrizaje. Por lo que pudo deducir, sólo fue para repostar. Sus oídos, ahora muy atentos a los sonidos que la rodeaban, notaron que el hombre que la observaba se había levantado para estirar las piernas. Esperó unos minutos y luego se levantó ella también. Al instante, recibió un puñetazo en las tripas. La fuerza le sacó el aire de los pulmones y, mientras su diafragma sufría un espasmo, luchó por volver a respirar. Lentamente, volvió a su asiento. Entonces, recuperando lentamente la capacidad de respirar, Billie dijo:

—¡Iba al baño, cabrón!

—Pues ve aquí —respondió el hombre riendo.

Odiaba dejar que el hombre se saliera con la suya, pero aun así, era un largo vuelo hasta Estados Unidos y no había forma de que aguantara todo ese trayecto. Sin hablar, se limitó a mear en el jet del hombre.

—¡La zorra desgraciada se acaba de mear encima! —dijo el hombre.

—Bien. —Era la voz que ella había asociado con Andrew—. Significa que estamos casi listos para empezar.

Capítulo LXXV

Edward llegó a la orilla con Zanzibe, el rey pigmeo. Era una larga travesía nadando, de más de dos kilómetros, y a sus ochenta años probablemente se encontraba en el 1% de su grupo de edad que podía hacerlo. El hecho de que no muriera de un ataque al corazón durante la travesía sólo demostraba que el propósito que le impulsaba era más valioso que su vida. Podía morir pronto, después de haber realizado su tarea, pero no antes.

—Gracias, Zanzibe. No estaría aquí si no hubieras entrado.

—No. Sé que no eres uno de ellos. No eres un dios, pero la Dra. Swan lo es, ¿no?

Edward asintió con la cabeza.

—¡Y tú vas a salvarle la vida! —insistió el pigmeo.

—¿Yo? ¿Cómo rayos esperas que haga eso? Estoy en medio de la selva del Congo, sin nada, y ellos están en un helicóptero, probablemente ya en un avión hacia la Atlántida. Quiero a Andrew muerto tanto como tú, y también quiero salvar a la Dra. Swan, pero no creo que sea posible. Carajo, ni siquiera sé cómo voy a salir de esta jungla, y mucho menos llegar a Nueva York.

—Te ayudaré.

Edward se rió.

—Odio decírtelo, pero a pesar de ser el rey de tu pequeña tribu, hay un mundo realmente grande ahí fuera, y hay poco que cualquiera de nosotros pueda hacer para cambiarlo.

—Creo que tienes razón, pero de todos modos, necesito que salves la vida de la Dra. Swan, antes de que se inicie el Código a la Atlántida, y tu «mundo realmente grande» lo pase mal.

—Bien, ¿cómo salimos de la selva desde?

—Déjame eso a mí.

El pigmeo empezó entonces a gritar en un antiguo dialecto pigmeo que sonaba más como el ritual de apareamiento de un pájaro que como algo humano. En pocos minutos recibió respuesta.

—Genial, ¡habla con los animales!

Y entonces la selva se quedó en silencio.

—¿Qué han dicho?

—Dijeron que te ayudarán. Porque es importante, no porque les agrades.

—Estupendo. ¿Por dónde?

El pigmeo señaló hacia una pequeña abertura en el denso bosque.

—Allí.

Cinco minutos más tarde, la tranquilidad de la jungla se vio interrumpida por el sonido de las aspas de un helicóptero girando.

Edward sonrió al pequeño nativo.

—¿Has pedido un helicóptero?

—Por supuesto. Y voy a ir contigo para asegurarme de que no la cagues.

Capítulo LXXVI

Aeropuerto JFK - Doce horas restantes

Sam Reilly bajó del avión. La comitiva presidencial se reunió con él en la pista. Un marine de uniforme le abrió la puerta. Sam se agachó despreocupadamente para entrar en el coche. Su padre había financiado la campaña del Presidente. No se sintió intimidado por el hombre. En todo caso, se sintió aliviado. Si estaba aquí, significaba que la Secretaria de Defensa le había tomado en serio.

—Hola, Sr. Presidente. —Sam se dirigió arrastrando los pies hacia el lado más alejado del coche, cariñosamente conocido como la Bestia. Tom le siguió, y la puerta se cerró inmediatamente después. Ambos estrecharon la mano del Presidente. A su lado estaba sentada la Secretaria de Defensa. Llevaba el pelo rojo recogido en un moño militar perfecto. Sam pensó si realmente tenía el ceño fruncido o si era sólo una actuación cuando pasaba tiempo con él. De alguna manera, a pesar de la ira en sus ojos y el disgusto cada vez que hablaba con él, era posiblemente la mujer más sexy que había conocido. Aún así, no se le ocurría nadie con quien le gustara menos pasar la velada.

—Sr. Reilly, algún día me gustaría mucho saber qué hacía usted investigando en Siberia nuestros secretos del siglo pasado, enterrados hace mucho tiempo. Pero si usted es como su padre, sé que estaría malgastando mi aliento. Por ahora, necesito saber exactamente cuánto tiempo nos queda.

—¿En el mostrador de la Atlántida?

—Sí, en el maldito mostrador de la Atlántida.

—Un poco menos de doce horas —respondió Sam—. ¿Encontró lo que le pedí?

—Sí. El mapa original de Costello. Acabamos de recogerlo en el Instituto Smithsonian. El mapa más antiguo conocido de Manhattan está ahora en sus manos. Además, uno de los conservadores de allí ha encontrado una serie de planos de ingeniería de los lotes de agua originales. Ahora tenemos a más de mil de los nuestros buscando esa entrada.

—Bien. —Sam recogió los delicados papeles y empezó a buscar lo que necesitaba—. ¿El Programa de Objetos Cercanos a la Tierra de la NASA encontró algo?

El Presidente respondió.

—No, me dijeron que esté tranquilo, no hay nada que esté en curso de colisión directa con nosotros. Varios pueden acercarse, pero si estuviéramos en peligro, ya lo sabríamos.

—¿Les envió las imágenes de la caverna celeste que encontramos en el templo de Poseidón? —preguntó Sam.

La Secretaria de Defensa dijo:

—Sí, y echaron un vistazo al cometa que parece estar en camino hacia la Tierra. Un tal Dr. James Bradley, de su Programa de Objetos Cercanos a la Tierra, me aseguró que a menos que la Tierra cambie su atracción gravitatoria, nada hará que esa piedra caiga del cielo.

—¡Comuníqueme con él ahora! —Sam respondió.

—¿Por qué? —preguntó el Presidente, con la más leve alarma en su voz—. Ya ha dicho que pasará cerca de la órbita terrestre.

—Porque, déjeme adivinar, pasará dentro de unas doce horas.

El Presidente asintió con la cabeza, la comprensión le golpeó con fuerza.

—Tome, eche un vistazo a esto. —Sam le entregó las imágenes que había impreso en el vuelo—. Son marcas celestiales encontradas dentro del templo de Poseidón. Al principio no tenían ningún sentido, pero he descubierto lo que son. Son mapas de cometas que pasan cerca de la Tierra y son atraídos a nuestro campo gravitatorio. La Atlántida de alguna manera afecta esa atracción, cambiando la dirección del cometa de su trayectoria original.

—¿Alguna posibilidad de que podamos eliminar ese cometa antes de que nos alcance? —sugirió Tom.

—Imposible. —La respuesta del Presidente fue firme—. Disponemos de sistemas para destruir una colisión extraterrestre de este tipo, pero tardarían meses en ponerse en marcha. No, sugiero que utilicemos ahora nuestros recursos para asegurarnos de que nadie active la Atlántida.

Sam hojeó las notas de construcción de las parcelas de agua que se construyeron en mil seiscientos cincuenta y tres, la primera de una serie de reclamaciones de tierras dentro de la isla de Manhattan. Cuando sus ojos llegaron a una serie de nombres, en su mayoría los propietarios o empresas que estaban construyendo, se detuvo.

—Bien, aquí está. Este. Dice que el propietario era un tal Sr. Félix Brandt.

—¿Está seguro? —preguntó el Presidente.

—Sí. Andrew Brandt es quien creemos que secuestró a la Dra. Swan. Debe haber una conexión en alguna parte. Él necesita algo de Billie. Mi conjetura es que ella se las arregló para encontrar el Código de la Atlántida. Sam pensó durante unos segundos. —Vale, hazles saber que debe estar escondido relativamente a plena vista. La Dra. Billie Swan estuvo allí hace sólo cinco semanas. Si llegó por su cuenta, significa que no estaba haciendo ninguna excavación seria, o su gente ya lo sabría. Hay que buscar en algún lugar que descienda por debajo de ese edificio.

—Sólo hay un problema —le miró seriamente el Presidente.

—¿Qué?

—Ese edificio fue derribado en 1930.

—¡Tiene que ser ese edificio! ¿Por qué lo derribaron?

—Para dar paso a la construcción del Centro Financiero del Banco de América en la esquina de Wall Street y Water.

Sam miró el mapa de Costello, comparándolo con el lugar donde se encontraba el actual edificio del Canco de América.

—De acuerdo, lo tengo. Lléveme a ese edificio. Sé dónde están esos túneles. Y creo que acabo de averiguar cómo Billie logró encontrarla tan fácilmente.

Capítulo LXXVII

Sentarse con los pantalones de carga mojados durante el resto del vuelo habría sido un pequeño precio a pagar por saber que había disgustado a su captor, pero sus palabras: «Bien, está casi lista», parecían mucho más siniestras. El avión seguía volando cuando alguien la agarró por detrás y la obligó a levantarse. Pronto descubriría exactamente lo que Andrew necesitaba de ella antes de morir. El avión dejó de moverse y ella se encontró bajando una serie de escalones hasta donde la esperaba otro helicóptero.

Quince minutos después, el helicóptero aterrizó. La sacó de él un hombre que la había estado esperando. El viento casi la hizo perder el equilibrio. Abajo, muy abajo, apenas oía el claxon de los coches. Bueno, eso explicaba si Andrew sabía o no dónde estaba la Atlántida: la había llevado a lo alto del Centro Financiero del Banco de América.

La acompañaron a un ascensor. Bajó cinco pisos antes de detenerse en el piso dieciocho. Allí sintió que unas manos ásperas tiraban de sus muñecas atadas y la obligaban a salir. Un hombre que apestaba a colonia pasó una llave en forma de tarjeta para abrir el ascensor más seguro del banco.

Se trataba de una medida de seguridad para dificultar el robo de las elitistas cajas fuertes privadas del banco. Los propietarios que utilizaban las cajas de seguridad privadas del banco se veían obligados a entrar en el vestíbulo, subir en ascensor hasta la planta dieciocho, donde pasaban más controles de seguridad, antes de entrar en un ascensor completamente distinto, cuyo hueco estaba totalmente separado del resto de ascensores del edificio. El ascensor descendía casi cuarenta y cinco pisos, llevándolos a las profundidades del edificio, donde una cámara acorazada albergaba algunos de los secretos y objetos de valor más preciados del mundo.

La cámara acorazada secreta no se daba a conocer al público en general. El banco ofrecía un sistema de cajas de seguridad para sus clientes habituales a un nivel totalmente distinto. Esta cámara acorazada secreta había alcanzado el mismo estatus que una antigua leyenda. Un lugar donde se guardaban, por su absoluta seguridad, algunos de los objetos más singulares de todo el mundo. Billie sólo había llegado a la conclusión de la ubicación de la Atlántida porque ella también tenía una caja de seguridad en la cámara acorazada secreta. Un lugar donde guardaba muchos de los artefactos y notas que había obtenido en su búsqueda para completar lo que su abuelo empezó. Basándose en los cálculos que había hecho en el espejo de la pirámide maya, había determinado que la Atlántida se encontraba en la esquina de Wall Street y Water Street, en Nueva York. En cuanto lo

vio, imaginó cuál podía ser el único lugar en el que semejante secreto podría mantenerse a lo largo de los siglos.

El ascensor se detuvo bruscamente y ella se vio obligada a salir. La temperatura bajó varios grados. Recordó que la cámara acorazada secreta se mantenía a una temperatura artificialmente baja para proteger algunos de los artefactos más antiguos y frágiles. Todavía con los ojos vendados, la empujaron hacia el final de la habitación. Le desataron las manos, le empujaron la cabeza hacia abajo y la obligaron a entrar en un túnel metálico. El olor a residuos quemados seguía latente. Sabía exactamente dónde se encontraba.

Arrastrándose lentamente, sentía el agudo pinchazo de un cuchillo en las piernas cada vez que se detenía. Al salir por el otro lado, oyó que la pequeña puerta se cerraba con un ruido metálico, seguido de varias vueltas a su cerradura de seguridad, como la de la escotilla de un submarino. Una vez en el antiguo túnel de la Atlántida, un hombre le quitó la venda de los ojos por primera vez desde que había sido secuestrada en la cubierta del Andre Sephora. Un hombre rubio la saludó con una sonrisa encantadora. Le quitó la mordaza y con una sonrisa curiosa en la cara, parecía fascinado por lo que ella pudiera decir o hacer ahora. Cuando ella no dijo nada, él mostró la resignación de un matón al que le han dicho que la madre del niño ya está aquí y que no puede seguir atormentándolo.

—Ahora, Dra. Swan, me gustaría que me enseñara cómo superar los desafíos de la Atlántida.

Capítulo LXXVIII

Edward examinó a su pequeño amigo pigmeo, Zanzibe. Había vestido al rey con un traje de Vivienne Westwood. De alguna manera, le transformó de lo que parecía un niño albino a un hombre de negocios rico, aunque muy bajito. No llamaría la atención del personal de seguridad del banco vestido así. Zanzibe sonrió con su dentadura perfectamente blanca y afilada como puntas de navaja.

Edward suspiró.

—Mejor no sonrías, amigo mío.

—Muy bien. Sin sonreír.

—Bien, ¿estás listo?

—Sí, por supuesto. Nací para proteger la Atlántida.

El fanatismo nunca dejaba de sorprender a Edward. El tipo había pasado toda su vida preparándose para el acontecimiento de esta noche. Una mirada al pequeño pigmeo, y supo que el hombre moriría con gusto para proteger el legado de sus dioses.

—De acuerdo. Vamos.

Era temprano por la noche. El banco principal estaba cerrado, pero su cámara acorazada secreta nunca dormía. El personal se consideraba el divino custodio de algunos de los objetos más preciados del mundo, y sus propietarios podían visitar sus secretos veinticuatro horas al día, trescientos sesenta y cinco días al año. Edward llegó a la puerta principal en su propio coche. Una cámara de seguridad confirmó sus datos y abrió las puertas. Se metió en la entrada subterránea de seguridad del banco.

Inmediatamente se acercó un ayudante.

—Bienvenido de nuevo, Sr. Worthington. ¿Se quedará mucho tiempo?

Edward le entregó las llaves y contestó:

—Quizá una hora, gracias.

La cámara acorazada ofrecía un servicio de estacionamiento obligatorio para reducir el riesgo de atraco al banco, ya que el coche de huida estaría en el estacionamiento de otro edificio. El gerente nocturno se acercó y les saludó cordialmente.

—Bienvenido de nuevo, Sr. Worthington.

Edward estrechó la mano del gerente y le dijo:

—Este es el Sr. Zanzibe. Mi amigo de la República Democrática del Congo, del que le hablé. Como puede imaginar, necesita almacenar algunos de sus mejores descubrimientos.

El director del banco asintió con la cabeza. Y lo sabía. La República Democrática del Congo era sinónimo de los diamantes de mejor calidad del mundo, así como de corrupción. Una mirada a Zanzibe, y

al instante habría imaginado a un hombre tribal que había encontrado el diamante de sangre por excelencia.

—Por supuesto, por aquí, caballeros.

El ayudante desapareció con el Audi de Edward y los tres hombres entraron en el ascensor. Subieron a la planta dieciocho. Allí, al pigmeo le escanearon las retinas de los ojos y las yemas de los dedos, y luego le tomaron una muestra de ADN. Eligió una contraseña que incluía una combinación de cuarenta y dos letras, números y caracteres acentuados.

Zanzibe recibió el número de su caja fuerte. Los dos hombres entraron en el ascensor e iniciaron el descenso a una de las cámaras acorazadas más protegidas del planeta.

Edward dijo:

—Me han informado de que los últimos ocupantes de aquí abajo se fueron hace treinta minutos. Pero eso significaría que Andrew ha ganado.

—Quizás, amigo mío, lo ha hecho —Zanzibe respondió.

—No, eso no es posible. Porque si lo hubiera hecho, nada de esto seguiría aquí. Es más probable que haya hecho que alguien más le firmara la salida. Tal vez debas prepararte, en caso de que tengamos compañía cuando este ascensor se detenga.

—Estaré preparado.

Edward miró a su lado, donde Zanzibe ya había juntado sus dos Uzis. Sus dientes afilados brillaban como una banshee. Y entonces se abrieron las puertas del ascensor.

Capítulo LXXIX

Billie estudió el primero de los tres desafíos con intensidad. Ya conocía las respuestas a los tres, pero ahora tenía que superar una prueba mucho mayor. Dentro del templo de Poseidón, la Esfera de la Atlántida esperaba ansiosa por liberar su maligno poder de destrucción. El tiempo se agotaba, y pronto ella debía actuar para dominar a su captor. Siempre fue un juego, pero ahora el precio de los retos ya no era simplemente su vida. Ahora, fracasar significaba el fin de la raza humana. Se planteó simplemente negarse a superar los desafíos, pero con la Esfera de la Atlántida ya preparada, Billie tenía que alcanzarla con el código si quería detenerla. Tendría que llegar al santuario interior. Pero en algún punto del camino, Andrew Brandt debía morir.

La primera sala suponía el desafío de la fuerza, con su largo túnel y su techo descendente, lleno de pinchos. Billie se preguntó rápidamente si Andrew sería tan ingenuo como para desear atravesarlo primero. Observó cómo Andrew estudiaba el mecanismo que levantaba el techo maniobrando el voladizo. Lo levantó para que el techo se nivelara, revelando la salida entreabierta al final del largo túnel, y luego volvió a bajarlo lentamente. Los pinchos cayeron como un machete.

Le sonrió con maldad.

—Supongo que será mejor que te deje pasar primero. ¿Puedes abrirlo por mí?

—¿Por qué, no te crees lo suficientemente fuerte como para resolverlo por tu cuenta?

—Por supuesto que no, por eso hice todo lo posible para traerle aquí, Dra. Swan. Ahora, en caso de que sienta el impulso de seguir corriendo una vez que esté en el otro lado, permítame recordarle que sólo yo tengo el Código de la Atlántida.

Andrew la miró fijamente. Sus penetrantes ojos grises atormentaban su indecisión. Como ella no respondió, él dijo:

—Y eso significa que este edificio y todo lo que hay dentro va a ser arrasado en las próximas dos horas.

—¿Y si te ayudo a pasar? Entonces, ¿qué?

—Entonces yo gano y tú pierdes.

—¿Pero todos morimos de todos modos?

—No, tú mueres, todos los demás mueren, pero yo tengo todo el poder que viene con la Esfera de la Atlántida y su código de acceso.

—No me parece muy justo —señaló Billie.

Suspiró. —No, me atrevo a decir que no es muy justo. Pero oye, mientras tú y yo estemos juntos, quizá encuentres una oportunidad de ganar. Lo dudo, pero es la única opción que tienes, ¿no?

Se giró para mostrarle que aún tenía las manos atadas a la espalda.
—Voy a necesitar que me desaten si quieren que supere el desafío.

—Realmente preferiría que no.

—Entonces supongo que será mejor que los dos nos tumbemos aquí a morir. Verás, a mitad del túnel hay que tirar de una palanca para abrir la salida final. Si no lo consigo, difícilmente podré ayudarte a alcanzar tu todopoderosa esfera.

La agarró con fuerza. Poniéndole la rodilla en la nuca, le quitó las esposas que la ataban. Ella estiró rápidamente los brazos y los movió hacia delante. Un segundo después, Andrew volvió a sujetarlas.

—Ya está. Ahora puedes alcanzar la palanca, pero así no podrás intentar romperme el cráneo con una piedra.

Sonrió con una mansedumbre que nunca sentiría de verdad.

—Bien, veamos qué tan fuerte eres entonces.

En cuestión de minutos, Billie superó el primer desafío y, tras reajustar la palanca para que Andrew pudiera seguirla, estudiaba el segundo. Este consistía en elegir el peso correcto para colocarlo en el pedestal. En lugar de los lingotes de oro del templo del Congo, tenía barras de oricalco macizo. Cada una de ellas brillaba en color rojo como respuesta a sus tenues linternas, enviando fragmentos de color rojo a la oscura sima que bloqueaba su paso.

Se quedó pensando en cómo superar el desafío y hacer que mataran a su captor en el proceso. Y entonces Andrew empezó a recoger los lingotes y las pesas y a apilarlos en la antigua balanza. Al cabo de dos o tres minutos, se echó a reír y llevó varias de las barras de oricalco hasta el pedestal. Sin preguntarle si había elegido bien, Andrew los dejó caer.

El pedestal se iluminó en rojo y, segundos después, el puente oculto se colocó en posición.

—¡Qué suerte! ¿No? Supongo que no te necesitaba después de todo.

Capítulo LXXX

Sam Reilly llegó a la entrada del Banco de América, en la esquina de Wall Street y Water. A esas alturas, el edificio estaba repleto de agentes de policía. Salió del coche, armado con una ametralladora M16 en las manos y una Glock atada al muslo izquierdo. Tom le siguió con un armamento similar. En el vestíbulo, el gerente nocturno de la cámara acorazada discutía con el agente de policía de mayor rango que se encontraba en el lugar.

—Buenas noches, señor —Sam estrechó la mano del hombre—. Mi nombre es Sam Reilly, y este es uno de mis socios, Tom Bower. ¿Ha sido informado de la situación?

—Me llamo Mitchel Sawyer. Soy el gerente nocturno de la cámara, y nadie puede entrar o salir a menos que sea un cliente actual del banco. Y me temo que ninguno de ustedes está en la lista.

Sam apretó los dientes antes de hablar.

—Sr. Sawyer, en menos de una hora, usted y casi todos los demás seres vivos de este planeta van a tener un final realmente malo, a menos que impidamos que un loco cometa el peor acto terrorista jamás visto.

—Lamento mucho oír eso, señor, pero me temo que la cámara tiene reglas muy específicas. De hecho, está protegida por una serie de leyes, que le prohíben expresamente irrumpir aquí de esta manera.

Sam sacó su teléfono y se lo entregó al hombre.

—Espero que este hombre pueda hacerle entrar en razón antes de que tenga que matar a alguien.

El hombre se enderezó ante la amenaza y agarró el teléfono.

—¿Quién es?

—Contesta y lo verás.

El encargado de noche habló.

—¿Hola?

Asintió con la cabeza. Luego empezó a intentar explicar el sistema de nuevo, antes de devolverle el teléfono de repente. Sam lo agarró y dijo:

—Sr. Presidente.

Sonrió.

—Por supuesto, Sr. Presidente. Lo haré.

El director del banco empezó a protestar de nuevo diciendo que no tenía intención de contradecir al Presidente de los Estados Unidos de América, pero que su deber era con sus clientes. Sam metió la boquilla de su Glock en la garganta del hombre.

—Lo siento, Sr. Sawyer. Debe haberme malinterpretado. He dicho que tenemos que entrar en la cámara acorazada... ¡ahora mismo!

En menos de diez minutos, Sam y Tom descendieron solos por el ascensor hasta la cámara acorazada. Ambos quitaron los seguros de sus ametralladoras M16.

—Por lo que sabemos de este tipo, la entrada estará bien vigilada.

Tom apoyó el dedo en el gatillo. Y la puerta del ascensor se abrió.

Sam sonrió al ver la cámara acorazada, donde yacían muertas al menos diez personas. Cada uno había sido masacrado por fuego de ametralladora pesada.

—Pensándolo bien, puede que no seamos los únicos interesados en este tipo.

—No, Sam, parece que vas a tener que esperar en la fila. —Tom escaneó la habitación, que ahora estaba cubierta de sangre—. Quien sea que nos haya ganado, vino bien preparado y fuertemente armado. Pero la pregunta sigue siendo, ¿a dónde se fueron?

—Eso es fácil.

—¿Sí? ¿A dónde?

Sam se acercó al incinerador y dijo:

—Aquí.

Tenía la forma de la cabeza de un cocodrilo gigante. Como todos los buenos lugares de almacenamiento de secretos valiosos, la cámara acorazada albergaba un gran incinerador, que sus clientes podían utilizar para eliminar las pruebas de cualquier verdad no deseada. El metal rojo del oricalco brillaba como el diablo.

—¿Cómo lo supiste? —preguntó Tom.

—Billie me trajo aquí una vez. Hace muchos años. Me contó que su abuelo, que buscaba una civilización antigua, utilizaba esta cámara para almacenar toda su información en ella. La imagen del incinerador era tan singular que, aunque no sabía dónde colocarla, la reconocí dentro del templo de Poseidón.

Tom asomó la cabeza dentro de la incineradora. Todavía olía a residuos quemados.

—Un buen lugar para ocultar la entrada a una ciudad antigua. Pues ¿quién querría entrar voluntariamente en un incinerador?

—Exactamente. Ahora, vamos a entrar antes de que sea demasiado tarde.

Sam y Tom se prepararon para descender por el incinerador, listos para enfrentarse a cualquier cosa que les esperara al otro lado.

Capítulo LXXXI

Billie siguió a Andrew mientras cruzaba despreocupadamente el puente. Se balanceaba suavemente mientras lo atravesaban, pero ni de lejos lo suficiente como para que ella consiguiera la ventaja necesaria para poder tirarlo. Al otro lado se arrastraron por otro túnel, que se abrió al tercer y último desafío: la prueba de valentía. Casi cuarenta pilares de piedra se alzaban precariamente sobre un profundo abismo. Debajo no había más que oscuridad. A primera vista, sería imposible saltar de piedra en piedra a través de él.

Billie se quedó allí, mirando, pero negándose a mostrar el camino.

—Mi querida Dra. Swan., me gustaría decirle que podemos esperar todo el día, pero a decir verdad... —Andrew miró su reloj—, tenemos poco menos de veinte minutos.

—Muy bien. ¿Ves esos tres pilares de piedra blanca? —preguntó.

—Los veo.

—De acuerdo, la larga distancia entre el segundo y el tercero son meras ilusiones. El suelo oscuro de abajo es el mejor disfraz.

Andrew le sonrió.

—Usted primero, Doctora.

—Sí, pero necesito que me desates las manos. Tienes un arma, y eres al menos el doble de grande que yo, ¿qué te preocupa?

Se encogió de hombros.

—¿Por qué necesitas tus manos para saltar a través de algunas rocas?

—Porque necesito correr para hacerlo, y no lo conseguiré nunca sin el impulso total de mis brazos.

—No me importa si no lo consigues.

—Claro, como quieras. Esperaré aquí a ver cómo intentas saltarlo.

Andrew estudió el hueco. La ilusión óptica era casi perfecta. Luego se acercó a ella con un cuchillo en la mano y lo introdujo en el mecanismo de cierre de las esposas. La cerradura barata crujió bajo la presión. Billie levantó las manos lentamente.

—Gracias.

Le hizo un gesto con la cabeza, apuntándole con su arma.

—Ahora es tu turno. ¡Adelante!

Se dio la vuelta y corrió hacia la sima, pasando de una piedra a otra hasta detenerse por completo. Allí se quedó mirando el oscuro abismo. Recogió un montón de arena blanca y lo arrojó a la negra extensión. Al instante, se pudo ver un camino oculto, no más ancho que el pie de una persona, que recorría los tres metros restantes hasta el otro lado. En lugar de un rayo directo, el camino secreto serpenteaba alrededor de la habitación, de modo que nadie podría

adivinar que estaba allí. Estaba hecho de una aleación, a diferencia del oricalco de los atlantes, que reflejaba la luz majestuosamente, el material con el que habían construido el camino secreto absorbía toda la luz. Pisó con cuidado pie tras pie hasta llegar al otro lado.

—Ahora te toca a ti —dijo.

Andrew pasó con cuidado de una torre de piedra a otra. Como en todo lo que le había visto hacer, parecía seguro de sí mismo. Cuando llegó al precipicio que precedía al camino secreto, sintió que el suelo blando se hundía. Estaba oscuro y, a pesar de apuntar directamente con la linterna, el suelo parecía desaparecer. Vio cómo Andrew daba sus primeros pasos por el sendero oculto. Entonces se agachó, tomó un puñado de tierra y se lo arrojó directamente. El polvo ennegreció todo el camino secreto, junto con los escalones que conducían a él, dejando a Andrew flotando por encima del abismo.

—Mi querida Dra. Swan, ¿olvidas que sólo yo llevo el Código a la Atlántida?

Billie se obligó a sonreír.

—Estaba pensando en un intercambio. Tírame tu bolsa y yo te tiro más arena blanca.

—Tengo una idea mejor. Qué tal si sigo tus pasos. —Andrew entonces avanzó lentamente, hasta desaparecer.

Billie miró alrededor de la habitación en busca de algo que pudiera utilizar como arma, pero a excepción de la Esfera, el lugar estaba vacío. Andrew se rió de su preocupación.

—¿No te he dicho que tengo la suerte de tener memoria fotográfica? —Para demostrar lo que decía, saltó por el sendero secreto errante.

Luego se dirigió hacia la Esfera de la Atlántida. La esfera se iluminó de azul. Andrew tocó y reorganizó con pericia varios de sus antiguos símbolos, cambiándolos de azul a rojo. Trabajaba con rapidez, como un hombre que había nacido para trabajar en una máquina así. A diferencia de Billie y Edward, que se habían limitado a adivinar el propósito de la antigua y compleja máquina, Andrew parecía saber intrínsecamente lo que quería. Como si estuviera viva y le estuviera esperando.

Billie se acercó lentamente.

—¿Qué estás haciendo, Andrew?

—Eso está muy cerca, Dra. Swan —dijo, levantando su pistola hacia ella—. Si quiere saberlo, estoy cambiando el curso de la historia para la humanidad.

Billie no tuvo más opción que detenerse y observar mientras Andrew continuaba manipulando la Esfera de la Atlántida. El tiempo se agotaba y la desesperación se apoderaba de ella. Sabía que debía encontrar una manera de detenerlo, pero en ese momento, no tenía

más que su ingenio y su valentía.

Capítulo LXXXII

Andrew bajó la mirada ante el repentino dolor que sentía en el brazo. Ni siquiera vio el antiguo cuchillo. Sólo podía suponer que ella lo había recogido de donde había estado enterrado dentro de la misteriosa aleación oscura. Respiró hondo y la adrenalina le hizo entrar en un frenesí de ira. Antes de que pudiera comprender realmente lo que acababa de ocurrir, la Dra. Swan se había abalanzado sobre su arma con una fuerza que no hacía justicia a su esbelto cuerpo.

La pistola salió volando de su mano y cayó al suelo. En un instante, se agachó para agarrarla y la Dra. Swan le puso la rodilla en la mandíbula. Aturdido, sus dedos agarraron el arma. La levantó para dispararle, pero antes de que su mano pudiera moverse, ella le dio una patada tan fuerte que le rompió varios dedos y lanzó el arma por los aires.

Se volvió para correr hacia ella. Ya había empezado a pulsar varios de los símbolos de la esfera. Brillaba negra en desaprobación.

—¡Maldita zorra! —Andrew maldijo—. ¿Qué has hecho?

Entonces le dio un fuerte codazo en la cara. Ella cayó al suelo, apenas consciente.

Edward se adentró en la enorme caverna, rápidamente y con creciente confianza se movió para coger la Glock. Sin decir una palabra, apretó el gatillo. Andrew oyó los dos disparos. Entonces sintió un ardor en el pecho. Al respirar hondo, oyó el borboteo de la sangre en sus pulmones. Cayó al suelo con una expresión de desesperación en su rostro. Su confianza se había transformado en tristeza y pérdida. No estaba preocupado, sólo decepcionado.

La Dra. Swan se apresuró a recuperar su cuchillo y acercarlo a su garganta. La idea le dio ganas de reír.

¿No se dio cuenta de que estaba herido de muerte?

Andrew intentó hablar, pero el cuchillo se lo puso difícil. Aun así, lo intentó. Tenía que saber la verdad.

Edward empezó a introducir símbolos en la esfera.

—¡Rápido, Dra. Swan! ¡El código! Dígame que tiene el Código de la Atlántida.

—Sí. Aquí.

Andrew intentó moverse, pero ella sacó su tableta y la lanzó hacia Edward.

—Está todo ahí —dijo la Dra. Swan.

—Buen trabajo. Sabía que podía confiar en usted.

—¡Edward, no puedo creer que estés vivo! ¿Cómo sobreviviste?

—Es una larga historia, pero por ahora, necesito introducir el

código.

La esfera azul brilló cuando Edward empezó a introducir rápidamente el código. Cuando introdujo la imagen final, la esfera empezó a girar sobre su eje. Una brillante luz azul se dirigió hacia el techo.

—¿Qué rayos has hecho? —Fue el pigmeo quien habló con rabia vitriólica—. ¡Se suponía que enterrarías la Atlántida como es debido, no que la activarías!

Edward sonrió, volvió a sacar la pistola y mató al pigmeo de un disparo directo a la cabeza.

—Lo siento, pequeño rey. He mentido.

—¿Qué coño acabas de hacer? —Billie maldijo.

—En efecto, lo siento mucho —dijo Edward—. Olvidé mencionar que formo parte de la Resistencia Fénix. Lo único que hago es volver a arreglar el mundo. Andrew, ¡se suponía que tú lo activarías! Sabía que tu fastuoso estilo de vida te debilitaría. Codicioso, lo más probable es que estuvieras tratando averiguar si podías reprogramarlo para destruir sólo partes de Manhattan, haciendo que mi inversión en bienes raíces de gran altitud valiera una fortuna para ti.

Andrew intentó responder, pero no pudo.

Billie le miró.

—Pero ya estaba activado. El código debía desactivarlo.

—Sí, bueno, fuiste muy crédula, ¿verdad? ¿Qué creías que estaba pasando, que habías entrado aquí, tocado algunas cosas y desencadenado un cataclismo? No, he intentado durante casi cincuenta años conseguir el Código de la Atlántida, y sólo tú has sido capaz de dármelo. Así que, gracias. Es una verdadera lástima que todos vayamos a morir.

Billie se lanzó hacia Edward, tratando de detenerlo, pero él la empujó hacia atrás con fuerza. Cayó al suelo, golpeándose la cabeza contra una roca. Edward se giró hacia la esfera, su rostro iluminado por la luz azul que irradiaba.

—Ahora, finalmente, puedo completar lo que empezamos hace tanto tiempo. La Resistencia Fénix no permitirá que la humanidad destruya este planeta. No mientras tengamos el poder de la Atlántida.

Mientras Edward manipulaba la esfera, la luz azul comenzó a intensificarse, llenando la caverna con un resplandor cegador. Billie, herida pero decidida, buscó desesperadamente una manera de detener a Edward y salvar a la humanidad de la catástrofe inminente.

Capítulo LXXXIII

Sam disparó tres ráfagas cortas con su M16 y la ametralladora roció a Edward Worthington antes de que pudiera terminar su siguiente frase. A continuación, él y Tom cruzaron rápidamente el camino secreto sobre el oscuro barranco.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —preguntó.

—Unos cinco minutos —respondió Billie.

Soltando a Andrew, empezó a examinar de nuevo la esfera.

Sam miró el código y luego la esfera.

—¿Puedes desactivarla?

—No tengo ni idea. O sea, debe ser posible, pero no tengo ni idea de cómo.

Andrew empezó a moverse. Tenía la cara pálida por las gotas de sudor. Le salía espuma de sangre por la boca al exhalar. Sam dio un paso hacia él.

—¿A dónde crees que vas?

Andrew intentó hablar, pero el burbujeo de la sangre en sus pulmones dificultaba oír lo que intentaba decir. Sam lo agarró y trató de escuchar con atención.

—¿Qué pasa?

En un susurro apenas audible, Andrew respondió:

—Puedo pararlo.

—¿Por qué deberíamos confiar en ti? Has pasado las últimas cinco semanas intentando que me mataran. Sabemos que eras el líder de la Resistencia Fénix.

Andrew volvió a hablar, pero nadie pudo oír sus palabras. Billie intervino.

—¡Porque no tengo ni idea de cómo parar esta cosa, y el temporizador marca ahora dos minutos!

Le ayudaron a colocarse junto a la esfera. Lo iluminó, y como si hubiera rejuvenecido gracias a la antigua esfera, Andrew empezó a trabajar rápidamente con las manos a lo largo de la miríada de símbolos. Billie le miró. Las heridas de su pecho habían desaparecido casi por completo.

—¿Quién eres?

Volvió su sonrisa encantadora y Andrew dijo:

—Me llamo Andrew Brandt y he esperado casi doscientos años para infiltrarme en la Resistencia Fénix y proteger la esfera de la Atlántida.

Sam se agarró el brazo. Antes malherido por el cuchillo de Billie, ahora casi completamente curado.

—Eso es imposible. Nadie puede vivir tanto.

—Tienes razón. Es imposible —respondió Andrew, como una

criatura de otra realidad—. Si quieren vivir, les sugiero que se vayan ahora.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Billie.

—Enviaré a la Atlántida donde estará protegida otros mil años.

Introdujo el Código de la Atlántida y la esfera brilló en azul. Se aferró a dos símbolos concretos. Sam los había estudiado antes, pero nunca había llegado a comprender cuál era su propósito. Literalmente, uno significaba la vida y el otro, la muerte. El suelo comenzó a temblar y pequeñas fracturas por la tensión se extendieron lentamente hacia el techo de la enorme caverna. Tom miró la enorme grieta en la pared.

—Sam, Billie. Es hora de irnos, el techo se va a caer.

—Te seguimos.

Sam se detuvo al borde del abismo y miró a Andrew una vez más. Sus ojos estaban vivos y parecía feliz, por fin en posesión del mayor poder de la tierra.

—Gracias, Andrew —dijo Sam con una mezcla de gratitud y resignación.

Andrew asintió, consciente de la gravedad del momento y del sacrificio que estaba dispuesto a hacer para proteger el secreto de la Atlántida.

—Vayan con Dios, y recuerden lo que han visto aquí.

Sam y Billie cruzaron el barranco y siguieron a Tom a través del túnel que los había llevado hasta allí. Atrás, la caverna temblaba violentamente mientras la esfera continuaba su proceso de desactivación y sellado. Al salir al aire libre, el estruendo del colapso resonó a sus espaldas.

—¿Crees que lo logrará? —preguntó Billie, jadeando por el esfuerzo y la adrenalina.

—No lo sé —respondió Sam—, pero sonaba convencido. Ahora, tenemos que confiar en que el sacrificio de Andrew no sea en vano y que la humanidad tenga otra oportunidad.

Los tres se alejaron rápidamente del lugar, conscientes de que su misión había sido solo un capítulo en una historia mucho más grande, una historia que había sobrevivido milenios y que seguiría viviendo en las sombras de la historia, protegida por aquellos que estuvieran dispuestos a sacrificarlo todo por el bien de la humanidad.

Capítulo LXXXIV

Billie fue la primera en deslizarse por el incinerador y volver a la cámara acorazada. Pulsó el botón del ascensor. Sus grandes ojos marrones parecían más grandes, si es que eso era posible, mientras esperaban.

—Sam, ¿te das cuenta de lo que esto significa? —preguntó.

—Billie, acabo de ver a un hombre virtualmente regresar de entre los muertos al tocar una esfera azul, y ahora, todo el edificio se está derrumbando debajo de nosotros. Así que, no. ¡No tengo ni idea de lo que significa nada de esto!

—Piénsalo. ¿Y si los Maestros Constructores fueran los únicos supervivientes de la gran inundación que mantuvieron el pleno conocimiento de las tecnologías de la Atlántida?

—¿Y por qué precisamente ellos conservaron el conocimiento, cuando otros se unieron a sus compañeros cazadores/recolectores en las montañas y sobrevivieron? —preguntó Tom.

—¿Y si la razón por la que mantenían el conocimiento era que eran inmortales?

Sam entró en el ascensor.

—Eso es imposible.

—¡Eran dioses! Los que los antiguos atlantes adoraban. Poseidón era un dios. Eran inmortales.

—Imposible.

—No. Todo es imposible hasta que se hace. Que nadie haya oído hablar de ello no significa que no sea cierto.

—Sí, eso significa. Eso es exactamente lo que significa. Es un invento.

—Pero lo explicaría todo. Sabemos que los Maestros Constructores eran unas cuantas personas superinteligentes, que utilizaron ejércitos de hombres para construir sus grandes obras. ¿Cómo pudo la misma persona construir las pirámides si no vivían para siempre?

—Hablas de leyendas, del Santo Grial, nada más.

—Sí, pero hoy hemos entrado en la Atlántida, hemos introducido un código antiguo que, por otra parte, planeaba enviar un cometa a toda velocidad hacia la Tierra.

—Sí, hemos tenido un día inusual. Por ahora, aceptaré que existe la posibilidad de que vivieran una vida mucho más larga de la que conocemos. Andrew nos dijo que pasó casi doscientos años tratando de infiltrarse en la Resistencia Fénix, pero eso no quiere decir que sean dioses.

—Sí, pero es peor que eso.

—¿Qué es peor que eso?

—Si lo que pensamos es cierto, entonces los Maestros Constructores todavía están por aquí. Eso significa que están aquí, en nuestro tiempo. Tejiendo sus maquiavélicas redes de propósito, pero para con qué fin, o dónde, no lo sabemos.

A Sam le recorrió otro escalofrío.

—Ese pensamiento aterrorizará a la Secretaria de Defensa.

Fuera del ascensor, un resplandor azul había envuelto el edificio. Toda la estructura tembló durante un par de minutos y luego la luz y las vibraciones cesaron por completo.

Billie se miró los pies. Por fin habían dejado de moverse.

—Se acabó. La Atlántida ha desaparecido.

Capítulo LXXXV

Sam miró a la Secretaria de Defensa. Estaba al teléfono, seguramente informando al presidente de lo sucedido. Colgó y se acercó a ellos.

—Supongo que debo agradecerles —dijo ella. Era lo más cerca que la Secretaria de Defensa había estado de mostrar agradecimiento por sus servicios—. Debe saber que los acontecimientos de las últimas cinco semanas deben quedar enterrados tan profundamente como la Atlántida. En cuanto a nuestra implicación en ello, lo negaremos todo. Y Rusia continuará manteniéndose al margen. Cualquier agradecimiento público estaría fuera de lugar.

—Por supuesto —respondió Sam con una sonrisa. Se preguntó hasta qué punto su apariencia de desagrado hacia él era fingida. Ella le devolvió la sonrisa. Era casi seductora en su amplia gama de significados. De alguna manera, mientras él había bajado la guardia fingiendo coquetear, ella había percibido su reticencia.

Ella le sonrió de forma penetrante, de la forma en que una mujer hermosa sabía seducir a un hombre para obtener información. No soportaba a aquella mujer, pero no podía negar que era insaciablemente hermosa. Su sonrisa tímida y coqueta cesó de golpe, como si hubiera visto a través de él. Volvió a ser la misma arrogante de siempre y dijo:

—Algo habrá aprendido algo, ¿verdad?

—¿Sobre la Atlántida? —Sonrió—. No, sólo tengo más preguntas. Pero viendo que su organización se dedica a la negación plausible, no intentaré pedirle respuestas.

—No, sobre la Atlántida no. Ha hecho un descubrimiento inesperado sobre los Maestros Constructores, ¿no?

Sacudió la cabeza.

—No, me temo que no.

Sam había conocido una de las mayores teorías sobre los Maestros Constructores desde que supo de su existencia. Lo cambiaría todo sobre el futuro, menos que le condenaran si le contaba lo que había aprendido antes de tener alguna prueba. Incluso él pensaba que la explicación de Billie era fantasiosa, en el mejor de los casos.

La Secretaria de Defensa lo miró con escepticismo, pero no insistió. En lugar de eso, volvió a su actitud fría y profesional.

—Espero que entienda que, si alguna vez habla de esto, tendremos que negarlo todo y tomar medidas. Es por el bien de la seguridad nacional.

Sam asintió, comprendiendo la gravedad de la situación.

—Lo entiendo.

—Bien. Ahora, debemos asegurarnos de que todo lo que sucedió aquí quede enterrado para siempre. La Atlántida debe seguir siendo una leyenda y nada más.

La Secretaria de Defensa se dio la vuelta y se alejó, dejando a Sam, Billie y Tom en la entrada del banco. Sam suspiró, sintiendo el peso de lo que acababan de vivir.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó Billie, su voz llena de incertidumbre.

Sam la miró y luego miró a Tom.

—Seguir adelante. Tenemos mucho que aprender y descubrir. Pero por ahora, lo mejor es dejar que la Atlántida descanse en paz.

Billie asintió, aceptando la realidad de su situación. Mientras se alejaban del banco, Sam sabía que su aventura había terminado, pero también sabía que había muchas más preguntas. Y aunque la verdad sobre los Maestros Constructores y la Atlántida seguía siendo un misterio, estaba decidido a seguir buscando respuestas, sin importar cuán profundo tuviera que cavar.

Capítulo LXXXVI

Sam se sentó en el balcón del ático de su padre en la Quinta Avenida, con vistas a una de las ciudades más bellas del mundo. Tom sirvió una copa de champán para todos. Billie tomó una copa y lo mismo hizo Matthew, el capitán del Maria Helena de Sam, que había volado esa noche para celebrar.

Alzando su propia copa, Sam dijo:

—Un brindis por la raza humana. Que aprendamos de nuestros errores, para que nos ganemos el derecho a sobrevivir.

Cada uno bebió rápidamente.

—Entonces, ¿qué vas a hacer ahora? —preguntó Sam, mirando fijamente a Billie.

—Tú y yo sabemos adónde tengo que ir —respondió ella.

—¿A dónde? —preguntó Tom.

—Si los antiguos Maestros Constructores eran realmente inmortales, eso explicaría por fin algunas de las investigaciones que hizo mi abuelo. Tengo que volver a uno de los primeros yacimientos arqueológicos que visité, a un lugar al que me llevó mi abuelo cuando era niña. Y luego tengo que terminar lo que él empezó.

—¿Así que nos dejas otra vez? —dijo Matthew.

—Me temo que sí. Pero no te preocupes. Cuando tenga las respuestas que busco, llamaré a tu jefe para que me ayude. Sam, te he salvado el trasero suficientes veces en la última década. Uno de estos días, te voy a pedir que me devuelvas el favor. Tú y Tom me van a ayudar a llevarlo a cabo.

Sam se sirvió otro vaso, se lo bebió y contestó:

—Estoy deseando que llegue el día en que ambos tengamos esas respuestas.

La noche continuó y los cuatro consumieron mucho más alcohol del que ninguno de ellos pretendía. Finalmente, Sam miró a Matthew y le dijo:

—Dime, Matthew, ¿qué ha pasado?

Matthew negó con la cabeza.

—¿Qué quieres decir?

—Te conozco. Hay pocas cosas que te harían dejar tu amado barco, el Maria Helena, aunque sea durante unas horas, y mucho menos durante veinticuatro. Aprecio que hayas venido aquí a celebrarlo, pero en todo el tiempo que te conozco, nunca te habías sentado a tomar algo conmigo hasta esta noche. Así que, te vuelvo a preguntar, ¿qué ha pasado?

La cara de Matthew se sonrojó.

—Otra ola salvaje.

—¿Alguna baja?

—Sí, otra nave: la Estrella Global.

—¿Ya son tres los linieros de mi padre este mes? Debe estar rabioso. Me sorprende que no me haya llamado para decirme que lo arregle —Sam se detuvo y miró la expresión de Matthew—. Dios mío, te envió por mí, ¿no?

—Sí. Ha perdido tres de sus naves.

—Pero el clima ha sido bueno.

—Sí, Sam... las olas salvajes ocurren al azar. No hay forma de predecir cuándo atacará una. Por estadística, cada cuarta ola es una vez y media la altura media de las olas en una zona, mientras que cada decimosexta es el doble. Sin embargo, sólo una de cada ochocientas mil es una ola salvaje, descrita como más de diez veces la altura mediana de las olas.

Sam asintió con la cabeza. Estaba ligeramente ebrio y ya había oído hablar de la ciencia de las olas salvajes.

—¿Y qué? Las olas salvajes ocurren al azar en la naturaleza.

—Sin embargo, tres han ocurrido dentro del Triángulo de las Bermudas en el último mes. Los capitanes han empezado a quejarse de su mala suerte; las compañías de seguros denuncian fraude; y me temo que está ocurriendo algo mucho más siniestro.

Sam lo pensó un momento antes de contestar.

—¿Tienes idea de qué demonios puede estar causando eso, Tom?

—No, ninguna. Si fuera temporada de huracanes, o algo así, tal vez. Pero actualmente no hay advertencias de clima severo en el pronóstico.

—De acuerdo, me voy unos días. Le prometí a Aliana que iríamos a algún lugar lejos del océano. Entonces sugiero que tomemos el Maria Helena para un crucero a las Bermudas a buscar lo que sea que esté creando estas olas salvajes artificiales, y ponerle fin.

Billie miró a Sam, asintiendo con una sonrisa.

—Es un buen plan. Estoy lista cuando ustedes lo estén.

Tom y Matthew levantaron sus copas, sellando el acuerdo.

—Por nuevas aventuras y respuestas —dijo Tom.

—Por la Atlántida y por la humanidad —añadió Sam.

Los cuatro brindaron, sabiendo que su próxima misión sería tan peligrosa e incierta como la que acababan de completar, pero con la esperanza de que, juntos, podrían enfrentar cualquier desafío que se les presentara.

Fin